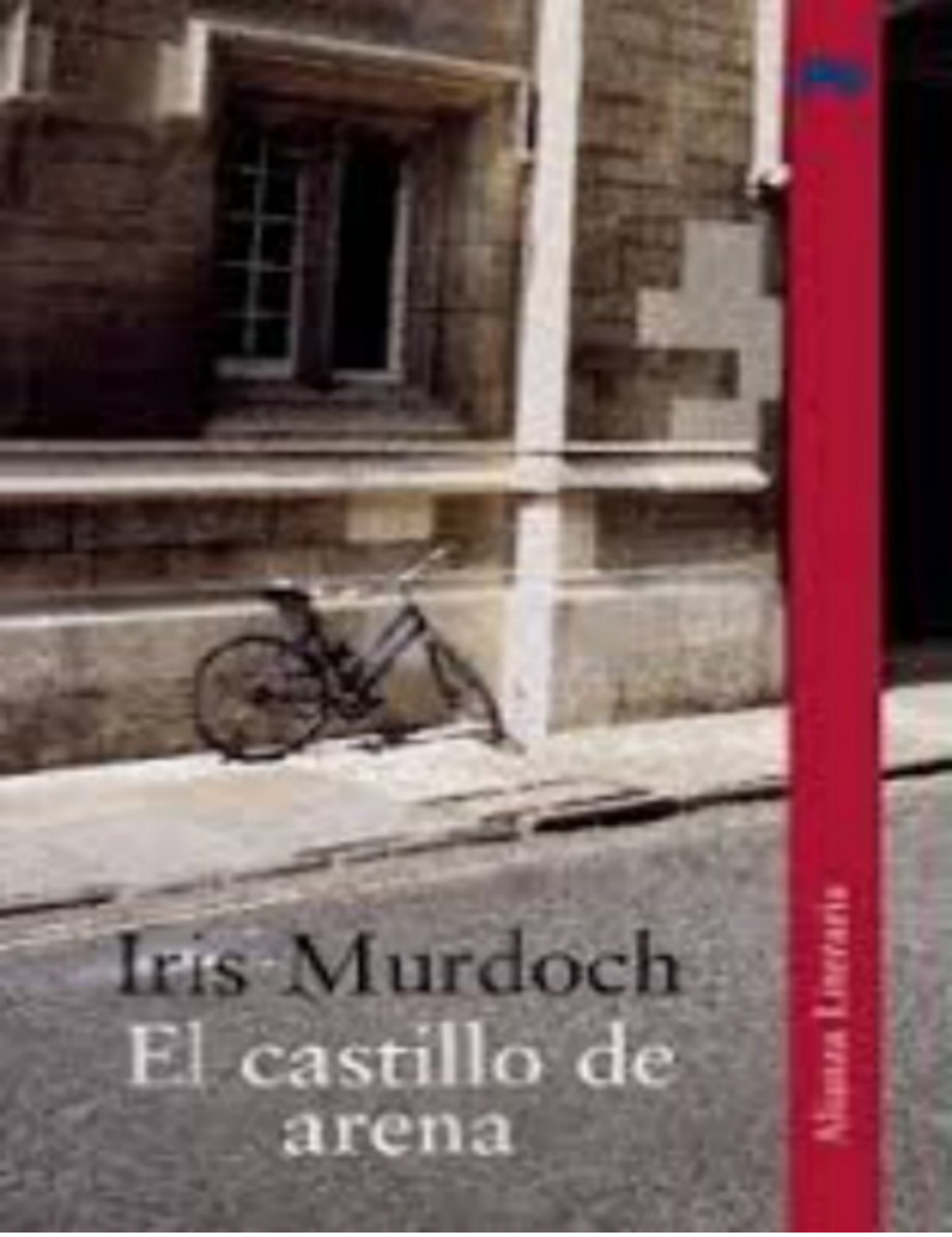
Iris Murdoch
El castillo de arena
Alianza Literaria

Iris Murdoch

El castillo de arena

Versión española de Flora Casas

Capítulo uno

—¡Quinientas guineas! —dijo la mujer de Mor—. ¡Caramba!

—Es su precio en el mercado —dijo Mor.

—Hablarías con mayor claridad —dijo Nan— si te quitaras de la boca ese cigarrillo asqueroso.

—¡Dije que es su *precio en el mercado*! —dijo Mor. Tiró el cigarrillo.

—Bledyard lo hubiera hecho gratis —dijo Nan.

—Bledyard está loco —dijo Mor—, y piensa que pintar retratos es malo.

—Yo creo que sois vosotros y la Junta de Administración del colegio quienes estáis locos —dijo Nan—. Primero, los focos, y ahora esto. ¡Focos! ¡Como si no fuera suficientemente desagradable tener que ver el colegio durante el día!

—¿Esperaremos a que venga Felicity para comer? —preguntó Mor.

—No, claro que no —dijo Nan—. Siempre está de mal humor cuando llega a casa. Además no querrá comer.

Felicity era su hija. Esperaban que volviera aquel día del internado, ya que una epidemia de sarampión había anticipado el fin de curso.

Se sentaron a la mesa en extremos opuestos. El comedor era diminuto. Los muebles, grandes y brillantes. Las ventanas de bisagra estaban abiertas de par en par a la tarde cálida y seca. Dejaban ver un jardín pequeño y un seto de ligustro dorado que se curvaba con desmayo por el intenso calor. Detrás del jardín se extendía la carretera, a cuyos lados se encontraban las pulcras casas semiseparadas, una frente a otra, como imágenes de un espejo. Las casas eran de construcción reciente, de diseño moderno y muy sólidas. Por encima de los tejados de tejas rojas y de las hojas

marchitas de los árboles se alzaba, en la suave calma de mediados de verano, la torre neogótica del colegio de St. Brides, en el que Mor era tutor. Era una comida fría.

—¿Agua? —dijo Nan.

La sirvió de una jarra de porcelana azul y blanca. Mor ladeó la silla para escoger su salsa favorita de entre una fila de botellas que estaban sobre el aparador. Una ventaja del comedor consistía en que todo estaba al alcance de la mano.

—¿Vendrá Donald a ver a Felicity esta noche? —preguntó Nan.

Donald era su hijo, estudiante de sexto curso en St. Brides.

—Está haciendo un curso preparatorio para la Universidad —dijo Mor.

—¡Está haciendo un curso preparatorio para la Universidad! —dijo Nan, imitándole—. ¡Podrías haberle librado de hacerlo! Nunca he conocido a nadie tan cobarde como vosotros dos. Jamás os atrevéis a hacer nada que se salga de la norma. No has hecho voto de obediencia a St. Brides.

—Sabes que Don detesta los privilegios —dijo Mor concisamente. Era éste uno de los puntos por los que empezaban sus discusiones. Cortó la carne sin entusiasmo—. Ojalá venga Felicity.

—Tengo que arreglar cuentas con Don —dijo Nan.

—No le des la murga con lo del alpinismo —dijo Mor.

Donald quería pasar unos días escalando. Sus padres se oponían.

—¡No me hables así! —dijo Nan—. Alguien tiene que responsabilizarse de lo que hacen los niños.

—Bueno, déjalo hasta que se haya examinado —dijo Mor—. Ya tiene bastantes preocupaciones.

Donald se presentaba en breve plazo a un examen de Química para entrar en un *College* de Cambridge.

—Si lo dejamos —dijo Nan—, nos encontraremos conque ya lo tienen todo preparado. Don me dijo que habían cambiado de planes, pero la señora Prewett dijo ayer que aún lo estaban discutiendo. Tus hijos parecen tener como norma general mentir a sus padres, por mucho que tú les insistas en que hay que decir siempre la verdad.

Aunque por entonces no tenía creencias religiosas, a Mor le habían educado en el metodismo. Creía profundamente en la sinceridad absoluta como base y condición de toda virtud. Le apenaba saber que sus hijos mostraban una indiferencia casi total ante este requisito. Retiró su plato a un lado.

—¿No vas a comer eso? —preguntó Nan—. ¿Te importa que lo haga yo? —alargó un tenedor rapaz y cogió la carne del plato de Mor.

—Hace demasiado calor para comer —dijo Mor.

Miró por la ventana. La torre del colegio holgazaneaba en el

calor, dejándose mecer por el aire cargado. Procedente de la carretera principal llegaba el murmullo sordo, que nunca cesaba durante el día, del fluir del tráfico a medio camino entre Londres y la costa. En el calor de la tarde, parecía el zumbido de insectos en un bosque. El tiempo se hacía largo, más y más largo en verano.

—¿Recuerdas cómo odiaba la pobre Liffey este calor? —dijo Mor.

Liffey era su perra, una perdiguera dorada que fue atropellada hacía dos años en la carretera principal. Aquel animal había creado entre Mor y Nan el vínculo que no habían podido crear sus hijos. Casi inconscientemente, cuando Mor quería aplacar a su mujer, decía algo sobre Liffey.

Al momento, la expresión de Nan se suavizó.

—¡Pobrecita! —dijo—. Corría haciendo eses por el césped tras un trocito de sombra. Con la lengua colgando.

—Me pregunto cuánto durará esta ola de calor —dijo Mor.

—En otros países —dijo Nan— simplemente hay verano. Nosotros tenemos que hablar de olas de calor. Qué cosa más tonta.

Mor permaneció en silencio mientras Nan terminaba de comer. Empezó a invadirle un sentimiento soporífero de tedio conyugal. Se aplicó a examinar una mancha del mantel.

—No habrás olvidado que cenamos con Demoyte esta noche.

Demoyte era el anterior director de St. Brides, ya retirado, pero que aún vivía en su gran casa cerca del colegio. Los Mor conservaban la costumbre de cenar con él periódicamente. La suma de quinientas guineas que tanto había escandalizado a Nan era el importe de un retrato suyo que había encargado recientemente la Junta de Administración del colegio.

—¡Vaya, lo había olvidado! —exclamó Nan—. ¡Qué pesadez! Telefonearé y le diré que estoy enferma.

—No —replicó Mor—. Verás cómo te diviertes una vez que estemos allí.

—Siempre haces el mismo comentario inútil —dijo Nan— y nunca me divierto. ¿Habrá más invitados?

Nan detestaba que hubiera gente. A Mor le gustaba.

—Estará la retratista —dijo Mor—. Creo que llegó ayer.

—Lo he leído en el periodicucho local —dijo Nan—. Tiene un nombre verdaderamente cómico.

—Rain Carter{*} —dijo Mor.

—¡Rain Carter! —exclamó Nan—. ¡Caramba! La hija de Sidney Carter. Al menos, es un buen pintor. En cualquier caso, es famoso. Puestos a tirar el dinero, ¿por qué no se lo encargasteis a él?

—Está muerto —dijo Mor—. Murió a principios de este año. Dicen que su hija también es buena pintora.

—Ya puede serlo, cobrando lo que cobra —dijo Nan—. Tendré

que ponerme elegante. Seguro que ella irá toda peripuesta. Vive en Francia. A propósito, ¿dónde se hospeda? ¿En el *Saracen's Head*?

—No —dijo Mor—, la señorita Carter está en casa de Demoyte. Quiere estudiar su vida y su personalidad antes de empezar el cuadro. Su método es muy académico.

—¡Demoyte estará encantado, el viejo chivo! —dijo Nan—. ¡Pero menudo cuento! ¡«Académico», qué te parece!

Mor odiaba las burlas de Nan, incluso cuando no se dirigían contra él. Alguna vez pensó que se burlaba de los otros sólo para protegerse. Pero, a medida que pasaba el tiempo, le resultaba difícil creer que Nan fuera vulnerable. Decidió que era él quien necesitaba el consuelo de pensar que lo era.

—Si aún no conoces a la chica —dijo—, ¿por qué eres tan maliciosa?

—¿Qué pregunta es ésa? —dijo Nan—. ¿Esperas que la conteste?

Se miraron. Mor desvió la mirada. El haber descubierto que su mujer era la más fuerte le causaba un profundo dolor. Se decía a sí mismo que la fuerza de ella procedía sólo de una insensatez obstinada y despiadada, pero el pensarlo no le libraba ni de sentirse coartado ni de experimentar un sentimiento de rencor. Ya no podía convertir el conocimiento de ella en amor, ni siquiera en indiferencia. En el fondo, se sentía profundamente obligado. Se sentía forzado. Y continuamente ofendido. Los primeros años de matrimonio fueron felices. Por entonces, Nan y él no hablaban más que de sí mismos. Pero cuando se agotó aquel tema, fueron incapaces de encontrar otro, y un día Mor descubrió que estaba atado de por vida a un ser que podía cambiar, que podía alejarse de él y hacerse independiente. Aquel día, Mor renovó sus votos matrimoniales.

—Lo siento —dijo Mor.

Disculparse se había convertido en norma para él, tanto si pensaba que estaba equivocado como si no. Nan era capaz de pasarse días enteros malhumorada. Él era siempre quien cedía. La fuerza de Nan era infinita.

—De hecho —dijo Mor—, el señor Everard dice que es una chica muy tímida e ingenua. Llevó una vida casi de ermitaño con su padre.

El reverendo Giles Everard era el actual director de St. Brides y, generalmente, le llamaban Revvy Evvy.

—¡Vida de ermitaño! —dijo Nan—. ¡En Francia! Por lo que respecta al juicio de Evvy, es un hombre que baja los ojos como una tímida jovencita en presencia de un miembro del otro sexo. No obstante, si esa chica está en la cena, al menos podremos escapar de la señorita Handforth, a quien tú tanto adoras.

La señorita Handforth era el ama de llaves del señor Demoyte y

una vieja enemiga de Nan.

—No adoro a Handy —dijo Mor—, pero al menos es alegre y es muy buena con Demoyte.

—No es alegre —dijo Nan—. Simplemente, habla muy alto. Y siempre quiere meterse en las conversaciones, incluso cuando sirve la mesa. No la soporto. Carece de sentido tener criados si se abandonan las convenciones. Hay helado. ¿Quieres un poco? ¿No?

—Le ayuda a Demoyte a no perder el buen humor —dijo Mor—. Él dice que es imposible pensar sobre uno mismo cuando hay tanto ruido.

—Es un viejo morboso —dijo Nan—. ¡Dan ganas de llorar!

Mor le tenía un gran afecto a Demoyte.

—Ojalá viniera Felicity —dijo.

—No lo repitas tantas veces, cariño —dijo Nan—. ¿Me das tu cuchara para el helado? He utilizado la mía para quitar la salsa del mantel.

—Creo que debería ir al colegio —dijo Mor, consultando su reloj.

—Tú habrás terminado de comer —dijo Nan—, pero eso no significa que hayan terminado los demás. Y la campana de las dos y cuarto aún no ha tocado. No olvides que tenemos que hablar con Felicity sobre su futuro.

—¿Es necesario? —dijo Mor.

Éste era el tipo de respuesta provocativa que le resultaba difícil reprimir, y que inevitablemente irritaba a Nan. Una escena que se repetía una y otra vez. Él tenía la culpa.

—¿Por qué dices «es necesario» con ese tono de voz tan especial? —dijo Nan.

Tenía la habilidad de proferir esa clase de preguntas de forma que Mor se sentía obligado a contestarle.

—Porque aún no sé qué pensar sobre el asunto —dijo Mor.

Experimentó la sensación de frío que generalmente precedía a sus enfados.

—Bueno, yo si sé lo que pienso —dijo Nan—. Nuestra situación económica y su inteligencia no nos dejan mucha elección, ¿verdad?

Miró de lleno a Mor. De nuevo, era imposible no replicar.

—Sugiero que esperemos un poco —dijo Mor—. Felicity todavía no sabe lo que quiere.

Sabía que Nan era capaz de conservar ese tono durante horas sin perder la calma. Los razonamientos no le ayudarían. Su última y única defensa era la ira.

—Siempre pretendes que la gente no sabe lo que quiere cuando no quiere lo mismo que tú —dijo Nan—. Me haces gracia, Bill. Felicity quiere dejar el colegio. Y si ha de empezar ese curso de mecanografía el próximo año, deberíamos matricularla ahora.

—No quiero que Felicity sea mecanógrafa —dijo Mor.

—¿Por qué no? —dijo Nan—. Podría hacer una buena carrera. Podría ser secretaria de algún hombre interesante.

—No quiero que sea la secretaria de ningún hombre interesante —dijo Mor—. Quiero que sea una mujer interesante y que otra persona sea su secretaria.

—Vives en un mundo de sueños, Bill —dijo Nan—. Ninguno de tus hijos es inteligente, y ya les has hecho suficientemente infelices al fingir que lo son. Has forzado a Don a que se examine para entrar en la Universidad, y deberías estar satisfecho con eso. Si tomaras nuestro matrimonio con más seriedad, tratarías de ser un poco más realista. Debes aceptar alguna responsabilidad en lo que se refiere a los niños. Sé que tienes todo tipo de fantasías acerca de ti mismo. Pero al menos trata de ser realista con *ellos*.

Mor se estremeció. Si había algo que odiaba que le dijera, era la expresión «nuestro matrimonio». Nan mencionaba esta entidad siempre en relación con algún proyecto especialmente aburrido, al intentar convencerle que era ineludible y necesario. Hizo un esfuerzo.

—Puede que tengas razón —dijo—, pero creo que debemos esperar.

—Sé que tengo razón —dijo Nan.

La frase resonó en la mente de Mor. Era consciente del peligro de hacerse demasiado dogmático por oponerse al dogmatismo de Nan. Intentó cambiar el tema.

—¿Crees que a Felicity le importará que hayas cambiado su habitación?

A Nan le gustaba desplazar los muebles de un lado a otro. Mantenía las habitaciones en un continuo estado de cataclismo en el que no se respetaba nada, ni las pertenencias de cada uno, ni la forma elegida para distribuirlas, y así satisfacía, o eso le parecía a Mor, su deseo de sentir que todas las cosas de la casa eran suyas. Mor se había acostumbrado, al cabo de muchos años, a ese sufrimiento perpetuo, pero no soportaba el daño que aquello podía causarle a los niños.

Nan se negaba a abandonar el tema.

—Eres tan ingenuo, Bill. ¡Piensas que los reaccionarios consideran estúpidas a todas las mujeres, y por tanto los progresistas deben considerar inteligentes a todas las mujeres! No puedo perder el tiempo con ese tipo de feminismo sentimental. Tu querido señor Everard también piensa como tú. ¿Te dije que quiere que haga un discurso de sobremesa en esa estúpida cena?

Iba a tener lugar una cena de gala, cuya fecha aún no se había fijado, en honor de la presentación al colegio del retrato del señor

Demoyte.

—Sí, me lo dijo —contestó Mor—. Espero que aceptes. Harías un buen discurso.

—No —dijo Nan—. Simplemente conseguiría que tú y yo cayéramos en ridículo. Así se lo dije a Evvy. Realmente, es un imbécil. Los hombres de su generación tienen unas ideas de lo más románticas sobre la emancipación femenina. Pero si su concepción de una sociedad libre consiste en que las mujeres hagan discursos de sobremesa, será mejor que se busque a otra para cooperar con él. Me dijo que «lo meditara detenidamente». Me limité a reír. Es penoso.

—Deberías intentarlo —dijo Mor—. Te quejas de lo pobre que es tu vida y, sin embargo, nunca aprovechas una oportunidad para hacer algo nuevo o diferente.

—Si crees que mi vida sería menos «pobre», como tú la calificas delicadamente, por ponerme en ridículo en esa cena —dijo Nan—, no puedo imaginar qué concepto tienes de mí en absoluto.

Desde más allá de los árboles llegó el sonido de la campana que anunciaba la primera clase de la tarde.

—Ojalá no hubieras dejado de estudiar alemán —dijo Mor—. No has vuelto a ello desde hace meses, ¿verdad?

Mor había esperado educar a su mujer. Siempre supo que era inteligente. Había imaginado que además demostraría tener talento. La casa estaba abarrotada de los abandonados útiles de diversas ocupaciones en las que había esperado llegar a interesarla: gramáticas francesas, gramáticas alemanas, libros de historia y biografías, incluso una guitarra que alguna vez había rasgueado, pero que nunca aprendió a tocar. A Mor le irritaba que su mujer combinara las quejas por sus habilidades frustradas con una falta de esfuerzo por concentrarse. Se relacionaba deliberadamente con el mundo sólo a través de él, y luego le cogía aversión por ello. Tenía pocas amistades, y ninguna otra ocupación más que las tareas caseras.

—No te salgas del tema para fastidiarme —dijo Nan—. ¿No tienes una clase a las dos y cuarto?

—Hay un descanso —dijo Mor—, pero debería ir a corregir. ¿Es Felicity?

—No, es el lechero —dijo Nan—. Supongo que querrás café.

—Bueno, quizá —dijo Mor.

—No lo tomes si te es indiferente —dijo Nan—, es muy caro. En realidad, no pensabas en el alemán. Todavía estás atiborrado de esos sueños con los que te llenó Tim Burke. ¡Te imaginas que es sólo mi estrechez de miras lo que te impide llegar a ser primer ministro!

Tim Burke era un orfebre, viejo amigo de la familia Mor. Era, además, el presidente del Partido Laborista de un barrio vecino, y

quería persuadir a Mor para que fuera candidato local. Era un escaño laborista seguro. Mor estaba profundamente interesado en la idea.

—No pensaba en eso —dijo Mor—, pero también te muestras tímida a ese respecto.

La oposición de su mujer a este plan le perturbaba más de lo que quería admitir. Todavía no había decidido cómo afrontarlo.

—¡Tímida! —dijo Nan—. ¡Qué palabras tan curiosas utilizas! Simplemente, soy realista. No quiero que ambos nos expongamos al ridículo. Cariño, sé que parece atractivo Londres y todo lo demás, pero en términos prácticos significa un sueldo pequeño, gastos enormes y ninguna seguridad en absoluto. No te das cuenta de que aún se necesita disfrutar de una renta para ser diputado. No se puede tener todo, ¿sabes? Fue idea tuya enviar a Felicity a ese colegio tan caro. Fue idea tuya obligar a Don a ir a Cambridge.

—Le concederán una beca —murmuró Mor.

No quería discutir aquello. Debía reservar sus fuerzas.

—Sabes tan bien como yo —dijo Nan— que una beca es como una gota de agua en el mar. Podría haber trabajado con Tim. Podría haberse ido a ver un poco de mundo y bandearse solo. Porque si en Cambridge aprende algo más que a imitar a sus amigos ricos...

—Hará el servicio militar —dijo Mor.

Al persuadir a Donald de que se preparara para la Universidad, Mor había conseguido una de sus escasas victorias. Pero la estaba pagando desde entonces.

—Lo que ocurre contigo, Bill —dijo Nan—, es que a pesar de tus ruidosos puntos de vista laboristas en el fondo eres un esnob. Quieres que tus hijos sean unos señoritos. Pero, el dinero aparte, no tienes la personalidad que se necesita para ser un político. Es mucho mejor que te dediques a escribir ese libro de texto.

—Ya te he dicho —replicó Mor— que no es un libro de texto.

Mor estaba escribiendo un libro sobre la naturaleza de los conceptos políticos. No progresaba mucho en el trabajo, que había empezado hacía varios años. Pero tenía tan poco tiempo libre.

—Bueno, no te sulfures —dijo Nan—. No hay razón para ponerse así. Si no es un libro de texto, es una pena. Los libros de texto dan dinero. Y si no conseguimos dinero por alguna parte, tendremos que empezar a apretarnos el cinturón. Se acabaron las vacaciones en el continente, ¿sabes? Incluso el viaje a Dorset este año nos va a resultar ruinoso, en especial si Felicity y yo vamos antes de que acabe el curso.

—Por el amor de Dios, Nan —dijo Mor—; ¡cállate! ¡Deja de hablar de dinero!

Se levantó. Debería haber ido al colegio hacía tiempo.

—Cuando me hablas así, Bill —dijo Nan—, me pregunto por qué continuamos. Realmente, creo que sería mejor dejarlo.

Nan decía esto de cuando en cuando, siempre con el tono frío e imperturbable que empleaba cuando discutía con su marido. Era parte de la escena. Lo mismo ocurría con la réplica de Mor.

—No digas tonterías, Nan. Siento haber hablado así.

Todo pasaba en un segundo.

Nan se levantó, y empezaron a recoger la mesa juntos.

Se oyó un ruido en el vestíbulo.

—¡Ha llegado Felicity! —dijo Mor, y pasó delante de su mujer, empujándola.

Felicity cerró la puerta de la entrada y dejó la maleta a sus pies. Sus padres se quedaron mirándola desde la puerta del comedor.

—Bienvenida a casa, querida —dijo Nan.

—Hola —dijo Felicity.

Tenía catorce años, era muy delgada, de cuerpo erguido, y alta para su edad. La piel de la cara, muy blanca pero cubierta en verano de pecas doradas, se apretaba sobre el puente de la nariz y parecía tirar de sus grandes ojos, dándoles un aspecto de interrogación y asombro continuos. Tenía los ojos de su madre, de un azul reluciente, pero llenos de una luz más soñadora y brumosa. El pelo de Nan era rubio oscuro, formaba ondas naturales en torno a la cabeza, y las puntas quedaban ocultas en una tenue aureola. El pelo de Felicity era más claro y más liso, y lo llevaba recogido en una cola de caballo desordenada que asomaba por debajo del sombrero del colegio. La niña no se parecía en nada, físicamente, a su padre. Era Donald quien había heredado el pelo oscuro y desigualmente rizado de Mor y su cara huesuda, tan irregular que llegaba a ser fea.

Felicity se quitó el sombrero y lo tiró sobre la mesa del vestíbulo. Cayó al suelo. Nan se adelantó, recogió el sombrero y besó a Felicity en la frente.

—¿Cómo te ha ido en el colegio, querida?

—Bien —dijo Felicity.

—Hola, chica —dijo Mor. La sacudió por el hombro.

—Hola, papá —dijo Felicity—. ¿Está Don?

—No, querida, pero vendrá mañana —dijo Nan—. ¿Quieres que te prepare algo de comer o ya has comido?

—No quiero nada —dijo Felicity. Recogió la maleta—. No te molestes, papá. Yo la subiré.

—¿Qué planes tienes para esta tarde? —dijo Nan.

—Acabo de llegar —dijo Felicity—. No tengo ningún plan.

Empezó a subir las escaleras. Sus padres la observaron en silencio. Un momento después oyeron cómo se cerraba de un golpe la puerta de su habitación.

Capítulo dos

Era una hermosa y clara tarde. Mor cerró la puerta de la clase de sexto y se precipitó por el pasillo a grandes zancadas. Tras él se elevó un estrépito moderado. Acababa de dar clase a los especialistas de Historia de sexto de Clásicas. Por supuesto, Donald, que estaba en sexto de Ciencias, no había estado presente. Hacía ya dos años que, para alivio de Mor, su hijo había dejado de ser alumno suyo. Mor enseñaba Historia y, ocasionalmente, Latín, en St. Brides. Le gustaba enseñar, y sabía que lo hacía bien. Su autoridad y su prestigio en el colegio eran elevados, más elevados, desde la partida de Demoyte, que los de cualquier otro profesor. Mor también era consciente de esto, y le consolaba en una medida muy considerable de los fracasos en otros aspectos de su vida.

En ese momento, mientras salía por la puerta de cristal de la escuela principal hacia la cálida luz del sol, le invadió una sensación de satisfacción, que era, en parte, un sentimiento de trabajo bien hecho y, en parte, la anticipación de una tarde agradable. En un día corriente, le esperaría el largo intervalo hasta la hora de la cena, que empleaba en leer, corregir o en conversar intermitentemente con Nan. Ésta era, por lo general, la parte más floja del día. Pero esa noche disfrutaría de la charla sustanciosa y jugosa de Demoyte y del ambiente y la belleza de su casa. Si se apresuraba, pensaba Mor, podría beber uno o dos vasos de jerez con Demoyte antes de que llegara Nan. Ésta insistía en llegar siempre tarde, cosa que continuamente irritaba a Handy. Después vendría el vino con la comida. Nan nunca bebía alcohol, y Mor, generalmente, tampoco bebía, en parte como resultado de la educación que había recibido, y en parte por razones de economía, pero disfrutaba bebiendo ocasionalmente con Demoyte o Tim Burke, aunque siempre experimentaba un sentimiento irracional de culpa.

Demoyte vivía a una distancia de tres millas del colegio, en una hermosa casa georgiana llamada Brayling's Close que había adquirido durante el período en que desempeñaba el cargo de director, y la había donado al colegio en su testamento. La había atestado de tesoros, especialmente de alfombras y tapices orientales, un tema en el que era experto y sobre el cual había escrito un tratado pequeño, pero definitivo. Demoyte era un erudito. Mor, cuyo talento era más especulativo que erudito, admiraba sin envidia su erudición; y le quería por su personalidad ruda, honrada y obstinada, y su lengua feroz, y también porque Demoyte tenía predilección por Mor. Éste reflexionaba a menudo que si Demoyte fuera un enemigo, presentaría un aspecto muy desagradable. Su largo período como director de St. Brides había estado marcado por violentas peleas con miembros del personal, y aún se referían a esa época como «el reino del terror». Un sentimiento de seguridad en el trabajo era un lujo que Demoyte no había tenido la delicadeza de conceder a los profesores de St. Brides. Si decaía la calidad de la enseñanza de un individuo, éste pronto descubría que Demoyte estaba deseoso de que se marchara, y cuando Demoyte quería que ocurriera algo, generalmente no pasaba mucho tiempo sin que así fuera.

No había sido fácil vivir con Demoyte, ni había sido fácil deshacerse de él. Persuadió al Consejo de Administración para que le mantuvieran en su cargo durante cinco años más de la edad de jubilación reglamentaria, y cuando acabó aquel período sólo pudieron inducirle a que se retirara después de un revuelo que requirió la presencia del inspector de la escuela para solucionar el caso. Desde que Mor llegó al colegio, hacía unos diez años, había sido el lugarteniente y la mano derecha de Demoyte, el intermediario entre la dirección y el personal, primero oficiosamente, después más oficialmente, desempeñando el cargo de subdirector. Mor era lo bastante sincero como para admitir que en ese papel había experimentado los placeres del poder absoluto sin remordimientos de conciencia. Había mitigado la tiranía, pero también había sido, en gran medida, su instrumento y, con frecuencia, había disfrutado de sus frutos.

A Demoyte le hubiera gustado que Mor le sucediera como director, pero St. Brides era una creación de la Iglesia anglicana, y el Consejo requería que el candidato a la dirección profesara, al menos de forma nominal, alguna variedad de la fe anglicana. Mor no podía cumplir este requisito, y el revuelo que organizó Demoyte con el propósito de cambiar los estatutos del colegio a este respecto, para permitir que Mor accediera a la candidatura, no alcanzó su objetivo. El propio Demoyte, según suponía Mor, debió de cumplir los

requisitos en un principio, pero cuando Mor lo conoció, hacía tiempo que su ortodoxia se había desgastado hasta acabar en una especie de conservadurismo obstinado y aristocrático. Mientras Demoyte fue director en St. Brides se habló poco sobre el cristianismo, aparte de la información estereotipada contenida en el Himnario Antiguo y Moderno, y los chicos tenían que aprender religión casi como aprendían todo lo relacionado con el sexo, hilvanando cuantas referencias sobre estos temas ruborizantes podían descubrir por sí mismos en los libros. Lo que importaba a Demoyte era la eficacia en el trabajo. Los profesores estaban comprometidos a demostrarla, y les despedían si eran incapaces de hacerlo; estando él al cargo del colegio, el número de becas anuales concedidas por St. Brides aumentó de forma constante. En lo concerniente a la moralidad, y cosas similares, Demoyte opinaba que si un muchacho cuidaba su latín, su carácter cuidaría de sí mismo.

Muy diferente era el punto de vista adoptado por el sucesor de Demoyte, el reverendo Giles Everard, a quien Demoyte trataba con abierto desprecio, y a quien siempre se refería como «el pobre Evvy». La educación del carácter era lo que más importaba a Evvy, y la aplicación en prosa latina la consideraba como una cuestión secundaria. Su primera innovación consistió en alterar el contenido del prospecto del colegio, que anteriormente reflejaba la predilección de Demoyte por los alumnos-estrella, de forma tal que sugería que *ahora* St. Brides estaba interesado no en la selección y protección del muchacho brillante, sino en la acogida del mediocre, e incluso del deficiente, guiándoles hacia la madurez, una madurez en este caso humilde. Demoyte observaba estos cambios con furia y con desdén.

Nan nunca sintió simpatía por Demoyte. En parte era debido a que Demoyte nunca sintió simpatía por ella, pero, en cualquier caso, jamás habría simpatizado con él, pensaba Mor. Nan detestaba la excentricidad, que invariablemente consideraba como afectación. No se molestaba, según le parecía a Mor, en pensar que quizá hubiera gente profundamente distinta de ella. Nan tenía, además, una tendencia a ser hostil con las personas solteras de ambos sexos, y las consideraba, en cierta forma, anormales y amenazadoras, y en Demoyte se había desarrollado de modo escandaloso —con la edad y el largo ejercicio del poder tiránico— el tipo de comportamiento de soltero que hacía sentirse a Nan particularmente intranquila. Demoyte era despótico en la conversación, y raramente sacrificaba el ingenio al tacto. Aunque era conservador por hábito y por convicción, había pocas instituciones que aceptara como indudables. El matrimonio no era una de ellas. En la sagrada intimidad del hogar, Nan se complacía en hablar de «nuestro matrimonio», pero

pensaba que éste no era un tema que, tanto en particular como en general, pudiera discutirse o incluso mencionarse en presencia de extraños, y todo aquel que quedaba fuera de las paredes del hogar era un extraño para ella. Demoyte no compartía tal delicadeza, y con frecuencia avergonzaba a Nan con explosiones verbales sobre el tema de los casados. «¡Una pareja casada es una máquina peligrosa!», decía, agitando un dedo y observando cómo lo tomaba Nan. «El matrimonio es el egoísmo organizado, con el beneplácito de la sociedad. ¡Qué difícil es que una persona casada entre en el Reino de los Cielos!» Y una vez, en una ocasión en que Mor defendió con dureza a Nan de los sarcasmos de Demoyte, éste casi les echó de su casa, gritando: «¡Puede que os tengáis que aguantar el uno al otro, pero yo no estoy obligado a aguantar a ninguno de los dos!».

Después de aquello, Mor tuvo grandes dificultades para persuadir a Nan de que le acompañara a las cenas de Demoyte. Pero sabía, de una forma oscura, que si se establecía la costumbre de ir solo, la hostilidad de Nan hacia Demoyte adoptaría una forma más activa y procuraría seriamente poner fin a la amistad. Así las cosas, Nan desahogaba su rencor en cada ocasión haciendo amargos comentarios a Mor mientras caminaban de regreso a casa. A veces, Mor asentía débilmente a estos comentarios, y en su interior se excusaba por su deslealtad hacia sí mismo diciéndose que así evitaba un mal mayor. Nan estaba dispuesta a tolerar a Demoyte a condición de que, al final, Mor y ella le juzgaran al unísono, y para aplacarla, Mor estaba dispuesto a permitir que el juicio pareciera final, y guardarse para sí sus reservas mentales.

En esta ocasión, mientras Mor cruzaba el patio asfaltado para dirigirse a los cobertizos de las bicicletas, desviando sus ojos automáticamente de las ventanas de las aulas en las que aún se desarrollaban las clases, recordó, con una pequeña punzada de desilusión, que aquella noche Demoyte no estaría solo. Mor a veces iba en bicicleta hasta Brayling's Close a última hora de la tarde, después de la cena, pero había algo especialmente sagrado en los breves encuentros antes de cenar, cuando la luz del salón de Demoyte llegaba como un placer intenso después de la reciente escapada del colegio. Mor se alegraba de que Demoyte tuviera invitados, pero le gustaba ver al anciano a solas primero, y normalmente lo lograba, ya que intentaba siempre llegar poco después de las cinco y media. Aquella tarde, no obstante, la retratista, la señorita Carter, estaría presente. Mor sentía una vaga curiosidad por aquella joven. Cuando su padre murió, unos meses atrás, los periódicos se llenaron de necrologías y elogios de su obra que contenían muchas referencias a ella. Se decía que tenía talento. Con respecto a su presencia y aspecto personales, Mor sólo había

podido obtener una información muy vaga del señor Everard, a quien, como había dicho Nan, no podía creérsele, por regla general, al juzgar al sexo opuesto. Los pensamientos de Mor se detuvieron por un instante en la chica y volvieron a Demoyte.

A pesar de la diferencia de sus puntos de vista políticos, y para sorpresa de Mor, Demoyte se mostraba muy a favor del plan de Tim Burke de hacer de Mor un candidato laborista. «No nos harás ningún daño —dijo a Mor—, puesto que, hagas lo que hagas en Westminster, no será precisamente gobernar al país, y te vendrá bien salir de esta maldita rutina. No me gusta verte de guardaespaldas del pobre Evvy. Es tan dolorosamente antinatural.» Mor compartía la opinión de Demoyte en este último tema. No obstante, esa tarde Mor ansiaba avisar a Demoyte de que no mencionara el asunto en presencia de Nan. La aprobación de Demoyte sólo incrementaría la oposición de ella al plan.

El cobertizo de las bicicletas de los profesores era una estructura de madera, ruinosa y cubierta de enredadera de Virginia, y estaba situado en un oscuro plantío de arbustos que se conocía como el jardín de los profesores, y que, nominalmente, estaba prohibido a los chicos. Junto a él había una extensión de grava cubierta de hierbajos, conectada por un sendero herboso con la avenida principal, en la que estaban aparcados el nuevo Austin del señor Everard y el viejísimo y enorme Morris del señor Prewett. Mor cogió su bicicleta y partió lentamente por el sendero. Avanzó bruscamente entre los árboles, se internó en la grava movediza de la avenida y llegó a la verja del colegio y a la suave superficie alquitranada de la carretera principal. Los coches circulaban a gran velocidad por la carretera de doble dirección, y Mor tardó un poco hasta que pudo cruzarla y alcanzar el otro sendero. Finalmente, se coló y empezó a pedalear cuesta arriba hacia el puente del ferrocarril. Era bastante empinada. Como de costumbre, la acometió con la intención de llegar a la cumbre sin desmontar. Abandonó el empeño en el lugar acostumbrado. Llegó a la cima del puente y empezó a bajar a toda velocidad por el otro lado.

Entonces apareció, a lo lejos, el Close. Desde ese lugar de la carretera era como estar en pleno campo. Las casas se encontraban momentáneamente escondidas detrás del puente, y el centro comercial, que se hallaba en una carretera paralela, al otro lado de los prados, aún no estaba a la vista. La casa de Demoyte se erguía allí, majestuosa y seria, como sacada de un grabado, con el mismo aspecto que tenía cuando llegaban visitas en carrozas desde Londres, a través de brezales infestados de salteadores de caminos, para informar a sus amigos del campo de cuál era el último papel de Garrick y el último refrán del doctor{*}. Mor esperó de nuevo a que

se produjera un hueco en el tráfico para volver a la carretera, se internó en el sendero de la casa de Demoyte y pedaleó por la desaliñada avenida de olmos viejos y precarios. Hacía tiempo que aquellos árboles estaban condenados, por ser peligrosos, pero Demoyte se negaba a que los derribaran. «Que lo haga Evvy cuando yo me haya ido —decía—. No le escatimaré ese placer. Tiene tan pocos.»

La fachada de la casa era alargada, construida con pequeños ladrillos de color rosa, y se arqueaba en dos ventanas salientes. Había una ancha puerta con pedimento de piedra separada de la avenida por un cuadrado de hierba. A un lado se extendía el jardín principal. Mor pedaleó entre dos pilares, bordeando la hierba. Dejó la bicicleta apoyada contra la pared de lo que había sido un cobertizo de carruajes y se dirigió a pie hacia la puerta principal. Tenía la sensación de que le observaban y, al levantar la cabeza, vio que la señorita Handforth le estaba mirando desde la ventana situada encima de la puerta. La saludó alegremente, agitando la mano. Era uno de los favoritos de Handy.

La señorita Handforth salió a su encuentro en el vestíbulo, doblando la curva blanca de la escalera con una vehemencia que hizo temblar la casa. Era una mujer de mediana edad, robusta y fuerte, con cara de león y pies como de rinoceronte. Había sido maestra de escuela elemental.

—Hola —dijo Mor—. ¿Qué tal, Handy? ¿Cómo está Su Señoría?

—Tan perezoso y pesado como de costumbre —dijo la señorita Handforth en tono enérgico—. Ha llegado usted pronto otra vez, pero no creo que importe —Handy nunca llamaba a la gente por su nombre. Tosía desenfrenadamente al hablar—. Tengo un constipado terrible, aunque es un verdadero misterio cómo puedo haberlo cogido con este tiempo. Debe ser fiebre del heno, pero ya se ha recogido todo el heno; no sé si eso tendrá que ver. Si quiere lavarse, pase directamente, ya conoce el camino; al cuarto de baño de abajo, por favor. El jefe se está levantando de la cama, pero la señorita No-sé-cuántos está en el cuarto de estar, por si usted quiere mostrarse amable. En otro caso, llame a la puerta del vestidor. Debo ir a echar una mirada a la cena.

La señorita Handforth salió, entre toses y estornudos, por una puerta de tapete verde, y se dirigió a la cocina. Mor fue a lo que ella llamaba el cuarto de baño de abajo e intentó lavarse las manos. Se le habían ennegrecido, como de costumbre, con los viejos manillares de goma. El jabón hizo poco efecto sobre la suciedad, pero gran parte de ésta quedó en la toalla. Mor, que por el tono de la señorita Handforth había deducido que ésta no sentía ninguna simpatía hacia el otro invitado del señor Demoyte, decidió no ir a mostrarse

amable, como ella decía, y, en su lugar, subió las escaleras y llamó a la puerta del vestidor de Demoyte. Se oyó un gruñido dentro.

—¿Puedo entrar? —dijo Mor.

—No —se oyó decir a la voz de Demoyte—. Vete. Has llegado endemoniadamente pronto. Hace tres minutos estaba dormido. Ahora tengo que tomar una decisión acerca de mis pantalones. No puedo recibirte en camisa. Hay una dama encantadora en el salón.

Mor dio la vuelta y bajó las escaleras lentamente. Se enderezó la corbata de una forma casi inconsciente. Mientras se dirigía hacia la puerta del salón, vio una sucesión de pasillos y al fondo la cocina; descubrió la figura de Handy en actitud de escucha. Mor hizo un ambiguo gesto de complicidad. Handy contestó con otro gesto y un ruidoso bufido. Mor no estaba seguro de lo que quería decir. Entró en el salón y cerró la puerta suavemente.

La habitación estaba llena de la luz amarilla del atardecer, y sus tres altas ventanas se encontraban totalmente abiertas al jardín. Éste daba a un lado de la casa, y dominaba una gran extensión de césped cercada, separada de la carretera por un muro de ladrillo. Detrás del césped había un seto de tejo oscuro, recortado en el centro por un arco de piedra, bajo la cual una puerta de hierro daba paso a un segundo jardín, invisible desde las ventanas. Este jardín consistía en una extensión de césped, con un ancho arriate herbáceo a cada lado. Detrás de él y a un nivel superior, se extendía un tercer jardín, al que se llegaba por un tramo de escalones de piedra. A cada lado de los escalones había dos arbustos de acebo cortados, y a cada lado de éstos, un arriate de boj de pequeña altura que crecía sobre el muro de flores colgantes que señalaba la diferencia de nivel entre los dos jardines. Este último era la rosaleda, una franja triangular que terminaba en una avenida de morales y que conducía al punto más alejado de la propiedad de Demoyte. Después había árboles más altos, a través de los que se divisaban, en invierno, los tejados rojos de las casas. En verano, sin embargo, ocultaban el horizonte, con excepción del lugar en que la línea quedaba interrumpida por la torre neogótica de St. Brides, apenas visible desde la casa, apuntando como un dedo hacia lo alto.

El salón estaba vacío. Mor experimentó cierto alivio. Volvió a ajustarse la corbata, y se sentó quedamente en una de las sillas. Adoraba esta habitación. En su propia casa, aunque los adornos eran escasos y elegidos por Nan para que armonizaran con las cortinas, nada parecía combinarse para formar una unidad. Los objetos permanecían separados, e invisibles casi sus formas y colores. Aquí, por el contrario, aunque la habitación estaba atestada y su contenido era excesivamente diverso, todo parecía unirse en un remolino de rojo y oro en el que cada cosa, además de contribuir al todo,

destacaba por sí misma. Una rica alfombra de Feraghan cubría el suelo, casi totalmente oscurecido por alfombras igualmente espléndidas que se extendían una junto a otra sobre su superficie. Había muebles aquí y allá, sin plan ni pauta, cuya intención única y evidente consistía en proporcionar la mayor cantidad de superficies planas en que acomodar copas, cuencos, jarrones, cajas, junto a una variedad de objetos más pequeños de marfil, jade, azabache, vidrio y ámbar. Los cojines *petit-point* se amontonaban en tal profusión sobre la mayoría de las sillas que resultaba difícil encontrar un sitio donde sentarse. Las paredes estaban empapeladas con un dibujo dorado y blanco, pero apenas eran visibles tras los espléndidos tapices que colgaban de ellas, extendidos en diversos ángulos entre el suelo y el techo, y brillando con una vitalidad sedosa, como pieles de animales fabulosos. Mor entrecerró los ojos, y las formas a su alrededor se hicieron más confusas e intensas. Dejó que los colores le penetraran. Descansó.

De repente, con una extraña sacudida de alarma, se dio cuenta de que había una mujer muy pequeña arrodillada sobre una mesa en el extremo más lejano de la habitación. No la había advertido al entrar, porque los colores de su vestido se desvanecían en el fondo circundante, y no había esperado verla en ese punto del espacio. Estaba de espaldas a él, al parecer examinando uno de los tapices que colgaban de la pared detrás de la mesa.

—¡Lo siento! —dijo Mor, levantándose—. ¡No la había visto!

La joven se volvió bruscamente, volcó la mesa con su peso, intentó saltar y, finalmente, cayó al suelo. Mor se dirigió corriendo hacia allí, pero ella se había recobrado antes de que llegara.

—Me asusté —dijo—. No le oí entrar.

Se miraron el uno al otro. Mor vio una chica muy baja, de aspecto joven, con el pelo oscuro y corto como el de un muchacho, y mejillas rosa oscuro, con una blusa de algodón negro y una falda roja laboriosamente floreada, y un collar de grandes perlas rojas, y por un instante tuvo aguda conciencia de lo que veía la chica: un profesor de mediana edad, con la cara contorsionada y el gris apuntando en el pelo.

—Soy Rain Carter —dijo la chica.

—Yo soy William Mor —dijo Mor—. Siento haberla asustado.

—No se preocupe —dijo la señorita—. Sólo estaba mirando este tapiz —hablaba de una forma ligeramente remilgada.

—Es uno de los tesoros del señor Demoyte —dijo Mor—. Creo que es un Shíráz —pensó, qué pequeña es, y qué parecida a un niño. Quizá Evvy tuviera razón, después de todo. Sus ojos eran castaño oscuro y huidizos, su nariz un poco ancha y ladeada. Una cara nada desagradable.

—*Es* un Shíráz —dijo la señorita Carter—. ¿Se da cuenta de la forma tan misteriosa en que se comportan los colores aquí? Cada trozo tiene su propia sombra, pero también hay un color de superficie en todo el tapiz que es diferente, una especie de rubor.

Hablaba con una solemnidad pedante, que a Mor le pareció conmovedora y absurda. Se sorprendió preguntándose si realmente sabría pintar. Extendió la mano para tocar el tapiz, y al moverlo cambió el brillo. La superficie era muy tupida y suave. Lo acarició durante unos momentos.

Antes de que Mor pudiera pensar una respuesta adecuada e impresionante para el comentario de la señorita Carter, entró Demoyte. Mor se volvió y le miró con cierta sorpresa. A esa hora de la tarde, el anciano normalmente aparecía vestido con una chaqueta de terciopelo raída, de color rojo, manchada de tabaco, y una corbata de lazo bastante flácida. Esa tarde, sin embargo, llevaba un traje gris, que Mor había visto en raras ocasiones, y una corbata corriente. Se había puesto una camisa limpia. Entró con la cabeza echada hacia adelante y avanzó majestuosamente hacia ellos. Aunque estaba un poco encorvado, aún era un hombre alto, con una cabeza casi grotescamente grande para su cuerpo. Parecía haberle crecido la nariz con la edad. Los ojos eran azules y miraba entre multitud de arrugas de una piel casi blanca. Algunas canas colgaban aún de su prominente cráneo formando una suave capa.

—¡Cómo! —gritó Demoyte—. ¿No le has ofrecido algo de beber a la señorita Carter? Mor, sólo sirves para maestro de escuela rural. Perdone nuestras costumbres provincianas, señorita Carter; no sabemos hacerlo mejor. ¿Quiere una copa de jerez? —empezó a servirlo.

—Gracias —dijo la señorita Carter—, pero no culpe al señor Mor. Acaba de verme en este momento. Creyó que yo formaba parte de un tapiz.

Mientras la señorita Carter contestaba a Demoyte, su remilgo se avivó tímidamente. Mor volvió a mirarla. Aunque no tenía acento, hablaba inglés como si no fuera su lengua nativa. Recordó que su madre era francesa.

—Y eso podría ser —dijo Demoyte—; una flor, un pájaro, un antílope —le alargó la copa con un ademán triunfal.

Sorprendieron a la señorita Handforth apoyada en la puerta.

—La cena está lista —dijo—, pero supongo que ustedes no.

—Váyase, Handy —dijo Demoyte—. Es demasiado pronto. Todos parecen desear que se acabe la tarde rápidamente. La media naranja del señor Mor todavía no ha llegado.

—Bueno, ¿qué hago con la cena? —dijo la señorita Handforth—. ¿Quemarla o dejarla que se enfríe? No me importa cuál de las dos

cosas, pero hágamelo saber.

Se oyó llamar a la puerta, y Nan entró en el vestíbulo. Mor vio aparecer su cabeza repentinamente detrás de la señorita Handforth.

—¡Nan! —dijo, como para protegerla de la hostilidad de la casa contra ella. Fue a ayudarla a quitarse el abrigo, un servicio que nunca parecía ocurrírseles prestar a Demoyte ni a la señorita Handforth, y la condujo al salón, tomándola de la mano. Nan había hecho lo que ella misma hubiera denominado un verdadero esfuerzo social, y llevaba un vestido negro, ajustado y elegante, con un collar de perlas que Mor había comprado a Tim Burke, a precio reducido, como regalo de aniversario de boda. Su pelo ondulado, brillante e impecablemente peinado, enmarcaba la cara oval y pálida, uniformemente empolvada y sin arrugas, la boca grande y los ojos perspicaces e inteligentes, sensatos, seguros, fuertes. Parecía una mujer alta y hermosa, bien vestida y confiada. Mor la miró con aprobación. En cualquier conflicto con el mundo exterior, Nan era, invariablemente, una aliada eficaz.

—Nan, te presento a la señorita Carter —dijo Mor, en vista de que Demoyte no decía nada—. Señorita Carter, mi mujer.

Las mujeres sonrieron y se saludaron mutuamente, y Nan, como de costumbre, rechazó la copa de jerez que Demoyte, como de costumbre, le había servido y ofrecido.

—Como dije antes, la cena está lista —dijo la señorita Handforth, que aún permanecía en la entrada—. Si las señoras quieren ir arriba primero, ya conocen el camino. Mientras tanto, traeré la sopa.

—¡Oh, cállese, Handy! —dijo Demoyte—. Denos un momento más para terminar el jerez, y no meta prisa a las señoras.

Nan y la señorita Carter aprovecharon la oportunidad para retirarse, y la señorita Handforth se dirigió con fuertes pisadas hacia la cocina. Mor se volvió hacia Demoyte para observarle. Demoyte le miró fijamente con los ojos brillantes y la nariz arrugada, formando lo que Mor había aprendido a reconocer como una sonrisa. La boca fuerte y sardónica de Demoyte no seguía las convenciones corrientes para sonreír.

—¿A qué se debe que esté tan elegante? —dijo Mor, señalando el traje.

—¡Ni una palabra! —dijo Demoyte en tono conspiratorio—. ¿Voy a dejar que una jovenzuela haga un compendio de mi persona? ¡No sabes lo que he sufrido durante las últimas veinticuatro horas! Quiere ver fotografías de mis padres, fotografías mías de niño, fotografías mías de estudiante. Quiere saber lo que he escrito. Poco le ha faltado para preguntarme si llevo un diario. Es igual que tener un psiquiatra en casa. Su sentido de la vocación es como una maza de vapor. Nadie lo diría al verla, ¿verdad? Pero voy a engatusarla.

Hasta ahora la he despistado perfectamente. ¡No sabrá cómo soy si puedo evitarlo! Estas ropas forman parte del juego. ¡Ssh! Ahí viene.

Todos entraron a cenar.

Habían llegado al postre. Nan comía metódicamente una pera y la señorita Carter picoteaba con delicadeza un racimo de uvas pequeñísimas. Mor paladeaba un oporto. Demoyte estaba sentado a la cabecera de la mesa y Mor en el extremo opuesto, con las damas entre ambos. Como Nan había predicho, no habían preparado cubierto para la señorita Handforth aquella noche. Ésta se alzaba monumental sobre la mesa, apoyándose en ella a veces mientras hacía algún comentario, estornudando de vez en cuando y resoplando en el cuello de las señoras.

Demoyte dijo:

—Le pedí al bueno de Bledyard que viniera para completar la fiesta, pero puso una excusa, evidentemente falsa. La señorita Carter todavía no conoce a nuestro Bledyard.

Bledyard era el profesor de Arte de St. Brides, un excéntrico.

—Estoy deseando conocerle —dijo la señorita Carter—. He visto algunas obras suyas. Son buenas.

—¿Sí? —dijo Mor—. ¡No sabía que Bledyard de verdad pintara!

—Lo hacía —dijo la señorita Carter—. He visto al menos tres buenos paisajes. Pero supongo que ahora mantiene teorías que interfieren con su pintura...

—Tiene la cabeza llena de jerigonzas —dijo Demoyte—, que utiliza para excusar el hecho de que ya no puede pintar. Así lo veo yo. Pero, por encima de todo, Bledyard es un hombre. Tiene algo en su interior. No como las pías muñecas con las que el pobre Evvy llenará el lugar dentro de poco. ¡Será mejor que te marches pronto, infiel! —dijo, dirigiéndose a Mor.

Mor, que estaba ansioso por atajar el peligroso tema de su marcha, dijo rápidamente:

—Creo que ambos tenemos que comer con el señor Everard el jueves, señorita Carter. Tengo entendido que Bledyard también está invitado.

Se arrepintió del cambio de conversación en seguida, porque le pareció que Everard, como de costumbre, había patinado al invitarle a él y no haber invitado a Nan. Este aspecto de la cuestión no le había chocado cuando Everard mencionó el almuerzo aquella tarde. Nan dejó el cuchillo de postre ruidosamente y bebió agua.

—No habrá alcohol en casa de Evvy —dijo Demoyte—. Será mejor que se aprovechen ahora. Tome más vino, señorita Carter. ¿A usted no puedo convencerla, señora Mor? Mire, la señorita Carter bebe como una esponja, y está más sobria que ninguno de nosotros.

Mor también lo había observado.

La señorita Carter no hizo caso de la broma. Dijo de forma un tanto solemne:

—Sólo he visto al señor Everard una vez. Estoy deseando verle de nuevo.

—¡Imposible! —dijo Demoyte—. ¿Qué piensa del pobre Evvy? ¡Veamos cómo juzga a Evvy! —hizo un guiño a Mor.

La señorita Carter titubeó. Lanzó una mirada rápida y suspicaz a Demoyte.

—Creo que tiene un rostro apacible y fresco —dijo con firmeza —. Parece un hombre sin ninguna malicia. Eso no es nada frecuente; y es bueno.

Demoyte pareció desconcertado por un instante. Mor se burló de él con la mirada.

—¡Pequeña puritana! —dijo Demoyte—. ¡Así que los demás no merecemos su aprobación! Permítame que le llene el vaso de nuevo.

—No, gracias, señor Demoyte —dijo la señorita Carter—. Por supuesto, hace falta tiempo para conocer a un hombre, y lo que he dicho es sólo una impresión. ¿Qué piensa usted, señora Mor?

Mor contuvo la respiración. Pensó que la pregunta era bastante descarada. Esperaba que a Nan no fuera a desagradarle la señorita Carter.

—Bueno —dijo Nan—, pienso que, fundamentalmente, el señor Everard es tonto, y si alguien es tonto, y además ocupa un puesto de autoridad, eso estropea sus buenas cualidades.

—¡Por una vez —gritó Demoyte— estoy en completo acuerdo con la señora Mor! Y ahora, queridos amigos, es la hora del café.

Tomaron café en la biblioteca. Mor también adoraba esta habitación. Estaba situada encima del salón y disfrutaba de la misma panorámica, pero era una habitación más amplia. Tenía tres ventanas altas, que se correspondían con las de abajo, y además una de las ventanas saledizas que daban a la carretera. Justo debajo de ella, y aislada del salón, había una pequeña habitación que la señorita Handforth, se suponía que en broma, llamaba su tocador. La ventana saliente al otro lado del vestíbulo pertenecía al comedor y, por encima, al dormitorio de Demoyte. Cerca de la biblioteca, en la parte trasera de la casa, estaba la habitación de huéspedes, que también disfrutaba de una vista al jardín, y a través de cuyas ventanas podía verse, después de oscurecido, un brillo rojizo que señalaba, a una distancia de unas veinte millas, el lugar donde se extendía Londres.

Todos los libros de Demoyte estaban protegidos por cristal, por lo que la estancia estaba llena de reflejos. Demoyte era un bibliófilo. A Mor, que no lo era, hacía mucho tiempo que le habían prohibido la

entrada en la biblioteca. Le gustaba despedazar un libro mientras lo leía, romper el lomo, manosear y doblar las páginas, escribir comentarios y subrayar. Le gustaba tener los libros cerca de él, sobre la mesa, en el suelo, al menos en estanterías sin puertas. Al verlos tan cercanos y tan destruidos, sentía que estaban casi dentro de su cabeza. Los libros de Demoyte parecían entes de otro mundo. Y, sin embargo, también le gustaba a Mor verlos: elegantes, rígidos e inmaculados, dorados y encuadernados en piel de becerro, libros para sostenerlos delicadamente en la mano y admirarlos, recordando el hecho, que Mor generalmente olvidaba, de que un libro es un objeto y no simplemente una colección de pensamientos.

Los otros se sentaron cerca de una de las lámparas. Mor deambulaba por la habitación. Se sentía libre y cómodo; casi, por un momento, feliz. Miró por la ventana. El Close nunca estaba en silencio, porque día y noche se oía el zumbido del tráfico de la carretera principal y el estruendo distante de los trenes y sus gritos tristes y agudos. Los faros de los coches, en un segundo plano, pasaban en ráfagas constantes que iluminaban los árboles y la superficie estriada de terraplenes arenosos. Mor regresó a la habitación. Examinó el grupo que estaba situado junto a la lámpara. Con los ojos aún llenos de la noche, se sentía distante y superior. La señorita Carter estaba sentada con las piernas dobladas bajo el cuerpo. Su falda formaba un gran arco en torno a ella, y la luz de la lámpara, que caía sobre la mitad inferior, hacía que refulgiera en rojos y amarillos. Parecía, pensó Mor, un pájaro pequeño y de plumas brillantes. Se dio cuenta de que estaba mostrándose grosero, y se volvió hacia una de las estanterías.

—¡Aparta tus garras de esos libros! —gritó Demoyte—. Tómate el café antes de que Handy se lo lleve. Sabes que sólo nos concede siete minutos.

Apareció la señorita Handforth. Llevaba un delantal bastante mugriento, y era evidente que estaba fregando.

—¿Puedo llevármelo ya —dijo—, o soy inoportuna? —Estornudó. Nan desvió ostentosamente la cabeza mientras Handy se afanaba en correr las cortinas. Mor tragó su café a toda prisa, y se llevaron la bandeja.

Mor se unió a la conversación. Advirtió que Nan estaba inquieta, y sabía que estaba calculando el momento apropiado para levantarse y marchar. Casi podía oír cómo contaba los segundos.

—Creo que deberíamos irnos ya —dijo Nan, al cabo de un rato. Miró a Mor.

—Sí, supongo que sí —dijo Mor. No quería irse aún.

Nan se levantó con determinación. Demoyte no intentó detenerla. Los invitados se dirigieron, formando un grupo cortés, hacia la

puerta.

—Le pedí a Handy que cortara unas rosas para ti —dijo Demoyte —, pero tengo la desagradable impresión de que lo ha olvidado. ¡Handy! —gritó, por encima del pasamanos—. ¡Rosas para la señora Mor!

Mor se emocionó. Sabía que las rosas eran, en realidad, para él, como respuesta a la admiración que había expresado unos días antes por la rosaleda.

La señorita Handforth salió de la cocina con un fuerte golpe de la puerta de tapete verde.

—No bajé hoy al jardín —anunció.

—Bueno, baje *ahora* —dijo Demoyte en tono irritado. Estaba cansado de la velada.

—Sabe que no veo en la oscuridad —dijo la señorita Handforth, consciente de que Demoyte no lo decía en serio—. Además, ha caído rocío.

Nan dijo simultáneamente:

—Por favor, no se moleste. Hubiera sido *precioso*, pero ahora no se moleste.

Mor sabía que no le interesaban las rosas. Nan pensaba, por lo general, que las flores eran algo bastante sucio e insano. Pero, de todas formas, le complacía poder subrayar que Handy hacía mal.

—¡Déjenme que vaya! —dijo la señorita Carter de repente—. Veo bien en la oscuridad. Sé dónde están las rosas. Cortaré unas cuantas para la señora Mor —bajó corriendo la ancha escalera delante de ellos.

—¡Estupendo! —dijo Demoyte—. Handy, dele las tijeras grandes que están en el cajón del vestíbulo. Ve con ella, Mor, y cuida de que encuentre el camino. Yo entretendré a tu dama. Pero, por el amor de Dios, no tarden.

La señorita Carter cogió las tijeras y desapareció por la puerta principal. Mor corrió tras ella, y cerró la puerta. Era una noche cerrada y algo fría. No podía ver, pero incluso sin luz reconocía el camino que conducía a la puerta de madera del muro tras la cual se hallaba el jardín principal. Oyó el batir de la puerta delante de él, y al momento sintió contra la mano su superficie fría y dócil. Salió al césped silencioso, cubierto de rocío. Oía el tráfico distante y veía los destellos intermitentes de los faros, pero todo a su alrededor permanecía oscuro e inmóvil. Parpadeó, y vio la pequeña figura que se alejaba rápidamente por el césped.

—¡Señorita Carter! —dijo Mor en voz baja—, espéreme, yo también voy.

Después del resplandor de la casa, el jardín parecía extraño, preñado de árboles y arbustos, abierto al rocío y a las estrellas. Se

sintió casi asustado.

La señorita Carter se había detenido y le esperaba. Parecía menos diminuta, sin objetos con que compararla. Vio el destello de sus ojos en la oscuridad.

—Por aquí —dijo ella.

Mor la seguía a ciegas.

—Sí, puede ver en la oscuridad —dijo—. Ojalá yo pudiera.

Atravesaron el seto de tejo bajo la arcada y llegaron al segundo jardín.

Caminaron en silencio por el césped. Mor, extrañamente, se sentía respirar con dificultad. La señorita Carter posaba los pies con mucha suavidad sobre la tierra y no hacía ningún ruido al caminar. Mor también intentaba pisar suavemente, pero sentía y oía bajo sus pies la humedad de la hierba cortada a ras de la tierra. Un intenso perfume de tierra mojada y flores oscurecidas les rodeaba y apagaba los ruidos del mundo exterior. Mor veía muy poco, pero seguía a la forma oscura y móvil de la muchacha que marchaba delante de él. Aún estaba aturdido por lo repentino de la transición.

Llegaron a las escaleras que conducían al tercer jardín. La señorita Carter subió los escalones como un pájaro, y durante un momento él vio la palidez de su brazo destacado contra el arbusto de acebo negro al volverse para aguardarle. Mor se precipitó hacia adelante, sus pies en busca del escalón inferior. Tropezó y casi cayó.

—Venga por aquí —dijo ella desde arriba—, por aquí.

Hablaba en voz baja, obligada por el jardín. Descendió los escalones, y él advirtió que le estaba tendiendo la mano. Mor la tomó y dejó que le guiara. Ella le sujetaba con firmeza. Pasaron entre los arbustos de acebo negro, y se soltaron. Mor sintió una fuerte conmoción en su interior, como si algo muy lejano se hubiera hundido o roto. Experimentaba una confusa sensación de sorpresa. La luna salió de entre las nubes durante un momento, y de repente se vio el cielo en movimiento.

La rosaleda se extendía a su alrededor, estrechándose hacia el lugar en que terminaba la hacienda de Demoyte, en la avenida de morales. Mor nunca la había visto de noche. Parecía diferente, como si la avenida fuera inmensamente larga, y Mor tuvo la ilusión, extraña y momentánea, de que era en aquella dirección donde se encontraba la casa, a lo lejos, al final de la avenida; la casa de Demoyte, o bien su doble, donde todo ocurría de forma distinta.

—*Quelle merveille*!—dijo la señorita Carter en voz baja. Dio unos cuantos pasos rápidos por la hierba, y se detuvo, elevando la cara a la luz de la luna. Un momento después, empezó a correr, y rodeó con sus brazos el tronco del primer moral de la avenida. Las ramas por encima de ella murmuraban como un río.

Mor tosió. Se sentía ligeramente avergonzado por aquellos arrebatos.

—Ya sabe que no debemos tardar mucho —dijo.

—Sí, sí —dijo la señorita Carter, mientras se separaba del árbol —; las cogeremos rápidamente.

Empezó a correr entre los arriates, cortando los capullos que estaban parcialmente abiertos. Las tijeras se movían con rapidez, y las rosas de largo tallo quedaban esparcidas por la hierba. La luna blanqueaba las más pálidas, oscurecía las más oscuras, como sangre. Mor intentó coger una rosa, pero como no tenía nada con qué cortarla, sólo consiguió pincharse y destrozarla.

—Déjeme a mí —dijo la señorita Carter, acercándose a recortar la flor que colgaba—. Bueno, con esto es suficiente.

Mor estaba ansioso por volver. Imaginó a Nan y a Demoyte esperando impacientes en el vestíbulo. Además, había algo sobre lo que quería reflexionar. Se apresuró a bajar los escalones de piedra, sus ojos ya acostumbrados a la oscuridad, y corrió ruidosamente por el césped hacia el seto de tejo. Allí esperó, y abrió la puerta de hierro para la señorita Carter. La verja tintineó tras ellos, y vieron las ventanas iluminadas de la casa, en las que la señorita Handforth ya había corrido las cortinas, como preparación para la noche. Atravesaron la puerta de madera, y al momento se hallaron en el vestíbulo, parpadeando y frotándose los ojos ante la brillante luz. La señorita Carter apretaba el gran ramo de rosas contra su pecho.

—Tardaron un siglo —dijo Nan—. ¿Se perdieron?

—No —dijo Mor—; es que estaba muy oscuro.

—Aquí tiene las rosas —dijo la señorita Carter, mientras intentaba separarlas de donde se habían prendido a su blusa de algodón—. Convendría envolverlas con algo.

—Tome el *Evening News* —dijo Demoyte, cogiéndolo de la mesa —. No lo he leído, pero al diablo con él; ya se ha acabado el día.

Nan extendió el periódico sobre la mesa, y la señorita Carter puso las rosas encima, al tiempo que intentaba ordenarlas.

—¡Qué bonitas! —dijo Nan—. La señorita Carter debe quedarse con una, ¿no creen? —eligió una rosa roja oscura y la tendió a la señorita Carter, que la cogió e intentó prenderla torpemente en su pecho. No lo consiguió, y la sujetó en la mano, contra su falda.

—Bueno, coged las flores y marchaos —dijo Demoyte, que bostezaba y quería, a todas luces, irse a la cama—. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, señor —dijo Mor—, y gracias. Buenas noches, señorita Carter.

—Buenas noches —dijo Nan—. Gracias por las rosas.

—Buenas noches —dijo la señorita Carter.

Nan y Mor salieron a la grava ante la puerta principal. La casa

proyectó su brillo sobre ellos durante un momento, y vieron las figuras de Demoyte y de la señorita Carter que agitaban la mano en señal de despedida. Entonces, se cerró la puerta y se apagó la luz que había sobre ella. Demoyte no acostumbraba a acompañar a sus invitados hasta la calle. Nan esperó mientras Mor buscaba su bicicleta en la oscuridad. Bajaron por la calzada, Mor empujando la máquina. Nan le tomó del brazo.

—¡Gracias a Dios que se ha acabado! —dijo ella—. Ha sido bastante gris, ¿verdad?

—Sí —dijo Mor.

—¿Qué piensas de la señorita Carter? —dijo Nan.

—No mucho —dijo Mor—. Cohíbe un poco. Es un tanto solemne.

—Se toma demasiado en serio a sí misma —dijo Nan—. Pero, realmente, es un pequeño payaso. Es evidente que se lleva a las mil maravillas con Demoyte cuando no hay nadie presente.

—Puede ser —dijo Mor, que no había pensado en eso.

—Estuvisteis un siglo en el jardín —dijo Nan—. ¿Qué pasó?

—Nada —dijo Mor—, nada en absoluto.

Siguieron caminando en silencio y llegaron a la carretera principal. Mor revivía en su mente la curiosa sensación de conmoción que había experimentado en los escalones de piedra. Le resultaba difícil interpretarlo.

Capítulo tres

—Rigden —dijo Mor.

Siguió un largo silencio. Mor daba clase de Latín a quinto curso, una tarea que a veces se le imponía durante la ausencia por enfermedad del señor Baseford, el profesor de Clásicas. Era el día siguiente a la cena en casa de Demoyte. Era una tarde calurosa, la primera clase después de la comida, un período que Mor detestaba. Una mosca zumbaba en la ventana. Veinte chicos estaban sentados con las *Elegías de Propercio* ante ellos. Estaba claro que Rigden no entendía la línea en cuestión.

—Vamos, Rigden —dijo Mor en tono de hastío—, inténtelo. Puede traducir la primera palabra, al menos.

—*Tú* —dijo Ridgen. Era un muchacho de aspecto ligeramente estrafalario, con una cabeza pequeña. Adoraba a Mor. Su incapacidad para complacerle constituía una de las tragedias de sus días escolares. Se inclinó atentamente sobre el libro.

—Eso es —dijo Mor—, y ahora, la segunda palabra.

Se elevó un grito de risa incontrolada en el aula contigua. Era la clase de Matemáticas del señor Prewett. Prewett, por desgracia, era incapaz de mantener el orden. Mor sabía que mantener el orden es un don de la naturaleza, pero de todas formas, despreciaba un poco a Prewett. A él le bastaba con mirar a los chicos para que se callaran.

—*Sólo* —dijo Rigden.

—Sí —dijo Mor—; siga.

Rigden miró la página con abatimiento.

—*Mientras esté permitido* —dijo.

—*Lucet*, bobo, no *licet* ¿Carde?

Jimmy Carde era uno de los enemigos de Mor. Era también el amigo íntimo del hijo de Mor, Donald. Mor nunca se sentía a gusto

con Carde.

—*Mientras haya luz* —dijo Carde. Hablaba de una forma despreocupada y superior, sin apenas abrir la boca, como si supusiera una concesión por su parte el prestarse a esos absurdos procedimientos.

—Eso es —dijo Mor—. Rigden, continúe usted.

Rigden empezaba a desesperarse. Contempló el libro, mordiéndose el labio.

—Espabílese —dijo Mor—; no disponemos de todo el día — suspiró y oyó el tráfico que murmuraba somnolientamente en la distancia. Volvió a su conciencia el pensamiento, que no se había alejado demasiado durante la clase, de que a las tres y cuarto tenía que reunirse con la retratista, la señorita Carter, para mostrarle el colegio. Una nota del señor Everard que se encontró en su casillero aquella mañana comunicaba la petición, y desde su llegada, Mor había tenido poco tiempo para reflexionar. Sólo había experimentado, por alguna razón que le resultaba oscura, una ligera sensación de desilusión e irritación porque su próximo encuentro con la señorita Carter no fuera en la comida en casa del señor Everard, que había fijado en su mente como la próxima ocasión en que la vería.

—*Las vidas no abandonen la fruta* —dijo Rigden con desesperación, tirando por la borda toda cautela.

—No —dijo Mor—. ¿Lo ha preparado, Rigden?

—Sí, señor —dijo Rigden sin levantar los ojos, y tratando de dar a su voz un tono de inocencia insultada.

—Bien, será mejor que se quede después y hablemos de ello — dijo Mor—. Casi ha acabado la clase. ¿Alguien puede terminar de traducir? Carde, ¿podría traducir las últimas seis líneas?

Carde estaba sentado tranquilamente, mirando el poema. Era un buen traductor, y no tenía prisa. Carde era eficiente, y Mor respetaba la eficiencia. En el momento de renovado silencio, miró de nuevo el poema. Lo había elegido aquella mañana como traducción preparada. Quizá, después de todo, fuera demasiado difícil. Quizá, también, no muy adecuado. Sus ojos recorrieron las líneas.

Tu modo, dum lucet, fructum ne desere vitae.
Omnia si dederis oscula, pauca dabis.
Ac veluti folia arentes liquere corollas,
Quae passim calathis strata natare vides,
Sic nobis, qui nunc magnum speramus amantes,
Forsitan includet crastina fata dies.

Carde se aclaró la garganta.

—¿Sí? —dijo Mor. Consultó su reloj. Vio que la clase casi había terminado, y le invadió una ligera sensación de intranquilidad.

—Mientras quede luz —dijo Carde, hablando con lentitud en su tono alto y pausado— no renunciéis a la alegría de vivir. Si llegarais a dar todos vuestros besos, daríais demasiados pocos. Y al igual que caen las hojas de las guirnaldas marchitas que veis derramadas sobre las copas y allí flotando, así para nosotros, que ahora como amantes esperamos tanto, quizá el destino nos quite el mañana.

—Sí —dijo Mor—, sí. Muy bien, Carde. Gracias. Ahora ya se pueden ir todos. Rigden, espere un momento, por favor.

Al instante se produjo un estruendo, y entre un golpeteo de libros y cubiertas de pupitres, todos se precipitaron hacia la puerta. Carde fue el primero en salir. La clase del señor Prewett, a todas luces, había terminado al mismo tiempo, y hubo una confluencia de estrépitos. La amonestación de Rigden duró poco tiempo, y Mor se dirigió a grandes zancadas al húmedo pasillo para dispersar el tumulto. Segundos después salía a la luz del sol por la puerta del edificio que llevaba el prosaico nombre de la escuela principal, y miró a su alrededor.

Los edificios principales de St. Brides se agrupaban irregularmente alrededor de un gran cuadrado de asfalto que llamaban patio de juego, si bien la única cosa que estaba estrictamente prohibida allí era jugar. Los edificios consistían en cuatro bloques de ladrillo rojo: la escuela principal, que contenía el vestíbulo y la mayoría de las aulas de los cursos superiores, y estaba coronada por la torre neogótica; la biblioteca, que además contaba con unas cuantas aulas, y se hallaba junto a la escuela principal, sobresaliendo de ella en ángulo recto; la residencia, frente a la biblioteca, donde comían y dormían los estudiantes, y «el gimnasio y la b», frente a la escuela principal, que albergaba el gimnasio, algunos laboratorios, las oficinas administrativas y dos pisos para profesores residentes. La finca de St. Brides era amplia, pero se extendía por la ladera de una colina, lo que ocasionaba notables problemas en los campos de deporte situados detrás de la escuela principal, que se ensanchaban hacia los límites de la urbanización y el laberinto de carreteras, en medio de las que se encontraba la casa de Mor. El patio de juego estaba conectado con la carretera principal por un camino de grava que atravesaba un plantío de arbustos, más allá del jardín de los profesores; pero los terrenos más extensos se encontraban colina abajo, pasada la biblioteca. Allí había un bosque de robles y abedules cubierto de helechos y maleza y surcado por muchos senderos serpenteantes, profundos y mullidos con las hojas viejas, el paraíso de los chicos más jóvenes. En el lindero de este bosque, y a la vista de la biblioteca, se alzaba la capilla, un edificio

oblongo y achaparrado de ladrillo más ligero y de fecha más reciente, que no se distinguía mucho de una central depuradora. Detrás, ocultos entre los árboles, se hallaban los tres pabellones a los que pertenecían los muchachos que no eran becarios, en los que vivían y comían y, si eran mayores, tenían sus habitaciones particulares. Eran el pabellón de Mor y el del señor Prewett, y el tercero se encontraba bajo la tutela del señor Baseford, que se hallaba ausente por enfermedad. Los pabellones llevaban los nombres de sus tutores, y los profesores fomentaban continuamente una aguda rivalidad entre ellos. Más allá del bosque, a lo largo de la carretera principal que bordeaba los jardines de la escuela por ese lado, se encontraban las canchas de squash y la piscina y, al otro lado, al final de las casas, estaban las aulas de Música y el estudio. Al pie de la colina había una extensión de césped descuidado y un intento poco entusiasta de jardín con flores, y detrás, una casa victoriana de estuco blanco, habitada, *de oficio*, por el señor Everard. Allí acababa la finca.

La nota del señor Everard dirigida a Mor decía que la señorita Carter le esperaría en el patio de juego al final de la primera clase de la tarde. Mor miró a su alrededor, pero no la vio. El fuerte sol lanzaba rayos oblicuos entre la biblioteca y el edificio del gimnasio, dorando la superficie oscura e irregular del asfalto. Despedía calor, y el aire se estremecía ligeramente. A quien vio Mor, en la esquina del patio de la biblioteca, fue a su hijo Donald. Jimmy Carde se acercaba hacia él por el asfalto soleado, ejecutando una serie de espectaculares saltos y piruetas. Llegó hasta donde se encontraba Donald y chocó violentamente con él como un balón al rebotar. Dieron vueltas cogidos por los hombros. Desde lejos Mor vio aquel encuentro sin ninguna satisfacción.

Empezó a caminar por el patio en dirección a la biblioteca. Miró a su alrededor en busca de la señorita Carter, que no estaba por ninguna parte, y con el rabillo del ojo siguió observando a la pareja, que aún giraba. Cuando Mor se aproximaba a la puerta principal de la biblioteca, vio que Donald y Carde habían notado que se acercaba. Se separaron y, al momento, Carde se volvió a toda velocidad por el espacio abierto, saltando desaforadamente en el aire y abriendo los brazos, con las manos y los dedos extendidos hasta que, finalmente, y con una cabriola grotesca, desapareció por la puerta de la residencia. Carde era becario. Donald se quedó solo en la esquina del edificio de la biblioteca. Evidentemente, dudaba sobre lo que debía hacer. Le hubiera gustado escabullirse, pero ahora que estaba en el campo de visión de su padre, le parecía inadecuado hacerlo. Por otro lado, Donald no tenía ninguna intención de aproximarse a su padre. Se quedó totalmente inmóvil, apretando su libro y observando con

ojos vidriosos si Mor se dirigía hacia la biblioteca o pasaba al extremo más lejano del edificio.

Mor también titubeaba. Los encuentros casuales entre él y su hijo durante las horas de colegio les avergonzaban a ambos, y Mor los evitaba en la medida de lo posible. No obstante, pensó que no podía ignorar a Donald. Aquello heriría al chico incluso más. Así que se dirigió hacia él. Donald esperaba a su padre, sin moverse del sitio.

—Hola, Don —dijo Mor—; ¿qué tal?

Donald le miró y desvió la vista en seguida. Era ya lo bastante alto como para mirar a Mor a los ojos; en realidad, había entre ellos una diferencia escasa de una pulgada. El parecido con su padre era considerable. El muchacho tenía el pelo oscuro y crespo de Mor, su nariz torcida y su sonrisa ladeada. Los ojos, sin embargo, eran más oscuros y recelosos. Los ojos de Mor eran de un gris moteado, los de Donald, de un castaño melancólico. Los puntos negros de la barbilla anunciaban una barba oscura y vigorosa. Pero su cara era blanda, y aún conservaba la indeterminación de la infancia. Su boca era informe y aniñada, no firmemente definida.

Donald tardaba en crecer, tardaba demasiado, pensó Mor con cierta tristeza. Se lamentaba por la extraña falta de madurez de su hijo. A una edad en que él había devorado libros de todo tipo con una insaciable hambre de conocimientos, Donald parecía no tener ningún interés intelectual. Estudiaba Química de forma irregular, lo suficiente para evitar los castigos, pero aparte de esto, y por lo que Mor podía observar, Donald parecía no hacer nada en absoluto. Pasaba mucho tiempo haraganeando, hablando con Carde y con otros, o incluso —lo que se le antojaba a Mor aún más extraño— solo. Se pasaba las horas muertas apoyado en la ventana, o bien sentado en la hierba en el jardín inferior detrás del bosque, con los brazos en torno a las rodillas, sin hacer absolutamente nada. Este tipo de vida le parecía a Mor extremadamente misterioso. Pero aún no se había aventurado a reprender a Donald, ni a preguntarle siquiera cómo utilizaba su tiempo. Hasta entonces las lecturas de Donald consistían, fundamentalmente, en *Tres hombres en una barca*, que leía una y otra vez, riendo siempre sin moderación, y en diversos libros sobre alpinismo que escondía cuidadosamente de su madre. Durante las vacaciones iba, incansable e indiscriminadamente, al cine. Mientras Mor le miraba, y observaba su cara recelosa y ladeada, sintió una profunda tristeza por no ser capaz de expresarle su amor a su hijo, y porque quizá Donald no supiera que existía tal amor.

—Bien —dijo Donald—. Voy a las canchas —Donald era un fanático jugador de críquet.

—Estás en el equipo del pabellón, ¿no? —dijo Mor. Donald

estaba en el pabellón del señor Prevett.

—Sí, señor —dijo Donald—. Entré el año pasado.

Se volvió a medias, sin estar seguro de si resultaría grosero marcharse.

Pero Mor quería retenerle allí, retenerle hasta que hubieran dicho algo que supusiera una comunicación real entre ellos. Deseaba que Donald le mirara a los ojos. Detestaba que le llamara «señor».

—Carde tradujo bien en la clase de Latín —dijo Mor. Se sentía ansioso por decir algo agradable sobre Carde.

—Ah, sí —dijo Donald.

Mor se preguntó si Donald le diría a Carde que había dicho eso, y si le gustaría a Carde que se lo dijera. Qué poco sabía de ellos. Miró el libro que Donald llevaba debajo del brazo. Sabía, por experiencia, que el muchacho detestaba que le preguntaran qué leía. Pero la curiosidad venció a su buen juicio.

—¿Qué libro es ése, Don? —preguntó.

Donald se lo dio sin pronunciar palabra. Mor miró el título. *Los quinientos mejores chistes y acertijos*.

—Hmmm —dijo Mor. No se le ocurría ningún comentario sobre el libro. Se lo devolvió a su hijo.

En ese momento, Mor vio, por encima del hombro de Donald, una pequeña figura que se aproximaba. Era la señorita Carter. Mor observó en seguida, con cierta irritación, que llevaba pantalones. Donald se volvió a medias, la vio, murmuró una excusa, se retiró rápidamente y puso pies en polvorosa, corriendo hacia los campos de deporte.

—Siento llegar tan tarde —dijo la señorita Carter—, y espero no molestarle en este momento. ¿Uno de sus alumnos?

—Mi hijo —dijo Mor.

La señorita Carter pareció sorprendida. Miró a Mor con curiosidad.

—No creí que pudiera tener un hijo tan mayor —dijo, con una ligera cadencia en su voz extraña y cuidada.

—Bien, ya ve que sí puedo —dijo Mor torpemente. Esperaba que no hubiera llamado la atención por llevar pantalones. Eran negros y ajustados, estrechos en los tobillos. Con ellos, la señorita Carter llevaba una camisa de un azul intenso, zapatos de lona azul, y ningún otro adorno. Era delgada, pero, de todas formas, con ese atuendo parecía, pensó Mor, un escolar disfrazado de golfillo parisiense.

—Debe ser maravilloso tener un hijo mayor —dijo la señorita Carter.

—Está bien —dijo Mor—, pero tiene sus momentos borrascosos. ¿Vamos por aquí?

Empezaron a caminar hacia la puerta principal de la biblioteca.

—Veo que está irritado por mis pantalones —dijo la señorita Carter—, y si lo hubiera pensado mejor, no los llevaría. Pero me los pongo para trabajar, y no se me ocurrió cambiarme. La próxima vez lo haré.

Mor rió, y su irritación desapareció por completo. Le condujo por las escaleras para enseñarle la biblioteca. Mientras caminaban en silencio por entre las mesas llenas de libros sobre los que se inclinaban los chicos mayores, Mor se sorprendió preguntándose si la señorita Carter recordaría con algún interés que la pasada noche, en el jardín, le había tomado la mano. No lo creía así. La especulación se abrió paso calladamente en la mente de Mor, y la abrigó allí sin emoción. Mientras descendían las escaleras, volvió a olvidarla.

Cruzaron el patio de juego en dirección a la escuela principal. Mor pensó que le enseñaría a la señorita Carter el salón de actos a continuación. Lo encontraron vacío, las filas de ventanas abiertas de par en par y mostrando una pendiente de pinos y una panorámica distante de los campos de deporte. Estaba cargado de la melancolía del verano. Unas cuantas mariposas revoloteaban de acá para allá junto a las vigas. Las cortinas de terciopelo del estrado oscilaban con la ligera brisa que entraba por las ventanas. Sus pies producían eco sobre las tablas.

—Éste es el salón de actos —dijo Mor. Lo miró con tristeza. Le resultaba deplorablemente familiar.

—Debe decírmelo todo acerca del señor Demoyte —dijo la señorita Carter de repente.

—¿Qué quiere saber? —dijo Mor. Pensó que casi había esperado aquello. Regresaron lentamente al aire libre.

—Bueno, todo —dijo la señorita Carter—, todo lo que sepa. Como comprenderá, pintar un retrato no es sólo una cuestión de sentarse y pintar lo que se ve. Cuando se trata de la cabeza humana, interpretamos lo que vemos más inmediata y profundamente que cualquier otro objeto. Una persona aparece diferente cuando la conocemos; puede aparecer incluso diferente en cuanto conozcamos una cosa en particular sobre ella. Y, en cualquier caso, hay problemas más simples. Deben elegirse las ropas que esa persona ha de llevar en el cuadro, la postura que debe adoptar, la expresión de la cara, el fondo, los accesorios. La consideración de todas esas cosas afectará entonces a los medios y a la técnica. Es imposible apresurarse.

Mor sonrió para sus adentros ante este discurso, que había sido pronunciado en un tono ligeramente pomposo y didáctico. Caminaban entonces por el patio de juego, hacia el gimnasio. Se

preguntó si sería ésta la propia voz de la señorita Carter, o la voz de su padre. En parte para probarla, dijo:

—¿Por qué quiere saber más sobre Demoyte? ¿Quién sabe qué aspecto de él es auténtico? Quizá usted, al conocerle por primera vez, y sin saber más de lo que ve, le verá con mayor autenticidad que nosotros, que le conocemos desde hace tanto tiempo.

—Soy una retratista profesional —dijo la señorita Carter de forma un tanto remilgada—, y me han contratado para pintar a *su* señor Demoyte, no a *mi* señor Demoyte.

Mor silbó para sus adentros. Entendió entonces lo que quiso decir Demoyte cuando declarara que el sentido de la vocación de la señorita Carter era como una maza de vapor. Entraron en el gimnasio. Estaba lleno de chicos de los cursos inferiores, que se suspendían de cuerdas, se enroscaban en barras, saltaban el potro o brincaban por el suelo de esa forma parecida a las ranas que tienen los chicos pequeños. El señor Hensman, el profesor de Gimnasia, sonrió y saludó a Mor con la mano. A Mor le agradaba. Animaba mucho a Donald.

La señorita Carter observó durante un rato la pululante escena. Después dijo, mientras se alejaban:

—Por supuesto, lo que acabo de decir es una tontería pretenciosa. Lo que el señor Demoyte llamaría jerigonza. Al menos le conozco lo suficiente como para saber que ésta es una de sus palabras favoritas. Quiero pintar un retrato que realmente se parezca a él. Todos pensamos que en cada persona existe algo que te dice cómo es en realidad, pero eso se tarda cierto tiempo en aprender. Creo que usted sabe cómo es el señor Demoyte, y yo quiero descubrirlo.

Volvieron a caminar por el patio, y entraron en la residencia. Mor sentía un nuevo respeto por la señorita Carter, y por primera vez se le ocurrió que le gustaba. Se preguntó dónde se habría educado. Suponía que en un *lycée* francés. Le hubiera gustado preguntárselo, pero hubiera sido demasiado descarado.

—Bueno, haré lo que pueda —dijo Mor—. Aquí está uno de los dormitorios principales de los becarios.

Abrió la puerta y mostró las dos largas hileras de camas de hierro, todas con colchas azules. Junto a cada cama había una cómoda, en cuya parte superior se permitía poner a cada muchacho no más de tres objetos. Entre las camas había cortinas blancas que se descorrían durante el día.

Este espectáculo pareció interesar a la señorita Carter más que el del gimnasio y el salón de actos.

—Parece holandés —dijo—. ¿Por qué será? Tantos materiales blancos, y la luz... ¿Duerme su hijo aquí?

La pregunta molestó a Mor.

—Mi hijo no es becario —dijo—. Además, sólo los muchachos más jóvenes duermen en dormitorios. Los mayores duermen en sus propias habitaciones.

—Hay algo conmovedor en los dormitorios —dijo la señorita Carter—. He visto cementerios que conmueven de la misma forma.

Empezaron a descender la escalera.

—Tengo la impresión, por ejemplo —dijo la señorita Carter—, de que el señor Demoyte intenta engañarme deliberadamente acerca de algunas cosas. Desde que llegué, estoy casi segura de que se ha puesto ropas que normalmente no lleva. Tengo esa impresión no sólo por el olor a alcanfor, sino por cómo le queda la ropa.

Mor rió. No sentía ninguna obligación de mantener el absurdo secreto de Demoyte.

—Tiene razón —dijo—. Demoyte raramente se pone un traje. Por lo general, lleva pantalones de pana y una chaqueta de *sport* durante el día, y pantalones negros y un batín de terciopelo por la noche. Y una corbata de lazo, por supuesto.

—Sospechaba lo de la corbata de lazo —dijo la señorita Carter— por cierto gesto que hace, como si se la ajustara. Sí. ¿Pero por qué querrá engañarme?

—No quiere que una jovenzuela haga un compendio de su persona —dijo Mor. La miró de reojo.

La señorita Carter sonrió débilmente.

—Pero voy a hacerlo —dijo—. ¡Lo haré!

No es la voz de su padre, pensó Mor. Es ella misma. Empezaron a bajar la colina por la pendiente de césped descuidado que separaba el edificio de la biblioteca de los primeros árboles del bosque.

—¿Le gustaría ver la capilla? —dijo él.

—No, gracias —dijo la señorita Carter con firmeza—. No vestida así. Podría ofender a alguien. Dígame, ¿ha publicado el señor Demoyte un libro de poemas llamado *Flores caídas*?

Mor se detuvo y soltó una carcajada.

—¡No! —dijo—. ¿Intentó hacerle creer que era suyo?

—Sí —dijo la señorita Carter—. Cuando le pedí que me enseñara todas las obras que había publicado, me ofreció los poemas, y dijo que obtendría las otras en uno o dos días.

—Probablemente se estará inventando algo incluso más fantástico —dijo Mor—. Casi da lástima estropearle su diversión. ¡*Flores caídas* es una obra temprana del señor Everard!

La señorita Carter rió.

—El señor Demoyte se está divirtiendo —dijo—. Será mejor que me fíe de usted. Por favor, ¿podría conseguirme todos sus libros? Me pregunto si puedo confiar en usted —hablaba con un aire autoritario

y frío que podría haber ofendido a Mor.

—¡Sí! —dijo Mor con fervor. No se había ofendido—. Le proporcionaré todo lo que ha escrito. No es mucho. El libro sobre tapices orientales, algunos artículos sobre ediciones raras, y un volumen de sermones predicados en los servicios religiosos del colegio. Se publicó hace mucho tiempo. Demoyte se enfurecería si supiera que se lo he dado.

—Será un secreto entre nosotros —dijo la señorita Carter.

Mor se sintió un poco incómodo de pronto al pensar que iba a traicionar al anciano; pero quería complacer a la señorita Carter, y consideró que sus deseos eran razonables.

—¿Qué le gustaría ver ahora? —dijo—. ¿Qué le parece si vamos al estudio? Hay una exposición de las obras de los chicos que se preparó para el día de la entrega de premios. Creo que sigue montada.

—Oh, sí, por favor —dijo la señorita Carter—. Me encanta el arte infantil.

A Mor le pareció curioso que se refiriera a los chicos como niños. Se le ocurrió que, en cierto modo, consideraba a la señorita Carter más joven que a sus propios alumnos. Se alejaron del sol para dirigirse a uno de los senderos sombreados del bosque, el suelo bajo sus pies crepitante de ramitas y hojas y cubierto aquí y allá de parches de luz dorada.

—Pero, ¿no nos encontraremos con el señor Bledyard? —dijo la señorita Carter.

—¿Le importaría? —dijo Mor—. En realidad, casi nunca está allí en estas tardes soleadas. Saca a los chicos a dibujar del natural.

—Todavía no le conozco dijo la señorita Carter—, y me siento un poco nerviosa.

—Es bastante inofensivo nuestro Bledyard —dijo Mor—, pero un poco raro. Es una especie de cristiano primitivo, ¿sabe? Sus puntos de vista sobre los retratos guardan relación con eso. Piensa que deberíamos volver al estilo bizantino, o si no, no pintar en absoluto.

Se dirigieron al estudio. Era un edificio largo y laberíntico, al que se había incorporado un viejo granero que había allí antes. Las aulas de música estaban situadas en un revoltijo de barracones prefabricados apenas visibles por entre los árboles de más allá. Sonidos aislados de un piano y de instrumentos de viento flotaban en el aire del verano. La señorita Carter se estremeció y se detuvo.

—¿Qué ocurre? —dijo Mor. Estaba sorprendido por la emoción de ella—. No tema. Desde aquí se ve que no hay nadie en el estudio.

Bajaron por el sendero cubierto de hierba, pisando hojas secas de helechos, y se dirigieron a la puerta por un patio con empedrado de guijarros. Mor entró primero. Le recibió un fuerte olor a pintura, el

olor limpio y agresivo del arte, después de los perfumes naturales del bosque que habían flotado con ellos al bajar la colina. No había nadie en el interior.

—¡Vamos, no hay moros en la costa! —dijo, llamando a la señorita Carter, que aún permanecía en el empedrado y parecía como si estuviera preparada para echar a correr. Entró lentamente, apoyándose con cautela en el filo de la puerta.

Una vez dentro, dirigió su atención hacia las pinturas colgadas en altos tableros apoyados contra las paredes de toda la habitación. Empezó a mirarlas. La luz dorada de la tarde descendía benévolamente por las altas ventanas, y proporcionaba al estudio cierto aire de iglesia moderna. Por primera vez durante aquel día, Mor se sintió libre para observar a su compañera. Se sentó en uno de los taburetes y la contempló mientras ella pasaba de un cuadro a otro. Ella misma parecía el cuadro de un niño, extraordinariamente alegre y simple. Su pelo oscuro y cortado de forma desigual se arqueaba en la coronilla y se agolpaba en la frente. Mor observó la redondez juvenil de la cara, que adoptaba un gesto aniñado al concentrarse y, mientras la miraba, pensó que ahora rara vez conocía a alguna mujer.

—¡Qué forma tan maravillosa de observar las cosas tienen los niños! —dijo la señorita Carter en tono excitado—. Mire esta escena; es tan dramática. Un pintor adulto a duras penas podría haberlo hecho sin resultar sentimental.

Mor miró la pintura. Representaba a una joven subiendo a un tren, mientras un muchacho le ofrecía una rosa con gesto de desesperación. Antes de que a Mor se le hubiera ocurrido algún comentario, la señorita Carter se había trasladado a otra pintura, y a otra, profiriendo exclamaciones de entusiasmo. Al final de la hilera había un montón de papel blanco y pintura para carteles ya mezclada. Cuando llegó al último cuadro, la señorita Carter giró sobre sus talones, cogió uno de los pinceles, y dibujó un círculo casi perfecto en una de las hojas. Lo hizo con tal rapidez, que Mor no pudo evitar reírse.

—¿Conoce aquella historia que cuentan sobre Giotto —dijo ella —, que cuando unos distinguidos personajes fueron a encargarle un cuadro y le pidieron un ejemplo de su obra, se limitó a dibujar un círculo perfecto con el pincel? Le encargaron el cuadro. Eso me impresionó en cierta forma cuando era niña. Acostumbraba a practicarlo, como si fuera una garantía de éxito.

—¿Es difícil? —dijo Mor.

—Inténtelo —dijo la señorita Carter, y le dio el pincel, aún lleno de pintura.

Mor colocó aquel objeto poco familiar en su mano, y dibujó una

forma oval muy temblorosa.

—¡Imposible! —dijo, riendo. Las dos figuras se cortaban—. Creo que deberíamos marcharnos —dijo Mor. Había prometido devolver a la señorita Carter a Brayling's Close a la hora de la merienda, y empezó, de repente, a preocuparse por la hora.

—¡Ay! —dijo la señorita Carter—. Ahora no quiero irme. El olor de pintura me hace sentir un poco extraña —empezó a deambular por entre las filas de taburetes y caballetes, olfateando el aire y extendiendo los brazos—. ¿Adónde lleva aquello? —preguntó, señalando una escalera que ascendía hasta una trampilla en el techo del estudio.

—Esto es un antiguo granero, ¿sabe? —dijo Mor—. Aquello lleva hasta el desván. Tiene bastante luz. La parte más próxima es un taller de alfarería, y la más alejada la han convertido en una especie de casa para el señor Bledyard.

—¿Vive ahí arriba? —dijo la señorita Carter.

—Sí —dijo Mor.

—¡Quiero verlo! —dijo, y antes de que Mor pudiera detenerla corrió escaleras arriba y empujó la trampilla.

—¡Espere un momento! —gritó Mor, y empezó a trepar tras ella. La trampilla cedió y vio las suelas de los zapatos de lona que se agitaban mientras ella se encaramaba al desván por encima de él. Cuando Mor llegó arriba, la señorita Carter correteaba entre unos tornos de alfarería colocados en el suelo a intervalos. Mor recordó la escena de la rosaleda. Empezó a ponerse nervioso.

—Será mejor que nos marchemos —dijo—. El señor Bledyard podría volver y encontrarnos aquí.

—Me gustaría ver su habitación —dijo la señorita Carter—. ¿Está aquí? —Fue hasta el extremo más alejado del desván y abrió una puerta. Mor la siguió.

El amplio espacio, que se extendía a lo ancho del desván, con el tejado inclinado a ambos lados y bien iluminado por claraboyas, era el salón-dormitorio de Bledyard. La cocina y el cuarto de baño se encontraban en la dependencia de abajo, a la que se accedía por una escalera de madera. Mor, que sólo había visto esta habitación una vez, la miró con cierto respeto. Estaba extraordinariamente desnuda, y carecía de color. El suelo estaba deslustrado y las paredes pintadas de blanco. No la adornaba ningún dibujo, ni ningún objeto de color. Los muebles eran de madera pálida, e incluso la colcha era blanca. La señorita Carter miraba a su alrededor.

—Ni un solo color —murmuró—. Interesante.

—Bueno, ahora que lo ha visto, bajemos —dijo Mor.

—¡Debo probar la cama —dijo la señorita Carter— para ver lo dura que es! —Saltó hacia la cama de Bledyard y se hundió en ella, y

allí se quedó, tumbada, con la cabeza apoyada sobre un brazo y las piernas enfundadas en sus pantalones negros extendidas sobre la colcha. En la casta habitación, parecía tan oscura como un pequeño limpiachimeneas. Levantó la cabeza y miró a Mor.

Mor estaba irritado y ligeramente escandalizado. Refrenó un comentario y, deliberadamente, retiró su atención de ella como de un niño que se exhibe. No veía clara la espontaneidad de aquellas travesuras. Volvió a la trampilla con la intención de bajar al estudio, pero al mirar por el agujero cuadrangular hacia la bien iluminada habitación de abajo, descubrió, con un ligero estremecimiento de alarma, que se abría la puerta del estudio. Apareció lentamente por la puerta la figura en escorzo de Bledyard, con la barbilla hundida en el pecho, como de costumbre. Parecía venir solo. Empezó a fisgar, como si buscara algo. Como ponía tanto interés en la búsqueda, y el pelo largo y lacio le caía a ambos lados de las mejillas, como anteojeras, era imposible que dirigiera la mirada hacia la trampilla. Continuó fisgando. Mor le observaba, con ese curioso sentimiento de culpabilidad que surge al mirar a alguien desde arriba sin que nos vean, y pasó el momento en que podría haberle llamado de un modo natural. Titubeaba, mientras intentaba pensar algo que decir a Bledyard, y que, al mismo tiempo, avisara a la señorita Carter para que abandonara su ridícula postura y ordenara la cama. Sin embargo, antes de que pudiera hablar, Bledyard se volvió y salió del estudio, y se oyó el ruido de sus pisadas sobre los guijarros hasta que se perdieron en el bosque.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señorita Carter. Aún estaba tumbada en la cama, y observaba intensamente a Mor por la puerta del dormitorio.

Él volvió y se plantó delante de ella. No quería elevar la voz.

—¡Bledyard! —dijo—. Pero ya se ha marchado.

La señorita Carter se levantó de un salto y empezó a alisar la colcha. Se mostraba agitada y arrepentida.

—¡Ay! —dijo—. No nos ha visto, ¿verdad? Lo siento muchísimo.

Mor le dijo que no importaba y la condujo por las escaleras rápidamente. Se sentía irritado consigo mismo por no haber hablado en seguida con Bledyard, y con la chica por la forma tan absolutamente tonta en que había acabado la tarde. Parecía que éste había de ser otro pequeño y absurdo secreto entre ellos. A Mor le desagradaban los secretos.

Capítulo cuatro

Nan nunca tenía buen aspecto con la ropa de calle. Con un traje de vestir resultaba atractiva y elegante, pero sus abrigos y sombreros nunca le sentaban bien del todo. Mor la veía, al mirar por encima de las cabezas de su auditorio, sentada casi al fondo, con una sonrisa de ligera superioridad. Llevaba un sombrero de fieltro sin gracia y, a pesar de que era una tarde calurosa, un abrigo con cuello de piel.

Mor daba su clase de educación para adultos. La tarde tocaba a su fin. Con frecuencia se preguntaba por qué insistía Nan en venir, y qué impresión sacaba de aquellas sesiones. No mantenía buenas relaciones con Tim Burke, que siempre actuaba como presidente y después les invitaba a su casa, y a Mor le resultaba difícil creer que Nan viniera para oírle hablar a él. En cualquier caso, nunca comentaba después nada de lo que había dicho. Si alguna vez preguntaba algo, era una pregunta simple y, a veces, estúpida. Mor pensaba que lo hacía sólo por guardar las apariencias, y deseaba que no lo hiciera.

Donald Mor también estaba presente; no se había sentado con su madre, sino en una butaca cerca de las primeras filas, la espalda apoyada contra la pared y una pierna cruzada sobre la otra. Tenía un permiso especial de St. Brides para acudir a estas sesiones. Marsington estaba a tres paradas de tren, y en el límite mismo del área londinense, pero un tren rápido llevaba al muchacho de vuelta al colegio mucho antes de medianoche. El porqué venía Donald no era ningún misterio para Mor. Venía por Tim Burke, al que adoraba, y del que apenas apartaba los ojos durante toda la tarde. Dudaba que Donald escuchara una sola palabra de lo que allí se decía.

Mor estaba contestando a una pregunta.

—La libertad —dijo— no es exactamente lo que yo denominaría una virtud. Puede decirse de la libertad que es un beneficio o una

especie de gracia, aunque, por supuesto, el buscarla o ganarla puede ser una prueba de mérito.

El interlocutor, un próspero verdulero de mediana edad, que era uno de los puntales del Partido Laborista de la localidad, se apoyaba, ceñudo, contra el respaldo de la silla situada ante él, cuyo ocupante se inclinaba nerviosamente hacia delante. El verdulero, que había comentado que, con toda seguridad, la libertad era la virtud principal, y que, ¿no era el pensar así lo que nos distinguía de la Edad Media?, miraba intensamente a Mor, como si bebiera sus palabras. Mor pensó, no está escuchando, no quiere oír lo que digo, sabe lo que piensa y no va a reorganizar sus puntos de vista. Las palabras que estoy pronunciando no son las adecuadas para él.

Experimentó de nuevo ese triste sentimiento de culpabilidad que tenía cuando se sorprendía obrando por pura fórmula como profesor, sin que realmente le importara que sus alumnos comprendieran. Sabía que muchos profesores, incluidos algunos que de esa forma habían alcanzado gran reputación, se contentaban con poner en escena un espectáculo, a menudo brillante, para aquellos a los que tenían que instruir, y de esta actuación ambas partes podían ser víctimas de engaño. Mientras que el auténtico profesor sólo se preocupaba por una cosa: que se entienda el tema, y absorto en ese proceso, él desaparece. Mor detestaba sorprenderse a sí mismo tratando de ser inteligente. A veces, la tentación era fuerte. Una clase de educación para adultos incluye con frecuencia a personas que acuden, simplemente, a lucir cierto punto de vista, y sin ninguna intención de aprender nada. Como respuesta a esta provocación, resultaba tentador ofrecer, simplemente, una contra-atracción, un espectáculo, pensado para impresionar más que para aclarar nada. Pero aclarar algo *aquí*, pensó Mor con repentina desesperación, ¿cómo podría hacerse? Con esta sensación, recordó, sin venir a cuento, la emocionante proposición de Tim Burke, y sintió una repentina vergüenza por los resultados de esa tarde.

—Lo siento, señor Staveley —dijo—; nada de lo que he dicho era pertinente al tema. Lo intentaré de nuevo. Usted dice que, con toda seguridad, la libertad es una virtud, y yo dudo en aceptar esa frase. Déjeme explicar por qué. Para empezar, como decía en mi charla, hay que definir qué es la libertad. Si entendemos por libertad la ausencia de restricción externa, podríamos decir que un hombre es afortunado por ser libre, pero ¿por qué habríamos de decir que ese hombre es bueno? Si, por otro lado, entendemos por libertad la autodisciplina que domina los deseos egoístas, entonces sí podemos llamar a un hombre libre un hombre de virtud. Pero, como sabemos, esta concepción más refinada de la libertad también puede desempeñar un papel muy peligroso en política. Puede utilizarse

para justificar la tiranía de personas que se consideran los iluminados. En tanto que la noción de libertad en la que, estoy seguro, piensa el señor Staveley, la libertad que inspiró a los grandes líderes liberales del último siglo, es la libertad política, la ausencia de tiranía. Ésta es la condición de la virtud, y luchar por ella es una virtud. Pero no es, en sí misma, una virtud. Llamar virtud a la mera ausencia de restricción o a rebelarse y burlarse de las convenciones es ser, simplemente, un romántico.

—Y bien, ¿qué hay de malo en ser un romántico? —dijo el señor Staveley con obstinación—. Definamos «romántico», ya que le gustan tanto las definiciones.

—¿Pero no es el amor la virtud principal? —dijo una señora que estaba sentada cerca de las primeras filas, volviéndose para mirar al señor Staveley—. ¿O cree el señor Staveley que el Nuevo Testamento está pasado de moda?

He vuelto a fracasar, pensó Mor, con la sensación del que hace volver al caballo por segunda vez a la pista sólo para que se espante de nuevo al saltar. Se sentía muy cansado, y las palabras no acudían con facilidad. Pero estaba dispuesto a intentarlo otra vez.

—Dejemos «romántico» —dijo—, y dediquémonos a una sola cosa a la vez. Empecemos de nuevo...

—Me temo —dijo Tim Burke— que es hora de poner fin a esta estimulante sesión.

Maldita sea, pensó Mor. Quiere acabar pronto para hablarme sobre el otro asunto. Mor se sentó. Se sentía derrotado. Veía al señor Staveley sacudir la cabeza y decir algo a su vecino en voz baja.

Tim Burke se levantó y, apoyándose en la mesa, se inclinó confiadamente hacia adelante, en la manera característica de quien se finge orador. Mor conocía su timidez en esas ocasiones.

—Amigos —dijo Tim Burke—, siento terminar este argumento tan educativo de forma tan brusca, pero el tiempo, como suele decirse, no espera por nadie. Y estoy seguro de que el señor Mor no se ofenderá si digo que todos agradeceríamos un ratito en el bar contiguo para digerir sus sabias palabras junto a una jarra de cerveza.

El final de las reuniones mucho antes de la hora de cierre era una de las pocas cuestiones en que el profesorado de la Escuela de Educación para Adultos de Marsington estaba totalmente de acuerdo.

—Y con esto —dijo Tim Burke, girando sobre sus talones—, terminamos otra serie de provechosas charlas a cargo del señor Mor; charlas de las que puedo decir con toda seguridad que nos han resultado útiles a todos y cada uno de nosotros, y que, sin duda, nos estimularán para proseguir estudios y reflexiones particulares en los

meses futuros, antes de que se reanuden las clases de otoño. Y para entonces, si me permiten la indiscreción, todos esperamos que el señor Mor se haya decidido a ocupar otro puesto más elevado, para el que todo Marsington le considera sumamente adecuado. No añadiré nada más sobre este delicado tema, y acabaremos con el ruego de que expresen su agradecimiento al señor Mor de la forma acostumbrada.

Siguieron aplausos entusiastas, junto a gritos de «¡Muy bien, muy bien!». ¡Maldición!, pensó Mor. Veía a Nan aplaudir melindrosamente, con los ojos bajos. A Mor le disgustaba la elocuencia pública de Tim Burke en cualquier caso, y su personaje de estudiante de política en particular. Cuando se encontraba con Tim en el contexto de la Escuela de Educación de Adultos, era consciente de que se trataba de un hombre torpe y poco educado, que se sentía incómodo y deseoso de impresionar. Mor tenía cariño a Tim, incluso había cosas en él que quería admirar, y le dolían esos aspectos de su personalidad. Prefería ver a su amigo tranquilo en un bar, o absorto en las deliberaciones de un comité o, mejor, locuaz y sereno en el interior oscuro de la joyería. Pero era una triste paradoja de la relación de ambos el que Tim intentara complacer a Mor continuamente con una exhibición de sus escasos conocimientos. Instruirle era difícil; detenerle, imposible. A Mor seguía, pues, irritándole. No obstante, no esperaba la indiscreción de aquella tarde. Precisamente cuando había que tratar a Nan con especial cuidado, Tim se las arreglaba para meter la pata. Ahora ella creerá que lo he concertado todo con Tim a sus espaldas, pensó Mor.

La reunión se deshacía. Mor se puso en pie y se estiró. Sólo se sentía cansado, y su impaciencia se había disipado. Esperaba que no fuera necesaria una entrevista privada con el señor Staveley, y se acercó a Tim Burke en busca de protección. Tim estaba recogiendo los papeles que había desparramado sobre la mesa, considerando esto último parte de su deber como presidente. Tim era un viejo amigo de la familia Mor. Se habían conocido en actividades del Partido Laborista, cuando Mor era profesor en un colegio del sur de Londres, y tanto él como Nan, en cierto modo, habían tomado a Tim, que era soltero, bajo su protección. Le veían ahora menos que antes, pero Mor aún consideraba a Tim como uno de sus mejores amigos. Era un poco mayor que Mor, un hombre flaco y pálido, con la cara marcada de viruela, unas manos grandes y blancas y el pelo escaso y claro, de un color que podría ser rubio o gris. Lo más destacable eran sus ojos, de un azul moteado, con vetas, y su voz. Tim Burke había abandonado Irlanda cuando era niño, pero no cabía confusión posible sobre su nacionalidad, aunque la larga permanencia en Londres y la asistencia a cines habían introducido una entonación

cockney en su acento irlandés y un cierto número de americanismos en las floreadas locuciones de su habla dublinesa. Era un hábil orfebre y podría ganar más dinero de habérselo propuesto.

—¡Tranquilo, jefe; te sacaremos de aquí aunque sea lo último que hagamos! —dijo Tim Burke, lanzando una mirada recelosa al señor Staveley, que se encontraba solo, sumido en profunda meditación.

Las reuniones tenían lugar en el salón parroquial, un edificio excepcionalmente desprovisto de cualquier rasgo distintivo, cuyas luces eléctricas, brillantes y sin pantalla, acababan de encenderse. Afuera, la tarde era aún azul y luminosa, y gran parte del público salió a ella y se encaminó a la taberna del *Dog and Duck*. El resto permanecía de pie sobre el estrado vacío, entre mesas de caballete y sillas tubulares, hablando o escuchando o lanzando miradas incómodas al orador, mientras se preguntaban si se atreverían a hacerle una pregunta y si conseguirían que su pregunta pareciera inteligente. Nan se ponía los guantes muy lentamente, una actitud que Mor sabía que adoptaba cuando quería sentirse superior a la escena que la rodeaba. Mor había esperado que Nan hiciera amigos en esa clase y, al principio, había imaginado que ésa era la razón por la que acudía. Pero Nan se había negado obstinadamente a conocer a nadie o a prestar atención a sus compañeros. Si Mor se refería alguna vez a algún miembro de la clase, ella era incapaz, o pretendía serlo, de reconocer quién era. Se comportaba como si estuviera rodeada de personas inferiores.

Nan atravesó lentamente la habitación. Donald ya se había acercado y esperaba junto a la mesa, mientras Tim Burke recogía sus cosas. En tales momentos, Donald parecía pegarse a Tim como si sus cuerpos estuvieran unidos por hilos invisibles. Al pasar entre ellos, cuando se puso delante de Tim en su camino hacia la puerta, Mor se estremeció. Se detuvo junto a su hijo, pero sabía que de lo único que estaba pendiente Donald era de Tim, que lo que esperaba eran los gestos de Tim y la voz de Tim. La admiración de Don por su amigo era otra cosa que irritaba a Mor. Era completamente irracional. No podía concebir por qué existía en absoluto.

Era costumbre que, después de estas reuniones, Tim recogiera a la familia Mor y les llevara a su tienda, donde les ofrecía un refresco hasta la hora de tomar el tren. Tim sostenía, y Mor estaba de acuerdo con él, que no era necesario que a Mor le martirizaran en el *Dog and Duck*. Tim lanzó una rápida ojeada a la escena. El señor Staveley alzó la cabeza. En su cara apareció una mirada de determinación renovada.

—¡Por la parte de atrás! —dijo Tim, y al momento los había guiado afuera, habiendo atravesado una cocina y un callejón, hasta llegar a la carretera.

Marsington era un pueblo viejo, con una calle Mayor amplia y hermosa, y aceras de guijarros entre los que asomaba hierba. Los campos de los alrededores hacía ya tiempo que se habían llenado de casas de tejado rojo, junto a las cuales pasaban, veloces y a intervalos frecuentes, los trenes verdes de la región sur, que llevaban y traían a los habitantes de Marsington y de los municipios vecinos a su trabajo diario en el centro de Londres. La calle principal constituía entonces una de las rutas más importantes hacia la metrópoli, y sus rasgos más notables eran las gasolineras rivales, cuyos surtidores, brillantemente iluminados, refulgían sobre ladrillos y piedras antiguos, y atraían al automovilista que por allí pasaba. El tráfico era incesante. Y, sin embargo, en el cálido crepúsculo, tenía un aire remoto y sosegado, con las fachadas de sus mesones largos y anchos y las espaciosas casas reservadas y tranquilizadoras.

La tienda de Tim Burke estaba un poco más abajo, en medio de una fila de viejas tiendas, oscura por debajo y blanca por arriba. Un letrero se balanceaba sobre la puerta: *T. Burke. Joyero y Orfebre*. Tim se detuvo, buscando las llaves. Mor se apoyó contra la pared. Sentía alivio por haber escapado, y cierta inquietud por la presencia de Nan junto a él, que probablemente estaba enfadada y se disponía a estar de mal humor. Lanzó una rápida mirada de soslayo hacia ella. Tenía los labios fruncidos. Mala señal. Se abrió la puerta y todos entraron en la tienda, permaneciendo inmóviles hasta que Tim encendió una lámpara en la esquina más lejana.

A Mor le encantaba la tienda de Tim. Las contraventanas de madera que por la noche tapaban las ventanas oscurecían ahora toda la habitación, y a la débil luz de la lámpara parecía una cueva llena de tesoros o el gabinete de un alquimista. Por la parte delantera reinaba cierto orden. Había dos largos mostradores en forma de cómodas con cubierta de cristal, situados uno frente al otro cerca de la puerta que daba a la calle. Pero detrás de éstos, la tienda se hacía gradualmente más caótica. Por las tres paredes se extendían estantes atestados y desordenados que iban del suelo hasta el techo, amurallados por unas cajas de exposición de madera de diversos tipos, colocadas delante de ellos, en grupos de dos o tres en algunos casos. Entre éstos, y en el resto del espacio disponible, había mesas pequeñas, algunas también cubiertas con cristal y diseñadas para la exhibición. Las joyas más preciosas que no estaban tras los mostradores del escaparate o escondidas en cajas fuertes en la trastienda, estaban colocadas en los mostradores con cubiertas de cristal y dispuestas en orden. Tim, cuando se lo proponía, sabía cómo exhibir sus mercancías. Adoraba las piedras, y las atesoraba y exhibía según su propia escala de valores, que no siempre coincidía con los precios del mercado. Aquella semana, observó Mor, una de

las vitrinas estaba dedicada a la exhibición de ópalos. Se presentaban engarzados en collares, pendientes y broches, negros y blancos, oscuros y moteados de azul o gris, y ópalos de agua brillante como gotas heladas de espeso color. El otro mostrador estaba lleno de perlas, las auténticas arriba, las cultivadas abajo, y objetos de oro, sellos, anillos y relojes. Mor había aprendido algo sobre piedras preciosas durante su larga amistad con Tim. En cierto modo, lo había hecho contra su voluntad, porque, por razones que nunca tuvo muy claras, desaprobaba un poco la profesión de su amigo.

La parte delantera de la tienda estaba ordenada. Pero las joyas más baratas, que se encontraban detrás, parecían sumidas en un revoltijo inextricable. Especialmente en el interior de las achaparradas mesas con cubierta de cristal, donde se encontraban tiras de perlas enmarañadas, formando una mesa multicolor, y había de ser muy audaz el cliente que, al señalar una mancha de color identificable, dijera «Quiero *ésa*». Amontonados con ellas había alfileres y pendientes, con sus parejas, a menudo irremediablemente perdidas, broches, pulseras, hebillas y una miscelánea de otros pequeños adornos. A Tim Burke no le interesaban las cosas baratas. Parecía adquirir las existencias que de ellas disponía más o menos por casualidad en el curso de sus negocios, y se las vendía, sin esfuerzo ni reflexión, a aquellos tenaces individuos dispuestos a luchar por lo que querían, en ocasiones registrando la tienda de cabo a rabo para encontrar el pendiente que faltaba o la otra mitad de la hebilla. Las partes más remotas de la tienda contenían objetos de diverso valor, como cajitas de rapé, bordados, monedas extranjeras, tazas de peltre, abanicos, pisapapeles y dagas con empuñadura de plata, con respecto a los cuales Tim Burke aseguraba que, realmente, no tenía idea de cómo habían llegado allí, porque, juraba, no podía recordar haberlos comprado.

Burke trajo sillas, y sus invitados se sentaron en la parte principal de la tienda, entre los mostradores, mientras él desaparecía en las regiones interiores para coger los vasos, las galletas y la leche que ofrecería a Nan y a Donald y el whisky que serviría para Mor y para él. Detrás de la tienda se hallaban el taller de Tim y la cocina, y un patio blanqueado con un sicomoro. Encima se encontraba el pequeño dormitorio con sus diminutas ventanas que se abrían a la calle. Mor estiró las piernas. Siempre se sentía un poco excitado al encontrarse en una tienda cerrada. Era como un privilegio estar allí y a la vez resultaba anormal. En esas ocasiones, observaba una excitación similar en su mujer y su hijo. En la tienda de Tim Burke siempre estaban agitados y desasosegados. No permanecían sentados durante mucho tiempo; al poco rato se paseaban de un lado a otro,

abrían estuches y manoseaban objetos. Este comportamiento le hacía sentirse incómodo a Mor. Era como contemplar a su familia cometiendo un robo. Sin embargo, a Tim Burke nunca dejaban de divertirle estas cosas, incluso les animaba.

Tim volvió con una gran bandeja y la depositó en el mostrador. Puso Ovaltine en una taza de leche fría para Nan, lo removió y colocó las galletas a su alcance. Dijo a Mor:

—¿Qué te parece si diéramos al chico un traguito de whisky esta semana? —Tim siempre decía lo mismo.

Mor contestó, como siempre:

—Me parece que aún es pronto. ¿Tú qué opinas, Don?

—No quiero —dijo Donald, malhumorado.

Tim le pasó la leche.

Mor agitaba pensativamente el whisky en el vaso de cristal tallado. Había decidido quedarse más tiempo que su familia y regresar en el tren de medianoche. Quería hablar a solas con Tim, fuera como fuese. Se preparó para esperar, impaciente.

Nan se levantó, y sujetando la taza de Ovaltine con una mano, empezó a deambular por la parte trasera de la tienda, cogiendo objetos aquí y allá. Mor la observaba incómodo; Tim Burke, con una curiosa satisfacción mal disimulada. La lámpara del rincón lanzaba un brillo dorado sobre las estanterías carcomidas de roble y la cara de Nan se mostraba brillante y oscura alternativamente, a medida que se movía de un lado a otro. Burke, con la cabeza hacia atrás y el lado en sombra de su cara vuelto hacia Mor, estaba marcado por una línea dorada que abarcaba la frente y la nariz. Donald volvió la cara hacia la luz, triste e inquieto. Se levantó y empezó a andar, y se cruzó con su madre. La botella de whisky brillaba sobre la bandeja y los vasos que sostenían los dos hombres lanzaban destellos intermitentes, en tanto que, en la tienda, la luz de la lámpara se encontraba de vez en cuando con la superficie de una piedra, que la transformaba y la despedía de nuevo como una astilla de luz reluciente.

Nan había abierto una de las vitrinas y había cogido un montón de collares. Parecía inusitadamente alegre y animada. Donald se encontraba entonces encaramado a una silla para examinar unas estanterías. Mor deseaba que se quedara quieto. Consultó su reloj. Todavía era pronto.

Donald encontró algo. Bajó de la silla y se dirigió tímidamente hacia Tim Burke, con un objeto en la mano. Era una cajita de marfil.

—Todavía no has vendido esta caja, Tim —dijo Donald.

«¡Vaya! —pensó Mor—, ¿es que no sabe Don cómo responde Tim siempre a cualquier comentario de este tipo? Y si lo sabe, ¿por qué lo hace?»

—¿Cómo? ¿Está ahí todavía esa antigualla? —gritó Tim—. Quédatela, muchacho; a mí no me sirve para nada. No, por supuesto que no vas a pagarla; es una insignificancia, quizá la compré en un saldo, y no me costó nada. Me gustaría que te la llevaras.

—¿Para qué quieres esa caja? —dijo Mor bruscamente—. ¿Para qué vas a utilizarla?

Se arrepintió de sus palabras de inmediato. Nan se volvió con rapidez hacia él, Tim Burke desvió la mirada y Don se sonrojó.

—Es una caja bonita —dijo Don—; guardaré cosas en ella.

Era una respuesta totalmente infantil.

Mor deseaba poder borrar aquellas palabras. De repente, Don se le antojó muy joven y conmovedor. Si hubiera sido un niño pequeño, Mor podría haberle tomado en sus brazos para hacer desaparecer las palabras. Pero siendo las cosas como eran, nada podía hacer y tendrían que permanecer dichas, hiriéndoles a ambos. Mor guardó silencio.

Tim, que quería suavizar las cosas, se levantó, cogió las llaves y empezó a abrir los cajones de detrás del mostrador. A Tim le encantaba enseñar cosas. Por lo general llevaba los bolsillos del chaleco llenos de baratijas, anillos, encendedores, relojes y demás, que sacaba y depositaba repentinamente en la mano de su interlocutor. Mor le había visto hacerlo con frecuencia en el bar. Tim empezó a desvalijar los cajones y estuches, parloteando continuamente mientras lo hacía.

—Mirad estas perlas, la rosada es la mejor, son del Golfo, del Golfo Persa, y mirad qué diferentes son de las cultivadas. Las perlas cultivadas no duran tanto, a pesar de que éstas son realmente buenas, ¡y mirad el color de éstos!, un par de zafiros tan azules como un aciano, y si lo que queréis es verde, una bonita esmeralda; una bonita esmeralda es la reina de las gemas. Dicen que una esmeralda es buena para los ojos, y que ciega a las serpientes. No hay serpientes en la Isla de la Esmeralda; es un paraíso sin serpientes; y ahora, ¿queréis echar una ojeada a estas piedras? ¿Qué os parecen?

Tim levantó un collar de diamantes y lo meció suavemente, sujetándolo por un extremo. Las piedras refulgieron con un movimiento ondeante.

—¡Mirad qué luz! —dijo—. Necesita el cuello de una mujer hermosa para que destaque. Permíteme que se lo ponga a tu mujer.

A Mor le disgustaba aquello. Era algo que Tim hacía con frecuencia, y Nan nunca protestaba. Se acercó a él con docilidad y se quitó el abrigo. Llevaba un vestido de verano de cuello redondo. Tim colocó los diamantes en torno a su cuello y retrocedió para mirarla. El collar era impresionante, pero Mor pensó que parecía fuera de lugar. Nan se apresuró a mirarse en el espejo situado detrás de uno

de los mostradores.

—Los diamantes no tienen piedad —dijo Tim—; si pueden, desenmascaran a quien los lleva. Pero tú no tienes nada que temer. Una reina es quien puede llevarlos, y tú eres una reina.

Miraba al espejo por encima del hombro de Nan. Con frecuencia le hablaba en ese estilo florido, pero Mor sospechaba que estaba más pendiente de las joyas que de la mujer.

—¡Son deslumbrantes! —dijo Nan.

Se quitó el collar y lo sujetó con la mano. Entonces empezó a adueñarse de ella la excitación que, tal como había visto Mor en otras ocasiones, la embargaba en la tienda de Tim Burke. Brillaba en toda su persona una animación que él parecía incapaz de inspirarle. Enrolló holgadamente los diamantes en torno a su muñeca, como un brazalete, y comenzó a brincar por la tienda, cogiendo pequeños objetos, desenredando tiras de cuentas, probándose un pendiente y corriendo a mirar cómo le quedaba, abriendo un abanico y abanicándose con ostentación. Donald había concluido su ronda por las regiones de atrás. Tim Burke aún saqueaba los estuches delanteros, y llamaba la atención de Nan hacia anillos y broches. Las chispas de las joyas se encendían aquí y allá en toda la tienda, como estrellas que aparecen y desaparecen en una noche nubosa.

—Es hora de que os vayáis —dijo Mor.

—Ah, todavía es pronto —dijo Tim.

—Si no queréis ir con prisas, deberíais marcharos ahora —dijo Mor—. Yo quiero quedarme para hablar de asuntos profesionales con Tim —le irritaba ver a Nan tan alegre, y estaba apenado por haber ofendido a Don sin que le hubieran dejado ninguna posibilidad de reparar su falta.

—No te molestes en acompañarme a la estación —dijo Nan—. Donald me protegerá. No dejes que Bill pierda el tren.

Salió a la calle con serenidad. Donald la seguía, estrechando su caja. Mor logró tocarle el hombro al pasar, pero no recibió ninguna mirada como respuesta. La puerta se cerró tras ellos.

—Bebe un poco más —dijo Tim Burke.

Mor le dio su vaso. El collar de diamantes yacía en un montón sobre una de las mesas. Mor lo cogió y lo colocó en el cajón.

—Eres muy descuidado con estas cosas tan valiosas, Tim —dijo —. ¿Cuánto vale esto?

—Oh, no lo sé —dijo Tim despreocupadamente—. Estos valores son tan artificiales... Puede que quinientas guineas.

El recuerdo de la señorita Carter acudió rápidamente a la mente de Mor. No había pensado en ella durante toda la tarde. Se le presentó de nuevo, con una viveza extraordinaria, la absurda escena del día anterior en el dormitorio de Bledyard. El recuerdo era

perturbador. Se preguntó si debía hablarle a Tim Burke de ello, y decidió que no. También recordó que era al día siguiente cuando debía almorzar con el señor Everard, en compañía de la señorita Carter y de Bledyard. Mor sintió interés al pensar en la comida, que, con toda seguridad, habría de ofrecer algunos rasgos curiosos. Parecía esfumarse el estado de pesimismo y vacío que se había apoderado de él durante la tarde. Una vez más, experimentó un sentimiento de propósito y dirección, un sentimiento de futuro.

Estaba a punto de hablar a Tim Burke sobre el asunto que tenían que arreglar entre ellos, cuando Tim dijo:

—Me gustaría que te llevaras algo para tu mujer. No; no te preocupes, ¡no voy a ofrecerte los diamantes! ¿Qué te parecen estos pendientes? Le gustaban, me di cuenta. Hoy se los puso, y también la última vez. Y le sientan bien. ¿Por qué no te los llevas? Son sólo baratijas que nunca venderé. Te los envolveré.

Los pendientes eran azules y, según creía Mor, de lapislázuli, y no le parecían especialmente baratos. Detuvo a Tim, que estaba preparando papel de seda y una cajita.

—Eres demasiado bueno conmigo. No —dijo Mor.

—¡Es con tu mujer con quien quiero ser bueno! —dijo Tim.

—Pues no, no debes hacerlo —dijo Mor—. Ya te hemos sacado una cosa esta tarde. Otra vez será, Tim. Ahora, escucha: debemos hablar de negocios.

—De acuerdo —dijo Tim, mientras volvía a poner los pendientes en su lugar con cierto pesar—. ¿Es sí o no?

Mor se inclinó hacia adelante en su silla y se quedó muy quieto. Ante aquella pregunta tan feroz, comprendió de pronto que estaba, que quizá había estado durante algún tiempo, en la posición de la doncella coqueta que ya ha tomado una decisión, pero que simula resistirse, simplemente para que la persuadan. Mor detestaba las actitudes infantiles. Sentía que sus deseos habían cristalizado. Lo sentía con cierta sorpresa y con una insinuación de alegría. Dijo:

—La respuesta es sí, por supuesto. Pero existen ciertas dificultades.

Tim se volvió hacia él.

—Sí, ¿verdad? —gritó—. Estabas resistiéndotenos, ¿verdad? ¡Y yo que pensaba que dirías que no repetidamente durante los próximos meses!

—¡Pareces desilusionado! —dijo Mor, con una débil sonrisa.

—¡Desilusionado! —gritó Tim—. ¡Te abrazaría! Bebe un poco más de whisky, y si pudiera, disolvería una perla en él, lo haría.

—No tan aprisa —dijo Mor—. Quiero llevar a cabo este plan, y debo decir que ahora no tengo ninguna duda de que lo llevaré a cabo. De todas formas, dejar mi trabajo y convertirme en candidato

parlamentario a mi edad... no es tan sencillo. Supongo que no cabe duda de que lo conseguiré.

—Ninguna, muchacho —dijo Tim Burke—. Diez mil de mayoría la última vez. San Francisco no sería un candidato más seguro para el cielo que tú para Westminster.

—Bien; pero —dijo Mor— existen muchas consideraciones de tipo financiero. No te molestaré con eso ahora. Y tengo que arreglar lo de St. Brides. Me voy sin avisarles con demasiado tiempo. Pero queda lo más grave de todo, mi mujer. Sabes que Nan se opone a la idea; nunca querrá oír hablar de ello.

Tim se puso serio.

—Imaginaba —dijo— que estaría en contra. Pero seguramente llegará a aceptarlo.

—Supongo que sí —dijo Mor—. Tendrá que hacerlo. Pero no será fácil. ¿Por qué lo mencionaste esta noche, imbécil? Lo que más fastidia a Nan es sospechar que la gente hace planes sin consultarla. Esperaba que tuvieras alguna influencia sobre ella, pero ahora pensará que lo hemos estado planeando durante meses. ¿Crees que serviría de algo que hablaras con ella a solas?

Tim bajó los ojos.

—No —dijo—; no serviría de nada. Debes solucionarlo tú. Pero, tal como has dicho, lo aceptará porque debe hacerlo. Me alegra verte por fin tan valiente. Si realmente deseas algo, Mor, se cumplirá el deseo. Todos te ayudaremos de todas las formas posibles. Pero esto debes hacerlo tú solo.

—Bien, se hará —dijo Mor. Se sentía animado por Tim Burke—. Pero, de todas maneras, ni una palabra a nadie sobre el asunto. Tendré que discutir mi dimisión con el señor Everard. Y tendré que persuadir a Nan. Cuando lo haya hecho te lo diré, y entonces podrás comunicarlo al partido y a la prensa.

—¡Espléndido! —gritó Tim Burke, con los ojos brillantes, el vaso en alto—. ¿Cuándo te veré?

—Volveremos a hablar sobre ello —dijo Mor—. ¿Que cuándo? ¿Qué te parece el día del partido del pabellón? ¿Vas a venir, no? Esta vez es mi pabellón contra el de Prewett.

Invitado en un principio por Donald, Tim Burke tenía por costumbre acudir al partido del final de verano, que también tenía algo de acontecimiento social.

—A ver si todo sale bien y podemos seguir adelante. Pero hasta entonces, ¡ni una palabra!

—Debes marcharte si quieres coger el tren —dijo Tim Burke—. Te acompañaré hasta la carretera.

—¿Sabes? —dijo Mor—; después de todo, quizá acepte esos pendientes para Nan. Pero debes dejarme que te pague algo.

—¡Ni hablar! —dijo Tim—. Me haces un favor al llevártelos. Venga, te los envolveré bien, a punto para dárselos. Compláceme también con esto, Mor.

Mor protestó, sonrió y, finalmente, se guardó los pendientes en el bolsillo. Salieron juntos de la tienda.

Capítulo cinco

Cuando Mor se despertó a la mañana siguiente, descubrió, al cobrar conciencia, que se sentía extraordinariamente alegre. Era como si hubiera pasado un ángel durante la noche. Se quedó tumbado durante un rato, maravillado ante aquella situación. Entonces recordó que, claro, había tomado una decisión. Y a la luz de la decisión, los movimientos necesarios para llevarla a cabo parecían mucho más fáciles. Lo que era necesario era posible. Al recordar la tarde anterior, y al preguntarse lo que había ocurrido exactamente, le pareció a Mor que Tim Burke había conseguido comunicarle un nuevo tipo de confianza. Se preguntó por qué. Sus pensamientos se dirigieron hacia la señorita Carter, a quien vería a la hora del almuerzo, y entonces le pareció que, de alguna forma extraña, era la señorita Carter la responsable de su capacidad para decidir, al haberle conferido, por su mera existencia, un sentimiento nuevo de poder y posibilidades. Mor reflexionó un rato sobre aquel misterio. Las personas excéntricas, concluyó, hacen bien a las convencionales, simplemente porque pueden hacerles concebir que las cosas sean diferentes. Esto les proporciona un sentimiento de libertad. Nada es más educativo, a fin de cuentas, que el modo de ser de otras personas.

La mañana transcurrió con rapidez, y un poco antes de la una, Mor partió en bicicleta hacia el almuerzo ofrecido por el señor Everard. Había colocado en la cesta de la bicicleta un pequeño paquete que contenía las obras completas de Demoyte y que, fiel a su promesa, llevaba a la señorita Carter. Un carril de bicicleta, para uso exclusivo de los profesores, conducía, colina abajo y a través del bosque, al descuidado jardín de la casa del director. Mientras Mor marchaba a rueda libre por entre los árboles, con la bicicleta traqueteando agradablemente sobre el camino ondulante,

experimentaba una profunda sensación de bienestar y de buena voluntad hacia todo. El tiempo era aún muy soleado, pero hoy había una suave brisa que parecía traer, desde un sur no muy lejano, la frescura del mar.

Mor pensó en el señor Everard con benevolencia. Recordó el comentario que había hecho la señorita Carter sobre su falta de malicia. Era cierto. Evvy no tenía malicia. En cierto sentido de la palabra, Evvy era, sin duda, un hombre bueno. Tenía buena intención y no era egoísta; en realidad, parecía carecer totalmente de la idea de procurarse algo para sí mismo. La vida de Evvy estaba construida, según le parecía a Mor, de tal forma que no quedaba ningún lugar donde almacenar cosas para él mismo. La vida de la mayoría de las personas tiene una especie de hueco o escondrijo en el que amontonar sus adquisiciones egoístas, sus bienes, su fama, su poder. Evvy no poseía tal lugar privado. Vivía al aire libre, con simplicidad, y parecía carecer de los conceptos de vanidad o de ambición, debilidades que era igualmente incapaz de abrigar él mismo o de reconocer en otros. Si hería a las personas, era debido a indecisión o a pura estupidez, y no a una preferencia por hacer las cosas a su forma, puesto que su forma de hacer las cosas era algo que nunca se había desarrollado realmente.

Sin duda, un carácter así no debía ocupar una posición de poder. A pesar de todo, a Mor se le ocurrió con mayor fuerza que nunca que había algo impresionante en el señor Everard. Y se preguntó por qué, siendo el señor Everard tan amable y falto de egoísmo, y el señor Demoyte justo lo contrario, sentía un cariño y una ternura profundos por Demoyte y apenas podía demostrar afecto por el pobre Evvy. Mor se preguntó si esto reflejaría algo desfavorable en su propio carácter. Éste era otro misterio. Parecía estar rodeado de ellos. Al reflexionar así Mor decidió que era una idea bastante placentera, y mientras se deslizaba por la colina, la dulce sensación de misterio se transformó en la anticipación de un placer más preciso, el de ver a la señorita Carter de nuevo.

Se llegaba a la casa del señor Everard por un camino de grava que conectaba con la carretera principal, y al que desembocaba finalmente el carril de bicicletas en ángulo recto. Mor desmontó al llegar al camino, porque la gruesa grava no era adecuada para pedalear, y empujó la bicicleta hacia la casa blanca. La extensión de grava amarilla frente a la casa estaba salpicada de jardineras de cemento que contenían geranios, entre las que tenían que abrirse camino los coches que llegaban. Mor vio un coche aparcado en la puerta. Al acercarse, observó que se trataba de un Riley verde oscuro. Lo contempló con admiración. Mor nunca había podido ni siquiera soñar en comprar un coche. Llevó la bicicleta a un lado de

la casa, y regresó al vestíbulo de entrada. Colgó su chaqueta en una percha y ascendió los escalones que conducían a la gran habitación que servía al señor Everard como salón y comedor.

Al entrar, Mor vio que Bledyard y la señorita Carter habían llegado. Lo lamentó, porque le hubiera gustado presenciar el encuentro. Ambos estaban de pie y en silencio, la señorita Carter apoyada contra la chimenea, Bledyard mirando por la ventana. El señor Everard no se distinguía por su habilidad para lograr que sus invitados se sintieran a gusto.

Se acercó a saludar a Mor.

—Bill, me alegro tanto de que haya venido. Ahora ya podemos comer. Creo que conoce a la señorita Carter, y aquí está el señor Bledyard. ¿Dejó la chaqueta abajo? Bien, bien.

El señor Everard tenía ese tipo de cara rolliza y saludable que pasa imperceptiblemente de la adolescencia a la edad madura sin que pueda observarse ninguna fase intermedia. Siempre vestía un traje de *tweed* y cuello duro. Su expresión era habitualmente amable, sus ojos parecidos a los de una gama. Tenía el pelo castaño claro, crespo y alborotado. De muchacho debió ser guapo; como hombre maduro su aspecto resultaba cándido y encantador, cuando no simplón.

—Hola, señor Everard —dijo Mor—. Siento llegar un poco tarde.

Evvy había intentado persuadir a Mor en una ocasión de que le llamara por su nombre de pila, pero Mor nunca se resignó a hacerlo.

Mor dirigió una rápida mirada a la señorita Carter, y ella le saludó con un movimiento de cabeza. Llevaba un traje ajustado de seda azul que la hacía más elegante y más femenina de lo que hasta entonces la había visto Mor. Parecía muy preocupada. Lo que la preocupaba, evidentemente, era la presencia de Bledyard. Mor lo advirtió con una punzada desagradable, que le sorprendió identificar como celos. Le habría gustado que la señorita Carter hubiera mostrado más interés por su llegada. Recordó la extraña escena en la habitación de Bledyard. Se sentía incómodo, y se volvió hacia él, que aún daba la espalda a los otros invitados.

—¡Vamos, es la hora de comer! —dijo Evvy.

Poseía una voz rica y profunda de internado privado que hacía que cualquier declaración sonara portentosa. Acompañó a sus invitados a la mesa, que se encontraba en el otro extremo de la estancia. En la época de Demoyte, las cosas habían sido muy diferentes; el interior peludo y con aspecto de guarida había desaparecido, y la habitación parecía ahora más alargada y más iluminada, y de las paredes, desguarnecidas de los tapices de Demoyte, colgaban copias de impresionistas franceses.

—Señor Bledyard, usted siéntese aquí —dijo Evvy—. Oh, señorita

Carter, por favor, usted aquí y Bill junto al aparador. Usted puede ayudarme con los platos, Bill.

El señor Everard creía firmemente que debía prescindirse de los sirvientes. En la escuela había introducido esta política en la medida de lo posible, con la consiguiente protesta de los padres: almuerzos de cafetería, los chicos tenían que hacer las camas, limpiarse los zapatos y lavarse dos veces a la semana. En su propia casa, Evvy podía proceder con toda libertad, especialmente porque había rechazado cobrar la considerable asignación para gastos de representación que había establecido Demoyte como parte de los emolumentos del director. Excepto en ocasiones de mucha ceremonia, no había ningún sirviente que atendiera a la mesa en casa del señor Everard. Su asistenta, que desaparecía poco después de la una, dejaba los manjares calientes o fríos que consideraba adecuados para el consumo de los invitados, y Evvy los presentaba lo mejor que sabía. Los manjares de hoy, según observó Mor con cierto alivio, eran fríos. Una bendición, al menos, de las comidas con Evvy era su brevísima duración; no se perdía el tiempo con un jerez previo, ni había sobremesas con vinos y claretes, nada que prolongara el episodio, que se desarrollaba, por lo general, con una brevedad agradecida.

Evvy acercaba los platos de carne fría y ensalada que estaban sobre el aparador, y Mor los distribuía, y después servía agua a los invitados. La señorita Carter parecía un poco paralizada. Bledyard, como de costumbre, se sentía a gusto sin decir nada, y movía su gran cabeza hacia adelante y atrás, como si acabara de colocársela e intentara comprobar que estaba firme. Era difícil determinar la edad de Bledyard. Mor sospechaba que era bastante joven, es decir, que tenía alrededor de treinta años. Si no hubiera tenido un aspecto tan extraño, podría haber sido guapo. Tenía una cabeza enorme, con pelo oscuro totalmente liso y un poco largo. Se balanceaba cuando hablaba o se movía. Tenía la cara voluminosa, en forma de luna, cuello de toro, ojos grandes y luminosos como los de un ser nocturno, y la nariz gruesa. La boca carecía de forma y, a veces, la dejaba abierta. Los dientes también eran bonitos, pero normalmente quedaban ocultos tras la masa carnosa de sus labios. Raramente sonreía. Sus manos eran grandes, y se movían con gestos lentos. Bledyard tenía un defecto al hablar que había superado, en parte, mediante el recurso de repetir algunas palabras dos veces. Lo hacía con una especie de deliberación lenta que convertía su pronunciación en algo ridículo. Hacía ya tiempo se había descubierto que, al cabo de unos momentos, una conferencia de Bledyard dejaba sumido a todo el colegio en una risa histérica y por ello le habían limitado a una conferencia de arte al año que daba a

final de curso, en verano, algo que, al parecer, le humilló bastante.

Evvy, cuya habilidad para pensar en una sola cosa a la vez le alejaba mucho de ser el director ideal, dándose por satisfecho con que cada uno de sus invitados disfrutara de su plato de comida y un vaso de agua, se entregó a la conversación.

—Bien, señorita Carter —dijo—, ¿qué tal va el cuadro? Pronto estará listo, ¿verdad?

La señorita Carter pareció ofendida.

—Dios mío —dijo—, si todavía no he empezado. He hecho algunos bocetos a lápiz del señor Demoyte, pero aún no he decidido en qué posición le pintaré, ni qué ropa o qué expresión darle. En realidad, todavía estoy bastante perdida.

Su timidez la hacía parecer extranjera.

—¿Cuál diría usted —dijo Mor perversamente— que es la expresión más típica del señor Demoyte?

Quería incitar a Evvy a que fuera malicioso por una vez.

El señor Everard consideró la pregunta, y respondió:

—Yo diría que una especie de reflexión suspicaz.

No está mal, pensó Mor. Agudo y nada hiriente. Su opinión sobre Evvy subió un punto. Miró a Bledyard. Bledyard estaba abstraído de la escena, como si fuera un comensal que, por accidente, tuviera que compartir la mesa en un restaurante con tres perfectos desconocidos. Se concentraba en su comida. Mor envidiaba el total desprecio de Bledyard por las convenciones. Compartía la opinión de Demoyte de que Bledyard era, sin lugar a dudas, un hombre. Había algo enormemente real en él. Evvy empequeñecía a su lado; parecía una ficción. La señorita Carter también era real. ¿Y yo?, se preguntó Mor con una extraña punzada.

El señor Everard se mostraba conmovedoramente ansioso por animar la conversación. La frente se le arrugaba con el esfuerzo, y entre bocado y bocado volvía su rostro preocupado hacia la señorita Carter.

—Tengo entendido que ha vivido mucho tiempo en el extranjero —dijo—, y que esta isla le es extraña, señorita Carter.

—Sí, he vivido en Francia la mayor parte del tiempo —dijo la señorita Carter—. Me eduqué en el sur de Francia.

—¡Ah, las orillas del Mediterráneo! —dijo Evvy—, esa «gran meta de todo viajero», como dijo el doctor Johnson. Es usted afortunada, señorita Carter.

—No lo sé —dijo la señorita Carter, volviéndose con expresión seria hacia él—. No estoy segura de que el sur de Francia sea un buen lugar para un niño. Es tan caluroso y seco. Recuerdo mi infancia como una época de terrible sequedad, como si fuera un período de sequía.

—Pero estaba junto al mar, ¿no? —dijo Evvy.

—Sí —dijo la señorita Carter—, pero yo lo recuerdo como un mar melancólico. Un mar sin mareas. Recuerdo haber visto, de niña, dibujos en libros infantiles ingleses de chicos y chicas que jugaban en la arena y hacían castillos, y yo intenté jugar con mi arena, pero una playa mediterránea no es el lugar adecuado para jugar. Es sucia y muy seca. Las mareas nunca lavan la arena ni la hacen firme. Cuando intentaba construir un castillo, la arena se me escurría entre los dedos. Estaba demasiado seca para mantenerla compacta. E incluso si vertía agua sobre ella, el sol la secaba en seguida.

Estas palabras llamaron la atención de Bledyard. Dejó de comer y miró a la señorita Carter. Por un momento, pareció que iba a hablar. Después decidió que no, y siguió comiendo. Mor también miró a la señorita Carter. Parecía confundida, bien por la longitud de su discurso o por la atención que le había prestado Bledyard. Mor se sintió emocionado e irritado.

El señor Everard proseguía la conversación implacablemente.

—Es usted hija única, ¿no es así, señorita Carter?

—Desgraciadamente, sí —dijo la señorita Carter.

—¿Y siempre vivió con su padre? Habrá conocido a mucha gente.

—No —dijo la señorita Carter—; mi padre era bastante solitario. Mi madre murió cuando yo era muy joven. Viví sola con mi padre, hasta principios de este año, es decir, hasta que murió.

Se hizo un silencio. Evvy jugueteaba con los restos de su comida, e intentaba pensar lo que diría a continuación. Mor dirigió una mirada furtiva a la señorita Carter y se quedó petrificado. Había cerrado los ojos, y se le habían escapado dos lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Mor se sintió herido en el alma. ¡Qué poca imaginación tengo!, pensó. Sabía que acababa de perder a su padre, pero no se me ocurrió preguntarme si seguía apenada. También intentó pensar, en vano, algo que decir.

Bledyard vio las lágrimas y soltó el cuchillo y el tenedor.

—Señorita Carter —dijo Bledyard, inclinándose hacia adelante—, soy un gran admirador admirador de la obra de su padre.

El corazón de Mor sintió agradecimiento hacia Bledyard. La señorita Carter retiró las lágrimas rápidamente. Evvy ni siquiera había reparado en ellas.

—Me alegro mucho —dijo ella. Parecía alegrarse.

—¿Le enseñó su padre a pintar? —preguntó Bledyard.

—Sí —dijo la señorita Carter—, era bastante tiránico. Me siento como si hubiera nacido con un pincel en la mano. No puedo recordar ningún momento en que no estuviera pintando, con mi padre junto a mí.

Evvy aprovechó la ocasión del cambio de tema de conversación para recoger los platos. Mor le ayudó. El siguiente plato consistía en compota de frutas y helado. El helado estaba casi derretido.

—En realidad, no se puede enseñar a pintar a los niños —dijo Bledyard—. Ya saben pintar. Es el único arte que existe de forma natural en todos los seres humanos.

—¿Y la música? —dijo Mor. Quería intervenir en la conversación.

—Lo sé —dijo la señorita Carter simultáneamente—. Mi padre no me enseñó, en ese sentido, hasta que fui bastante mayor Pero era muy severo. Recuerdo que me obligaba a pintar lo mismo una y otra vez.

—Pero lo olvidan más tarde —dijo Bledyard. Una característica de Bledyard al conversar consistía en que no siempre atendía a los comentarios de su interlocutor, sino que seguía sus propios pensamientos en voz alta, originando a veces una confusión, hasta que el otro se acostumbraba a ello—. Olvidan olvidan cómo pintar más o menos a la edad en que pierden la inocencia. Tienen que volver a aprenderlo todo. ¿Qué prueba eso? Que la pintura es el modo de aprehensión más fundamental que tiene el hombre. Somos seres corporizados corporizados, nuestro modo de conocimiento es sensible, y la visión es superior a los otros sentidos. Antes de que el hombre hablara, ya dibujaba.

Bledyard, que podía permanecer en silencio durante largos períodos en una reunión, dominaba la conversación una vez que se decidía a hablar.

La señorita Carter no se sentía azorada por Bledyard. Le miraba con los labios entreabiertos. Era evidente que le encontraba fascinante. Mor retiró su plato a un lado. El helado era insípido. De todas formas, detestaba el helado.

—Con su permiso —dijo el señor Everard—, empezaré a hacer el café. Se tarda un poco en prepararlo en mi cafetera especial. No, no, quédense donde están. No han terminado la fruta. Hay queso y galletas en la mesa, si lo desean. Haré el café en un momento.

Evvy escapó de la mesa. Había adquirido una cafetera recientemente, en la que Mor había puesto grandes esperanzas; no obstante, como Evvy nunca ponía ni la mitad de la cantidad adecuada de café, los resultados eran tan deplorables como antes.

—¿Usted cree que damos significación al mundo al representarlo? —dijo la señorita Carter a Bledyard—. No, gracias —dijo a Mor, que le ofrecía galletas.

Mor desenvolvió tristemente el papel de plata de un triángulo flácido de queso.

—Representar es una palabra ambigua —dijo Bledyard—.

Representar algo algo es una tarea que debe acometerse con humildad. ¿Cuál es la primera y más fundamental verdad que debe comprender un ser corpóreo? Que es una cosa, un objeto material en el espacio y en el tiempo, y que, como tal, tendrá un fin. ¿Cuál es la siguiente verdad que debe comprender? Que está relacionado, por un lado, con Dios, que no es una cosa, y por otro lado, con otras cosas que lo rodean. Estas otras cosas —Bledyard alzó la cuchara para subrayar sus palabras— son, algunas de ellas, cosas simples, y otras son cosas relacionadas con Dios, como el propio hombre.

El señor Everard, junto a la chimenea, parecía tener dificultades con la cafetera. Mor vio con angustia que echaba mucha agua en el último momento.

—¿Nos trasladamos? —dijo Evvy—. El café está casi listo.

Bledyard, Mor y la señorita Carter se levantaron de la mesa.

—Está claramente indicado en la Biblia —dijo Bledyard— que las obras de la Naturaleza están en esta tierra para beneficio del hombre, ¿no es así, señor Everard?

Evvy se sobresaltó al notar que se dirigían de repente a él.

—Así es, señor Bledyard —dijo—. Señorita Carter, siéntese aquí, por favor. ¿Quiere leche?

—Sí, por favor —dijo la señorita Carter.

—También es el caso —dijo Bledyard— que la Biblia nos ordena ordena abstenernos de crear ídolos.

—Espero que no le importe que la leche esté fría, señorita Carter —dijo el señor Everard—. Por desgracia, ésta es una casa de soltero.

—Gracias —dijo la señorita Carter—. Me gusta más así. Sólo un poco, por favor.

—Así que sería de suponer —dijo Bledyard— que la Iglesia primitiva Iglesia primitiva tuviera sus dudas respecto a la pintura y la escultura religiosas. No obstante, parece que los santos padres no pusieron ningún reparo especial al arte representativo, y desde la historia más temprana de la Iglesia encontramos que la adoración y la alabanza toman, naturalmente, la forma de representación, como en los nobles mosaicos de Rávena.

—¡Ah, sí, qué hermosos son! —dijo el señor Everard—. ¿Ha estado en Rávena, señorita Carter?

—Sí, iba a menudo con mi padre —dijo la señorita Carter—. Conozco muy bien los mosaicos.

—La Iglesia primitiva la Iglesia primitiva —dijo Bledyard, mientras tomaba su taza de café de manos del señor Everard— no parece haber hecho distinción entre la representación de las obras de la Naturaleza y la representación de las formas humanas. Tan cercana tan cercana en el tiempo a la fuente de la luz, su visión estaba informada por una reverencia que penetraba incluso el

método de representar el rostro humano. Sin embargo, cuando nos alcanza el espíritu secular del Renacimiento, encontramos encontramos un interés más exclusivo por la forma humana como tal, unido a una pérdida total de esa reverencia.

—¿Qué le parece el café esta vez, Bill? —dijo el señor Everard—. Un poco mejor, ¿verdad?

—Es muy bueno, señor Everard —dijo Mor, y tragó rápidamente el insípido potingue.

—¿Sugiere —dijo la señorita Carter a Bledyard— que deberíamos tratar la representación de la forma humana de una manera distinta a la representación de otras cosas?

—Como sabe —dijo Bledyard—, nos parece natural hacer esa distinción. Sólo que no lo hacemos lo suficiente suficiente. Cuando nos enfrentamos con un objeto que no es un ser humano, debemos tratarlo, por supuesto, con reverencia. Debemos intentar, al pintarlo, mostrar cómo es en sí mismo, y no tratarlo como un símbolo de nuestros propios estados de ánimo y deseos. El gran pintor el gran pintor es aquel lo bastante humilde, en presencia del objeto, como para intentar *simplemente* mostrar cómo es el objeto. Pero este *simplemente* lo es todo en pintura.

—¡Estoy de acuerdo con usted! —dijo la señorita Carter.

A lo lejos, y procedente del colegio, se oyó la campana de las dos y cuarto.

—Pero —dijo Bledyard—, cuando nos encontramos en presencia de otro ser humano, no nos enfrentamos simplemente con un objeto... —Hizo una pausa—. Nos enfrentamos con Dios.

—¿Tiene clase a primera hora, Bill? —dijo el señor Everard—. Lo siento, debería haberle preguntado antes.

—No, no tengo —dijo Mor.

—¿Quiere decir que no deberíamos pintar a otros seres humanos? —preguntó la señorita Carter.

—Cada uno debe encontrar su camino —dijo Bledyard—. Si fuera posible, ¡ah, si fuera posible tratar una cabeza como si fuera un objeto esférico material! Pero ¿quién es lo bastante grande para hacerlo?

—No veo por qué habría que tratar una cabeza como un objeto esférico material —dijo Mor—. Sabemos lo que es una cabeza y sabemos lo que es comprender a una persona al mirarla a los ojos. No entiendo por qué debe olvidar todo esto el pintor.

—¿Quién merece entender a otra persona? —dijo Bledyard. Hablaba sin mayor intensidad que al principio. Contestó a las palabras de Mor, pero sus ojos estaban fijos en la señorita Carter—. Podemos mirar una cosa material ordinaria con reverencia, preguntándonos simplemente por su ser. Pero cuando miramos un

rostro humano, lo interpretamos según lo que somos nosotros mismos. ¿Y qué somos? —Bledyard extendió las manos, con una de las cuales sujetaba la taza de café, que no había probado.

—Estoy de acuerdo en gran parte con usted —dijo la señorita Carter, hablando rápido para que Bledyard no la interrumpiera—. Nuestros cuadros son un juicio sobre nosotros mismos. Sé en qué medida, y cuán deplorablemente muestran mis cuadros lo que soy. Sin embargo, pienso que...

—Es un hecho —dijo Bledyard— que no podemos realmente observar realmente observar a los que son mejores que nosotros. Es fácil retratar los vicios y las peculiaridades. Pero ¿quién puede mirar con suficiente reverencia un rostro humano? El verdadero retratista debería ser santo, y los santos tienen mejores cosas que hacer que pintar retratos. Los pintores religiosos lo comprenden oscuramente a veces. Las representaciones representaciones de Nuestro Señor no pretenden ser generalmente retratos de un individuo. Las pinturas de Nuestro Señor, generalmente, nos conmueven por la majestad de la concepción, y no por un gesto o una expresión particulares. Cuando el retrato está individualizado, como en la representación de Cristo en Emaús de Caravaggio, nos conmociona. Debería conmocionarnos igualmente cualquier representación de un rostro humano.

El señor Everard miraba su reloj y se movía de un lado a otro con impaciencia. Empezó a decir algo, pero la señorita Carter se adelantó:

—Lo que dice es tan abstracto, señor Bledyard. Podría pensarse de antemano que es imposible retratar un rostro humano con suficiente reverencia, y quizá, en un sentido absoluto, nunca hay *suficiente* reverencia. Pero si consideramos las pinturas de Rembrandt, Goya, Tintoretto, de...

La voz de la señorita Carter se elevaba cada vez más. Se estaba agitando extraordinariamente. Bedyard trató de interrumpirla. El señor Everard articuló algunos sonidos.

Mor, hablando muy alto, consiguió ahogar el estruendo.

—Tengo que marcharme ya, me temo.

Se hizo un repentino silencio.

Bledyard dejó la taza y se puso en pie. Se volvió hacia el señor Everard:

—Gracias —dijo— por una comida tan agradable, señor Everard. Me ha encantado conocer a la señorita Carter. Espero no haberle importunado importunado por quedarme tanto tiempo.

La señorita Carter se puso en pie. Estaba sonrojada y agitada. Dijo:

—Muchísimas gracias, ha sido usted muy amable. He pasado un rato muy agradable.

Evvy parecía a punto de caer exhausto. Todos bajaron al vestíbulo. Mientras Mor descendía las escaleras, vio el paquete de libros que había dejado en la mesa. Se precipitó hacia él y aprovechó la ocasión para dárselo a la señorita Carter.

—Los libros que le prometí.

La señorita Carter lo cogió distraídamente y dijo:

—Ah, gracias —sin mirarle apenas.

Mor maldijo a Bledyard. Salieron todos a la grava frente a la casa. El calor abrasador de la tarde ascendía del suelo en oleadas.

—Ah, Bill —dijo Evvy—, presente mis excusas a su mujer. Tenía intención de invitarla, realmente quería hacerlo, pero ya sabe lo incompetente que soy. A estas alturas del curso, pierdo la memoria. Pero dígaselo, y preséntele mis excusas.

—Lo haré —dijo Mor, que no tenía la menor intención de transmitirle aquella estúpida excusa a Nan. Sabía cómo la recibiría.

—Y no deje de convencerla para que dé ese pequeño discurso en la cena —dijo Evvy.

—Lo intentaré —dijo Mor. Levantó la mano para protegerse los ojos del sol.

—Bueno, me alegro mucho de que vinieran —dijo Evvy—; fue muy agradable. Ahora debo volver a mi tarea. Final de curso a la vista, ya saben. Adiós, señorita Carter, volveremos a vernos pronto, y muchas gracias por haber venido —se retiró rápidamente a la casa y cerró la puerta.

Los tres invitados se quedaron parados e indecisos en el camino durante un momento. Mor pensó, si Bledyard dice otra palabra más, le doy un puñetazo. Era evidente que la señorita Carter estaba pensando lo mismo: restregó los pies sobre la grava y dijo a toda prisa:

—Yo también debo marcharme. Podría acercarles, si quieren, al colegio —la invitación no parecía muy sincera.

Mor se dio cuenta, con gran sorpresa, de que el gran Riley verde aparcado junto a la puerta debía pertenecer a la señorita Carter. Se le antojó prodigioso que una mujer tan pequeña poseyera un coche tan grande. El momento siguiente le pareció delicioso.

Bledyard dijo en seguida:

—No, gracias, señorita Carter. He traído mi bicicleta. Me iré en ella. Así que adiós —y desapareció abruptamente por detrás de la casa.

Mor se quedó solo con la señorita Carter. Pensaba con gran rapidez. Se apoderó de él un deseo repentino e intenso de subir al coche de la señorita Carter. Dijo:

—Sí, por favor; le agradecería que me llevara.

Abrió la puerta para ella, y después entró por el otro lado. La

señorita Carter colocó el paquete de libros en el asiento trasero. Se puso unas gafas oscuras y se ató un pañuelo multicolor a la cabeza. Después encendió el motor. Mientras empezaban a moverse lentamente, una curiosa aparición pasó delante de ellos. Era Bledyard, montado en su bicicleta y empujando la de Mor. Se alejó velozmente, con la cabeza baja, salió del camino y entró en el carril de bicicletas que conducía al colegio.

¡Qué descaro!, pensó Mor. Esperaba que la señorita Carter no se diera cuenta de la significación del espectáculo. Temía que lo hiciera. De repente, empezó a reírse.

—¿Qué pasa? —dijo la señorita Carter.

Mor siguió riendo.

—¡Qué tipo tan curioso es Bledyard! —dijo.

El coche aumentó la velocidad.

Capítulo seis

El Riley giró hacia la carretera principal.

—Lamento —dijo la señorita Carter— haberme mostrado tan seca al ofrecerles que vinieran. Temía que el señor Bledyard aceptara. De verdad, no hubiera podido soportar su compañía ni un momento más.

—No se preocupe —dijo Mor—. La primera hora es la peor. Con el tiempo, llega uno a acostumbrarse. Hay algo muy singular en Bledyard.

—Es verdaderamente singular —dijo la señorita Carter—, pero enloquecedor. Estoy segura de que no está loco, pero posee una característica de las personas que están locas. Discute con insistencia y coherencia, y con aparente lógica, pero por alguna razón todo está equivocado, hay alguna deformación colosal.

—Ya lo sé —dijo Mor, pensando de repente en su mujer—. Y, sin embargo, Bledyard impone respeto. Hay que preguntarse de vez en cuando si no será el propio punto de vista el que está deformado.

—Sí —dijo la señorita Carter—. ¡Vaya! —Detuvo el coche bruscamente. Estaban casi junto a la puerta principal del colegio—. ¿Le importaría que habláramos uno o dos minutos? Parece que ya hemos llegado. Verdaderamente, me siento hundida por esa conversación. Es un gran alivio poder hablar con usted.

—En absoluto —dijo Mor—. No tengo ninguna prisa. No tengo nada especial que hacer esta tarde —le complacía lo que había dicho ella.

—Bueno, en ese caso —dijo la señorita Carter—, quizá podríamos pasear en coche un poco. Sé que es una travesura, y que debería estar trabajando, pero necesito tomar el aire. Espero que usted también lo necesite. Estaremos de vuelta en seguida —metió la velocidad y el Riley volvió a deslizarse suavemente.

De inmediato, Mor empezó a sentirse culpable. Aunque no tenía que dar clase, debía hacer muchas cosas aquella tarde. Pero era tan agradable correr en el coche, con el aire inmóvil del verano transformado en cálida brisa, y la carretera principal, ruidosa y amenazante, en autopista abierta y obediente y que, por una vez, llevaba realmente a alguna parte. Mor observó que habían cruzado el puente del ferrocarril sin haber notado pendiente. Todo aquello le hacía bien, pensó, después del ambiente tenso del salón del señor Everard. No había nada de malo en distraerse un poco.

—Me siento muy perturbada por ese hombre —dijo la señorita Carter. Estaba muy seria. Era evidente que sólo podía pensar en Bledyard.

—¡Pues maldito sea —dijo Mor riendo— si la ha molestado a usted!

—No, no —dijo la señorita Carter—; como usted mismo dijo, puede que él tenga razón, pero todo parece un... reproche repentino. Me tomo la pintura muy en serio. En realidad, *ahora* es lo único que tengo. Sé que soy bastante buena. Creo que llegaré a ser mejor. Pero ese hombre me hace sentir que todo lo que hago es pésimo. En cierto modo, lo es..., pésimo, pésimo, lo sé.

Pronunció esa palabra como lo haría un extranjero, dándole un verdadero significado. Volvía a hablar con excitación, haciendo gestos con su pequeña mano sobre el volante. Y, a medida que hablaba, aceleraba. Los bordes arenosos de la carretera principal refulgían furiosamente al pasar y dejaron atrás a varios coches. En un momento, el velocímetro marcó setenta millas. La señorita Carter apenas parecía notarlo. Mor se sujetó al asiento.

—Escuche —dijo— y vaya despacio. No viajo en coche muy a menudo. Como dijo Bledyard, cada cual debe encontrar su propio camino. Y, como dijo usted, sus comentarios son demasiado abstractos. La respuesta que debe dársele son las obras mismas. Y su respuesta es su obra. Cuando no la distraen las teorías, cuando está sola con su trabajo, sabe lo que tiene que hacer y, al menos, en qué dirección se sitúa la perfección —Mor hablaba con la mayor seriedad. Pensaba que en esto había algo que enseñar, algo que comprender. Y también había algo que él debía intentar comprender. Quería continuar la conversación.

—Lo siento —dijo la señorita Carter. Frenó, y continuaron en silencio durante un rato. Para entonces habían llegado a los alrededores de Marsington. El coche se detuvo ante un semáforo.

—Gire a la izquierda —dijo Mor—. Salgamos de la carretera principal —no quería pasar por la tienda de Tim Burke.

Giraron, y al cabo de unos momentos se encontraron en un camino rural. El murmullo del tráfico fue disminuyendo hasta que se

hizo el silencio. Las hojas de los árboles se cruzaban por encima de sus cabezas. La señorita Carter disminuyó la velocidad.

—Es una sorpresa —dijo— que sea tan fácil escapar. ¿Habrá un río cerca de aquí? Tengo tanto calor...; sería maravilloso ver agua. Supongo que el mar queda demasiado lejos.

—¡Oh, muy lejos! —dijo Mor, escandalizado—. Toda esta zona es bastante seca, pero creo que podría encontrar un riachuelo para usted. Veamos. Sí. Si seguimos unas cuantas millas más, lo encontraremos. Continúe de todas formas, ya reconoceré el camino al verlo.

—¿Está usted seguro de que no le estoy entreteniendo? —dijo la señorita Carter—. En cuanto quiera volver, dígamelo. ¿O quizá podría llevarle a algún sitio, acompañarle a algún recado? Creo que dijo que no tiene coche.

—No, no tengo —dijo Mor— y, en realidad, si quiere ayudarme, podría dejarme dentro de un rato cerca de aquí. Tengo que ver a una persona y, como estamos cerca, podría ir esta tarde. Me ahorraría un viaje en tren. Pero, primero, vamos a buscar su río. No tardaremos mucho.

Se le había ocurrido a Mor que, como estaban prácticamente en Marsington, podía visitar de nuevo a Tim Burke. En el exaltado estado de ánimo en que se encontraba la noche anterior, no había podido mantener una conversación suficientemente precisa con Tim. Debía saber más, pensó Mor, acerca de los pormenores del aspecto financiero de la empresa antes de discutir la cuestión con Nan o con Evvy. Era seguro que Nan pondría objeciones en el terreno financiero y, para convencerla, sus respuestas debían ser exactas. Otra charla con Tim le resultaría muy útil.

—Bien —dijo la señorita Carter. La carretera se extendía ante ellos, y dejó que el coche la atravesara velozmente. Era evidente que había olvidado el reciente nerviosismo de Mor. Por la expresión de su cara, Mor sospechó que todavía pensaba en los reproches de Bledyard. Vio el perfil de sus ojos detrás de las gafas oscuras. Los pensamientos los habían agrandado. Sujetaba ligeramente el volante con su pequeña mano y apoyaba el otro brazo en el borde de la ventanilla. Dejaron atrás un pinar, y un aroma de arena y resina inundó el coche. Era, en efecto, una zona muy seca.

Mor recordó que había dicho a Nan que estaría de vuelta a la hora del té. Le dijo a la señorita Carter:

—¿Le importaría parar si encontramos una cabina de teléfono? Quiero llamar a mi mujer para decirle a qué hora volveré.

—Por supuesto —dijo la señorita Carter. Apareció una cabina telefónica muy pronto, y detuvo el coche.

Mor fue a la cabina y buscó en los bolsillos seis peniques. Le

rodeaba una extraña quietud, después del sonido del motor. Al poco rato oyó la voz de Nan. Su mujer siempre tenía un tono de aprensión cuando contestaba al teléfono.

—¿Sí?

—Hola, Nan —dijo Mor—. Soy Bill. Pensé que debía llamarte para decirte que no llegaré a casa a la hora del té. Tengo un par de cosas que hacer, y después debo ir a ver a Tim Burke por el asunto del Partido Laborista.

—Está bien —dijo Nan—. ¿Cuándo volverás?

—Alrededor de las cinco y media, espero —dijo Mor—. Puede que antes. ¡Hasta luego!

Colgó el teléfono. Después se quedó inmóvil en la cabina, y le invadió un sentimiento extraño y frío. ¿Por qué demonios había hecho eso? ¿Por qué le había dicho una mentira a Nan? ¿Por qué no le había dicho que había salido con la señorita Carter en el coche? Ni siquiera había reflexionado; había mentido inmediatamente, sin pensar. ¿Por qué? Supuso que era por intuir que Nan se mostraría sarcástica y desagradable ante aquella forma de desperdiciar la tarde. Pero no era ésa una razón para mentir. En cualquier caso, había sido una estupidez. Cualquiera podía verles a él y a la señorita Carter en el coche. Pero no era ésa la cuestión. No debería haber mentido a Nan. Salió lentamente de la cabina.

—¿Qué ocurre? —dijo la señorita Carter—. Tiene un aspecto muy extraño. ¿Se encuentra bien?

—Sí —dijo Mor—. Es que tengo un poco de calor. Me sentiré mejor cuando empiece a andar el coche.

La señorita Carter le dirigió una mirada de ansiedad, y arrancaron.

«Estoy diciendo otra mentira», pensó Mor. De repente, le dijo a la señorita Carter:

—Me temo que no es cierto. El hecho es que, no sé por qué, no le dije a mi mujer que estaba con usted en el coche, y fue una tontería por mi parte.

La señorita Carter se volvió a mirarle. Sus ojos quedaban ocultos tras las gafas oscuras. Ahora me detestará, pensó Mor. Me detestará por haber mentido, y me detestará por haberle dicho que lo he hecho.

—¡Vaya! —dijo la señorita Carter—. Tendrá que decírselo cuando vuelva. No le importará mucho, ¿verdad? Pero supongo que se enfadará conmigo.

Mor sintió un súbito alivio y una enorme simpatía por la señorita Carter. Por supuesto, ésa sería la forma más sincera de comportarse, y no tendría mucha importancia. Pasaría media hora desagradable con Nan; eso sería todo. Se sintió agradecido a la señorita Carter por

la forma tan sencilla en que lo había afrontado, y se alegró de habérselo dicho.

—Tiene toda la razón, por supuesto —dijo Mor—; se lo diré cuando vuelva. Se enfadará conmigo, con razón, pero no con usted; yo me encargaré de que no lo haga. Lo siento. De verdad, soy tonto.

El coche había acelerado mientras hablaban.

—¿Dónde estamos? —dijo la señorita Carter.

Mor no estaba muy seguro.

—Siga un poco más —dijo—. Puede que hayamos pasado la desviación. Reconoceré algo dentro de un momento —pensó que este último intercambio había roto una barrera entre él y la señorita Carter, y se encontraba más a gusto en su presencia. Por un instante, casi se alegró de su estupidez.

La señorita Carter redujo la velocidad del coche, y Mor empezó a inspeccionar el campo. Para entonces se encontraban en las profundidades del accidentado paisaje de coníferas de Surrey que se extiende entre el abanico de líneas que forman las grandes carreteras de las afueras de Londres; la región en la que el londinense que huye de la ciudad exclama, un tanto dubitativo: «¡Por fin estamos realmente en *el campo*!».

Mor llegó a la conclusión de que debían haber pasado la desviación que tenía en mente, pero estaba seguro de que si continuaban, encontrarían el camino que conducía al río. Estaba decidido, después de aquel desagradable asunto, a no fallar a la señorita Carter en lo referente al río. Le debía algo. Entre tanto, la tarde se hacía más calurosa y los bosques más tupidos, más inmóviles y más pesadamente perfumados. Continuaron.

Recibieron con un grito simultáneo lo que apareció ante ellos en la carretera. La señorita Carter frenó violentamente, y se aproximó muy despacio. Dijo:

—Qué extraño; al principio pensé que era un espejismo —detuvo el Riley a unos cuantos pies del vado.

El agua corría centelleante y cruzaba la carretera, formando una corriente ancha y calmada. La oían correr. Permanecieron en silencio durante un rato, como en trance, escuchando el ruido. Después, la señorita Carter dejó que avanzara el coche lentamente hasta que las ruedas delanteras se mojaron. Se volvió hacia Mor con una mirada triunfal.

Mor se sentía contento por la alegría de ella. Miró a ambos lados. El agua salía del bosque bajo plataformas de cemento, cuya parte superior estaba cubierta de tierra y hierba. Por detrás había un tupido bosque y era imposible ver lo que ocurría con el riachuelo. Mor miró por encima del agua. A poca distancia del vado había una desviación hacia la izquierda.

—Vayamos ahí abajo —dijo Mor, señalándola—. A lo mejor podemos llegar a la orilla del río más adelante.

La señorita Carter le miró con cierta ansiedad.

—¿Está seguro de que tiene tiempo? —dijo—. No quiero entretenerle. Mis travesuras ya le han causado algunos problemas.

—¡Tonterías! —dijo Mor—. No fue culpa suya. Todavía tengo un poco de tiempo. ¿Le gustaría ir? No estaremos más de un minuto.

—¡Me encantaría! —dijo la señorita Carter con prontitud, y el coche avanzó por el vado con un suave silbido y se deslizó por la curva. Allí también los árboles se unían por encima de sus cabezas y había una difusa luz verde. La señorita Carter se quitó las gafas.

Al cabo de unas cien yardas, vieron que el riachuelo se desviaba a la derecha, alejándose de la dirección en que debía correr el río. El bosque era aún demasiado espeso para que pudieran ver lo que allí había, aunque cuando el coche se detuvo y la señorita Carter desconectó el motor, se hizo audible un distante murmullo de agua. No obstante, justo en frente de ellos se hallaba una verja blanca, y tras ella, un camino de herradura de un verde suave que se curvaba hacia la izquierda entre helechos y zarzas, bajo un arco continuo de robles, abedules y coníferas. Era tentador. Se miraron.

—Dejemos el coche —dijo Mor—. Podríamos caminar hasta ahí abajo en un momento y buscar el río.

—No —dijo ella—, ¿por qué caminar? Podemos ir en el coche.

Se apeó y abrió la verja. Un par de minutos después el Riley avanzaba lentamente y a sacudidas por el camino de herradura.

—Conducir un coche por un camino así —dijo la señorita Carter, casi en un susurro— es como navegar en un bote por una calle. Es como un hechizo.

Mor guardaba silencio. Así era. El motor apenas hacía ruido, y por encima de él se elevaba el zumbido imponente del bosque en una tarde de verano, un sonido turbador que se confundía con el silencio. Era como si, desde que traspasaron la verja blanca, hubieran entrado en otro mundo. El espíritu del bosque pesaba sobre ellos, y Mor se sorprendió mirando a uno y otro lado, como si esperara ver algo extraño. El camino estaba bien cuidado y cubierto por una tupida hierba, y alguien había recortado los helechos en los bordes. De todas formas, los helechos y las flores silvestres estaban lo bastante cerca para que los rozaran las ruedas del coche al pasar, y Mor vio tojos y cuclillos amontonados y balanceándose ligeramente a ambos lados del camino que se extendía ante ellos. Aquí y allá aparecía una panorámica profunda del bosque, entre pasadizos cubiertos de hojas e iluminados por una luz parda. Aún no se veía indicio alguno del río. La señorita Carter detuvo el coche de repente. Seguía hablando en voz baja:

—¿Le gustaría conducir?

Mor se asustó. Hacía casi quince años que no conducía, y nunca había tenido un coche propio.

—No he conducido desde hace mucho tiempo —dijo— y no sé si sería capaz ahora. Además, no tengo carnet de conducir.

—No importa —dijo la señorita Carter—; nadie se enterará y, en cualquier caso, no estamos en una auténtica carretera. ¿Le gustaría?

—Podría estropear su precioso coche —dijo Mor. Pero sabía que le gustaría, que le gustaría muchísimo conducir el Riley. Antes de que pudiera decir nada más, la señorita Carter saltó del coche y cambiaron de asiento. Ella parecía muy alegre y observaba a Mor con delectación, mientras éste miraba dubitativo el cuadro de mandos. No recordaba nada.

—¿Cómo se pone en marcha? —preguntó.

—Esto es el encendido; está en marcha, éste es el botón de arranque, esto la palanca de cambio. ¿Se acuerda de cómo funcionan las marchas? Aquí está el embrague, el pedal del freno, el acelerador. El freno de mano está aquí en frente —la señorita Carter estaba encaramada y vuelta de medio lado en su asiento, con el aire regocijado de un muchachito que observa cómo su padre está a punto de enredarlo todo.

Mor se sentía grande y desmañado. Jugueteó un poco con las marchas. Empezaba a recordar. Encendió el motor. Después metió primera con cautela y soltó el embrague. Con una sacudida, el Riley saltó hacia delante. Inmediatamente, puso el pie en el freno y el coche se caló. La señorita Carter se retorcía de risa. Había levantado los pies y sujetaba su falda contra los tobillos.

—¡Maldición! —dijo Mor. Lo intentó de nuevo y tuvo más suerte. El Riley se deslizaba muy lentamente y Mor lo condujo por una curva del camino. Un árbol rozó el techo. Continuaron casi en silencio por la parte más tupida del bosque. La señorita Carter estaba seria, y miraba al frente. Cuando Mor notó que el coche avanzaba con un suave ronroneo bajo su control, se sintió como un rey. Experimentaba una intensa y profunda alegría. Su cuerpo se relajó. Era una continuación del coche, del bosque que se movía lentamente, de la tupida alfombra verde del camino sin ondulaciones. Continuaron sin hablar durante unos momentos.

Entonces Mor vio al leñador. Estaba tumbado muy cerca del camino, en un pequeño claro en el que los árboles retrocedían y dejaban un ancho espacio abierto, cubierto de hojas muertas. Alrededor de los bordes, las flores y zarzas se entretejían formando una espesa pantalla, en cuyo punto más alejado una hendidura triangular conducía de nuevo al bosque y se perdía en la oscuridad. El hombre yacía de lado sobre las hojas secas, y parecía estar

jugando con unos naipes de brillantes colores. Tenía la mayoría de las cartas en la mano, pero en el suelo había una media docena. Era un hombre bajo y ancho, vestido con unos pantalones desharrapados de algodón azul y una camisa también azul. Las ropas tenían cierto aspecto de uniforme, sin que pudiera identificarse de qué tipo. Cerca de él, bajo las zarzas, se veía un fardo y algo que parecía el mango de una herramienta. La cara del hombre estaba vuelta a medias hacia ellos, con los ojos bajos, y el peculiar bronce oscuro de sus mejillas sugería que podía tratarse de un gitano. Tenía el pelo enmarañado y oscuro.

Mor detuvo el coche involuntariamente. Estaban a unos cuantos pies del hombre. Transcurrió un momento. La figura reclinada no alzó la vista. Continuaba mirando fijamente la fila de naipes extendidos boca arriba frente a él. No prestaba la menor atención a quienes le observaban desde el coche. Mor notó que la señorita Carter le tocaba el brazo. Encendió el motor de nuevo y continuaron. Perdieron de vista al hombre entre los árboles.

Mor se volvió a mirar a su compañera. La señorita Carter estaba pálida y se había cubierto la boca con la mano.

—No se asuste —dijo Mor.

—Estoy asustada —dijo la señorita Carter—. No sé por qué.

El coche avanzaba a sacudidas calladamente. El camino parecía interminable. Mor también estaba un poco asustado, sin saber por qué. Dijo:

—Probablemente se trata de uno de esos leñadores nómadas que trabajan para el servicio forestal. Viven en el bosque, en chozas o en tiendas de campaña.

—A mí me pareció un gitano —dijo la señorita Carter—, y estoy segura de que no trabajan para nadie. Me pregunto si deberíamos haberle dado dinero. ¿Qué cree usted?

Mor le dirigió una rápida mirada. Estaba acobardado por la agitación de ella.

—Creo que no —dijo—. A veces son muy orgullosos —al decirlo, se dio cuenta de que habría sentido timidez si hubiera tenido que dirigirse al hombre.

—¿Observó que no eran naipes normales? —dijo la señorita Carter.

En ese momento doblaron otra curva del camino, y el río apareció ante ellos. El camino corría junto a la orilla, y se transformaba en una ancha extensión de césped, y el río corría con fuerza, su superficie reluciente y brillante, entre bancos de espadañas, adelfas y reinas de los prados. Aún quedaban algunas nomeolvides tardías, con los tallos sumergidos, en las orillas del cañaveral. Olía a agua.

Mor detuvo el coche y ambos bajaron. Fueron a la orilla y se quedaron allí algún tiempo, en silencio. El escenario era tan parecido a un jardín que Mor miró a su alrededor, casi esperando descubrir una casa cercana. Pero no se veía nada excepto el río, cuyas orillas volvían a desaparecer en las profundidades del bosque. Miró a la señorita Carter. Ésta se encontraba en la densa maraña de hojas y flores de la orilla del río. En sus ojos había una mirada extasiada y narcotizada: como a ciegas, extendió las manos hacia el follaje. Arrancó una hoja, se la llevó a la boca y la masticó pensativamente, los ojos fijos en el agua.

Mor se volvió y caminó un poco por el césped. Aquél era el auténtico campo, en el que el cambio de las estaciones está marcado por señales insignificantes. El endrino da paso al espino, y el espino al saúco. Qué raramente venía aquí. Separó unas ramas y vio que el río se ensanchaba en un remanso, escondido bajo un techo de hojas desparramadas. La orilla formaba allí un suave declive, y se encontraba con el agua en una playa de guijarros. Por detrás, la corriente parecía más profunda, rayada a un lado por filas de abrojo, que se agrupaban densamente bajo la orilla más alejada, y eran más escasos en el medio. Una pluma blanca de cisne se deslizaba por la superficie. Mor se volvió para comunicar el descubrimiento a su compañera, pero la encontró ya a su lado.

—¡Oh! —dijo la señorita Carter—, ¡tengo que nadar! ¿Le importa? ¡Tengo que hacerlo! ¡Tengo que hacerlo!

Mor se sintió un poco alarmado y sobresaltado ante aquella sugerencia, pero también comprendió que le estaba pidiendo permiso, y que difícilmente podría negarse. Guardó silencio.

—Oh, por favor, ¡*tengo* que nadar! —dijo la señorita Carter de nuevo. Mor vio un destello de locura en sus ojos. De súbito, recordó la rosaleda, la habitación de Bledyard.

—Por supuesto, nade si quiere —dijo Mor—. Espero que no venga nadie. Yo me quedaré en la orilla y vigilaré por si llegan intrusos.

—No vendrá nadie —dijo la señorita Carter—, nadie encontrará este lugar. Sí, baje ahí. Yo me desnudaré aquí, detrás de estos arbustos. No tardaré ni un minuto. Pero *tengo* que meterme en el río.

Mor volvió a la luz del sol y se alejó, arrastrando los pies por las reinas de los prados de la orilla del río. Se sentía incómodo. El sol calentaba con intensidad. La transpiración le corría constantemente, como lágrimas, por ambos lados de la cara. El río era, en verdad, incitante. Mor volvió la cabeza hacia el otro lado. Se sentó en un claro del cañaveral que dejaba al descubierto una pequeña porción de agua. Allí, la orilla era alta y escarpada, y el río corría unos tres o cuatro pies más abajo. A cierta distancia, unos arbustos de tojo

despedían un fuerte perfume a coco. Una gran libélula quedó inmóvil en el aire por un instante, y poco después desapareció. Los pájaros no cantaban. El calor los había callado.

Mor estaba de espaldas al lugar en que los árboles, que se extendían hasta muy abajo, ocultaban el remanso herboso y a la señorita Carter. Al momento, oyó el sonido de un fuerte salpicón y un grito de triunfo.

—Está maravillosa y caliente. Y el agua es tan clara. Y, ¿sabe qué?, hay berros.

—Tenga cuidado —dijo Mor—. No se enrede en esos hierbajos.

Continuó el chapoteo.

Mor se sentía realmente incómodo. Empezó a desear no haberse embarcado en aquella estúpida expedición. Empezó a pensar en Nan, y sus ideas optimistas de hacía un rato le parecieron inútiles. Había creído que no tendría mucha importancia. Pero, ¿cómo podía saberlo? No había precedentes de sucesos de ese tipo. Mor siempre había sido sincero con su mujer, salvo alguna mentira por conveniencia social, muy de vez en cuando, y una o dos mentiras sobre su salud. Mor nunca olvidó aquellas ocasiones. Hasta entonces, nunca había tenido que ofrecer a Nan el tipo de confesión que tendría que exponerle aquella noche. No tenía la menor idea de cómo lo tomaría. Por supuesto, no podía ocurrir nada terrible. Una vez dicha la verdad, simplemente tendría que digerirlo de alguna forma. Pero no sabía con exactitud, y ni siquiera con aproximación, cómo sería, y experimentaba una profunda angustia.

Se preguntaba si debía contarle a Nan el baño de la señorita Carter. Probablemente, debería haberle dicho que no se bañara. Pero hubiera sido cruel. Sería mejor que lo contara todo, pensó Mor. Si iba a refugiarse en la verdad, debería ser la verdad completa y, en realidad, ése era el único refugio posible. Por supuesto, iría a ver a Tim Burke en el camino de vuelta, y eso haría cierta al menos parte de la historia. ¿O sería un engaño? ¿Quizá había decidido ver a Tim Burke sólo como una especie de pretexto para pasar más tiempo con la señorita Carter? No estaba seguro. Se le ocurrió que después de aquella noche sería mejor que evitara ver a la señorita Carter, excepto cuando resultara inevitable. No porque importara especialmente. ¡Qué estúpida había sido esa mentira! Había convertido algo trivial y simple en algo que parecía importante. Mor miró fijamente al río. Un campañol de agua lo cruzó lentamente y desapareció entre los juncos de la otra orilla. Mor no lo vio. Sintió que se interponía un velo negro de tristeza entre él y la cálida tarde. Miró el reloj.

Eran las cinco y cuarto. Mor se levantó de un salto. ¡Cómo volaba el tiempo! Debía pensar en regresar de inmediato. Se volvió hacia el

remanso y vio el vestido de seda azul de la señorita Carter extendido sobre un arbusto de tojo, y sus pequeñísimas sandalias doradas encaramadas sobre un manojo de hierbas. Se apartó rápidamente.

—Señorita Carter —gritó—, creo que deberíamos irnos muy pronto. Traeré el coche.

La señorita Carter dijo con voz clara, desde algún lugar muy cercano a él:

—¿Está seguro de que puede hacerlo?

—Sí —dijo Mor.

Subió con pesimismo al Riley y encendió el motor. ¿Cómo había sido tan tonto para meterse en una situación tan estúpida? Por la noche todo quedaría claro de nuevo. Nan estaría ofendida y enfadada. Pero, al menos, él saldría de aquel lío. Detestaba la idea de que, en ese mismo momento, la estaba engañando. Dio marcha atrás y empezó a virar bruscamente. Lo hizo retroceder una corta distancia a lo largo de la orilla del río. El Riley se movía con rapidez. Mor frenó y cambió a primera. Soltó el embrague lentamente. No ocurrió nada. Volvió a intentarlo, acelerando ligeramente. Tampoco ocurrió nada. El coche no avanzaba. La atención de Mor se concentró en la situación. Comprobó el freno de mano y repitió todos los movimientos, acelerando a fondo. El coche permaneció donde estaba, y oyó un zumbido siniestro cuando una de las ruedas traseras giró en vano sobre la maleza de juncos y adelfas.

La señorita Carter se acercó a él por el césped, a pequeños pasos. Había recuperado su aspecto ligeramente remilgado, aunque el vestido de seda parecía ceñirse más a su cuerpo. Iba descalza, y llevaba los zapatos y las medias en la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó con cierta ansiedad.

—Parece que nos hemos atascado —dijo Mor. Salió del coche.

—¿Está seguro de que no está puesto el freno de mano? —dijo la señorita Carter.

—Seguro —dijo Mor.

Fue hasta la parte trasera del coche. Las ruedas estaban muy cerca del borde de la corriente, y habían penetrado en una gruesa masa de hierbas enmarañadas. Allí la orilla formaba declive, y la maleza colgaba de una forma engañosa. Bajo el verde dosel, la tierra estaba húmeda y pegajosa. A continuación, la ribera caía en pendiente al agua, unos cuantos pies más abajo. Mor se adentró hasta la cintura en las adelfas y vio que la rueda de fuera casi no tocaba el suelo, y que sobresalía de la hierba que colgaba sobre el agua. La otra rueda parecía haberse hundido en un hueco lleno de lodo. Las ruedas delanteras se encontraban a uno o dos pies de la ribera.

—¿Cuál es la situación? —dijo la señorita Carter.

Le siguió descalza, y cuando Mor se inclinó hacia adelante vio aparecer sobre la hierba, junto a sus pesados zapatos, los pies de ella, pequeños y blancos.

—Cuidado con las ortigas —dijo Mor—. Bueno, creo que ya sé qué hacer. Esta rueda está casi en el borde, me temo. Pero nos podríamos mover si la otra rueda se agarrara. Ésa se ha atascado en el barro. Si ponemos hierba y ramas debajo, sería una solución. Yo encenderé el motor, y usted observe las ruedas traseras.

—No, yo encenderé el motor —dijo la señorita Carter—. Quizá conmigo se mueva el coche.

Subió y repitió todos los movimientos. Ocurrió lo mismo. El motor rugió en vano. Mor vio girar las ruedas traseras, y la otra en el lodazal. La señorita Carter paró el motor y volvió a salir.

—Lo que necesitamos es un montón de hierba y ramas —dijo Mor.

Corrió hasta el lindero del bosque y empezó a coger brazadas de helechos y de hierbas. La señorita Carter se adentró un poco más lejos en el bosque y recogió ramas. Al volver, Mor observó que tenía sangre en las piernas. Se arrodillaron juntos al lado de la rueda. La señorita Carter olía a agua de río. Cuando se inclinó, las puntas mojadas de su pelo dejaron caer unas gotas que corrieron hacia su pecho. Ayudó a Mor a esparcir el follaje a ambos lados de la rueda. Mor utilizó sus manos como pala para retirar el lodo de debajo del neumático, y puso en su lugar un compacto manojo de ramas y helechos.

—¡Eso es! —dijo—. Ahora saldrá. ¿Conduce usted o conduzco yo?

—Yo lo haré —dijo la señorita Carter—. Usted vigile lo que ocurre.

Mor se agachó junto a la rueda, mientras la señorita Carter subía al coche y encendía el motor. Con la respiración contenida, Mor observó que la rueda empezaba a girar. Daba resultado. Se agarraba bien a los helechos secos. Mor estaba a punto de gritar, cuando algo sucedió. Se produjo una violenta sacudida, y el coche volvió a pararse. Mor vio con sorpresa que la rueda se había elevado del suelo y giraba en el aire. Se levantó de un salto.

—¿Qué pasa ahora? —dijo la señorita Carter. Parecía alarmada. El coche se ladeaba hacia el río.

Mor corrió hacia la parte trasera del coche. Miró la otra rueda. Había cedido una porción de la orilla bajo ella y colgaba en el aire, por encima del agua. El Riley parecía descansar sobre el eje trasero, a horcajadas sobre la orilla.

—Salga del coche —dijo Mor.

—No, déjeme intentarlo otra vez —dijo la señorita Carter.

—Salga —dijo Mor—, en seguida.

Salió y se reunió con él. Cuando vio la posición de las ruedas traseras, dio un grito.

—Lo siento *muchísimo* —dijo Mor—. Todo es culpa mía. Pero las disculpas no sirven de mucho. La cuestión es decidir qué hacer.

—Si colocáramos una cuña bajo la rueda trasera interior —dijo la señorita Carter— y usted empujara desde atrás, podríamos hacerlo avanzar.

—No lo creo —dijo Mor—. Tendríamos que levantar el eje de alguna forma. El coche ya está demasiado ladeado.

—¿Y si lo levantáramos con el gato? —dijo la señorita Cárter—. Quedaría bien balanceado y después lo haríamos bajar lentamente.

—No podríamos levantarlo —dijo Mor—. El gato se hundiría en el lodo. Además, cuando lo bajáramos, volvería a la misma posición.

La señorita Carter estaba preocupada, pero no aturdida. Pensaba intensamente. Antes de que Mor pudiera detenerla, se arrastró a gatas bajo el Riley.

—No haga eso, señorita Carter —dijo Mor vivamente—. Con el coche tan inclinado, es peligroso.

La señorita Carter reapareció. Sus rodillas y el bajo de su vestido estaban manchados de barro. Había tirado los zapatos y las medias sobre la hierba.

—Quería saber exactamente en qué posición se encuentra el eje —dijo—. De hecho, está apoyado en una piedra. Lo que sugiero es que coloquemos algo grande y firme bajo la otra rueda, y después empujemos la piedra. Entonces el coche quedará apoyado sobre tres ruedas de nuevo.

—No servirá de nada —dijo Mor—. Lo que necesitamos es una grúa.

—Bueno, intentemos esto antes —dijo ella con firmeza y, al momento, ya corría hacia el bosque. Mor la siguió. No sentía nada, excepto una angustia casi física por el coche.

La señorita Carter encontró una piedra plana y musgosa, y Mor la ayudó a transportarla hacia el río. Era muy pesada. Mor se quitó la chaqueta y se subió las mangas de la camisa. Comenzaron a introducir la piedra bajo la rueda. En el proceso, se puso embarrada y resbaladiza.

—Éste es un procedimiento disparatado —dijo Mor.

Se sentó sobre los talones y miró a su compañera. La señorita Carter estaba muy sonrojada. Había manchas de barro en el rojo oscuro de sus mejillas. Las faldas de su vestido estaban recogidas, y tenía una rodilla y un muslo hincados en el barro. Parecía un personaje de circo.

—Hay que tener cuidado —dijo— de que la piedra quede

inclinada desde el interior del coche hacia fuera. Después, cuando reciba el peso, el coche no podrá deslizarse hacia el río.

Mor suspiró. No podía abandonarla. Le ayudó a completar la operación.

—Ahora —dijo Mor— la cuestión es: ¿cómo vamos a sacar la piedra de debajo del eje sin que se nos caiga todo encima?

—Usaremos la manivela de arranque —dijo la señorita Carter. No estaba tranquila, sino atenta y decidida. Sacó la manivela de arranque del maletero.

—Démela —dijo Mor—. Hágase a un lado y no suba al coche por nada del mundo. Cuando vuelva a apoyarse sobre tres ruedas, intentaré conducir.

Mor subió al coche un momento y puso el freno de mano y la primera marcha. Después fue detrás del coche y se tumbó junto a las ruedas. Vio que la rueda trasera interior tocaba la piedra que habían colocado la señorita Carter y él, y que el eje se apoyaba sobre otra piedra más cercana a la ribera. Extendió la manivela de arranque por debajo y empezó a socavar la piedra sobre la que se apoyaba el eje, escarbando con fuerza en torno a su base. La señorita Carter se sentó junto a él, casi escondida por la maleza.

Socavar la piedra resultó más fácil de lo que Mor creía. Después de todo, quizá funcionara aquel absurdo plan. Sintió que la piedra cedía ligeramente y que empezaba a hundirse. Al cabo de un instante, dejaría libre el eje y el coche se apoyaría sobre tres ruedas. Mor cavó una vez más y se apartó rápidamente.

Con un rugido de llantas chirriantes, maleza arrancada y piedras desmoronadas, el Riley se bamboleó con fuerza hacia el río. Lo vio elevarse por encima de él como un animal encabritado. Mor rodó precipitadamente por la hierba y chocó con violencia contra las rodillas de la señorita Carter. Ambos se levantaron, tambaleantes.

—¿Se encuentra bien? —gritó ella.

Mor no contestó. Corrieron a ver lo que le había ocurrido al coche. Había cedido otro trozo de la ribera, y el coche se había hundido y se balanceaba con una rueda delantera y otra trasera asomadas al borde de la ribera. Por debajo, el río, espumoso y embarrado por la reciente avalancha, arrastraba juncos, manojos de hierba y capullos rotos de reinas de los prados.

—Humm —dijo Mor—. Bueno, creo que ya es hora de ir a buscar una grúa.

—Es demasiado tarde —dijo la señorita Carter con voz serena.

Mor miró. Comprendió que, en efecto, era demasiado tarde.

—Va a caerse directamente al río —dijo la señorita Carter.

Se quedaron mirando. El gran coche se deslizaba hacia el agua muy lentamente. Se oyó un suave ruido gorgoteante a medida que

caían trozos de ribera y se sumergían. Mor tomó a la señorita Carter por el brazo y la apartó de allí. Se produjo una pausa, durante la que se hicieron audibles la voz ininterrumpida de la corriente y el zumbido del bosque que les rodeaba. El coche quedó suspendido, con las ruedas interiores separadas del suelo, las ruedas exteriores tragadas profundamente por la blanda tierra, en medio de la ribera. Comenzó a moverse de nuevo con lentitud. Las ruedas se levantaban más y más por encima del suelo, a medida que el techo del coche se inclinaba, hasta quedar en posición vertical. Entonces, el coche cayó con un estruendo rechinante de metal retorcido y de tierra desgarrada, girando a medida que se movía, y descansó boca abajo, el techo contra el lecho del río.

El momento que siguió al golpe fue extrañamente silencioso. Volvió a oírse el zumbido del bosque y el murmullo de la corriente, ligeramente modificado por el gorgoteo del agua que entraba y salía de las ventanillas abiertas del Riley. La corriente era poco profunda, y el agua no llegaba a elevarse por encima del nivel de las ventanillas. Los juncos se mecían en el aire cálido, y las libélulas se disparaban entre los tallos verdes y puntiagudos. Todo volvía a ser como antes, excepto por la hendidura de la ribera rota y el espectáculo del Riley tumbado boca abajo en medio del río, con las partes inferiores, negras y siniestras, expuestas al sol poniente.

—Ay, Dios —dijo la señorita Carter.

Mor se volvió para consolarla. Vio que estaba empezando a llorar.

—Mi pobre Riley —dijo la señorita Carter, y lloró sin reservas.

Mor la miró un momento. Luego la rodeó con un brazo y la sujetó con fuerza.

Al momento, la señorita Carter se recobró y se desembarazó rápidamente del brazo de Mor. Mor le ofreció un pañuelo.

—Escuche —dijo—: todo lo que podemos hacer es ir a buscar un taller y dejar que ellos se encarguen de este lío. En realidad, el coche no ha sufrido grandes daños; es sólo cuestión de sacarlo. Se necesitará una grúa, pero no será difícil. Sugiero que se marche a casa en autobús, señorita Carter, y que me deje a mí arreglar el resto. Siento muchísimo lo que ha ocurrido, y no hace falta decir que yo pagaré todas las facturas. Váyase a casa y descanse. La acompañaré hasta la carretera.

—Oh, no sea tonto —dijo la señorita Carter con voz cansada—. No voy a dejar el coche. Vaya usted a buscar a los del taller. Yo me quedaré aquí.

—No me gusta dejarla sola en el bosque —dijo Mor. Pensó en el leñador.

—Por favor, vaya —dijo la señorita Carter—. Me quedaré aquí.

Prefiero quedarme con el coche —hablaba como si se tratara de un animal herido.

Mor desistió de intentar convencerla. Vio claro que, en realidad, ella quería que se marchara. Volvió a pie por el camino de herradura, y al pasar por el claro del bosque comprobó que el hombre se había marchado. Traspasó la verja blanca, y casi inmediatamente consiguió parar un coche que le llevó hasta un garaje cercano. Poco menos de media hora después, un pequeño camión equipado con una grúa le transportaba una vez más al río, arrancando con sus bamboleos los helechos y las ramas a ambos lados del camino.

La señorita Carter estaba metida en el agua hasta la rodilla, junto al Riley. Al verlos, salió rápidamente. Se dirigió a Mor.

—Escuche —dijo—: váyase a casa, por favor. No fue culpa suya todo este asunto. Fue culpa mía por obligarle a venir. Por favor, váyase a casa. Su mujer estará preocupada.

—Quiero esperar hasta que todo esto quede arreglado —dijo Mor.

La señorita Carter puso su mano en el brazo de Mor.

—Por favor, por favor, váyase —dijo—. Por favor, por favor, por favor.

Finalmente, Mor se dejó convencer. Los mecánicos pensaban que no sería difícil levantar el Riley, y la señorita Carter parecía muy ansiosa porque se marchara. Así que, al cabo de un rato, Mor se despidió y regresó solo a la carretera. Cuando tuvo el vado a la vista, observó que había alguien allí. Era el hombre del claro del bosque, que estaba junto al río, con el agua cubriéndole los zapatos y lamiéndole los bajos del pantalón. Cuando advirtió la presencia de Mor, dio uno o dos pasos hacia la parte más profunda del vado y se detuvo, pero no miró a su alrededor. Mor lo contempló un momento. Después, dio la vuelta y comenzó a caminar por la carretera en la otra dirección. No tardó mucho en encontrar un coche que le llevó a la carretera principal. Allí tomó un autobús.

Mientras el autobús le transportaba por la ruidosa carretera hacia las primeras casas, se sentía como si estuviera despertando de un sueño. Hacía sólo unas horas que se había levantado de la mesa del comedor de Evvy. En aquel intervalo, ¿en qué mundo había entrado? Fuera cual fuese, pensó Mor, la región por la que había deambulado, una cosa era cierta: que nunca volvería a visitarla. Al reflexionar así, sintió una mezcla de tristeza y alivio. Miró su reloj. Eran más de las ocho. Nan estaría realmente preocupada. Debería haberla telefoneado. Pero, por alguna razón, no se le había ocurrido, tan aislado había quedado debido a la extraña atmósfera de aquel otro mundo. Sacudió la cabeza y se puso a mirar las calles familiares que

aparecían ante su vista. Bajó del autobús y empezó a caminar rápidamente, pasando junto a las hileras de casas semiseparadas en dirección a la suya.

Al llegar a la esquina de la calle en la que vivía, se detuvo de repente. Una figura familiar salió de la sombra de un árbol y se precipitó a su encuentro. Era Tim Burke.

Tim llegó hasta Mor, le agarró por la muñeca y, haciéndole dar la vuelta, le condujo rápidamente por el camino por el que había venido.

—¡Tim! —dijo Mor—. ¿Qué ocurre? No podemos hablar ahora. Tengo que llegar a casa. Estoy en un terrible aprieto.

—¡Vas a decirme a mí que estás en un aprieto! —dijo Tim. Sujetó el brazo de Mor en una llave de lucha libre y le instó a que siguiera caminando—. Tuve que esperar aquí; no estaba seguro de por dónde vendrías. No quiero que me vea Nan —doblaron la esquina.

—¿Qué pasa, Tim? —dijo Mor, al tiempo que liberaba su brazo. Se detuvieron bajo un árbol.

—Nan me telefoneó —dijo Tim.

Por supuesto, pensó Mor; no se le había ocurrido, pero, normalmente, Nan llamaría a Tim para preguntarle por qué tardaba tanto.

—¿Qué dijo —preguntó Mor— cuando contestaste que no estaba contigo?

—No le dije eso —replicó Tim.

—¿Cómo? —dijo Mor.

—Que no se lo dije —contestó Tim—. Dije que habías estado conmigo la mayor parte de la tarde, y que después habías ido al comité y que te habías entretenido, y que probablemente regresarías un poco más tarde.

Mor se llevó las manos a la cabeza.

—Tim —dijo—, por Dios, ¿cómo se te ocurrió inventar todo eso?

Tim sujetó a Mor por el borde de la chaqueta.

—Te vi en un semáforo de Marsington —dijo—, en un coche con una chica.

Mor se apoyó contra el árbol. Era un plátano, con la corteza escamosa y de varios colores. Arrancó un trozo de corteza.

—Ya —dijo—. Me temo que tu imaginación irlandesa te ha llevado un poco lejos, Tim. Se trata de la señorita Carter, que está pintando el retrato de Demoyte. Y, de hecho, *habría estado* contigo esta tarde de no ser porque el coche se estropeó.

Tim quedó en silencio. «Esto no es verdad —pensó Mor—. ¡Dios santo!»

—Tim —dijo—, lo siento. Has actuado con mucha amabilidad. Hoy ha habido un terrible embrollo, todo por mi culpa.

—No estarás enfadado conmigo, Mor —dijo Tim—. Compréndelo, no *podía* decir que no habías estado allí. Lo hice lo mejor que pude. No sabía muy bien qué hacer —aún estaba agarrado a la chaqueta de Mor.

—No te preocupes, Tim —dijo Mor—. Actuaste muy bien, de hecho. Todo ha sido culpa mía. Pero no volverá a ocurrir algo así. Será mejor que lo enterremos discretamente y que no volvamos a mencionarlo. Siento mucho haberte comprometido en esto. Y gracias por lo que hiciste —tocó ligeramente el hombro de Tim. Tim soltó su chaqueta.

Se miraron. La mirada de Tim expresaba curiosidad, timidez y afecto. La mirada de Mor, afecto, desesperación y remordimiento. Volvieron caminando lentamente por la calle.

Cuando llegaron a la esquina, Tim dijo:

—¿Le has hablado sobre aquello?

—No —dijo Mor—. Pero pronto lo haré.

Se detuvieron un momento.

—¿No estás enfadado? —dijo Tim—. Intenté ayudarte como podía.

—¿Cómo voy a estar enfadado? —dijo Mor—. Eres tú quien debe perdonarme. Lo hiciste muy bien. Y no volvamos a hablar de ello. Buenas noches, Tim.

Mor dio la vuelta y comenzó a caminar lentamente por la calle que conducía a su casa.

Capítulo siete

Ya la luz abandonaba la tierra y se refugiaba en el cielo. Las grandes ventanas del salón de Demoyte estaban abiertas al jardín. Una repetición de cantos de pájaro llenaba la habitación, no interrumpidos por ninguna voz humana. Rain Carter pintaba aprovechando la última luz de la tarde.

Era el día siguiente al desastre del Riley. Los mecánicos se las habían arreglado para enderezar el coche con cierta rapidez, y lo habían remolcado hasta el taller. El motor había recibido un fuerte impacto y estaba empapado de agua, pero el coche no se encontraba seriamente dañado, excepto por una abolladura en el techo. El taller había prometido arreglarlo y dejarlo casi nuevo en poco tiempo.

Rain, no obstante, no pensaba en el Riley. No pensaba en William Mor, a pesar de haber sido éste un tema que le preocupara durante algún tiempo antes de dormirse la noche anterior. Estaba totalmente absorta en lo que hacía. Por la mañana temprano, Rain se encontró capaz de tomar un número bastante importante de decisiones acerca del retrato, y una vez que tuvo claro el plan, empezó a ejecutarlo de inmediato: habían extendido una sábana blanca en el salón, y sobre ella estaba colocado el caballete, junto a una mesa de cocina y una silla. Los tubos de pintura y los pinceles se encontraban sobre la mesa, y el lienzo estaba fijado al caballete. Enfrente, junto a una de las ventanas, estaba entronizado Demoyte, sus hombros tocando uno de los tapices que colgaban de la pared detrás de él. A través de las ventanas podía verse un trocito de jardín, algunos árboles y, por detrás de éstos, en la distancia, la torre de la iglesia. Frente a Demoyte había una mesa cubierta de libros y papeles. Demoyte llevaba sentado allí, a petición de Rain, gran parte de la tarde, y estaba bastante irritado. Durante un buen rato, Rain no había pintado, limitándose simplemente a pasear de acá para allá y a

mirarlo, pidiéndole que alterara su postura ligeramente, trayendo diversos objetos y colocándolos sobre la mesa.

Demoyte llevaba una chaqueta de pana un tanto raída y una corbata de lazo. Esta capitulación minuciosa tuvo lugar por la mañana, después del desayuno, cuando Rain dijo de forma cortante: «No piense que soy excéntrica, señor Demoyte, pero *éstas* son las ropas con las que quiero pintarle», y extendió las prendas en una silla. Demoyte no hizo ningún comentario, pero fue en busca de la señorita Handforth de inmediato para decirle exactamente lo que pensaba de su traición. Handy le comunicó que, por supuesto, ella no sabía nada de aquel asunto, y que la conocía lo suficiente como para imaginar que no se le ocurriría proporcionar información a aquel diablillo o tomarse libertades con el vestuario de su patrón. Demoyte reflexionó sobre aquel embrollo durante unos momentos, anotó mentalmente que debía echarle un rapapolvo a Mor la próxima vez que lo viera, se puso la ropa en cuestión y se sintió considerablemente mejor y mucho más cómodo.

Rain, mientras examinaba a su sabor el objeto colocado ante ella, oía la voz de su padre que le decía: «No olvides que un retrato debe tener profundidad, masa y cualidades decorativas. Que no te fascinen tanto la cabeza o el espacio como para que llegues a olvidar que un lienzo es también una superficie plana con bordes que tocan el marco. Una parte de tu tarea consiste en cubrir esa superficie con un dibujo». Lo que le faltaba a Rain era el motivo del dibujo. Pero se le había ocurrido recientemente, y con él, la visión definitiva de la cara de Demoyte. La cara del anciano, según le parecía a Rain, era de un color oro pálido, como una manzana vieja, y estaba marcada por la repetición de cierta curva. Esta curva se daba, de forma suprema, en sus labios, que Rain se proponía pintar fruncidos en una expresión ligeramente sarcástica y divertida, muy característica de él. También aparecía, suavizada, en las cejas, que se unían espesamente por encima de la nariz, y en la línea formada por los ojos y las profundas arrugas que salían hacia arriba desde los ángulos. Los múltiples surcos de la frente presentaban el mismo motivo, ahora minúsculo y repetido interminablemente, y allí el regocijo se confundía con la tolerancia, y el sarcasmo, con la tristeza.

Rain había elegido, como parte del fondo, uno de los tapices que, según ella, repetía el tema. De una forma oscura, aquella superficie decorada expresaba también el carácter del modelo, con su interés apasionado por la decoración con diseño repetido. Rain seleccionó un noble Shíráz, de un tono dorado más oscuro, no muy diferente del color con el que se proponía pintar la cara del anciano, y en el que volvía a producirse la curva, formalizada en una flor repetida.

Había convencido a Demoyte para que llevara allí el tapiz —que era el mismo que Rain estudiaba cuando William Mor la contempló por primera vez— con el fin de que apareciera en el cuadro. Demoyte aceptó tras muchas quejas.

Rain era consciente de los peligros de su plan. No le preocupaba en especial la posibilidad de que la profundidad y el espacio quedaran sacrificados a la decoración. Era ése un riesgo que había que correr, en cualquier caso, y había aprendido con la práctica que si pensaba primero sobre la decoración, y después la olvidaba y pensaba sobre la profundidad, generalmente salía bien. Lo que ocurría era que ese motivo en particular, combinado con el esquema de color que parecía imponerse, era, en cierto modo, un tanto dulce, y podría restarle fuerza al cuadro. Para contrarrestarlo, confiaba en el puro volumen y en la fuerza de la cabeza —ésa sería la tarea más difícil— y en el poderoso grosor del cuello. Las manos y los objetos sobre la mesa también jugarían un papel importante, especialmente las manos. Rain aún no veía esto muy claro. El tratamiento de la ventana también era, en cierta medida, problemático. Sentía la tentación de pintar los árboles de una manera estilizada y curva, pero sospechaba que era un instinto falso. Tenía que hacer algo diferente con los árboles, algo más bien austero. Lo que no se resignaba a sacrificar era la idea de colocar la torre neogótica de la escuela en la parte superior del ángulo izquierdo, alzada hacia el cielo con un movimiento fantástico. El cielo sería pálido, lo que enfriaría al resto del cuadro, en la medida en que lo permitiera la fuerte luz de la habitación. Demoyte miraría hacia otro lado, de espaldas a la ventana, pero sin que su mirada se encontrara con la del espectador.

—Ya es hora de que pare, jovencita —dijo Demoyte—. No hay suficiente luz para pintar —se movió incómodo en la silla. Le molestaba sobre todo tener que permanecer allí cuando Rain no le estaba pintando a él, sino un trozo de tapiz. Rain le había dicho, cuando se quejó, que «todos los colores se complementan, así que el tapiz parece diferente cuando usted está delante».

—Ya lo sé —dijo Rain abstraídamente. Llevaba sus pantalones negros y una bata roja suelta, con las mangas subidas—. Está demasiado oscuro. Mi padre se enfadaría si me viera pintar ahora. Sólo quiero terminar este minúsculo cuadrado.

Había pintado, con considerable detalle, un pequeño fragmento del tapiz en la parte superior de la mitad derecha del cuadro. El resto del cuadro estaba vagamente esbozado con un reducido número de finas pinceladas. Rain, al igual que su padre, nunca preparaba el lienzo. Pintaba directamente sobre él con trazos de color ejecutados como si fueran a permanecer y modificar el

resultado final por mucho que se colocara sobre ellos con posterioridad. Rain también seguía el sistema de Sidney Carter de pintar primero el fondo y dejar que el tema principal surgiera de él y lo dominara, invadiéndolo si fuera necesario. En particular, recordaba esta sentencia de su padre: «Un poco de pintura *seria* en el lienzo te dirá mucho sobre el resto. Ponla y deja que ella te aconseje».

Rain esperaba que al día siguiente, y a partir del fragmento de tapiz, pequeño y laboriosamente pintado, sería capaz de construir mucho más del resto del cuadro.

Dejó el pincel. Había oscurecido. Demoyte empezó a levantarse.

—Por favor, espere un momento —dijo Rain—, sólo un momento más, por favor. —Se dejó caer en la silla.

Rain se acercó y le observó, apoyándose con aire pensativo sobre la mesa. Las manos. De ellas dependía mucho. De alguna forma, las manos debían ser otro punto de fuerza en el cuadro al presentarlas sólidas y cuadradas. Pero, ¿de qué forma exactamente?

—No sé qué hacer con sus manos —dijo Rain. Se inclinó, cogió una de las de Demoyte y la colocó sobre un libro. No, eso no serviría.

—Yo sí sé qué hacer con sus manos —dijo Demoyte. Capturó la que aún jugueteaba sobre la mesa y se la acercó a los labios.

Rain sonrió débilmente. Miró a Demoyte, sin estudiarle. La habitación estaba ya a oscuras, aunque el jardín aún brillaba.

—¿Le he hecho pasar un mal día? —dijo Rain. No intentó liberar su mano. Demoyte la sujetaba con las suyas, acariciándola suavemente y llevándosela con frecuencia a los labios.

—Me ha tenido sentado en esta posición, muriéndome de reumatismo, durante toda la tarde; eso es todo —dijo Demoyte—. Veamos cuánto ha hecho hasta ahora —avanzó pesadamente hacia el caballete. Rain le siguió y se sentó en una silla para mirar el lienzo. Se sentía agotada.

—¡Dios mío! —dijo Demoyte—. ¿Esto es todo lo que ha hecho durante las últimas dos horas, criatura? Todavía está con ese trozo diminuto de tapiz. A este ritmo, la tendremos con nosotros durante años. Pero quizá sea eso lo que quiere, como Penélope, no terminar nunca el trabajo. Yo no me quejaría. Y se me ocurren dos o tres personas que tampoco se quejarían.

Demoyte se apoyó en el respaldo de la silla de Rain y acarició su oscuro cabello. Su enorme mano le abarcaba la cabeza. Lentamente la deslizó hacia el cuello.

—El cuadro *quedará terminado* —dijo Rain—, y yo me marcharé. Lo sentiré —hablaba con solemnidad.

—Sí —dijo Demoyte. Cogió otra silla, la colocó muy cerca de ella

y se sentó, su rodilla rozando la de Rain—. Cuando el cuadro esté terminado —dijo—, usted se irá, y no volveré a verla.

Hablaba en un tono objetivo, como si no necesitara respuesta. Rain le contemplaba con gravedad.

—Cuando se vaya —dijo Demoyte— dejará detrás un retrato mío, pero lo que yo necesitaré será un retrato suyo.

—Todo retrato es siempre un autorretrato —dijo Rain—. Al retratarle a usted, me retrato a mí misma.

—Tonterías espirituales —dijo Demoyte—. Quiero ver su cuerpo, no su alma.

—Los pintores se pintan a sí mismos en sus modelos —dijo Rain —, a veces de una forma casi material. Burne Jones hacía que todos sus personajes fueran delgados y melancólicos como él mismo. Romney siempre reproducía su propia nariz, Van Dyck, sus manos — extendió la mano en la semioscuridad y la deslizó sobre la pana áspera de la chaqueta de Demoyte, buscando su muñeca. Suspiró.

—Su padre, en efecto —dijo Demoyte—, le enseñó muchas cosas, pero usted es un ser distinto y como tal debe vivir. Y aquí estoy yo, un viejo, sermoneándola; debe perdonarme. Usted sabe cuánto deseo en este momento tomarla en mis brazos, y que no lo haré. Rain, Rain. En su lugar, dígame, ¿por qué cree que los pintores hacen que sus modelos se parezcan a ellos? ¿Me pintará de forma que me parezca a usted? ¿Es posible tal cosa?

—No sé —dijo Rain— si querer vernos a nosotros mismos en el mundo que nos rodea es una señal de limitación. Quizá es que *sentimos* nuestra propia cara, como una masa tridimensional, desde el interior, y cuando en un cuadro intentamos comprender cómo *es* la cara de otra persona, volvemos a la experiencia de la nuestra.

—¿Piensa que sentimos nuestras caras como si fueran máscaras? —dijo Demoyte. Alargó la mano y tocó la cara de Rain, y deslizó sus dedos con suavidad por el contorno de la nariz.

La señorita Handforth entró ruidosamente en la habitación y encendió la luz. Rain se quedó quieta en la silla, pero Demoyte dio un brinco hacia atrás e hizo chirriar la silla contra el suelo.

—¡Vaya! —dijo la señorita Handforth—. No tenía idea de que estuvieran aquí aún. Pero ¿por qué están a oscuras? El señor Mor acaba de llegar; le envié a la biblioteca porque pensé que estaban arriba.

La señorita Handforth cruzó la habitación a grandes zancadas y empezó a correr las cortinas con vehemencia. El jardín estaba oscuro.

—Le agradecería que no entrara en las habitaciones como si fuese un ariete, Handy. Deje eso y vaya a decir a Mor que baje.

—¿Quiere que deje todo eso aquí, o debo recogerlo por las

noches? —dijo la señorita Handforth, señalando la sábana, el caballete y los otros chismes.

—¿Le importaría que lo deje aquí de momento? —dijo Rain.

—Se propone tomar posesión de mi salón, ¿verdad? —dijo Demoyte—. La casa entera apesta ya a pintura. Vaya, Handy, y haga bajar a ese hombre de la biblioteca.

Mientras Mor se encaminaba hacia la puerta de su casa la noche anterior, aún no estaba seguro si le contaría o no la historia completa a su mujer. La interferencia de Tim Burke parecía complicar el cuadro. La sinceridad por parte de Mor sería, entonces, no sólo un desenmascaramiento de él mismo, sino también de su amigo. Pero esto no preocupaba tanto a Mor como el sentimiento de que la mentira de Tim, añadida a la suya, daba al asunto un cariz mucho más importante de lo que era en realidad. Había algo en la forma en que Tim había dicho: «Te vi en un coche con una chica», que obligó a Mor a contemplar la situación desde fuera; y vista desde fuera, parecía algo importante, en tanto que, desde dentro, no significaba nada, nada en absoluto. Así que, pensó Mor oscuramente mientras volvía a casa, decirle la verdad a Nan sería, en realidad, confundirla. No era posible contarle la historia de forma que no indujera a pensar que había algo más de lo que había. En cierto modo, se ajustaba más a los hechos dejar que Nan pensara que no había ocurrido nada. Porque *nada* había ocurrido, y todo el asunto pronto quedaría enterrado en el pasado. Excepto en algunas reuniones sociales inevitables, no volvería a ver a la señorita Carter, y eso sería todo. Mor evocó de nuevo lo que había dicho a Tim Burke: «No volveremos a hablar de ello», y ésta parecía ser la conducta a seguir. Mor sabía que podía confiar totalmente en el tacto y la discreción de Tim. Mientras que si se lo contaba a Nan —Mor lo sabía con certeza— nunca dejaría de oír hablar del asunto, de una u otra forma, y el incidente, incluso en contra de su voluntad, adquiriría significación permanente e indeleble.

Cuando entró en la casa aún no había resuelto el problema. Nan le recibió en el vestíbulo, y dijo:

—Vaya, querido, por fin has llegado; pensé que no vendrías nunca. Mira, la cena está en el horno, y he hecho un pastel, que está en el aparador, por si quieres comer un poco. Felicity cenó y se marchó al cine, y yo tengo que salir en este mismo momento para ver a la señora Prewett. ¡Imagínate qué perspectiva tan maravillosa! Hay una reunión del Instituto de Mujeres mañana por la noche y quiere conocer mi opinión acerca de cómo conseguir que las mujeres acudan por otros medios que no sean bailes y películas. Le dije por teléfono que no había ninguna otra manera; pero quiere que vaya.

Espero no tardar mucho, pero ya sabes cómo te obliga a concretar esa mujer.

Un momento después, Nan salía por la puerta.

Mor se sentó a cenar. Pensó que aquello, de hecho, había decidido la cuestión. Si hubiera querido decir la verdad, ése era el momento para haberla dicho. Pero el momento ya había pasado. Nan había aceptado la ficción, y sería mejor que él no estropeara su visión de las cosas. Si ella le hubiera preguntado, Mor habría confesado. Así, dejaría las cosas como estaban. Después de cortar el pastel, no obstante, se le ocurrió a Mor que quedaba algo por hacer, y era comunicar a la señorita Carter que había decidido no contárselo a su mujer. Si no lo hacía, y pronto, ella podría meter la pata. Se detuvo a reflexionar. Entonces comenzó a preguntarse si le habría hablado a Demoyte sobre el paseo. La idea le hizo sentirse incómodo. Pensó, debo verla mañana, averiguar si lo ha contado a Demoyte, y si fuera necesario, callarlos a ambos. Mor sabía que también podía confiar en la discreción de Demoyte, pero esperaba no obstante que el anciano no participara del secreto. Imaginaba los sarcasmos que tendría que sufrir de lo contrario. Pensó que era posible que la señorita Carter no se lo hubiera contado. Era un tipo curioso de chica independiente y sabría guardar silencio.

Pensándolo mejor, Mor llegó definitivamente a la conclusión de que, como el asunto era algo delicado, la señorita Carter no le habría dicho nada a Demoyte. También se le ocurrió que sería difícil, en un futuro próximo, concertar una entrevista a solas lo suficientemente larga con la señorita Carter como para dejarlo todo bien claro. Tenía que dar clase al día siguiente, y sólo podía estar seguro de salir a alguna hora de la tarde, cuando era probable que la señorita Carter estuviera acompañada, al menos, por Demoyte, y quizá por otras personas. Sabía que no era seguro telefonearla, porque con Handy como intermediaria, no se libraría de ninguna vergüenza. Mor decidió que lo más sensato era escribir una carta, llevarla personalmente a la casa de Demoyte, ver a la señorita Carter a solas si fuera posible, y si no, buscar una oportunidad para darle la carta sin que le vieran.

Mor encontró estas especulaciones extraordinariamente absorbentes. Una vez arreglado el asunto, por supuesto, no volvería a ver a la joven, excepto en una o dos fiestas y en la cena de gala. No había ningún problema con respecto a eso. Con todo, cuando se le ocurrió que era necesario escribirle una carta, pensó que la perspectiva no era desagradable. Subió a su habitación, que también le servía de despacho, y se puso a redactar la carta. No era tarea fácil. Había problemas interesantes acerca de cómo empezar, cuánto había que decir y cómo decirlo exactamente. Mor hizo varios

intentos. Lo que escribió en un principio fue:

«Estimada señorita Carter:

Cuando volví a casa anoche, me encontré con que el amigo a quien quería visitar había apoyado mi falsa historia de forma oficiosa. Por lo que, en estas circunstancias, he decidido no contar la verdadera. Espero que lo entenderá, y perdóneme por haberla comprometido en este engaño.

Espero que el coche quede bien. Me apenó dejarla así. Insisto en que me permita pagar las facturas.

Le saluda afectuosamente:

William Mor.»

Mor contempló la carta durante un rato, tachó «Me apenó, etc.», y finalmente la rompió. Se puso a meditar tristemente. Reflexionó que, si realmente iba a pagar las facturas, tendría que mantener conversaciones clandestinas con la señorita Carter. Por supuesto, podía decirle simplemente que le enviara las facturas.

Pero, ¿lo haría? Una chica como ella, por supuesto que no. Como alternativa, podía enviarle una suma de dinero. Era difícil y embarazoso. Enviar una cantidad demasiado pequeña sería mezquino y vergonzoso, en tanto que la idea de enviar una cantidad lo bastante grande para estar seguro de que no fuera demasiado pequeña molestaba a Mor, que era, si no exactamente parco, sí muy cuidadoso con el dinero. Finalmente, decidió no mencionar en la carta nada sobre el pago de las facturas, y confiar en que tendría oportunidad de discutirlo con la señorita Carter en el transcurso normal de los acontecimientos, antes de que se marchara. Entonces escribió una segunda carta, como sigue:

«Estimada señorita Carter:

Sólo quería decirle que he decidido, después de todo, y por razones que sería demasiado largo explicar, engañar a mi mujer. Me apresuro a decírselo para que pueda actuar en consecuencia, y le ruego humildemente que me perdone por haberla comprometido en este asunto tan desagradable. Espero que el Riley haya sobrevivido a su extraña experiencia, y que pronto esté en la carretera de nuevo. Siento haberme mostrado tan inepto y tan inútil en esa aventura.

Le saluda afectuosamente:

William Mor

P S.: ¿Le ha hablado al señor Demoyte sobre nuestro paseo? Si lo ha hecho, le agradecería que me lo comunicara

discretamente lo más pronto posible. Y, por favor, queme esta carta.»

No hay ninguna necesidad de meter a Tim Burke en esto, pensó Mor, y lo que el caso nos pide es ser breves y nada concretos, excepto en puntos esenciales. Estudió la nueva versión durante un rato; después, también la destruyó. No era realmente necesario, después de todo, decirle que quemara la carta. Esa petición sólo conseguiría convertir el asunto en algo más significativo y conspiratorio. Tendría el suficiente sentido común como para no dejar un documento así en cualquier sitio. Mor comenzó de nuevo. Esta vez su objetivo consistiría en ser muy breve y práctico, y de esta forma también podría jugar una baza más sincera. Escribió lo siguiente:

«Lo siento muchísimo. He decidido, después de todo, *no* hablarle a mi mujer sobre nuestro paseo. Por tanto, le ruego que guarde silencio. Me disculpo muy humildemente por todos los problemas que le he causado, en este sentido y en relación con el coche. Me disgustó dejarla sola, y espero que el coche quede bien.

W. M.»

Mor contempló la nota durante un rato. Le satisfizo, y la introdujo en un sobre corriente. No mencionaba a Demoyte y pensó que debía confiar en descubrir de algún modo, a través de la chica o del propio Demoyte, si se había enterado de algo. Si encontraba a la señorita Carter a solas, podría preguntarle, y si la encontraba con Demoyte, confiaba en que el anciano hiciera algún comentario burlón sobre el tema muy pronto, si es que sabía algo. Si encontraba visitas en Brayling's Close, sería un problema, pero lo afrontaría una vez allí. Al mirar el reloj, Mor descubrió que había pasado dos horas totalmente absorto en la redacción de las cartas. Felicity, ya de regreso, se había retirado a su habitación. Nan aún no había llegado. Mor escondió el sobre cuidadosamente y quemó los fragmentos de las notas anteriores. Se sentía como si hubiera concluido una buena tarde de trabajo. Se fue a la cama y durmió estupendamente.

Cuando Mor se despertó por la mañana se encontró menos optimista que la noche anterior acerca del asunto. Sentía remordimiento y angustia al comprender que no sólo había decidido engañar a Nan, sino que había tomado complicadas medidas para hacerlo. También se le ocurrió, y este pensamiento le inquietó, que era enteramente responsable de la avería de un coche muy caro, mientras que la tarde anterior, el destino del Riley se le había

presentado —y en ese momento le pareció absurdo— como parte de una aventura. Mor se calmó considerablemente al pensar en la factura. Con respecto a la línea de conducta que había elegido, se sentía comprometido a seguirla, a pesar de todos sus recelos y, en realidad, las tareas del día le dejaban poco tiempo para reflexionar, y a medida que avanzaba la tarde, lo que acudía a su mente con mayor frecuencia, en los intervalos entre las clases, era la perspectiva, nada desagradable, de ir aquella noche a Brayling's Close y ver de nuevo a la señorita Carter, y todo ello con cierta inevitabilidad.

Mor cenó en casa a las siete y media, se despidió de Nan, que iba a la reunión del Instituto de Mujeres, y después, alrededor de las ocho y cuarto, salió de casa a pie. Le dijo a Nan, sin que ésta mostrara especial interés, que iba a visitar a Demoyte, algo que hacía a menudo cuando ella tenía algún compromiso por las tardes. Mor, por lo general, iba en bicicleta hasta el Close, pero aquel día le apetecía más caminar. Era una tarde cálida y clara. Es posible que dure el buen tiempo, pensó Mor, e incluso podían esperar un buen día para el partido del pabellón. Caminaba envuelto en un placentero velo pensativo. No acudían a su mente los aspectos más desagradables de la tarea que tenía que cumplir. Parecía disfrutar del calor y de la luz de la tarde con una sencillez que no experimentaba desde hacía años, y se preguntó por qué había pasado gran parte de su vida sumido en la inquietud, y por qué eran tan infrecuentes los momentos como aquel.

Caminó un rato por la carretera principal, y después se desvió por un atajo que atravesaba unos prados, hasta llegar finalmente al jardín de Demoyte. No obstante, cuando aparecieron ante su vista el muro de piedra y los morales, la excitación y el nerviosismo reemplazaron a la tranquilidad. Llevar una carta clandestina era algo que Mor no había hecho antes, y que esperaba no tener que hacer nunca más.

Entró en el vestíbulo sin llamar, y le recibió la señorita Handforth, que le dijo:

—Su Señoría está en la biblioteca.

Mor subió las escaleras, pero encontró la biblioteca vacía. Estaba oscura, y los libros le daban un aspecto melancólico. Su silencio envolvió a Mor, y un poco aliviado, se sentó un momento junto a una de las mesas. Entonces regresó Handy, y asomando la cabeza por la puerta, anunció:

—Perdone, está en el salón con la señorita No-sé-cuántos.

Mor bajó, llamó a la puerta del salón y entró. El salón estaba suavemente iluminado por numerosas lámparas, y las cortinas se hallaban corridas. Demoyte estaba de pie, apoyado contra la

chimenea, y la señorita Carter, sentada en una silla, entronizada sobre una especie de sábana junto a un caballete en una esquina de la habitación. A Mor le causó sorpresa y agrado ver el caballete. Era la primera vez que se le ofrecía una evidencia material de que la señorita Carter fuera pintora.

—Buenas noches —dijo Mor—. Buenas noches. Ya veo que ha comenzado el cuadro.

—¡Comenzado! —dijo Demoyte—. He posado todo el día para el retrato de uno de mis tapices. ¡Ven a ver esta obra maestra!

La señorita Carter se levantó y se colocó a su lado. Mor se acercó y miró el lienzo. Parecía vacío, excepto por un cuadrado de color minuciosamente trabajado en un ángulo. Había unas cuantas líneas tenues desparramadas por el resto del cuadro. Mor lo encontró extraño, pero supuso que la señorita Carter sabía lo que hacía.

—Bien, bien —dijo Mor.

Demoyte estalló en carcajadas.

—No se le ocurre nada que decir —dijo—. No importa, jovencita; todos le pedirán perdón humildemente más adelante.

Mor estaba irritado. Demoyte le había hecho quedar como un grosero.

—La señorita Carter sabe que tengo una fe total en su talento —dijo Mor.

Aquello sonó como una estupidez. Intentó arreglarlo dirigiendo a la señorita Carter una mirada triste y amistosa. Ella le respondió con una sonrisa tan cálida que Mor se sintió muy consolado.

—Eso es pura palabrería —dijo Demoyte—. Tú no sabes nada en absoluto del talento de la señorita Carter ni de nadie. Este hombre no distingue un Rubens de un Rembrandt. Vive en un mundo monocromático.

Mor pensó que aquello era cruel, además de injusto. Intentó salir airoso.

—He hablado de fe —dijo—. ¡Dichoso aquel que sin ver, cree! Yo creo en la señorita Carter.

Quedó un poco flojo, pero la señorita Carter aún le sonreía de una forma alentadora, lo que parecía apoyar sus palabras.

—Bueno —dijo Demoyte—, ahora estás hablando de la señorita Carter, no de su talento. Esta conversación está degenerando en estupidez. ¿Has cenado?

—Sí señor, gracias —dijo Mor.

—Nosotros también —dijo Demoyte—, y la señorita Carter ha estado pintando hasta hace unos minutos. Sugiero que tomemos una copa de coñac. La señorita Carter debe estar agotada. Ha estado pintando, o fingiendo que pintaba, durante unas seis horas.

—Estoy verdaderamente cansada —dijo la señorita Carter—. El

señor Demoyte no lo cree, pero hoy he trabajado mucho.

Mor se sorprendió al oír aquello. Había imaginado vagamente que, tras las pruebas del día anterior, la señorita Carter habría pasado el día en la cama, en un estado de agotamiento. Le dirigió una mirada de admiración que esperaba que ella supiera interpretar. La señorita Carter llevaba pantalones; se había quitado la bata poco después de que él entrara, y mostraba una sencilla camisa de algodón blanco. Con su pelo oscuro y corto y el rojo oscuro de las mejillas, se parecía a Pierrot, y a Mor se le ocurrió de repente que tenía algo de su extraña melancolía.

Mor y la señorita Carter se sentaron en unas sillas junto al hogar. Demoyte hurgaba en un aparador situado en una esquina.

—¿Dónde demonios están las copas de coñac? —dijo—. Seguro que Handy las utiliza para beber limonada en la cocina. Voy a buscarlas. Diviértanse —dio la vuelta y salió por la puerta, dejándola abierta.

Mor sabía que ésta era su oportunidad para darle la carta a la señorita Carter. Estaba totalmente confundido, y se puso en pie, sonrojándose violentamente. La señorita Carter levantó la cabeza y le miró, un poco sorprendida. Mor revolvió en sus bolsillos en busca de la carta, y tardó unos momentos en encontrarla. La sacó y la tiró a las rodillas de ella. Cayó al suelo, y la señorita Carter la recogió con aire de perplejidad. Al hacerlo, Mor percibió un movimiento, miró por encima de la cabeza de la señorita Carter y comprobó que Demoyte estaba junto a la puerta abierta y que había presenciado la escena. La señorita Carter, de espaldas a la puerta, no lo vio. Metió la carta a toda prisa en su bolso, que estaba junto a ella, y miró de nuevo a Mor. Demoyte retrocedió y volvió a entrar ruidosamente en la habitación con las copas.

—Estaban en la mesa del comedor —dijo—. Handy las había llevado allí al volver. Ahora tengo que buscar el coñac —salió de nuevo de la habitación y cerró la puerta de golpe.

Mor se sintió profundamente angustiado porque Demoyte le hubiera visto entregar la carta. Todo parecía conspirar contra él para hacer que algo que realmente no tenía ninguna importancia pareciera que la tenía. Ahora, tanto Tim Burke como Demoyte pensarían que pasaba algo, cuando en realidad no pasaba nada. Lo que Mor esperaba dar por terminado y enterrar, estaba cobrando una significación falsa para los testigos. Miró a la señorita Carter estúpidamente, casi enfadado.

—El coche está bien —dijo ella con voz suave.

También se había levantado. Se quedaron en pie, juntos, al lado de la chimenea.

—Me alegro mucho —dijo Mor— y siento haber sido tan inútil

ayer. ¿Se lo dijo a Demoyte?

—No —dijo la señorita Carter—. Quizá fuera una tontería por mi parte, pero, por alguna razón, no quise hacerlo. Sólo le dije que había enviado el coche a reparar.

—Menos mal —dijo Mor. También él hablaba con suavidad—. Yo tampoco se lo he dicho a mi mujer. Esa nota lo explica.

—Entonces será un secreto entre nosotros —dijo la señorita Carter.

Mor no hizo caso de la frase, pero asintió.

—Insisto en pagar las facturas —dijo—. Debe decirme...

—¡Por supuesto que no! —dijo la señorita Carter—. ¡Lo pagará el seguro; para eso está!

En ese momento, Demoyte regresó con estrépito a la habitación.

—¡Vaya! —dijo—, ¡el coñac estaba aquí!

Mor sintió una profunda pena al pensar que las últimas palabras que probablemente intercambiaría *tête-à-tête* con la señorita Carter hubieran sido tan banales. Se sentó, melancólico, y aceptó una copa de coñac.

La señorita Carter parecía de buen humor. Se volvió hacia Mor.

—¿Le importa que le dibuje mientras bebe el coñac? —dijo.

Mor se sintió sorprendido y halagado por aquella petición. Volvió a sonrojarse, esta vez de placer.

—¡Sí, por favor! —dijo—. ¿Estoy bien así?

—Exactamente como está —dijo la señorita Carter— es como lo quiero —cogió su cuaderno, sacó un lápiz del bolso y empezó a dibujar, tomando sorbos de coñac de cuando en cuando.

Mor estaba inmóvil, consciente, por un lado, de las miradas dulces e intensas de la señorita Carter y, por otro, de la atención sardónica y disimuladamente divertida de Demoyte. Se sentía como si tuviera una mejilla expuesta a las fragantes brisas de la primavera, mientras sobre la otra se desencadenaba un chaparrón otoñal de lluvia helada.

Demoyte parecía haber decidido no tomar parte en la conversación. Estaba sentado cómodamente, y miraba a Mor y a la señorita Carter alternativamente. Mor pensó: quiere forzarnos a hablar para observarnos, el viejo zorro.

La señorita Carter dijo:

—¿Cómo se llama su hijo, señor Mor?

—Donald —dijo Mor.

—Sentí mucho que no me lo presentara el otro día —dijo la señorita Carter, mientras sus ojos corrían de Mor al cuaderno de dibujo—. ¿Tiene más hijos?

—Una niña —dijo Mor— de catorce años. Se llama Felicity.

En cierto modo, le dolía hablar a la señorita Carter de sus hijos.

Calculaba que tendría apenas unos ocho años más que Donald.

—¿Qué va a hacer Donald? —dijo la señorita Carter.

—Se examina dentro de unas semanas para entrar en la Facultad de Química —dijo Mor—. Supongo que acabará siendo un químico.

Le habría gustado decir algo más sobre su hijo.

—¿Y la niña? —dijo la señorita Carter—. ¿Qué hará?

—No sé —dijo Mor—. Supongo que seguirá en el colegio un tiempo más y luego hará un curso de secretariado. No es muy inteligente.

Demoyte no podía dejar pasar aquello.

—¡Oh, qué tontería, Mor! —dijo—. ¿No dirás en serio que vas a dejar que Felicity abandone el colegio? Es lenta en su desarrollo, eso es todo. Después de un año o dos en sexto curso, será una persona diferente. Debería ir a la Universidad. Aunque no entre en Oxford ni en Cambridge podría ir a Londres. Dale una oportunidad a la chica, por el amor de Dios. ¿O prefieres verla de secretaria, leyendo revistas de modas?

Mor se sintió herido e irritado. Se volvió hacia Demoyte, pero recuperó su posición al ver el lápiz de la señorita Carter en el aire. De hecho, compartía la opinión de Demoyte. Pero había que pensar en Nan y en la situación económica. En cualquier caso, todavía no se había decidido nada. Había contestado así sólo para poder decir algo definitivo, y también, pensó de pronto, porque, por alguna razón, quería darle a todo el aspecto más lóbrego posible.

Le dijo a la señorita Carter:

—El señor Demoyte tiene un punto de vista exagerado acerca de los beneficios de la educación. Piensa que nadie puede defenderse por sí mismo a menos que el colegio o la Universidad le den un bastón para andar por el mundo.

Demoyte dijo rápidamente:

—No me atribuyas semejante estupidez, por favor. Alguien como la señorita Carter, por ejemplo, puede defenderse por sí misma, cualquiera que haya sido su educación. Son las personas como tú y tu hija quienes necesitan un bastón.

Pronunció aquellas palabras con tal malevolencia que Mor quedó en silencio. Se sintió incapaz de replicar. El lápiz de la señorita Carter quedó inmóvil.

Demoyte se arrepintió en seguida, y dijo:

—Bueno, Mor, no quería decirlo, pero me provocaste.

—Está bien, señor —dijo Mor.

Se produjo un momento de silencio. Poco después, dijo la señorita Carter:

—Con su permiso, creo que me iré a la cama. La verdad es que estoy muy cansada; apenas puedo mantener los ojos abiertos.

Demoyte, evidentemente, estaba preocupado. Parecía pensar que la señorita Carter se retiraba como protesta contra su grosería. Ella trató de convencerle amablemente de que no era así. Mor los contemplaba. Se sentía profundamente desilusionado al ver que la señorita Carter se marchaba tan pronto. Era la última vez que realmente la vería. Vació su copa.

—¿Puedo ver mi retrato antes de que se marche, al menos? —dijo.

La señorita Carter miró el dibujo y cerró el cuaderno. Dirigió una extraña mirada a Mor. Dijo:

—No, creo que no. No es muy bueno. Lo siento, pero prefiero no enseñárselo; de veras, no vale nada.

Se dirigió hacia la puerta. Mor se apoyó contra la repisa de la chimenea mientras ella permanecía en la puerta discutiendo con Demoyte. Entonces la señorita Carter dijo bruscamente:

—Buenas noches —y desapareció.

Demoyte regresó a la chimenea, arrastrando los pies. Sin decir una palabra, volvió a llenar la copa de Mor. Ambos se sentaron y se miraron con irritación. Mor creía muy probable que la grosería de Demoyte fuera la razón por la cual se había marchado la señorita Carter y, por consiguiente, se sentía enfadado con él. Permanecieron sentados un rato, taciturnos.

—No tendrás que marcharte en seguida, ¿verdad? —dijo Demoyte.

Mor sabía que, a pesar de su irritación, el anciano deseaba desesperadamente que se quedara.

—No, señor —dijo Mor—. Esta noche Nan está en el Instituto de Mujeres. No tengo ninguna prisa.

Se aplicaron a beber coñac. Mor se preguntaba si Demoyte mencionaría el incidente de la carta. Estaba convencido de que pensaba en eso.

—Es tan pequeña... —comenzó a decir Demoyte—. ¿Cómo la describirías? Se parece a un muchacho, por supuesto, pero ¿qué más? Esas manos pequeñas, sus ojos grandes, los colores brillantes que siempre lleva. Es como un payaso o un perro amaestrado. Sí, muy parecida a un perro amaestrado, con una bonita chaqueta de cuadros y un lazo en el rabo, tan ansioso por complacer como si nada de lo que hiciera fuera del todo natural. Y esos ojos.

Mor pensó que aquello era irrespetuoso.

—Parece tomarse la pintura muy en serio —dijo.

—Eres muy, muy torpe, Mor —dijo Demoyte de repente.

—¿A qué viene eso, señor? —dijo Mor con paciencia.

Demoyte sonrió.

—Te vi darle una carta —dijo—. No voy a preguntarte nada. Sólo

me gustaría saber si realmente puedes *verla*.

Se miraron. Mor pensó para sí, el viejo está un poco enamorado de ella, y se preguntó qué diría la señorita Carter si supiera la ternura que había inspirado en aquel inesperado lugar. Le pareció que debía desilusionar a Demoyte.

—La carta no tenía ninguna significación sentimental —dijo.

Demoyte le miró con ojos críticos y con cierto escepticismo.

—Entonces, mucho peor para ti, muchacho —dijo—. Hablemos de otra cosa; de Felicity, por ejemplo. ¿No dirías en serio lo del curso de secretariado?

—No del todo —dijo Mor—, pero no es tan fácil decidir qué hacer. Una carrera académica sería una empresa arriesgada para Felicity. Podría evolucionar, así lo creo yo, pero también podría desperdiciar la ocasión y, finalmente, no ser más feliz por ello. Y, además, está el asunto de cómo pagarle la carrera. Incluso con una beca, va a costar un dineral meter a Donald en Cambridge. Y no sé si tendré suficiente para los dos.

—Mor —dijo Demoyte—, ¿vas a ser diputado?

—Voy a ser candidato —dijo Mor—. Que sea diputado depende del electorado.

—Es un escaño seguro —dijo Demoyte—. Así que te has decidido al fin. Nan se dejó convencer, ¿verdad?

—Aún no se lo he dicho —dijo Mor. Hablaba en un tono monótono, mientras balanceaba el coñac en la copa y lo contemplaba.

—Retiro lo que acabo de decir —dijo Demoyte—. Sólo lo dije para herirte, como bien sabes, y porque por un momento me sentí..., bueno, no importa. Me alegra enormemente que por fin te hayas decidido. Sólo me entristece que pueda perder tu amistad cuando seas un hombre importante.

Aquello le pareció tan grotesco que Mor tuvo que levantar la cabeza y mirar al anciano para comprobar si hablaba en serio.

—¡Nunca seré importante —dijo Mor—, así que no se preocupe!

Estaba demasiado emocionado para contestar en serio.

—Me alegro enormemente —dijo Demoyte—. Saldrás de este agujero, te alejarás de la beatería de Evvy y del aburrimiento de Prewett y de la chifladura de Bledyard para ir a Londres, donde conocerás a todo tipo de personas. Y mujeres. Saldrás de este agujero, donde todo lo que se puede hacer es dejar pasar las horas hasta que llegue la muerte.

Nan había dicho que Demoyte era morboso. El propio Mor conocía los estados de ánimo del anciano y la melancolía que le afligía cuando se quedaba solo. Dijo rápidamente:

—Vamos, señor, nada de eso. Yo no detesto este lugar. Sólo

espero estar a la altura del otro trabajo. Y, a propósito, no mencione esto a *nadie* todavía, por favor, hasta que se haga público de forma oficial.

—Con el sueldo de diputado —dijo Demoyte con obstinación— podrás enviar a Felicity a la Universidad.

—Eso es justo lo que creo que no podré hacer —dijo Mor—. Es demasiado arriesgado. En la situación actual, al menos sé exactamente con cuánto dinero cuento. Pero en *ese* trabajo, con gastos impredecibles, pasará mucho tiempo hasta saber a qué atenerme. En cualquier caso, Nan nunca accederá. Ya será suficientemente difícil conseguir que acepte que sea diputado; nunca accedería si tuviéramos que correr este gasto adicional. Puedo salirme con la mía en una de las dos cosas, pero no en ambas.

Al explicarlo, Mor pensó que, en cierta forma, estaba sacrificando el futuro de Felicity y el suyo. Era una idea extremadamente desagradable.

—¡Oh, Nan, Nan, Nan! —dijo Demoyte—. Estoy cansado de oír nombrar a esa mujer. ¿Quién es ella para que tengas que consultarla sobre cualquier maldita cosa que hagas?

—Es mi mujer —dijo Mor.

—Eres más tímido que un ratón y el hombre más tacaño que he visto en mi vida. ¡Puah! Detesto la tacañería. Felicity debe tener su oportunidad. Escucha, y no rechaces esta proposición sólo porque he sido grosero y piensas que debes mostrarte orgulloso. En su lugar, piensa sobre el futuro de tu hija. Yo le pagaré la carrera a Felicity. Le darán una beca, así que no costará mucho. Tengo un montón de dinero en el banco, y no hay nada en qué gastarlo en este lugar dejado de la mano de Dios y, como sabes, detesto viajar, y como también sabes, estaré muerto dentro de poco. Así que, dejémonos de renuencias u otras afectaciones. Quiero que la chica vaya a la Universidad, y no cabe discusión sobre el asunto. Me pondré enfermo si no lo hace. No me contraríes en esto.

Mor estaba rígido, inclinado hacia adelante, mientras contemplaba el contenido de su copa. De pronto sintió deseos de llorar. No se atrevía a mirar a Demoyte.

—Es usted inmensamente bueno, señor —dijo—, y me emociona su ofrecimiento. Pero tengo que reflexionar. Quizá pueda pagarlo yo. Además, sinceramente, no estoy seguro de que Nan esté de acuerdo en que aceptemos su dinero.

—¡Oh, paciencia! —dijo Demoyte—. ¡Entonces, engáñala, muchacho! ¡Dile que es un plus de Evvy, dile que lo encontraste en la calle, dile que lo ganaste en una carrera de caballos! ¡Engáñala, engáñala! Pero no me importunes con esas tonterías.

—Lo pensaré, señor —dijo Mor.

Demoyte llenó la copa de Mor y empezaron a hablar sobre otra cosa.

Fue al cabo de una hora cuando Mor, colmado de coñac, decidió que debía irse a casa. Demoyte empezaba a tener sueño, y Mor le acompañó por la escalera hasta su habitación. Volvió a bajar, se puso la chaqueta y salió en silencio por la puerta principal.

Tuvo que detenerse, tan brillante y fuertemente perfumada estaba la noche. Se elevaba la luna, que se veía como una gran fuente de luz tras los árboles, y había multitud de estrellas, amortiguadas junto a la Vía Láctea. Era una de esas noches, tan poco comunes en Inglaterra, en que las estrellas envían verdadera luz a la tierra.

El jardín se extendía a ambos lados de él, bien visible y, aunque no soplaba brisa, susurraba suavemente. Alzó la vista y vio luz en la habitación de Demoyte, sobre la puerta de la izquierda. La ventana de la derecha era la última ventana de la biblioteca, situada sobre el tocador de Handy. Estaba a oscuras. Mor caminó por la grava, llegó a la hierba y atravesó la puerta que conducía a la gran extensión de césped a un lado de la casa, al que se asomaba la ventana del salón. Mientras caminaba, la luna se alzó por encima de los árboles y lanzó su sombra delante de él. Se detuvo, disfrutando la sensación de caminar en silencio sobre la hierba iluminada por la luna, y se volvió a contemplar las huellas que había dejado tras él, marcadas claramente en el rocío y reveladas por la luna. Se sintió muy ligero, como si se hubiera convertido en un espíritu. En la distancia retumbaba el tráfico de la carretera principal. Pero allí, el silencio colgaba en el aire como un perfume. Se colocó en medio del césped y miró la casa.

La habitación del extremo derecho de la casa, contigua a la biblioteca, con una ventana que se asomaba a la parte trasera y otra que daba al césped, era la mejor habitación de invitados. La luz estaba encendida, las cortinas, corridas. Ésa debe ser la habitación de la señorita Carter, pensó Mor. Después de todo no se ha ido a dormir. Lo de estar cansada debía ser una excusa. Debe haberse hartado de Demoyte. O de mí, pensó con tristeza. De súbito, Mor sintió un dolor agudo. Al principio, no estaba seguro si se trataba de un dolor físico o un pensamiento, tan rápidamente le sobrevino. Comprendió en un momento que era un deseo angustioso de ver a la señorita Carter de nuevo, de verla pronto, de verla inmediatamente. Estoy borracho, se dijo. No recordaba haberse sentido así nunca. Deseaba desesperadamente, terriblemente, ver a la señorita Carter. Debo estar enfermo, pensó Mor. Se preguntó qué debía hacer. Era todo tan inexplicable. Pensó, sería fácil volver a entrar en la casa. La puerta aún no está cerrada con llave. Y subir la escalera y atravesar

el pasillo y llamar a la puerta de su habitación. Al pensar que era posible y que nada en absoluto le impedía hacerlo si así lo deseaba, Mor se sorprendió tanto que se tambaleó y casi cayó. El dolor de saber que era posible fue, por un momento, extremado.

Al recobrarse y volverse ligeramente, advirtió que alguien le observaba amparado en la sombra de un árbol. Le recorrió un escalofrío de temor e indecisión. Retrocedió uno o dos pasos. Entonces, la figura comenzó a moverse y avanzó hacia él, deslizándose sin hacer ruido por la hierba. Por un momento pensó disparatadamente que era la señorita Carter. Trató de decir algo, pero el silencio sofocó su voz. Entonces observó que la figura era demasiado alta. Se trataba de la señorita Handforth.

—¡Vaya, si es el señor Mor! —dijo la señorita Handforth con su voz sonora, desparramando en fragmentos la noche de luna a su alrededor—. Me ha dado un buen susto, ahí, tan silencioso.

Mor dio la vuelta y comenzó a caminar con rapidez hacia la casa. Por encima de todo, no quería que la señorita Carter advirtiera que había estado contemplando su ventana. La extraña sensación casi había desaparecido. Ahora sólo quería marcharse y no tener que escuchar la voz metálica de la señorita Handforth que resonaba en la oscuridad.

Ésta le seguía, aún hablando:

—Le vi por la ventana del salón al correr las cortinas, y me dije, hay un intruso ahí fuera, en el césped. Así que tuve que salir para ver quién era.

—Ha sido muy valiente, Handy —dijo Mor en voz baja.

Habían llegado a la entrada de la casa, y Mor se encaminó por el sendero, seguido de la señorita Handforth. Observó que la luz de la habitación de Demoyte estaba apagada.

—Todas las precauciones son pocas —dijo la señorita Handforth —. Hay unos personajes realmente extraños por aquí. Me han hablado de alguien que merodea por la vecindad últimamente, un vagabundo, un gitano. Es posible que esté esperando a ver a quién puede robar.

—Espero que cierre bien por la noche —dijo Mor.

Se sintió como si le estuvieran echando de la casa. Casi habían llegado al final del sendero.

—¡No robará nada en *nuestra* casa! —dijo la señorita Handforth —. Buenas noches, señor Mor.

—Buenas noches, Handy —dijo Mor.

Se sentía muy desconsolado. Decidió regresar por la carretera.

Capítulo ocho

—¡No puedes comportarte de cualquier forma con las personas y esperar que te sigan queriendo igual! —dijo Nan a Felicity.

—Eso es exactamente lo que espero —dijo Felicity, malhumorada, y regresó a su habitación.

Mor pensó, al escuchar por casualidad este diálogo desde abajo, que tenía razón, eso es exactamente lo que esperamos. Miró su reloj. Le aguardaba una clase a las dos y cuarto. Era hora de marcharse. Dijo adiós, y como nadie contestó, salió de la casa y cerró la puerta de un golpe.

Nan persiguió a Felicity hasta su habitación.

—Mira bien aquí —dijo—, y es posible que la encuentres. No puede haber ido muy lejos. Si no la encuentras, será mejor que vuelvas a mirar en mi habitación. No me gustaría descubrirla en mis zapatillas o en mi cama.

—¡No servirá de nada —dijo Felicity tristemente—; debe haberse deslizado por alguna grieta del suelo! ¡Se va a morir! —empezó a llorar.

Nan la observaba, exasperada.

—¿Cómo se te ocurrió traer una babosa repugnante a casa? —dijo.

—No es repugnante —dijo Felicity—. Es muy tierna cuando se estira y es tan larga y suave, y tiene unos cuernos tan bonitos. Sólo la dejé un momento. Estaba hecha un ovillo, como un trozo de gelatina, y se movía de un lado a otro, pero no sacaba los cuernos. Pensé que estaba atascada y fui a buscar agua para lavarla, y cuando volví, había desaparecido.

—Bueno, esperemos que haya salido por la ventana —dijo Nan.

—Seguro que no. Estará perdida en cualquier rincón de la casa. Ya no la encontraré —Felicity se sonó.

—Has vuelto a cambiar tu habitación —dijo Nan, en tono desaprobatorio.

—Me gusta más así —dijo Felicity. Se tumbó en la cama y siguió llorando.

—Oh, por favor, para —dijo Nan—, para; no tienes por qué llorar. Olvida el asunto y ponte a hacer algo. Te he dicho varias veces que saques los vestidos de verano para lavarlos. Si no los lavo hoy, no estarán listos para cuando vayamos a Dorset —dijo, y bajó la escalera.

Felicity siguió llorando un rato. Después, se secó las lágrimas y comenzó a buscar la babosa. No la encontró por ninguna parte. Dejó caer algunas lágrimas más al imaginar su destino. Fue por mi culpa, pensó Felicity. Era tan feliz en el jardín, comiendo plantas, y yo tuve que cogerla y traerla dentro, lejos de su mundo. No volveré a hacer una cosa así jamás.

Felicity entró en el cuarto de baño y examinó sus ojos. Estaban enrojecidos. Se lavó la cara con agua fría. Después, decidió ir al colegio a buscar a Don. Esto estaba estrictamente prohibido por todas las autoridades competentes. Su presencia en la habitación de Donald debía suponer duros castigos para él —los padres de Felicity le habían dicho con frecuencia que no traspasara el recinto de St. Brides, excepto cuando la hubieran autorizado oficialmente para hacerlo—. Felicity, a pesar de estar dotada de un fuerte sentido del bien y del mal, no mantenía una actitud especialmente reverente hacia la autoridad, y su conciencia funcionaba de una forma suficientemente vigorosa, alejada por completo del mundo adulto de prohibiciones y exhortaciones que la rodeaba y que, con frecuencia, era incapaz de comprender. Felicity no veía que hubiera nada intrínsecamente malo en ir a St. Brides a ver a su hermano y, por tanto, lo único que importaba era hacerlo con impunidad. Se cambió de vestido y se peinó para tener el mejor aspecto posible. Después, corrió escaleras abajo y se preparó para salir de la casa.

—¿Adónde vas, hija? —preguntó Nan desde la cocina.

—A la biblioteca —dijo Felicity al azar; salió de la casa y corrió hacia la carretera principal.

Mientras corría, silbó suavemente a Liffey, que llegó hasta ella para correr junto a su lado, volviéndose para mirarla de vez en cuando y sonriendo como hacen los perros. Nunca iba a casa, ni entraba en ningún alojamiento humano. Desde la disolución de su cuerpo material, Liffey se había hecho más grande y tenía las orejas y la cola negras para indicar su origen infernal. Todavía no se veía señal alguna de Angus, pero Felicity sabía, ahora que Liffey había llegado, que no pasaría mucho tiempo hasta que le viera aparecer bajo uno u otro disfraz. Felicity atravesó la verja de St. Brides y

comenzó a descender la colina. Una extensión de hierba seca la separaba de la carretera de doble calzada. Los coches rugían al subir y bajar las pendientes, desde Londres a la costa, o desde la costa a Londres. Subían salvajemente, como toros, y se precipitaban hacia abajo con descuido, como pájaros, y la rapidez con la que pasaban hacía mecerse el aire, que a su vez ondeaba el vestido de Felicity mientras caminaba, movido por una perpetua brisa. En la cima de la colina, el colegio estaba rodeado por un alto muro erizado de cristales rotos, y por encima de él se veían las ventanas superiores del edificio del gimnasio. A medio camino, colina abajo, el muro se convertía en una sólida valla, por encima de la que se divisaba el tejado rojo de uno de los pabellones, el de Prewett en concreto, en el que vivía Donald, y más abajo, las copas de los árboles del bosque. Más atrás, se veía el tejado de cristal verde de la cancha de squash, y se oían gritos y chapoteos frenéticos procedentes de la piscina. Allí, el límite de la finca del colegio se desplazaba un poco de la carretera principal, dejando ver una extensión de hierba junto al borde interior de la acera, y se ensanchaba gradualmente a medida que se separaban la carretera principal y los jardines del colegio. Desde el pie de la colina eran plenamente visibles las paredes blancas y el tejado de pizarra de la casa del señor Everard.

Felicity continuó caminando con cierto remilgo por la acera, como si el colegio no le interesara en absoluto. Liffey, que se había entretenido en pasar espectralmente a través de los cuerpos de otros perros que subían por la colina, corría junto a la valla, y la atravesó en un instante. Felicity se detuvo y miró a su alrededor. Salió de la acera y comenzó a caminar junto a la valla, que en ese punto se separaba por completo de la carretera. Después formaba ángulo recto con otra valla, la de un jardín privado que pertenecía a una casa de una calle lateral. Al final de este jardín, allí donde se encontraban las dos vallas, había un plantío de arbustos. Entre las vallas quedaba un reducido espacio por donde podía colarse un cuerpo delgado. El cuerpo de Felicity, aunque poseía aún su naturaleza material, era muy delgado, y segundos más tarde se encontraba arrodillada entre los arbustos del extremo del jardín privado.

Allí podía trabajar a gusto. La valla del colegio estaba construida con tablas de madera, de unos dos pies de anchura. Durante unas vacaciones de verano, ella y Donald se habían tomado el trabajo de quitar los clavos que mantenían en su lugar una de las tablas, y de asegurarla de nuevo por medio de clavos que sobresalían formando ángulo con las tablas adjuntas. Así, al moverla un poco, se deslizaba y dejaba un espacio muy estrecho por el que podía pasar un cuerpo igualmente delgado. Tras detenerse un momento para asegurarse de

que no había nadie en el jardín, Felicity empezó a ladear la tabla hasta dejar al descubierto los clavos de un lado. El otro lado se deslizó con facilidad, y Felicity se coló en los jardines del colegio. Después, extendió el brazo por el agujero y colocó la tabla en su sitio.

Se encontró en medio de un triste yermo de basuras y fogatas abandonadas detrás de unos árboles, por debajo de la casa del señor Everard. Empezó a caminar por la derecha para subir al bosque situado en el lado opuesto de las canchas de squash. Esta parte de los jardines se frecuentaba menos, y, además, un plantío de arbustos descuidados que formaba parte del jardín de Evvy proporcionaba una buena pantalla para quien subiera la colina. Liffey, que había esperado al otro lado del agujero, avanzaba sin hacer ruido delante de Felicity, y hechizaba sus pisadas hasta convertirlas en silencio. Felicity se preguntaba si vería entonces a Angus. Sólo se lo había encontrado una vez en el recinto del colegio, en una ocasión en que entró ilícitamente y Angus se le apareció en la forma de un hombre sentado en un árbol, que la observaba tranquilamente sin decir nada y que esperó mientras ella pasaba. Le dio miedo. Felicity prefería a Angus disfrazado de albañil o de conductor de un coche de la policía. Al recordar aquel incidente, se asustó un poco. Liffey desapareció, como siempre hacía en tales situaciones. Para entonces, Felicity había llegado al plantío de Evvy, y avanzaba gateando bajo los arbustos y caminando furtivamente entre matas de verdura, aún junto a la valla. Allí, el terreno se elevaba, escarpado, hacia el bosque, y Felicity vio entre los árboles distantes el espacio abierto y soleado de los campos de deportes. Continuó caminando entre las sombras del lindero del bosque. No lo atravesaría abiertamente hasta que se encontrara al nivel del pabellón de Prewett.

De pronto, escuchó ruidos en el bosque, no muy lejos de ella, y detectó el destello de una camisa blanca entre las hojas. Felicity se tiró al suelo, y tras un momento de inmovilidad, empezó a arrastrarse hacia delante. Liffey, que había reaparecido, marchaba delante de ella, agitando las orejas mágicamente para silenciar cualquier ruido que pudiera hacer Felicity. Era una suerte, porque Felicity tendría que deslizarse por un montón de zarzas y de helechos crujientes antes de que alcanzara a ver a qué tipo de ser acechaba. Finalmente, una panorámica afortunada le proporcionó la visión que deseaba. A través de un túnel de verdor pudo ver, como en un cristal, a un hombre sentado en el suelo con las piernas levantadas. Parecía estar solo. Había un cuaderno de páginas blancas y anchas junto a él. Probablemente había estado dibujando. Dejó el cuaderno a un lado y miró fijamente al frente, los brazos en torno a las rodillas. Felicity le observó un buen rato, casi cinco minutos,

durante los cuales el hombre no cambió de postura. Era un personaje de aspecto extraño, con grandes ojos hipnóticos y pelo bastante largo. Pensó que le había visto antes. Al cabo de un rato, recordó que se trataba del profesor de Arte. Le hubiera tomado, sin duda, por una manifestación de Angus, a no ser porque Angus nunca aparecía bajo el disfraz de una persona que ella conociera.

Su absoluta inmovilidad empezó a asustarla. Recordó historias de yoguis y magos. Empezó a culebrear hacia atrás para salir del túnel de helechos, y cuando pudo ponerse derecha, huyó con zancadas cuidadosas y silenciosas, atravesando en diagonal el bosque, sin tener en cuenta el peligro. Para entonces, ya había conseguido asustarse totalmente y lo único que deseaba era llegar lo más rápido posible a la habitación de Don. Al aproximarse al pabellón de Prewett, Liffey desapareció entre los árboles. Al momento, Felicity salió a toda velocidad de entre unos arbustos en los que se había refugiado y se precipitó al pabellón de Prewett por una pequeña puerta trasera de color verde. Se detuvo un momento a escuchar. Nadie la perseguía, y no se oían ruidos que anunciaran un peligro inminente. Se encontraba en un vestuario en desuso que ahora servía para almacenar los baúles de los chicos y los artilugios de críquet. En el pabellón resonaban gritos de risa y golpes distantes. Había un olor rancio a madera, cemento húmedo, transpiración y equipos de deporte. Felicity penetró en un espacio oscuro en el que se elevaban unos escalones de madera que conducían a una región igualmente oscura. Los subió rápidamente y se escondió, mientras unas voces cercanas se hacían audibles, perdiéndose en seguida. Bajó, veloz como una liebre, por el pasillo contiguo y entró en la habitación de Donald.

Donald estaba tumbado cuan largo era sobre la mesa. La ventana estaba abierta, y en alguna parte del exterior colgaba un pie enfundado en blanco. El otro pie se mecía con negligencia sobre el borde de la mesa. Tenía la cabeza apoyada sobre unos libros y un guante de críquet. No estaba solo. Jimmy Carde se hallaba tumbado bajo la mesa. La cabeza de Jimmy descansaba en el suelo y los pies los apoyaba sobre el brazo de un sillón. Tenía una mano escondida tras la nuca, mientras la otra sujetaba el tobillo de Donald. Al entrar Felicity violentamente, ambos dieron un respingo, vieron de quién se trataba y volvieron a su anterior postura.

Felicity se sintió muy desilusionada al no encontrar a Donald solo. Nunca había podido comprender a Jimmy Carde, y desde que era el mejor amigo de su hermano, se había creado una hostilidad especial entre ellos.

—Bella —dijo Donald—, te he dicho cien veces, y te lo vuelvo a decir, que no debes venir a verme aquí.

—No me ha visto nadie —dijo Felicity—. Fui muy astuta en el bosque. Espié a tu profesor de Arte. Estaba sentado como un faquir, en una especie de trance.

—Bledyard te echará mal de ojo —dijo Jimmy Carde—. Una vez miró fijamente al gato del colegio en la capilla. Estaba sentado en la ventana. Y murió con convulsiones tres días después.

Felicity se estremeció.

—No me miró —dijo—, pero yo sí le miré.

Empezó a cotillear en el estudio de Donald para comprobar si había cambiado algo. La habitación era pequeña y estaba decorada con un papel floreado, que se había descolorido hasta adquirir una tonalidad generalizada de té aguado. Había un estante pintado de color chocolate y un armario a juego que contenía la cama de Donald, recogida durante el día. Una librería desvencijada con una cortina de algodón contenía los libros de Química de Donald, unas cuantas novelas policíacas, unos libros de montañismo y *Tres hombres en una barca*. Completaban la habitación una mesa, una silla y una alfombra agujereada. Había dibujos y fotografías pequeños diseminados por las paredes, sujetos al papel con chinchetas. La posición de estos objetos era obligatoria, debido a que un ocupante anterior había decorado la habitación poco antes de marchar con una serie de dibujos obscenos, ingeniosos y picantes. Para preservar aquellas obras maestras para la posteridad, era el deber de cada nuevo ocupante, impuesto en caso de necesidad por los monitores del pabellón de Prewett, colgar fotografías en los puntos adecuados y cuidar de que se mantuvieran en su sitio.

Felicity estudió las fotografías de Donald. No le habían dicho lo que había debajo de ellas. Miraba con interés, porque no había estado en la habitación de Donald desde el curso pasado. Una fotografía de una leona con sus cachorros. Una foto en color de Tensing en la cima del Everest. Una pequeña reproducción enmarcada del *Encantador de serpientes*, de Henri Rousseau, regalo de sus padres. Un anuncio en color del *New Yorker* de unos coches de aspecto verdaderamente fantástico. Una foto de un equipo de críquet de St. Brides. Era nueva. Donald acababa de incorporarse a él. Sobre la repisa de la chimenea había una fotografía de sus padres, con el cristal rajado. Junto a ella, una enorme navaja con varias hojas extendidas y un buñuelo a medio comer.

—¿Puedo comerme el resto? —dijo Felicity.

Le dieron permiso. Después de todo, no parecía haber muchas novedades.

—¿Tienes algo más de comer? —dijo Felicity—. La caminata me ha abierto un hambre feroz.

Donald se levantó perezosamente de la mesa y empezó a buscar

en una caja negra de latón que había en una esquina. Jimmy Carde se levantó, se estiró, saltó a la mesa y se sentó en cuclillas, subiendo y bajando el cuerpo como si fuera una pelota y tamborileando sobre el tablero con el ritmo de una reciente canción de baile. Felicity deseaba que se marchara.

—Toma un bizcocho —dijo Donald—. En este momento no nadamos en la abundancia.

—Es un bizcocho británico antiguo —dijo Jimmy Carde—. Formaba parte de las raciones de las tropas de Boadicea.

Felicity lo probó. Sabía rancio. Se lo comió, de todas formas.

—¿Cómo están los padres? —preguntó Donald.

—Mamá está armando mucho lío porque nos vamos —dijo Felicity con la boca llena—. No he visto mucho a papá —empezó a hurgar en la masa cuajada de cosas que había sobre la librería—. ¿Qué es esto? —mostró un objeto largo y plateado.

—Es un silbato supersónico —dijo Donald.

—¡Supersónico! —dijo Felicity—. ¿Para qué sirve, entonces?

—Se usa para llamar a los perros —dijo Donald—. Produce una nota tan alta que sólo los perros pueden oírla, pero no los humanos.

—Qué tontería —dijo Felicity—. ¿Por qué no llamar a los perros de la forma corriente? Claro que, si fuera un perro supersónico como... —se detuvo, porque la existencia de la infernal Liffey era un secreto entre su hermano y ella; se puso el silbato en los labios y sopló fuerte.

Se oyó un sonido débil y penetrante.

—¡Oh, es sónico! —dijo Felicity, desilusionada.

—Tienes que soplar más fuerte —dijo Jimmy Carde—, y entonces desaparecerá el sonido.

Felicity sopló más fuerte, la nota se hizo más aguda, y se produjo un silencio.

—¿Cómo puedo saber que no se ha estropeado? —dijo con cierta suspicacia.

—Vuelve neurótica a la gente —dijo Carde—. Lo oyen sin saberlo y les hace sentirse extraños. Algunos tipos lo utilizan en las reuniones de Nuremberg para desmoralizar a los otros.

—¿Qué son las reuniones de Nuremberg? —preguntó Felicity.

—Eres demasiado joven para saberlo —dijo Carde—. Pídele a tu hermano mayor que te lo explique algún día.

Felicity se sonrojó y le dijo a Donald:

—¿Puedo quedármelo, por favor? No lo quieres, ¿verdad?

—Llévatelo, Bella —dijo Donald generosamente—, y silba junto a la capilla durante el sermón de Evvy.

—¿Has visto a la belleza que tiene Demoyte?

—No —dijo Felicity—, ¿quién es?

—Aguanieve Carter —dijo Carde—. Está pintando un retrato de Demoyte. Revvy Evvy quería que se quedara en su casa, pero Demoyte se la birló. Es un poco fresca —y comenzó a cantar—: *Una buena chica, chica de un centavo al día, pero un poco fresca*.

—¿Es ése su verdadero nombre? —dijo Felicity.

—Se llama Rain Carter, por alguna oscura razón —dijo Donald.

—Vi a vuestro padre luciéndola por ahí —dijo Carde—. Tampoco él parecía estar harto. Me pregunto si Demoyte habrá intentado ya algo con ella.

—A mí me parece un nombre bonito —dijo Felicity.

Le desagradaba profundamente Jimmy Carde. Registró la habitación con los ojos; quería cambiar de tema.

—¡Ah! —exclamó Felicity.

Acababa de ver algo en la esquina que asomaba por debajo de un montón de chaquetas y jerseys. Se precipitó hacia allí y empezó a tirar. Era un rollo larguísimo de cuerda de nailon.

Felicity se mareaba con sólo subirse a una escalera de mano y compartía el horror de su madre por el alpinismo.

—Don —dijo—, ¡*prometiste* que no lo harías!

Se arrodilló, con un brazo metido en el rollo de cuerda, como si fuera a llevárselo.

—¡Basta ya, Bella! —dijo Donald—; ¿por qué armas tanto lío con las promesas? ¡Tú nunca mantienes ninguna! Además, esa estúpida cuerda no significa nada.

—Don —dijo Felicity—, vas a *escalar* algo. ¿El qué?

—La torre del colegio —dijo Carde.

Felicity se quedó de rodillas, petrificada. Se produjo un momento de silencio.

—Cállate Jimmy, idiota —dijo Donald—, y por el amor de Dios, vete. Te digo a ti, Jim, no a Felicity. Quiero hablar de política familiar con ella, ya que se ha molestado en venir.

—Ah, bueno —dijo Carde—. Sé cuando sobro. Te veré donde siempre a la hora de siempre.

Se deslizó por la puerta como una pequeña pantera y la cerró con el pie de un portazo.

Felicity se acercó a Donald y cogió el puño de su chaqueta. Llevaba ropa de críquet.

—Don —dijo—, Jimmy no lo decía en serio, lo de la torre, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Donald, sin mirarla a los ojos.

Podía escalarse la torre del colegio, pero, según la historia escrita, sólo lo habían hecho una vez, un hombre que ahora era subsecretario del Ministerio de Urbanismo. Había colocado en el pináculo más elevado el tradicional objeto de porcelana, que

permaneció allí durante semanas hasta que el profesor de deportes tuvo la deportiva idea de disparar contra él.

—Si vas a escalarla —dijo Felicity—, se lo diré a papá y mamá.

—No lo harás —dijo Donald con calma. Felicity nunca contaba las cosas—. Y ten cuidado con lo que hablas. Cualquier sospecha sobre esto, y nos expulsarían a Carde y a mí. No querrás estropear mi carrera, ¿verdad?

Había una regla en St. Brides por la que cualquier tipo de alpinismo en los edificios del colegio era castigado con la expulsión inmediata. Había quedado establecida después de que uno o dos de los edificios más asequibles hubieran tentado a unos cuantos aficionados. No obstante, la torre era muy difícil de escalar, siendo el problema principal un peligroso saliente que había que salvar sin apenas dónde apoyarse.

—Te matarás —dijo Felicity. Estaba realmente preocupada—. Por favor, por favor, *por favor*, no lo hagas, Don. Te regalaré mi cámara, la nueva, si no lo haces.

Donald liberó su manga y, apresando el brazo de su hermana tras la espalda en una llave amistosa, lo retorció vigorosamente.

—Bella, bonita —dijo—, no hagas numeritos. Si hay algo que no puedo soportar es una mujer que hace numeritos. Carde y yo no lo haremos, a menos que sepamos que es totalmente seguro. Además, es probable que ni lo intentemos.

—Me haces daño, Don —dijo Felicity—. ¿Qué son esos dibujos sobre la mesa?

Se soltó el brazo y sacó varias hojas de papel de debajo de un montón de libros. Eran bocetos de la torre vista desde ángulos diferentes, que mostraban sus diversos perfiles en detalle.

—Ya ves lo objetivos que somos —dijo Donald—. Una vez que hayamos superado *esto* —y señaló el saliente—, será un juego de niños. Y tenemos un plan ingenioso para hacerlo. Pero, probablemente, no lo haremos. Es sólo una idea. Carde lo dijo, en parte, para fastidiarte.

—Don —dijo Felicity—, *¡por favor!* Haré lo que quieras. Me arriesgaré a cualquier cosa con tal de que no lo hagas. Pídeme que corra cualquier riesgo.

Existía una antigua costumbre entre los dos, según la que, si uno quería que el otro abandonara un plan largamente acariciado, a cambio tenía que aceptar correr cualquier riesgo que se mencionara. No habían invocado este acuerdo desde hacía algún tiempo.

—Bueno —dijo Don, riendo y volviendo a tumbarse en la mesa —, ¿qué puedo decirte que hagas? ¿Qué te parecería otra incursión para el «juego del poder»?

El «juego del poder» era una invención de Felicity de mucho

tiempo atrás. Consistía en una especie de brujería ecléctica, que incluía el robo de diferentes artículos íntimos a los individuos que habían de ser hechizados, tales como calcetines, medias, corbatas y pañuelos, que posteriormente figuraban en los diversos rituales y ceremonias. No obstante, el punto principal del «juego del poder», tal y como se demostró en la práctica, no consistía en magia propiamente dicha, sino más bien en las incursiones preliminares. En estas incursiones, se llevaron un cierto número de premios muy codiciados, entre los que se contaban unos calzoncillos del señor Prewett, los tirantes del señor Hensman y una elegante esponjera perteneciente al señor Everard, ninguno de los cuales se utilizaron con fines mágicos.

—¡De acuerdo! —dijo Felicity, tensa y sonrojada, dispuesta a precipitarse hacia la puerta—. Nombra a cualquiera.

—No sé —dijo Donald, mientras balanceaba con descuido un pie en el aire—; ¿qué te parecería...?, oh, no sé, ¿qué te parecería?..., ¿qué te parecería?..., ¿la señorita Menganita Carter?

—¡Bien! —dijo Felicity—. Empezaré ahora mismo. ¿Dónde dijiste que se alojaba? ¿En casa del señor Demoyte? —Se dirigió a la puerta.

—Pero, Bella —dijo Donald, levantándose como un resorte—. ¡Espera! No lo decía en serio. Ya sabes que dejamos todo eso hace tiempo.

—Yo no lo he dejado —dijo Felicity. Estaba a punto de llorar—. Liffey está fuera —dijo en tono desafiante—, y casi vi a Angus en la carretera.

Angus había sido un aliado frecuente en las incursiones del «juego del poder». La Liffey transformada e inmaterial sólo era amiga de Felicity.

—Olvídate de todo eso —dijo Donald— y, por el amor de Dios, no llores. Ya has hecho suficiente ruido. Puede haberte oído cualquiera.

—Bueno, voy a hacer la incursión —dijo Felicity, mientras se secaba los ojos—. Estabas de acuerdo, y ahora no puedes echarte atrás. Y si lo hago, no tendrás que escalar la torre.

—Deja de gritar, Bella —dijo Donald—. Si Prewett pasa por aquí, los dos tendremos que hacer salto de altura. Te acompañaré afuera. Me estás poniendo nervioso. Sígueme y mantén la boca cerrada.

Donald abrió quedamente la puerta de su habitación y miró a ambos lados del pasillo. En el aire flotaban ruidos distantes, carcajadas, un gramófono tocando jazz, un sonido monótono como de palos de críquet golpeando rítmicamente. Donald esperó. Después, cogió a Felicity por la muñeca y la arrastró fuera de la habitación, subió las escaleras de un salto, la llevó a la puerta

trasera y salieron. Allí se desprendió de ella y corrió hacia el bosque, zigzagueando rápidamente entre los árboles. Felicity le seguía, veloz. Un momento después, llegaron al muro y escucharon el rugido del tráfico de la carretera al otro lado. Donald corrió junto al muro hasta llegar a cierto lugar. Allí, en un pequeño espacio, habían quitado los cristales rotos del parapeto.

Donald se apoyó, acurrucado, contra la base del muro.

—Salta sobre mi espalda, Bella —dijo.

Era la rutina acostumbrada. Felicity saltó. Donald se izó lentamente hasta ponerse derecho, sosteniendo sobre los hombros a Felicity, que ya había alcanzado el borde del muro con sus manos y asomaba la cabeza por encima de él. Comenzó a saltarlo. Donald colocó las manos debajo de los pies de ella para ayudarla. Felicity se sentó sobre el muro, y rápidamente pasó las piernas al otro lado.

Miró desde arriba a Donald.

—Don —dijo—, voy a hacer la incursión. Voy *ahora* mismo. Y recuerda lo que prometiste.

—¡No prometí nada! —dijo Donald, exasperado—. Cállate, Bella, y bájate antes de que alguien te vea.

—¡Voy a hacerlo! —dijo Felicity.

—Te prohíbo que vayas —dijo Donald—; no te daré nada a cambio si lo haces, Y *bájate ya del muro*.

—Voy a hacerlo *ahora* —dijo Felicity—, y si no cumples tu promesa, no te volveré a hablar jamás —se aplicó a la tarea de bajar del muro. Era un gran salto. Se dejó caer lo más lejos posible y cerró los ojos. Al momento, rodaba por la hierba. Dijo—: Adiós, Don.

—Espera un momento —se oyó decir a Don desde el otro lado del muro.

Se produjo un prolongado ruido como de alguien que escarbara. Después apareció Donald en lo alto del muro. Levantó los pies, se situó en una posición casi vertical y saltó hacia Felicity, tropezó y fue a parar junto a sus pies. Se recobró rápidamente y comenzó a caminar muy estirado, como si no hubiera ocurrido nada. Felicity corrió junto a él.

—Escucha —dijo Donald en tono airado—, te vas a marchar a casa ahora. Voy a acompañarte hasta allí y no volveremos a hablar más de esta estupidez.

—Puedes acompañarme a casa —dijo Felicity tranquilamente—, pero no puedes obligarme a que me quede allí. En cuanto te marches, iré a hacer la incursión. Mira a Liffey. Ha visto a ese gran perro negro y está moviendo el rabo. ¿Puedes ver el rabo? ¿La llamo con el silbato supersónico?

—Oh, cállate —dijo Donald—; Felicity, no dejaré que me chantajees.

—¿Cómo evita la gente que la chantajeen?—preguntó Felicity.

—Escucha —dijo Donald—, si haces esa estúpida incursión, yo también tendré que ir. Y si nos cogen, todos pensarán que fue idea mía.

Atravesaron las puertas del jardín del colegio y se dirigieron al laberinto de carreteras sombreadas de verde que rodeaban su casa.

—Si Demoyte nos coge —dijo Felicity—, no nos denunciará a Evvy. Ya sabes que nunca denuncia a nadie a Evvy.

—Puede que no —dijo Donald—, pero Demoyte puede ser muy desagradable.

—Yo no le temo —dijo Felicity—. Si tú le temes, no tienes por qué venir.

—Te torturaré cuando volvamos, Bella —dijo Donald—. A propósito, si alguien nos ve, acabamos de encontrarnos hace cinco minutos, por casualidad.

Bajaron a un camino de grava casi borrado, situado entre unos garajes, y salieron a los prados que se extendían entre las casas y Brayling's Close. No había ninguna sombra, y la extensión dorada crepitaba de calor. Hacía tiempo que habían cortado el heno y la hierba estaba punzante, cerdosa y muy seca. El sendero se hallaba agrietado y polvoriento. El tiempo cálido duraba ya mucho. Felicity marchaba en cabeza, y caminaron en silencio hasta que vieron en la distancia, por entre los árboles, el color rosado de los ladrillos y el brillo de las ventanas. Se detuvieron. Entonces, Felicity vio a Angus.

Había adoptado la forma de un gitano y estaba sentado no lejos del sendero, al borde de un arroyo herboso y seco. Tenía una pierna entre las hierbas altas del arroyo y la otra doblada sobre la hierba del prado. Mantenía una actitud digna, con la cabeza hacia atrás y el cuello y el pecho, de un marrón rojizo, desnudos. Miró a Felicity. Su cara tenía una especie de gravedad inexpresiva. Daba miedo. Felicity sabía que era Angus por la misteriosa aureola que le rodeaba y por la extraña e inesperada forma de su aparición. Esta vez, sin duda, era Angus. Le hubiera gustado que no adoptara esas formas tan desconcertantes, pero suponía que era imposible que los seres divinos se manifestaran sin parecer inquietantes, incluso cuando nos desearan el bien. Estaba tan inmóvil que era casi invisible. Donald no lo había visto, y Felicity decidió no revelar su presencia. Cogió a Donald por la manga y lo condujo unos pasos más allá, hasta que el gitano quedó oculto por un seto.

De pronto, Felicity empezó a sentirse desasosegada. Quería volver. Tiró de la chaqueta de Donald, que éste llevaba sobre el brazo, y le dijo:

—Don, no escales la torre. Sé que acabará mal. *Por favor*, dime que no la escalarás, y nos iremos los dos a casa.

Donald bajó la cabeza y la miró. Tocó ligeramente la nariz pecosa de Felicity con un dedo:

—No nos volveremos atrás a estas alturas, camarada —dijo—. Con respecto a la escalada, probablemente no lo haga. Además, todo fue idea de Carde.

Continuaron caminando muy lentamente hacia la casa. Dentro de poco, el sendero llegaría al muro de piedra desmoronado situado al final del jardín de Demoyte y giraría hacia la izquierda, para acabar en la carretera. Era el tiempo muerto de la tarde. Donald y Felicity, que conocían los hábitos domésticos de Demoyte, sabían que podían confiar en que éste y la señorita Handforth estuvieran en sus habitaciones, con las cortinas corridas, durmiendo la siesta. No sería difícil entrar en la casa. La única incógnita era la propia señorita Carter.

Mientras Donald espiaba por encima del muro, Felicity miraba a su alrededor. Aún se sentía acobardada por la manifestación de Angus. En la base del muro crecían muchas flores, que mostraban la frescura de sus pétalos entreabiertos incluso a través del polvo marrón que las cubría: cuchillos, atanasias, collejas, valerianas y mostaza silvestre. Flores que crecen en los yermos. Felicity las contempló con ternura. Empezó a cortarlas.

—¡Dios! —dijo Donald—. ¡Vaya un momento para coger flores! Mira, saltaremos la pared por ahí, detrás de esos arbustos, y avanzaremos protegidos por el seto de tejo. Después nos acercaremos a la casa, manteniéndonos alejados de las ventanas, y llegaremos a la puerta principal. Si está cerrada, lo intentaremos por la cocina. Si alguien nos ve, diremos que estábamos buscando a papá, porque pensábamos que estaba allí. Una vez dentro de la casa, vigila los ruidos, y cuando lleguemos arriba, confiemos en nuestra suerte. La señorita Carter seguro que está en la habitación trasera de la esquina. ¿De acuerdo? Sígueme.

Donald parecía impaciente. Se había apoderado de él la excitación de la caza. Se escurrió junto al muro y lo saltó por un lugar que estaba cubierto por una mata de arbustos de jeringuilla que crecían en el jardín de Demoyte. Felicity le seguía, sujetando el ramo de flores. Aquel muro era fácil de saltar. Caminaron con cautela, manteniéndose junto al seto, y después, al atravesar la arcada, aparecieron ante su vista las ventanas. Donald cruzó el espacio abierto de césped con rápidas zancadas y se situó contra la pared de la casa. Felicity le siguió. Un momento después, se encontraban ante la puerta principal. Estaba abierta. Entraron en la casa.

Allí dentro, el silencio era total. Los niños respiraban profundamente, y les parecía que el sonido debía oírse en el piso de

arriba. Se quedaron muy quietos hasta que hubieron recobrado el aliento. Se miraron, con los ojos abiertos y brillantes, y Felicity cogió la mano de Donald y la apretó con fuerza. Después, con pisadas silenciosas, avanzaron lentamente por el vestíbulo y empezaron a subir la escalera. La casa parecía dormida bajo el calor. Todas las ventanas estaban abiertas de par en par, y por ellas se filtraba el aire cálido y polvoriento que flotaba como en nubes, procedente del jardín. Los rayos del sol, que caían directamente sobre la escalera, formaban una zona de luz calinosa y amarilla, que los niños atravesaron al subir de puntillas. Las escaleras no crujieron. Una vez en el rellano, pudieron apoyar los pies sobre una alfombra de Baluchistán, larga y tupida. Se deslizaron por ella y se detuvieron, tratando de mantenerse en equilibrio, junto a la puerta de la habitación de invitados. No se oía ningún ruido dentro.

El pomo de la puerta era de vidrio amarillo y cristalino, escurridizo al tacto. Donald lo sujetó con firmeza con ambas manos y empezó a hacerlo girar. Abrió la puerta lo suficiente como para asomar la cabeza. No había hecho ningún ruido al abrirla. Parecía como si no pudiera hacerse ningún ruido en aquella casa silenciosa y deshabitada. Donald se quedó inmóvil un momento, y después se apoyó suavemente en la puerta y entró en la habitación. Felicity le siguió con un suspiro de alivio. La habitación estaba vacía.

Una vez dentro, y con la puerta cerrada, se apoderó de ellos un júbilo incontrolable, y empezaron a bailar en silencio por la habitación, agitando los brazos. Felicity se detuvo y sacó el silbato supersónico de su bolsillo. Estaba a punto de emitir un tremendo silbido supersónico, cuando Donald se lo impidió.

—Pero no hará ruido si... —empezó a explicar Felicity en un susurro.

Era demasiado para ellos. Convulsionados por una risa silenciosa, cayeron uno encima del otro sobre la cama.

—Pero tú dijiste... —comenzó a decir Felicity de nuevo, en un susurro.

No pudo seguir. Continuaron tumbados, retorciéndose de risa contenida.

Finalmente, se levantó Donald, tiró de Felicity y arregló la cama.

—Vamos, rápido —susurró—, busquemos lo que queremos y vayámonos. ¿Qué cogemos?

—Medias —dijo Felicity con firmeza.

Sospechaba que Donald tenía otras ideas y sintió un repentino deseo femenino de defender a la señorita Carter contra las depredaciones del muchacho. Empezaron a revolotear por la habitación y a abrir los cajones.

—Aquí están —murmuró Felicity.

Sacó un par de medias de nailon de un cajón, se las mostró a Donald y las guardó en su bolsillo. Se dispusieron a irse. Felicity lanzó una última ojeada por la habitación. Recogió las flores que había dejado sobre una silla. El escritorio junto a la ventana estaba abierto, atestado de papeles. Felicity se acercó y empezó a revolverlos.

—¡Vamos! —siseó Donald.

Felicity dijo:

—Espera, hay una carta de papá. ¿Qué dirá?

—No te preocupes —dijo Donald—, mejor será que no la mires. Vámonos.

—No importa, tonto —dijo Felicity—; ¡es de papá!

Sacó la carta del sobre y la leyó. Se quedó inmóvil. Después puso la carta en el escritorio y se alejó.

—¿Qué decía? —preguntó Donald.

—Nada —dijo Felicity—. Vámonos pronto.

Empezó a empujar a Donald hacia la puerta.

Donald la miró a la cara. Después, volvió al escritorio, cogió la carta y la leyó.

—Vamos, vamos, vamos —dijo Felicity.

Abrió la puerta de la habitación y salió al rellano. Donald la siguió. Caminaron con pisadas firmes y silenciosas hacia la escalera y comenzaron a descenderla.

A medio camino del último tramo, Felicity se paró en seco. Donald se detuvo y después siguió bajando para reunirse con ella. La señorita Handforth les observaba desde la puerta del salón. Miró a los niños. Ellos la miraron.

—¡Vaya, vaya, qué sorpresa! —dijo la señorita Handforth, con una voz que resonó en toda la casa. La señorita Handforth no era muy amiga de los hermanos Mor—. ¡Debe ser una nueva forma de hacer visitas!

El Close parecía despertar, estremecido por ruidos y temblores. Donald y Felicity quedaron paralizados.

—Vamos —dijo la señorita Handforth—, ¿es que os ha comido la lengua el gato? ¿Qué buscabais ahí arriba, si se puede saber?

Donald y Felicity permanecieron en silencio. En ese momento se abrió la puerta principal y Rain Carter entró en el vestíbulo. Los tres se volvieron hacia ella. Llevaba un vestido blanco de verano de cuello abierto y, al entrar, el sol refulgió tras ella. Cerró la puerta y se cubrió los ojos con la mano, cegada momentáneamente por el cambio de luz. Sorprendida por la escena que se desarrollaba frente a ella, se volvió hacia la señorita Handforth con expresión interrogativa.

La señorita Handforh dijo:

—Son los hijos del señor Mor.

Su voz profunda reflejaba incredulidad y disgusto.

Rain se volvió hacia ellos. Permanecían quietos, como en un grupo pintado por Gainsborough; Felicity parecía estar posando, con la mano sobre la barandilla; Donald, mohíno, tras ella.

—Me alegro mucho de conoceros, por fin —dijo Rain—. Creo que... Donald..., sí, le he visto antes, al menos..., pero me alegro de que nos presenten como es debido. Y nunca había visto a... Felicity. ¿Cómo estáis?

Donald no dijo nada. La miró de frente sin sonreír. Felicity se acercó a ella. Sonrió a Rain.

—Sólo vinimos —dijo— a darle estas flores. Son silvestres, pero esperamos que le gusten —y le tendió el ramo a Rain.

Rain lo cogió con una exclamación de alegría y se lo acercó a la cara. Era un poco más baja que Felicity y tenía que alzar la cabeza para mirarla.

—Son *preciosas* —dijo—. Me encantan estas flores silvestres inglesas. Nada me hubiera gustado más. Ha sido un detalle muy amable. Son unas flores preciosas —las apretó contra sí.

Donald bajó la escalera y se colocó junto a su hermana. La tomó del brazo.

—¿No os iréis ya? —dijo Rain—. Quedaos y charlaremos. Señorita Handforth, me pregunto si..., ¿qué tal una taza de té? Ya es la hora del té, ¿no es cierto? No quisiera molestarla. O quizá un poco de leche y unos pasteles, si hubiera.

La señorita Handforth no dijo nada.

—Me temo que tenemos que marcharnos en seguida —dijo Felicity—. Lo siento mucho. Nos esperan en casa y ya es tarde. Sólo vinimos a darle las flores.

—Qué amables —dijo Rain—. Me habéis dado una alegría. Muchas gracias. Espero que nos volvamos a ver pronto.

—Eso espero yo también —dijo Felicity—. Bueno, adiós. Adiós, señorita Handforth.

Los dos niños desaparecieron rápidamente por la puerta principal.

Atravesaron, veloces, la puerta del jardín del señor Demoyte y caminaron por el sendero que conducía a los prados. Una vez en el sendero, Felicity empezó a correr, y Donald tuvo que correr mucho para alcanzarla. En cuanto se encontraron lejos de la casa, Felicity salió del sendero y empezó a correr campo a través. Se tiró sobre el rastrojo, a la sombra de un seto. Donald se reunió con ella y se sentó a su lado. Permanecieron en silencio durante un rato.

—Don —dijo Felicity, al fin—, no la escalarás, ¿verdad?

Donald no contestó durante unos segundos.

—No importa mucho que lo haga o no —contestó— ahora.

Se quedaron sentados, mirando el rastrojo.

—Lágrimas de sangre —dijo Felicity. Era un antiguo ritual.

Sin decir palabra, Donald sacó una cuchilla de afeitar del bolsillo y se la dio a su hermana. Con mucho cuidado, Felicity practicó una pequeña incisión bajo cada ojo. Los hermanos Mor podían llorar a voluntad. Un momento después, por sus mejillas corrían lágrimas y sangre mezcladas.

Capítulo nueve

Era el día de la partida de Nan. Mor contemplaba la perspectiva con alivio. Desde hacía algún tiempo, su pequeña casa se había convertido en el escenario de una sucesión ininterrumpida de lavado, secado y planchado de ropa, descubrimiento y renovación de maletas, desplegamiento de mapas y discusiones sobre trenes y reserva de plazas y sobre el tiempo, hasta que Mor se sintió obligado a inventar excusas para quedarse en el colegio. Los exámenes de fin de curso acababan de empezar, y aunque esto significaba menos clases, también significaba más correcciones, y era por entonces cuando Mor tenía que aplicarse a poner notas y resolver diversos problemas relacionados con el personal para el próximo curso, problemas que Evvy era, a todas luces, incapaz de afrontar. Su casa se le hizo insoportable. Era demasiado pequeña, aunque, por lo general, resultaba más agradable en verano que en invierno, porque las ventanas abiertas aumentaban el espacio de las habitaciones. Pero Nan siempre ponía la casa patas arriba antes de las vacaciones, y Felicity se mostraba más fastidiosa y llorosa que de costumbre. A Mor se le venía el alma a los pies cada tarde cuando entraba por la estrecha puerta principal, con su panel de cristales emplomados, al pequeño pasillo lleno de maletas, raquetas de tenis y otros artilugios.

Le hubiera gustado ir a casa de Demoyte para escapar de todo aquello. Pero aunque tenía constantemente presente el Close y sus habitantes, no iba. Le invadía un sentimiento general de intranquilidad y desasosiego. Faltaban menos de tres semanas para el examen de ingreso de Donald, y estaba preocupado por él. Le había ido a ver dos veces últimamente para saber cómo marchaba, pero el muchacho se había mostrado poco comunicativo con él. Mor regresó dolido y confuso.

El día anterior, Mor había intentado, finalmente, discutir

seriamente con Nan la cuestión de su candidatura por el Partido Laborista, o más bien, según lo interpretaba Mor, anunciarle su intención de presentarse, pero no ocurrió así cuando se decidió a abrir la boca para hablar. Nan, simplemente, se negó a discutir el asunto. Utilizó la técnica más exasperante. Cuando Mor se disponía, con toda gravedad, a contarle sus esperanzas, sus ambiciones, sus planes para que todo saliera bien, Nan, sentada en el sofá, los pies levantados y los ojos brillantes, se rió con su risa seca y se burló de él. En tales momentos, se investía de un poder terrible que sacudía a Mor hasta las profundidades de su alma. Ella parecía refugiarse en una región de serenidad y superioridad totales. Nada de lo que él decía la afectaba, incluso cuando, como recordaba ahora con remordimiento, no podía evitar replicar de forma verdaderamente cruel. No era que ella no comprendiera sus argumentos. En presencia de Nan, en la atmósfera aplastante de su personalidad, sus argumentos, simplemente, no existían. Mor se quedó atónito una vez más ante la tremenda fortaleza de su mujer. Ella se mostró totalmente impermeable a los razonamientos, inexorablemente decidida a salirse con la suya, con una calma y una confiada seguridad de que así sería. No se alteró durante la conversación, rió y bromeó con su marido en un tono un tanto protector, mientras que Mor, al final, quedó reducido a una rabia que casi le impedía hablar. Salió de la habitación diciendo: «Bueno, tanto si te gusta el plan como si no, lo llevaré a cabo».

Mor lo dijo en ese momento sólo para fastidiar, pero a la mañana siguiente se dijo para sus adentros que quizá era eso exactamente lo que haría. Las profundas heridas que Nan había infligido a su orgullo le atormentaban sin cesar. Sentía, con una aguda punzada de rabia, que ella le provocaba con excesiva frecuencia. Nan debía aprender que pisotear las aspiraciones y el respeto propio de otra persona constituye un crimen que conlleva un castigo casi automático. Mor pensó: cuando vea a Tim Burke le diré que siga adelante. Cuando el asunto se haga público, Nan tendrá demasiado orgullo y demasiada preocupación por las convenciones para intentar que retroceda. Entonces, tendrá que aceptarlo. Mor obtenía una satisfacción amarga, y sabía que también indigna, al imaginar la furia de Nan cuando comprendiera que, por una vez, él se había propuesto llevar a cabo lo que quería. Lo que más le molestaba de ella era, quizá, la exquisita calma con que suponía que, una vez expresada su oposición a algo que Mor quería hacer, éste no lo haría.

Mor, no obstante, enterró muy profundamente todos estos pensamientos, con la habilidad adquirida durante sus años de matrimonio, y al día siguiente se comportó con el buen humor habitual. También Nan parecía haber olvidado por completo la

discusión y esperaba el viaje con ganas mal disimuladas. Tenían que tomar el tren a Waterloo a las diez y media, almorzar en Londres y después tomar un tren rápido por la tarde hasta Dorset. Habían avisado a un taxi para que los llevara a la estación, un gasto que a Mor le disgustaba, pero que la cantidad colosal de equipaje que llevaba Nan hacía inevitable. El taxi iba a llegar dentro de unos minutos y Felicity aún no estaba preparada. Había estado taciturna y malhumorada durante toda la mañana, a pesar de que le habían prometido que almorzaría en el Royal Festival Hall, algo que, normalmente, le gustaba mucho.

Nan y Mor salieron al jardín. Las maletas estaban apiladas en la escalinata. Mor contempló la maraña de dalias y ásteres que crecían a ambos lados del sendero de cemento.

—Mira —dijo—, el lugar favorito de Liffey está muy descuidado este año. ¿Recuerdas cómo le gustaba tumbarse ahí y oler las plantas?

—Eso me recuerda algo —dijo Nan—. Algo curioso. Me encontré en la calle con la pintora, la señorita Carter, y me dijo que los niños le habían regalado unas flores.

—¿*Qué*? —dijo Mor.

—Lo que oyes —dijo Nan—. ¡Fueron a casa de Demoyte, le dieron un ramo de flores y se marcharon!

—Es bastante extraño —dijo Mor—; pero puede que les diera por hacer una cosa así. ¿Te dijo algo Felicity?

—¡Por supuesto que no! —dijo Nan—. Ya sabes lo reservada que es. Es un gesto delicioso, y debo decir que la señorita Carter estaba encantada, pero, vamos, Bill, tú conoces tan bien como yo a nuestros queridos hijos. ¿Se les habrá ocurrido sin más? Debe formar parte de una broma.

Mor se inclinaba a compartir la opinión de Nan, y aquel asunto le perturbaba. No sabía qué podía significar, y temía especialmente a sus hijos cuando éstos hacían regalos. No obstante, dijo:

—Te preocupas por nada, Nan. Es sólo un bonito detalle. Supongo que se le ocurriría a Felicity.

—Eres casi tan ingenuo como la señorita Carter —dijo Nan—, que ya es decir.

Mor se intranquilizó al oír a Nan mencionar el nombre de la señorita Carter. Por una curiosa casualidad, la había visto dos veces durante los tres últimos días, una vez desde lejos, mientras caminaba por el campo, y otra por las casas, cuando se dirigía hacia el centro comercial. No habló con ella en ninguna de las dos ocasiones, pero cada una de ellas le produjo una conmoción extraña y profunda.

Llegó el taxi. Mor cogió las maletas. Felicity apareció y subió al taxi sin decir palabra. Mor y Nan entraron y marcharon hacia la

estación, en silencio. Mor pagó al taxista y amontonó las maletas en el andén. Esperaron.

El sol brillaba en un cielo despejado sobre la pequeña estación con sus dos andenes cubiertos por un tejado con visera, como una estación de juguete. Los raíles resplandecientes de la Región Sur se curvaban a ambos lados entre pinos, a través de los cuales se veían, acá y allá, los tejados rojos de las altas casas victorianas. Había mucha gente esperando el tren para Londres, y muchos conocían de vista a Mor. Era una escena que, por lo general, se le antojaba inefablemente aburrida. Aún tenían que esperar cinco minutos.

La idea de que Nan se marchaba invadió la conciencia de Mor como una ráfaga repentina de viento fresco y vivificante. *Nan se marchaba*. Se marchaba. Y el próximo año por estas fechas, pensó Mor, quizá todo sea diferente. Todo iba a ser diferente. Alzó la cabeza. Qué bien haber tomado una decisión. Por un momento, y de forma un tanto oscura, fue consciente del futuro, repentinamente radiante de esperanza y posibilidades. Al mismo tiempo, le invadió una gran ternura por Nan. Se volvió a mirarla. Ella lanzaba ojeadas a su reloj y golpeaba el suelo del andén con sus zapatos de tacón alto. Ella le sonrió y dijo:

—¡Ya falta poco!

Parecía excitada. Felicity estaba un poco más allá, mirando los pinos por encima de la empalizada de madera de la estación.

—Nan —dijo Mor—, ¿vas bien preparada para el viaje? ¿Llevas algo para leer?

—Sí —dijo Nan—, tengo el periódico y una revista.

—Déjame que te compre algo más —dijo Mor—; un libro de bolsillo..., ¿te gustarían unas chocolatinas?

Corrió por la estación hasta un pequeño puesto de periódicos y dulces. Compró un libro de poesía, una caja de chocolatinas con leche y dos plátanos. Regresó y lo metió todo en los bolsillos de Nan.

—¡Bill, cariño, eres un cielo! —dijo Nan, mientras sacaba los regalos de sus bolsillos y los metía en una maleta.

El pulcro tren verde apareció a toda velocidad en la curva de la vía. La muchedumbre se adelantó. Mor encontró dos asientos en una esquina para Nan y Felicity, y colocó el equipaje. No quedaba mucho tiempo para despedidas. En las estaciones pequeñas, el tren sólo paraba un minuto. Mor besó a su mujer y a su hija, y, al momento, se alejaron bruscamente a velocidad vertiginosa. Mor agitó la mano y vio cómo la cara de Nan y su brazo, que se agitaba, retrocedían y desaparecían casi de inmediato al pasar la primera curva y sumergirse entre los árboles.

Mor regresó con lentitud por el andén. Entregó el billete. Salió al sol y se detuvo en el polvoriento patio de la estación, que había

quedado en silencio al desvanecerse el rugido del tren en la distancia. Mor se quedó allí, invadido por un oscuro sentimiento de bienestar y, en cierto modo, comprendió, rodeado por la tranquilidad de la mañana, que tenía muchas cosas por las que alegrarse. Esperó. Entonces, desde lo más profundo de su ser, se le reveló el conocimiento, repentino y con una certeza devastadora. Estaba enamorado de la señorita Carter. Miró el suelo polvoriento, y el pensamiento que había tomado forma le conmocionó tanto que casi se cayó. Dio un paso hacia delante. Estaba enamorado. Pero no sólo un poco enamorado. Asimismo, le invadió una violenta e inefable alegría. Mor aún permanecía inmóvil mirando al suelo, pero se sentía como si el mundo hubiera empezado a girar en torno a él a una velocidad creciente y él estuviera en el centro de su movimiento.

Mor aspiró profundamente y sonrió a la tierra seca a sus pies, balanceándose ligeramente sobre los talones. Debo estar loco, pensó, sonriente. Formó las palabras, que volaron como hojas en un horno. Atravesó el patio de la estación y llegó a la valla. Acarició la madera. Era una madera seca y escamosa, caliente por el sol, maravillosa. Mor arrancó unas astillas. No podía dejar de sonreír. Debo estar loco, ¿qué haré? Debo ver a la señorita Carter en seguida, pensó. Cuando la vea, sabré lo que debo hacer. Entonces sabré qué significa este estado de ánimo y qué hacer con él. Lo sabré entonces, cuando la vea. *Cuando la vea*.

Salió del patio de la estación a la carrera y corrió por la carretera, hacia el colegio. Era un largo camino. El sol ardiente le atacaba de frente con repetidas bofetadas y el aire sofocante se negaba a refrescar sus pulmones. Siguió corriendo, jadeante y sofocado. Debía recoger la bicicleta, que se encontraba en el cobertizo del jardín de profesores. Por entonces, el deseo de ver a la señorita Carter era tan violento que se convirtió en un sufrimiento adicional casi físico, aparte del agotamiento de los pulmones y del dolor de los músculos. Continuó corriendo. Vio aparecer el colegio. Una punzada atroz le obligó a minorizar el paso. El dolor de la angustia contorsionaba su cara como si quisiera gritar, y respiraba ruidosamente, con un silbido. Entró en el camino y logró seguir corriendo hasta el cobertizo de las bicicletas.

Sacó la bicicleta a empujones, maltratándola como si fuera un animal salvaje. Tenía un neumático pinchado. Mor la tiró al suelo y le dio una patada, jurando en alto. Echó una mirada alrededor y eligió otra bicicleta al azar. Recordó que sexto de Clásicas le estaría esperando para la clase de Historia de las once y cuarto. Pero no titubeó ni un momento. Había recobrado el aliento, pero el otro sufrimiento persistía, mordiéndole en el estómago de tal forma que

casi habría gritado por el dolor que le producía el deseo de verla. Partió en la máquina prestada, dando tumbos sobre la grava, llegó a la carretera principal y comenzó a subir la colina hacia el puente del ferrocarril.

La colina era despiadada, y su pedaleo se hizo más y más lento, hasta que la bicicleta viró peligrosamente sobre la terrible pendiente. Se bajó y la empujó a la carrera hasta la cima. Después, mientras avanzaba por el otro lado, al ver por un momento los muros relucientes de Brayling's Close, pronunció en silencio la palabra «Rain». Continuó a una velocidad tremenda, pedaleando furiosamente para alcanzar la velocidad de las ruedas. Hizo girar la máquina, sin desmontar, por la franja de hierba de la carretera de doble dirección y se lanzó como un rayo por el sendero de la casa de Demoyte. La grava volaba a ambos lados como espuma. Saltó de la máquina y la tiró a un lado de la casa; después, entró como una bala por la puerta principal. El interior de la casa estaba silencioso y fragante. Mor atravesó el vestíbulo y abrió de par en par la puerta del salón.

El caballete aún permanecía en el mismo lugar, y Demoyte estaba sentado al sol cerca de la ventana, de espaldas a la puerta, en actitud de reposo. No se veía señal de la señorita Carter.

—Hola —dijo Mor, balanceándose en la puerta—, ¿dónde está la señorita Carter?

—Acostumbrado como estoy —dijo Demoyte sin volverse— a que me traten como un trozo viejo e inútil de chatarra pasada de moda y antediluviana, yo...

—Lo siento, señor —dijo Mor y entró en la habitación—, perdóneme. Pero necesito ver a la señorita Carter con urgencia. ¿No sabe dónde está, por casualidad?

—No estaría mal que te acercaras —dijo Demoyte—, si tienes tiempo, para que, al menos, pueda verte la cara mientras hablamos.

Mor se acercó y se colocó frente al anciano, que le miró sombríamente y esperó a que Mor hiciera algún otro comentario.

—Lo siento —dijo Mor—. ¿Sabe dónde está?

—Si hubieras venido prácticamente a cualquier otra hora de cualquier otro día —dijo Demoyte—, habrías encontrado a la joven aquí. Ha estado trabajando como una negra. Pero precisamente a esta hora y en este día, ha salido a dar un paseo, por desgracia para ti.

Demoyte hablaba con especial lentitud, como para torturar deliberadamente a su interlocutor.

Mor advirtió, con el rabillo del ojo, que el lienzo había cambiado mucho desde la última vez que lo viera, pero no se volvió a mirarlo. Hizo un esfuerzo por hablar con lentitud también y dijo:

—¿Por casualidad no sabrá en qué dirección marchó o dónde podría encontrarla?

Aquel dolor interno seguía mordiéndole.

—Me temo que, *por casualidad*, como tú dices, no lo sé —dijo Demoyte—. Me pregunto si te has dado cuenta de que se te ha desabrochado el cuello de la camisa y que te asoma por la espalda de una forma bastante ridícula. Nunca me gustaron esos cuellos postizos. Dan aspecto de maestro de escuela rural. Y parece que tienes aceite o alquitrán o algo en la cara. ¿Puedo sugerirte que te adecentes antes de continuar la búsqueda?

Mor alargó la mano hacia el cuello, lo colocó bajo la protección de la chaqueta y se pasó la mano levemente por la cara. Dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—Será mejor que me marche —dijo—. Gracias, de todas formas.

Al llegar a la puerta, Demoyte dijo:

—Se fue por el camino al otro lado de los prados. Aunque eso no te ayudará mucho.

—Gracias —dijo Mor.

Salió a toda velocidad, cogió la bicicleta, pedaleó hasta la verja, giró bruscamente y se internó en el pequeño sendero. La máquina saltaba aparatosamente al pasar sobre los manojos y protuberancias que formaba la hierba. Avanzaba con el sol de frente y tenía que protegerse los ojos con una mano. No se veía a nadie en el sendero, y ya estaban a la vista las primeras viviendas. Mor condujo la bicicleta por una calleja y continuó por una de las calles. No sirvió de nada. Sería mejor que se marchara a casa, se lavara la cara con agua fría y reconsiderara lo que estaba haciendo. Pero, en su lugar, pasó junto a su casa y subió hasta la verja del colegio. Existía una ligera posibilidad de que la señorita Carter hubiera ido allí a visitar a Evvy.

En la puerta principal vio la alta figura vestida de blanco de Hensman, el profesor de deportes. Descansaba de forma atlética contra una de las columnas de la verja.

—Continúa el buen tiempo —dijo Hensman—. Quizá haga bueno el día del partido del pabellón, por primera vez.

—Sí, eso parece —dijo Mor. Se había bajado de la bicicleta y permanecía, indeciso, junto a la verja.

—Su hijo es bastante prometedor —dijo Hensman—. Haremos de él un buen jugador de críquet. Es la esperanza del equipo de Prewett. No es decir mucho, me temo.

Según el punto de vista de Hensman, el críquet no se tomaba suficientemente en serio en el pabellón de Prewett.

—Sí, claro —dijo Mor—. ¿No habrá visto pasar por aquí a la señorita Carter, por casualidad?

—Pues sí —dijo Hensman—. La vi en el patio de recreo hace unos veinte minutos. Bajaba la colina con el bueno de Bledyard.

—Gracias —dijo Mor.

Empujó la bicicleta con rapidez por el carril. Había experimentado un ligero escalofrío al oír el nombre de Bledyard. Dejó la bicicleta en la esquina de la escuela principal, en un lugar en que estaba prohibido hacerlo, y comenzó a correr hacia el patio. Tomó el sendero por detrás de la biblioteca que bajaba hacia el bosque. El sendero estaba casi borrado por la vegetación, y tuvo que saltar por encima de zarzas y hierbajos mientras corría. Dos muchachos que subían por allí se hicieron a un lado y le contemplaron con asombro. No se veía al señor Bledyard ni a la señorita Carter. Mor entró en el bosque. Dejó de correr y se puso a escuchar. No se oía ningún ruido, excepto el golpeteo suave y continuo de las hojas. Siguió caminando con rapidez, y abandonó el sendero, arrastrando las piernas por entre los helechos.

De súbito, llegó a un claro y vio algo extraño que le hizo ponerse rígido, con una mezcla de angustia y alegría. Allí estaba la señorita Carter. Pero se había transformado. Era una prisionera. Llevaba en torno a su cuerpo un trozo ondeante de seda color verde mar que dejaba un hombro al descubierto. Estaba sentada en medio del claro, en lo alto de una pequeña escalera de mano. A su alrededor había unos veinte chicos, sentados en el suelo y provistos de tableros de dibujo y lápices. La estaban dibujando. Bledyard dominaba la escena y la contemplaba con mirada intensa, apoyado en un árbol del extremo más alejado del claro. Antes de dirigir su atención hacia Mor, miraba fijamente a la señorita Carter. Estaba en mangas de camisa y tenía las manos en los bolsillos. El cabello, oscuro y largo, caía lánguidamente sobre sus mejillas. En aquel momento, a Mor le pareció Comus o Lucifer.

Advirtieron en seguida la repentina irrupción de Mor en el claro. Bledyard se separó del árbol, sacó las manos de los bolsillos y se enderezó. Dejó de mostrar sorpresa casi de inmediato y comenzó a sonreír. Los ojos y la boca se estrecharon en dos líneas sardónicas. Todos los muchachos se volvieron para ver quién había venido y contemplaron a Mor con cierto asombro. Mor observó que algunos eran de quinto curso. Alargó mecánicamente la mano hacia atrás para comprobar si el cuello estaba en su sitio. Estaba. Rain demostró que se había dado cuenta de su llegada con un movimiento muy leve de la mano. Posaba como un niño, un poco rígida y sin moverse. Bledyard aún sonreía, con la cara inmóvil y ensanchada. De súbito, Mor tuvo la certeza de que Bledyard estaba leyendo su pensamiento. Comenzó a caminar hacia él, mientras indicaba por señas a los muchachos que continuaran su trabajo. Para intentar que su

presencia pareciera más natural, le dijo a Bledyard lo primero que le vino a la cabeza:

—¿Podría verle algún día para discutir las notas?

Bledyard miró de lleno a Mor, aún con su sonrisa enloquecedora. Asintió sin decir palabra. Los muchachos retornaron a su trabajo. Mor caminaba entre las filas, mirando lo que hacían. Era muy consciente de la presencia de Rain, pero no se atrevía a mirarla. En su lugar, miraba los dibujos de los muchachos. Sabía que no tardaría mucho en sonar la campana de las doce y entonces ella quedaría libre.

Uno o dos muchachos utilizaban acuarelas, otros tinta y *wash*, otros sólo lápiz. Mor hizo una pausa para mirar el trabajo de Rigden. Rigden pintaba bien, por suerte para él, puesto que no destacaba en ninguna otra cosa. Había realizado un boceto satisfactorio a pluma y *wash* marrón, con la cabeza muy bien delineada y los ropajes dibujados con fuertes trazos. Rigden levantó la cabeza y miró a Mor. No podía creer que tuviera tanta suerte. Mor miró el dibujo y sonrió con aprobación. Aquella sonrisa hizo feliz a Rigden durante todo el día. Mor continuó caminando, mientras consultaba su reloj a hurtadillas. Jimmy Carde estaba sentado cómodamente, con la espalda apoyada contra un árbol, una pierna levantada y la otra doblada bajo el cuerpo. Mientras Mor se aproximaba, Carde silbaba una canción, repitiendo la misma frase una y otra vez. Mor miró su dibujo. Carde no era un artista. Utilizaba lápiz y tenía una vista de perfil de la modelo. Había dibujado una figura achaparrada, con el ropaje pegado sin gracia al cuerpo y los pechos exagerados con crudeza. Mientras Mor observaba el boceto, Carde levantó la cabeza y, muy a pesar de Mor, intercambiaron una mirada. Desvió los ojos en seguida. Odiaba a Carde. Le agradaba que estuviera destinado a Oxford en lugar de Cambridge. No quería que siguiera siendo amigo de Donald. En ese momento sonó la campana.

Todos se sobresaltaron. Los muchachos se rebullían en sus asientos, algunos empezaron a recoger sus cosas y a levantarse. Rain se agitó en su pedestal y empezó a alzar los ropajes. Mor la veía por el rabillo del ojo. Miró a Bledyard y descubrió que también la miraba. Mor rezó porque Bledyard no tuviera la suerte de disfrutar de una hora de descanso a las doce. Bledyard ya no sonreía. Movía la cabeza suavemente hacia delante y hacia atrás, en la forma que le era característica. Todos los muchachos se habían levantado ya y se dirigían al bosque, hacia el estudio, para dejar las pinturas y los tableros de dibujo antes de subir al colegio para la próxima clase. Mor, Bledyard y Rain se quedaron solos en el claro.

Rain permanecía sentada en lo alto de la escalera. Parecía que le divertía estar allí, quizá porque la hacía parecer más alta. Estiró las

piernas y se volvió hacia Mor, riendo.

—El señor Bledyard me capturó, y fíjese qué cosa tan bonita ha encontrado en su almacén —dijo, mientras separaba la seda verde de su cuerpo y la extendía.

Mor observó que llevaba un vestido floreado de algodón, que dejaba los hombros al descubierto.

—Tengo que conseguir que me lo venda, señor Bledyard —dijo —, para llevarlo a mi modista.

Se puso de pie sobre la escalera, dobló el trozo de seda y se lo tendió a Bledyard. Sus piernas estaban desnudas y eran muy suaves. Los dos hombres desviaron los ojos y la miraron a la cara. Ella bajó la cabeza y los miró con la expresión entre tímida y complacida de una niñita victoriana.

Bledyard cogió la tela con tristeza. Lanzó una mirada a Mor y pareció titubear. Mor se mantuvo en su sitio, intentando dar la impresión de que permanecería allí todo el día si fuera necesario.

—Sí —dijo Bledyard con aire pensativo—, sí, desde luego —por el tono de su voz, era evidente que no estaba contestando al comentario de Rain—. Bueno —dijo—, me temo que debo marcharme. Los chicos los chicos me esperan en el estudio. Fue usted muy amable, señorita Carter, por concedernos concedernos esta maravillosa... —su voz se desvaneció. Parecía tener más dificultades que de costumbre para hablar. Volvió a abrir la boca, la cerró y se dirigió hacia el bosque. Se oyeron sus pisadas durante algún tiempo, mientras se alejaba por entre los helechos. Mor y Rain quedaron solos.

Ella volvió a sentarse en el último peldaño de la escalera y rió. Daba la impresión de estar un poco incómoda. Dijo:

—Me encanta posar —y empezó a frotarse un tobillo—, pero me he quedado rígida.

Mor se situó muy cerca de ella. Respiraba de prisa. Aún no la miraba. Dijo:

—*Rain.*

Rain comprendió en seguida que algo había ocurrido, y en ese mismo momento comprendió de qué se trataba. Se quedó helada, con la mano sujetando aún el tobillo, y bajó la mirada hacia el suelo. Se relajó poco a poco. Dijo con mucha suavidad, casi pensativamente:

—Mor —y de nuevo—, Mor.

Ambos se volvieron para mirarse en el mismo momento. Encaramada en la escalera, la cara de ella estaba a la misma altura que la de Mor. Éste se inclinó hacia delante y, con mucho cuidado, rodeó los hombros desnudos de ella con sus brazos. Después la acercó a él y la besó, con dulzura, pero de lleno, en los labios. La

experiencia de tocarla le resultó tan conmovedora que tuvo que ocultar la cara. La dejó caer sobre el hombro de ella, y después, al sentir que su barbilla áspera tocaba la piel de ella, se inclinó y apoyó la cabeza sobre su pecho. Aspiró el fresco aroma de su vestido de algodón y sintió el calor de su pecho y el violento latir de su corazón. Su propio corazón latía como si estuviera a punto de romperse. Rain le empujó con dulzura de inmediato y se bajó de la escalera. De pie ante él, muy pequeña, le miró.

—No —dijo en voz baja, con tono pensativo—, no, no, por favor, querido Mor, cariño, no, no —era como el arrullo de una paloma. Dijo:

—¿Le importaría llevar la escalera al estudio? Puede dejarla en el patio —recogió su chaqueta, que estaba sobre la hierba, y se la puso.

Mientras ella hablaba, Mor la miraba, con los brazos colgando, sin sonreír, como si sus ojos fueran a quemarla. Había escuchado el latir de su corazón.

Ella titubeaba, con la mirada baja y la mano apoyada, involuntariamente, sobre su pecho. Dijo:

—Lo siento mucho... —después dio media vuelta y se precipitó hacia el bosque.

Mor no trató de seguirla. Se quedó inmóvil unos instantes, con un brazo apoyado en la escalera. Después, al igual que alguien a punto de desmayarse, se sentó en el suelo.

Capítulo diez

Como todos habían vaticinado, el día del partido del pabellón amaneció con buen tiempo. La ola de calor duraba ya casi un mes. El sol lanzaba sus rayos desde un cielo sin nubes sobre el campo de críquet, que había adquirido un color pardo pálido, excepto en los lugares en que el riego continuo había mantenido el verde luminoso del terreno. Mor se encontraba detrás de la doble hilera de tumbonas, cerca del vestuario. Estaba en mangas de camisa, y el calor le afectaba considerablemente. Le hubiera gustado marcharse de allí y alejarse a la sombra, a la oscuridad a ser posible. Le hubiera gustado dormir. Pero tenía que quedarse allí, exhibirse, pasear y charlar como si todo fuera normal.

No es que a Mor le trajera sin cuidado el partido. Este rito siempre iba acompañado de una excitación irracional. Incluso los profesores se conmovían. Este año, Mor se sentía especialmente agitado. Apenas soportaba mirar el partido. Su pabellón recogía en ese momento. Habían bateado por la mañana y parte de la tarde, consiguiendo un total de ciento sesenta y ocho puntos. Ahora le tocaba al equipo de Prewett, y uno de los bateadores era Donald Mor. Donald estaba jugando muy bien, con estilo y fuerza, y los dos cuatros que había conseguido hacia poco tiempo habían merecido un prolongado aplauso. Había hecho veintitrés y parecía que iba a mantenerse. El resultado total del equipo de Prewett era cincuenta y dos a uno.

Jimmy Carde acababa de entrar para lanzar la pelota. Carde estaba incluido en el pabellón de Mor por un acuerdo según el cual los becarios, para ciertos propósitos, se distribuían entre los otros pabellones. De hecho, esto sólo significaba que jugaban para esos pabellones y que, a veces, viajaban con ellos. Carde era un lanzador rápido y ostentoso, de carrera larga, con muchos saltos y fiorituras.

La pelota caía al campo como un rayo cuando la lanzaba Carde, aunque no siempre derecha. Mor contempló cómo lanzaba la pelota a Donald. Después volvió la cabeza. Se sentía emocionado por el espectáculo de su hijo, y en ese momento su identificación con él llegó a ser considerable.

Mor empezó a caminar, arrastrando los pies con lentitud por detrás de las tumbonas. Se sentía muy desdichado. Dirigió una mirada por encima del campo hacia el lugar en que se extendían las viviendas, en el lindero más alejado del bosque; una aglomeración desgarbada de cajas de un rojo brillante. Volvió la cabeza y miró por encima del hombro hacia el bosque. Parecía fresco y oscuro. Mor se preguntó si podría escapar sin llamar la atención y decidió que no. Se oyó un estallido de aplausos, y Mor giró a tiempo de ver que Donald acababa de mandar la pelota hasta *cover point* y había hecho otros cuatro. Era evidente que el éxito de Donald complacía al colegio. Estaba en la mitad del campo, conferenciando con el otro jugador. Carde se acercó a ellos y les dijo algo, y ambos rieron. Mor siguió deambulando mientras le contemplaban algunos muchachos, ansiosos por descubrir si estaba de parte de su pabellón o de parte de su hijo.

El partido, que era el final de una competición eliminatoria, duraba, por lo general, dos días, pero la gran ocasión era el primer día; terminaba con una cena que ofrecía el director a los tutores, fiesta que, bajo el mandato de Evvy, había alcanzado un grado de monotonía sin precedentes. El señor Baseford, a quien le gustaba la bebida, había intentado convencer a Evvy para que aquella cena resultara un poco interesante, pero con escasos resultados, y ahora que Baseford no estaba, a Mor no le importaba lo suficiente como para continuar su labor. No se animaba a los padres ni a otros invitados para que vinieran por la mañana y a mediodía, pero algunos de ellos se presentaban. El partido era sobre todo una fiesta doméstica, y las dos hileras de tumbonas las ocupaban, principalmente, los profesores y sus familias, si acaso, y unos cuantos amigos locales. Los alumnos se situaban en el lindero del bosque, la mitad a la sombra y la otra mitad al sol, cubriéndose con los sombreros de lona que usaban en el verano los muchachos de St. Brides, o se amontonaban junto al lugar donde se colocaban los bateadores. Mor observó que había acudido casi todo el mundo. La multitud junto al bosque era especialmente densa. De cuando en cuando, se oía un murmullo suave procedente de allí, o la voz de un muchacho entre los árboles, pero se guardaba silencio total la mayor parte del tiempo, excepto por el ruido intermitente de los aplausos.

El señor Everard estaba sentado en una de las tumbonas de la primera fila y hablaba con Hensman, que siempre era el héroe en

aquella ocasión. Prewett salía del vestuario. Tim Burke, que había acudido, como de costumbre, por invitación de Mor, también estaba sentado en la primera fila. Parecía de buen humor, estaba ligeramente bronceado y tenía un aspecto más saludable que de costumbre. Hablaba por encima del hombro con un muchacho de sexto curso. Tim se llevaba bien con los chicos. Mor decidió que ya era hora de volver con Tim o de sentarse cerca del bosque, pero no hizo ninguna de las dos cosas. En esta ocasión no había ninguna mujer. Nan, a quien el deber habría obligado a venir, estaba fuera, y la señora Prewett, que era una entusiasta del críquet, se había quedado en casa por una ligera insolación. Mor recorrió con la mirada los límites del campo y suspiró. Deseó que hubiera terminado el día.

Hacía ya cinco días de la partida de Nan y de la extraordinaria escena del bosque. Desde entonces, Mor no había estado con Rain, ni había intentado hacerlo. Por su parte, ella también le había eludido. Ni siquiera la había vislumbrado durante todo ese tiempo. Mor se durmió aquella noche en un estado de felicidad y aturdimiento como no recordaba haber experimentado jamás. A la mañana siguiente, se despertó dispuesto a atribuir su arranque a un repentino relajamiento de tensión debido a la desaparición de Nan, a una rabia revanchista por el comportamiento de su mujer, al exceso de trabajo, a la despiadada ola de calor. Fuera cual fuese la explicación, estaba claro que aquello debía acabar. Haber hecho la declaración fue una locura; no podía comprender cómo había sido tan estúpido.

Lo que más le asombraba era haber consentido emocionarse y ablandarse tanto simplemente por habérsele ocurrido la idea de que estaba enamorado. Le parecía que esta frase, por sí misma, había hecho el daño. Sabía perfectamente que la noción de estar enamorado, que estaba muy bien para los chicos de veinte años, no tenía posible cabida en su vida. Mor se tomaba en serio las obligaciones impuestas por el matrimonio. Al menos, eso suponía. Nunca había tenido ocasión real para reflexionar sobre el tema. Siempre había sido escrupulosamente responsable y serio en todo lo concerniente a su mujer y sus hijos. Pero no eran esas consideraciones lo que le hacía sentir que había actuado mal. Era, simplemente, la inexistencia en su vida, tal como era en la realidad, en su estabilidad, de un espacio para una emoción o un drama de este tipo. Cuando imaginó que estaba bajo la influencia de una pasión arrolladora, sólo soñaba. Ahora, se había despertado del sueño.

No era un despertar feliz. Le atormentaba el pensamiento de haber asustado a Rain, de haberla, quizá, molestado y de contribuir a que, durante algún tiempo, fuera desdichada o, al menos, que se

preocupara. No tenía idea de cuáles podían ser sus pensamientos y sentimientos, pero estaba seguro de que su interés por él no llegaba más allá de una ligera y vaga amistad. Si así fuera, no parecía probable que su arranque y posterior retirada le causaran ningún sufrimiento serio. En el peor de los casos, ambos sentirían cierta vergüenza en los escasos e inevitables encuentros sociales a los que tuvieran que acudir antes de que ella se marchara. Aun así, a Mor le apenaba pensar que la había sometido a aquella desagradable experiencia. Entonces, reflexionó sobre sus anteriores *tête-à-tête*, llegando a la conclusión de que Rain debía tener de él un concepto muy pobre. Sintió la tentación de escribirle una nota de excusa, pero resistió la tentación. La idea de escribirla se le presentó, de inmediato, sospechosamente atractiva, y Mor había aprendido a ser cauteloso tras su anterior experiencia con las cartas. Escribir sólo significaría añadir otro acto a un drama que debía terminar cuanto antes. Se mantendría en silencio y alejado, en espera de que Rain lo comprendiera.

Aquella mañana había estado inquieto, temeroso de que a ella se le ocurriera venir a ver el partido. Pero no se había dejado ver, y no era probable que viniera ya a esas horas. La atención de Mor se dirigió bruscamente hacia el campo. Donald había lanzado una bola al centro del terreno de juego; decidió correr y estuvo a punto de que le alcanzaran. Los muchachos dieron un grito sofocado, relajándose en seguida. Era la última bola, por lo que Donald tenía que enfrentarse de nuevo con el lanzador. Mor deseaba que acabara pronto. La tensión era demasiado desagradable. En cualquier caso, ya era casi la hora del descanso para tomar el té, gracias a Dios.

Justo en ese momento, salió del bosque una figura singular. Era Bledyard. Bledyard parecía pensar que, en tales ocasiones, le incumbía hacer algún tipo de esfuerzo para adaptarse a la situación. En este caso, su esfuerzo había consistido en ponerse pantalones blancos de franela y un *blazer*. A través de semejantes fenómenos relacionados con la indumentaria se había dado cuenta Mor de que Bledyard era un antiguo alumno de Eton. Bledyard vino hacia él, le saludó con la cabeza, demostrando cierta frialdad, según le pareció a Mor, y se dirigió a coger una silla en la segunda fila. Mor se sintió herido de una forma extraña por la frialdad de Bledyard. Aunque sólo en raras ocasiones reflexionaba sobre ello, valoraba la buena opinión de Bledyard. Poco a poco, le invadió un lóbrego sentimiento de culpabilidad, que se convirtió en una desdicha desesperada. Todo estaba en su contra.

Entonces, en cierto lugar por detrás del vestuario, empezó a formarse una pequeña mancha de luz trémula. Temblaba en el límite del campo visual de Mor, mientras éste caminaba lentamente en

dirección opuesta. Se detuvo y admitió lo que era. Era Rain, que se aproximaba por la hierba. Llevaba un vestido de algodón azul claro, de falda ancha y escote redondo y amplio, y portaba una sombrilla blanca estampada. Tenía un aspecto muy tímido y hacía girar la sombrilla con nerviosismo al caminar. Un dibujo móvil de sombras descendía sobre su cara. Mor la miró y se sintió como si le hubiera atravesado un vehículo enorme que hubiera dejado un agujero, a cuyos bordes aún se sujetaba violentamente.

La llegada de Rain produjo revuelo. Alguien le dio unos golpecitos en el hombro al señor Everard y señaló. Todos los responsables de las tumbonas empezaron a saltar y a correr en una y otra dirección. Los muchachos de sexto curso cogieron sillas y se dedicaron a trasladarlas a los lugares que les parecían adecuados. Evvy se levantó con esfuerzo, intentó abrirse camino entre las sillas, se enganchó el pie en una, perdió el equilibrio y Hensman tuvo que enderezarle. Los ojos de todo el colegio estaban alejados del campo de juego. Todo el mundo miraba a Rain mientras ésta pasaba por delante de las tumbonas. Evvy se apretujó entre las sillas para ofrecerle la que estaba junto a él. Incluso algunos jugadores se volvieron para ver lo que ocurría, mientras se cubrían los ojos con la mano.

—¡Juego! —gritó el árbitro, tomando conciencia de su deber. Los jugadores empezaron a intercambiar sitios. Donald, que había conseguido otra carrera, estaba aún en el extremo de los bateadores. Le lanzaron la bola a Carde.

Mientras Carde cruzaba el campo, pasó cerca de Donald.

—¡La nena de tu papá! —dijo, y se alejó cantando y silbando «Una buena chica, una chica decente, pero algo fresca», mientras tiraba al aire la bola y volvía a recogerla.

Donald se sonrojó violentamente, miró hacia el vestuario, apartó la vista y se apoyó sobre la maza, con la cabeza baja. Se enderezó para recibir la bola.

Carde hizo su acostumbrada carrera larga y se lanzó como una pantera en acción. La bola salió de sus manos como un proyectil. Donald trató de darla, pero sin resultado. Hubo una explosión de aplausos. Donald dio media vuelta y caminó con rapidez liada el vestuario. No miró a Carde.

Al volverse, Mor vio lo que le había ocurrido a su hijo. De entre los otros golpes, sintió éste como algo distinto, con una diferencia cualitativa palpable. Rain se había sentado junto a Evvy y los otros espectadores habían vuelto a sus sitios. Aplaudieron a Donald mientras éste se dirigía al vestuario. Había hecho treinta y uno. El siguiente bateador salía en ese momento. Mor se preguntó si debería marcharse. Uno de los tutores de los muchachos más jóvenes se

acercó a él y empezó a darle conversación. Mor contestaba mecánicamente.

Al poco tiempo llegó la hora del descanso para tomar el té. Mor seguía allí, incómodo, en el yermo situado entre las sillas y el bosque. Vio que Tim Burke se acercaba a él, y juntos se dirigieron al entoldado que habían colocado en el extremo más alejado del campo. Mor se negó a prestar atención, deliberadamente, a lo que hacía el grupo de Evvy.

—Una buena actuación, la de Don —dijo Tim Burke.

—Sí, estuvo bien —dijo Mor.

Entraron en el sofocante entoldado. Había un fuerte olor a hierba cálida y a lona que recordaba a Mor la larga serie de veranos pasados. Una multitud de muchachos luchaba por llegar hasta el té. Habían reservado una cantina especial para los profesores, a la que Mor y Tim fueron los primeros en llegar. Mor obligó a su invitado a aceptar una taza de té y un emparedado de pepino. Hizo un esfuerzo para no mirar por encima del hombro de Tim.

Tim Burke decía algo. Llevó a Mor hasta una esquina.

—Todavía no hemos tenido ni un momento para hablar.

A Mor se le cayó el alma a los pies, sin saber por qué.

—Escucha, Mor —dijo Tim—; dijiste que hoy me dirías «adelante», y te ruego que lo hagas ahora. Queda poco tiempo, y debemos poner manos a la obra. Has llegado a un acuerdo con tu mujer, ¿verdad?

Mor sacudió la cabeza. Sencillamente, no había pensado sobre el asunto en absoluto. Pero sabía que en ese momento no podía, bajo ningún concepto, llevar a cabo su firme resolución de seguir adelante sin tener en cuenta a Nan.

—Debes darme un poco más de tiempo, Tim —dijo—. Nan se opone firmemente. *La convenceré*, pero no quiero actuar mientras se muestre tan obstinada.

Parece como si hubiera cambiado de opinión, pensó Mor con pesimismo. En los últimos días, había estado totalmente decidido a continuar. Ahora volvía a retrasarlo. Era sólo un retraso, por supuesto, pero no le gustaba tener que darle a Tim esa respuesta. El hecho era que su rabia contra Nan casi se había desvanecido. Experimentaba, más bien, un sentimiento de culpabilidad que borraba cualquier placer o interés que pudiera sentir por leer las dos cartas que le había enviado ella desde Dorset. No era éste el momento para castigar a Nan. Por el contrario, era él quien merecía ser castigado. Debía esperar e intentar, con paciencia, que ella comprendiera su punto de vista. Si se mantenía firme en su resolución, ella *tendría* que aceptarla finalmente. Además, aún se sentía muy preocupado e intranquilo por los últimos

acontecimientos. A esas alturas del trimestre de verano, no podía permitirse el lujo de tener dos crisis al mismo tiempo. Cuando llegara la batalla con Nan, y en especial si se producía como resultado de una acción agresiva por su parte, sería violenta y sangrienta. No podía afrontarla mientras estuviera comprometido en otra lucha, aunque ésta fuera momentánea. Por supuesto, el otro asunto podía considerarse totalmente terminado, pero tenía que ser lo bastante realista como para comprender que pasaría algún tiempo antes de que recobrara cierta paz de espíritu. No podía acometer la lucha contra Nan justo entonces.

La multitud a sus espaldas se hacía más densa. Tim Burke alargó el cuello y miró a Mor a los ojos, como si estuviera a punto de quitarle un cuerpo extraño de allí.

—Creo —dijo— que debería convencerte a palos. ¿Para esto me he pasado más de un año halagándote y mimándote con el fin de que hicieras lo que, por sentido común, deberías haber hecho desde el principio? ¡Y ahora todavía vacilas!

—No vacilo —dijo Mor, impaciente—. He decidido presentarme definitivamente. Sólo es cuestión de que Nan se haga a la idea. Dame otras tres semanas y, por el amor de Dios, no armes tanto lío, Tim. No lo soporto.

Dejó la taza y el plato sobre la mesa con estrépito.

—¡De acuerdo, pero no me muerdas! —dijo Tim.

Donald se acercaba hacia ellos por entre la multitud. Mor reflexionó sobre el hecho de que, si no estuviera Tim, Donald le habría evitado, con toda seguridad. El muchacho los saludó tímidamente y aceptó las felicitaciones por su éxito. Se agachó a restregar, en vano, las manchas verdes de sus pantalones de franela blanca, a los que se había adherido la hierba. Mor observó que su cara se estaba formando y endureciendo. Pero Donald siempre parecía mayor en el contexto de algo que hacía bien. Un poco más de confianza le resultaría muy provechoso.

—¿Qué quieres que te enseñe? —dijo Tim—. Veamos qué tengo en los bolsillos.

Tim hacía eso desde que Donald y Felicity eran muy pequeños, y en ese momento lo hizo con los mismos gestos y el mismo tono. Hurgó en el bolsillo del chaleco. Por regla general, Tim llevaba unos chalecos de terciopelo bastante vistosos, pero aquel día, en atención a la solemnidad de la ocasión, se había puesto un traje gris corriente, que era el que llevaba en las raras ocasiones en que acudía a la iglesia. Lo que sacó Tim del bolsillo del chaleco y sujetó entre el pulgar y el índice era un encendedor de oro. El diseño imitaba una caja de reloj de «cazador» y estaba grabado a ambos lados con un complicado dibujo floral. Se abría por la mitad mediante una

bisagra, y el encendedor quedaba al descubierto. Tim lo chasqueó y apareció la llama. Mor sacó inmediatamente cigarrillos para Tim y para él. Donald se encontraba bajo promesa de no fumar hasta los veintiún años.

Tim le ofreció el encendedor a Donald para que lo contemplara. El muchacho le dio vueltas en su mano con admiración. Pesaba. El oro era cálido y producía una sensación extraña y suave al tacto. Los adornos eran intrincados.

—¿Dónde lo compraste? —dijo Mor.

—Es algo que hice yo mismo —dijo Tim.

Mor nunca dejaba de sorprenderse ante lo que era capaz de hacer Tim Burke.

—¿Te gusta? —dijo Tim a Donald, que lo había encendido una vez más y contemplaba la llama.

—*¡Sí!* —dijo Donald.

—Pues quédatelo —dijo Tim—, como recompensa por ser tan buen jugador de críquet.

Donald cerró la mano en torno al encendedor y lo sujetó, mientras miraba a su padre con los ojos muy abiertos.

—¡Tim! —dijo Mor—; no tienes el menor sentido común. Ese objeto tiene mucho valor, es de oro. ¡No puedes darle algo tan caro al chico!

—¡Dame una razón de peso por la que no pueda hacerlo! —dijo Tim Burke.

—Lo perderá —dijo Mor— y, además, le incitará a fumar.

—Oye, no digas tonterías —contestó Tim—. Puede usarlo para encender hogueras o para mirar los nombres de las calles por la noche. Quédatelo, muchacho.

Donald aún miraba a Mor.

—Oh... —dijo Mor. Quería decir «está bien», pero en su lugar dijo —: ¿Qué demonios importa? —hizo un gesto nervioso que Donald interpretó como un gesto de despedida. El muchacho dio media vuelta y desapareció entre la multitud.

—Deberías avergonzarte... —empezó a decir Tim Burke.

Mor se dio cuenta de que Rain estaba muy cerca. Había presenciado la escena con Donald. Evvy casi le rozaba el codo, y era evidente que había estado esperando para meter baza.

—Sólo quería decirle —dijo Evvy— que en este momento nos vamos en el coche de la señorita Carter a casa del señor Demoyte a ver el retrato. No estaremos mucho tiempo; volveremos cuando se reanude el juego, o poco después. ¿Les gustaría venir a usted y al señor Burke, Bill?

Mor disponía de un segundo para decidir su respuesta.

—Gracias —dijo—, nos encantaría ir.

Salieron del entoldado en grupo, Evvy a la cabeza. Iba con Rain, y Prewett cerca de ellos, a la misma altura. Bledyard, que también formaba parte de la expedición, seguía uno o dos pasos más atrás. Mor y Tim Burke marchaban a la retaguardia. Mor intentaba recordar en qué parte del lindero del bosque había dejado su chaqueta. No quedaba tiempo para buscarla. Se bajó las mangas arrugadas de la camisa. Llegaron a la avenida, en la que se veía el Riley de Rain, aparcado no lejos de la entrada del jardín de profesores. Al ver el coche, el corazón le dio un vuelco. Parecía estar en perfectas condiciones, incluso mejor que antes, porque lo habían pintado. Recordó dolorosamente el asunto de la factura.

Tim Burke dijo:

—Me temo que, después de todo, debo marcharme. No me había dado cuenta de lo tarde que es. No, gracias, no hace falta que me lleven; mi moto está ahí al lado.

Evvy dijo:

—A propósito, señor Burke, ¿conoce usted a la señorita Carter? La señorita Carter.

—Encantado de conocerla —dijo Tim, y tras agitar la mano hacia Mor en señal de despedida, desapareció, sonriente. Mor sintió acobardamiento y alivio por su partida.

Se amontonaron torpemente alrededor del coche. Subieron tras unos minutos de cortés confusión, Rain y Evvy delante y Mor, Prewett y Bledyard en el asiento trasero. Mor aún se encontraba aturdido por la repentina sucesión de los hechos. Se sentía un poco como si le estuvieran secuestrando. Empezó a culparse por ir con ellos. Rain no quería que fuera. Había sido imposible no preguntarle a él. La desdicha que le había acompañado durante la tarde regresó con redoblada intensidad. El coche ascendía la colina. Cuando se acercaba a la cima, Tim Burke les adelantó con su Velocette, les saludó y prosiguió, rugiente, hacia Marsington. El Riley llegó en seguida a la altura de la verja de la casa de Demoyte, siguió hasta una abertura que daba acceso al otro carril, retrocedió y se internó en la avenida a toda velocidad. Empezaron a salir del coche. Mor se preguntó de quién habría sido la idea de ir allí. Pensó que debió ocurrírsele a Demoyte, puesto que ni Rain ni Evvy hubieran osado visitar al anciano sin haber sido invitados. Entraron en la casa.

Demoyte se encontraba junto a la puerta del salón y, tras él, se veía una mesa con tazas y a la señorita Handforth, que sujetaba una tetera como si se tratara de una granada de mano. Evvy adoptó el aire jovial, conciliador y bonachón que siempre asumía en presencia de Demoyte, y éste tenía el aire sarcástico, ceñudo e intransigente que siempre asumía con Evvy, lo que hacía que Evvy pareciera más nervioso y bonachón que de costumbre. Entraron en grupo en el

salón. Durante todo ese tiempo, Mor se las había ingeniado para no mirar de forma directa a Rain. Intentó entretenerse hablando distraídamente con Handy.

—Bueno, acérquense —dijo Demoyte—, acérquense a contemplar la obra maestra, para eso han venido; después pueden tomar el té y marcharse.

El cuadro se encontraba en el extremo más lejano de la estancia. Habían dado la vuelta al caballete para que quedara de cara a la habitación. Todos se aproximaron allí, mientras Rain y Demoyte permanecían tras ellos con la señorita Handforth.

Cuando Mor vio el cuadro, olvidó todo lo demás. Había pensado muy poco sobre él antes y, recientemente, no lo había hecho en absoluto, aunque sabía, de una forma vaga, que existía. En ese momento su presencia le produjo una conmoción casi física. Mor no tenía idea de si era una obra maestra, pero, a primera vista, le pareció impresionante. La autoridad que emanaba del cuadro era indudable. Mor lo examinó. Parecía terminado. Titubeante, cogió una silla que estaba cerca de él y se sentó.

Rain presentaba a Demoyte sentado junto a la ventana, con uno de los tapices al fondo. Fuera se veía un trozo de jardín y, más allá, la torre de la iglesia, de un tamaño ligeramente superior al real. Sobre la mesa había papeles, sujetos por un pisapapeles de cristal, y un libro que el anciano sujetaba con un gesto característico que la pintora había reflejado muy bien. La forma de sujetar los libros de Demoyte consistía en extender los dedos sobre las dos páginas como si quisiera sacar su contenido con la mano. La otra mano estaba cerrada sobre la mesa y el brazo, estirado. Demoyte miraba hacia la habitación. Era la actitud del que está leyendo y deja de hacerlo para seguir un pensamiento propio que le ha sugerido el libro. La cabeza de Demoyte surgía con enorme vigor del fondo profusamente decorado. La cara estaba en reposo y la curva de sus labios mostraba más una especie celosa de seriedad que el sarcasmo que era su expresión habitual. Debe tener ese aspecto cuando está solo, pensó Mor, debe ser eso. Yo nunca lo habría sabido. Los rasgos estaban representados con meticulosidad, las innumerables arrugas, los ojos brillantes y un poco legañosos del anciano, los mechones de vello en las orejas y en los orificios de la nariz. Mor experimentó la sensación de estar viendo a Demoyte por primera vez y le invadió una compasión repentina. Era, en efecto, la cara de un anciano. A pesar de los brillantes colores del tapiz, el cuadro en conjunto era sombrío. El cielo era pálido, con un manto de melancolía, y los árboles que se veían por la ventana se agrupaban en una masa oscura y ligeramente amenazante.

Mor dejó escapar un suspiro. Se percató de la presencia de sus

compañeros. Todos parecían haber quedado igualmente reducidos al silencio ante el cuadro. Prewett comenzó a decir algo. Mor no le escuchó. Se levantó. Rain era una excelente pintora. Mor estaba atónito. No es que no lo esperara; simplemente, no había pensado en ello. Y al dejar que aquel pensamiento le golpeara una y otra vez como un péndulo, sintió un profundo dolor, de anhelo y remordimiento.

Evvy dijo:

—Señorita Carter, tenía grandes esperanzas puestas en usted, pero las ha superado. La felicito.

—Es un cuadro extraordinario —dijo Mor, escuchando su propia voz como si hablara desde muy lejos.

—¿Está ya terminado? —preguntó Evvy.

Rain se acercó al lienzo.

—¡Oh, no! —dijo en tono de sorpresa—. Todavía quedan muchas cosas por hacer —alargó la mano y emborronó la línea de las cejas, y dejó una larga mancha de pintura en el marrón dorado del tapiz del fondo. Todos se sobresaltaron. Mor experimentó una inmediata sensación de alivio. Todavía no, pensó, todavía no.

Demoyte se aproximó. Dijo:

—Empiezo a sentirme como si yo fuera la sombra y esto la sustancia. Pero todavía puedo hablar y me gustaría señalar que todos han dado su opinión, excepto la única persona cuyo punto de vista tiene importancia o es probable que le resulte de interés a la señorita Carter.

Miró a Bledyard. Todos los demás miraron a Bledyard. Mor volvió a mirar a Rain. Parecía muy nerviosa, y a Mor se le ocurrió, con cierta sorpresa, que a ella le importaba lo que pensara Bledyard.

Bledyard se tomaba su tiempo. Había contemplado el cuadro con mucha intensidad. Abrió la boca varias veces, a modo de experimento, antes de emitir ningún sonido. Después, dijo:

—Señorita Carter, es un cuadro interesante, es casi un buen cuadro —guardó silencio, pero era evidente que no había terminado —. Pero —prosiguió Bledyard. Volvió a mantenerles en suspenso— es demasiado hermoso.

—Quiere decir que soy un viejo diablo, feo y con cara de malo —dijo Demoyte—, y que así debería aparecer. Puede que tenga razón.

Bledyard era una de las pocas personas capaces de ignorar a Demoyte. Prosiguió:

—El problema reside en la cabeza cabeza, señorita Carter. La presenta como una serie de definiciones, bien ejecutadas en sí mismas, no lo niego. Pero así, su fuerza su fuerza depende del poder de esas definiciones para evocar la concepción de un carácter en el observador. Uno de los resultados es que, aunque el modelo parece

viejo, no parece *mortal*. Es la masa de cabeza lo que debería impresionarnos si el cuadro alcanzara la calidad de una obra maestra. Debería tener la cohesión que tienen las masas. La observación del carácter está muy bien. Pero esto es un *cuadro*, señorita señorita Carter Se produjo un silencio.

—Tiene toda la razón —dijo Rain. Hablaba en un tono desolado —. Sí, sí, sí, tiene razón —entonces, dijo con un gesto repentino—: Dios mío, no es bueno, no es bueno —y se apartó de allí.

Todos, excepto Demoyte y Bledyard, parecían avergonzados. Bledyard, tras soltar lo que tenía que decir, continuó el examen del cuadro.

Evvy dijo:

—Estoy seguro que el señor Bledyard no quería...

Demoyte miró su reloj y dijo:

—Si quieren volver antes de que acabe ese partido de críquet, será mejor que tomen el té a toda prisa.

Prewett y Evvy aceptaron el té que les ofrecía la señorita Handforth. Mor lo rechazó. Rain estaba de pie, junto a la mesa, y manoseaba distraídamente una taza, mientras contemplaba el cuadro con tristeza.

Mor se acercó a ella.

—Puede que Bledyard tenga razón —dijo—. No tengo ni idea. Pero es evidente que se trata de una buena pintura, y aunque tenga fallos, ¿no podría corregirlos?

Se inclinó hacia ella, advirtiendo la frescura de su vestido, y recordó el olor del vestido de algodón cuando apretó su cabeza contra ella. Se sentía grande y desmañado. Lamentaba estar en mangas de camisa. El sudor le manchaba la camisa y necesitaba afeitarse. Retrocedió un poco, convencido de que su proximidad le resultaría ofensiva.

—Debo pintar de nuevo la cabeza —dijo Rain. Dejó la taza y se volvió a mirar a Mor. Él sintió de nuevo que estaba en su presencia, y a aquella sensación se unió un aflojamiento de tensión. Se le quitó un peso de encima. Dijo sosegadamente:

—Me alegro tanto de ver que el coche funciona.

Los demás no podían oírles.

Rain manoseaba la taza. Parecía como si quisiera decir algo, pero permaneció en silencio.

—Tendré que marcharme dentro de un momento —dijo Mor con voz muy dulce— y me gustaría aprovechar la oportunidad para decirle que siento mucho...

Rain le interrumpió:

—¿Puede cenar esta noche conmigo y con el señor Demoyte en la *Saracen's Head*?

Mor quedó sorprendido y emocionado. Nada podía apetecerle más. Pero recordó de inmediato que estaba obligado a cenar con Evvy.

—Me temo que no —dijo—. Voy a cenar con el señor Everard.

Le invadió un sentimiento de intensa desilusión. Aquella podía ser su última ocasión de ver a Rain. Ese momento era, quizá, su última oportunidad de hablar con ella a solas. La miró a la cara y se quedó atónito al descubrir en sus ojos una expresión intensa y casi feroz. Apartó la vista. Debía haberse equivocado. Se sujetó al borde de la mesa. Oyó decir a Evvy:

—Bueno, me temo que debemos marcharnos.

Mor dijo con rapidez:

—¿Por qué no se acerca a tomar una copa en mi casa esta noche, al volver de cenar. Hacia las nueve, aunque sólo sea un rato? —murmuró la dirección.

Rain eludió su mirada, pero asintió con la cabeza.

—Gracias —dijo.

Evvy pasó junto a ellos, cloqueando. Caminaron en procesión tras él hasta el Riley, y Rain los llevó al colegio. Los dejó en la avenida y se alejó con un violento viraje del coche y un rechinar de ruedas sobre la grava. Evvy y Prewett se apresuraron a volver al campo de críquet. Los jardines del colegio estaban vacíos y silenciosos. Se oía, a lo lejos, el ruido hueco y metálico de la madera contra las bolas. El juego se había reanudado. Bledyard masculló algo y partió hacia el estudio. Mor se quedó solo en la avenida. El sol se ponía. Unos pájaros paseaban por el borde de la extensión de hierba y dibujaban largas sombras sobre ella. Mor los contempló. Sabía que había hecho mal.

Capítulo once

Eran las nueve y cuarto. Mor había tenido tiempo para comprar una botella de vino blanco y otra de coñac al volver de la cena con Evvy. Arregló el salón con esmero y colocó las botellas y las copas en una bandeja. Preparó un plato con galletas. Después, se instaló junto a la ventana del salón que daba a la carretera para ver llegar a su invitada. Alrededor de la hora de cenar, el cielo había empezado a encapotarse y para entonces estaba ya totalmente cubierto de densas nubes negras. El calor era intenso y estremecedor. Parecía inminente la llegada de una tormenta. Pero continuaba el silencio opresivo, que parecía no tener fin. La luz se desvanecía y una oscuridad misteriosa y prematura se cernía sobre la tierra.

—Es como el fin del mundo —dijo una mujer en la calle. Su voz resonó en la densa atmósfera.

Mor seguía sentado en la ventana, temblando. No podía cobrar ánimos para encender las luces. No sentía ningún placer de anticipación, ninguna alegría al pensar lo que estaba a punto de provocar. No sabía a ciencia cierta qué era lo que iba a provocar. Deseó no haber dicho nada. No habría dicho nada si no hubiera visto aquella mirada en sus ojos. Pero, ¿qué significaba aquella mirada? Sabía que, una vez más, había dado un paso adelante en un camino que no conducía a ninguna parte. Y había contribuido a que fuera más difícil para él mismo, y posiblemente para ella, deshacer aquella cosa ambigua que estaba tomando forma entre ellos. ¿Era algo, o no era nada? Debía creer que no era nada. A veces, era capaz de hacerlo.

Por la tarde se había consolado con el pensamiento de que quizá no vendría. Ella comprendería que no debería haberle dicho nada, sabría que él también lo había comprendido y se limitaría a no venir. Después de todo, ella no podía ignorar el significado de sus

cinco días de silencio. Se vio a sí mismo con tanta claridad como vileza: un hombre de mediana edad que engañaba a su mujer, incompetente, patoso y desgarbado. Casi con seguridad, no vendría. Aunque Mor no tenía ninguna expectativa de alegría por su llegada, sufría al pensar que no vendría. Miró su reloj por centésima vez. Eran las nueve y veinte. Afuera estaba casi totalmente oscuro.

Se oyó un ruido en el sendero. Había cruzado la puerta del jardín sin que él la viera y estaba junto a la puerta de la casa. Mor la observó en tensión desde la oscura ventana. Se detuvo en el escalón. Llevaba un impermeable, en cuyos bolsillos hurgó unos momentos. Sacó una carta, la deslizó sin hacer ruido en el buzón, dio media vuelta y se alejó con rapidez por el sendero.

Mor no titubeó ni un momento. Se precipitó fuera de la habitación y salió al vestíbulo. No se detuvo a recoger la carta. Abrió la puerta bruscamente y la dejó abierta. Recorrió el sendero del jardín de tres zancadas. Vio la pequeña figura que corría por la calle a cierta distancia. Mor se lanzó tras ella. El dolor que experimentaba se convirtió en una alegría feroz. La alcanzó justo en la esquina y la cogió por la muñeca. Fue como apresar a un ladrón. No dijo nada, pero la obligó a dar la vuelta y tiró de ella hacia la casa. Ella apenas resistió. Corrieron juntos por la carretera, Mor aún sujetándola con fuerza por el brazo. Mientras corrían, empezó a llover. Entraron a la casa como dos pájaros. Mor cerró la puerta.

Se volvió hacia ella en la oscuridad del vestíbulo. Ambos habían quedado sin aliento tras la carrera.

—Rain —dijo Mor—, Rain —le hizo bien pronunciar su nombre. Recogió la carta del suelo—. Trajiste esta carta para decirme que habías decidido no venir.

—Sí —dijo Rain. Estaba apoyada contra la pared.

—¿Por qué lo hiciste? —dijo Mor con dulzura, pero no esperó la respuesta. Se sentía tranquilo—. Quítate el impermeable.

Se lo quitó y él lo colgó en una percha. Rain permanecía junto a la pared. Mor se acercó a ella y la tomó en sus brazos. Era extraordinariamente ligera. La llevó al salón, cerró la puerta de un golpe con el pie y la depositó con suavidad en el sofá. Después, corrió las cortinas y encendió una lámpara.

—¿Puedo leer la carta? —dijo.

—Por supuesto —dijo Rain. No le miraba.

Mor abrió la carta. Decía así:

«Lo siento. No debería haberle pedido que cenara con nosotros, ni haber aceptado su invitación. No es necesario decir nada más. Por favor, perdone mi intervención en todo esto.»

Guardó la carta en un bolsillo. Sacó un paquete de cigarrillos pensativamente, ofreció uno a Rain, que lo aceptó, y él tomó otro. Mor se encontraba a gusto, de forma sorprendente e inesperada. Estaba en un terrible apuro. Había actuado equivocadamente y había comprometido a otra persona en su actuación. Había que aclarar todo aquello. Pero en ese momento, había encontrado un oasis de calma. La había alcanzado, la había traído, ella estaba allí, tumbada frente a él, no se iría de inmediato; él no la dejaría. Entonces, en lo más profundo de su ser, sintió la misma alegría que había sentido el primer día, al contemplar la madera escamosa de la valla de la estación. La amaba.

Mor se volvió y miró a Rain. Ella le estaba mirando. Mor sabía que en su cara se reflejaba una especie de triunfo. Dejó que lo leyera. Ella sacudió la cabeza.

—Mor —dijo—, hacemos mal.

—Rain —dijo Mor—, ¿*querías* venir?

—Por supuesto que quería venir —dijo Rain—. Deseaba venir con toda mi alma. Pero no debería haberlo hecho. Si realmente hubiera decidido no venir, si hubiera tenido claro que era una equivocación, no habría corrido el riesgo de traer la carta. Me hubiera limitado a no aparecer por aquí. Pero no podía soportar la idea de que me estuvieras esperando en vano.

—¡Querías venir! —dijo Mor. Apenas podía creerlo—. ¿Tomas coñac o vino blanco? —dijo. Lo que él quería en ese momento era calma.

—Tomaré coñac —dijo Rain.

Se incorporó en el sofá, mientras pasaba las manos con nerviosismo por su pelo oscuro. Se rizaba, despeinado y desigual, en torno a su cara. La lluvia caía con intensidad. Su tamborileo aumentaba en un *crescendo* alarmante. Se produjo un fogonazo y la explosión ensordecedora de un trueno. Permanecieron inmóviles, mirándose.

—Sí —dijo Mor—, creo que yo también tomaré coñac. Me siento un poco aturdido después de todo esto.

El aire se hacía más fresco. El tamborileo continuaba. Mor encendió una estufa eléctrica.

Se arrodilló en el suelo, junto al sofá.

—Cariño —dijo. La miró con incredulidad, con asombro—. ¿Cómo es posible —continuó— que quisieras venir? Me asombra. ¿Cómo es posible que quisieras venir? —le acarició el pelo.

Rain le quitó la copa de la mano y la dejó en el suelo. Después, le rodeó el cuello con los brazos y le atrajo hacia sí, hasta que la cabeza de él reposó sobre su pecho. Le abrazó y acarició el pelo. Mor estaba inmóvil. Le invadían una paz y una alegría profundas. Podía

haber muerto en ese momento. Permanecieron inmóviles mucho rato. Los truenos retumbaban por encima de sus cabezas y la lluvia caía sin pausa.

Finalmente, Mor alzó la cabeza y empezó a besarla. Ella le devolvía sus besos con igual ardor, con sus manos cerradas en torno al cuello de él, atrayendo su cabeza hacia ella. Cuando quedaron saciados de besos, se tumbaron, contemplándose, con las caras muy juntas.

—¿Cuándo empezaste —dijo Rain— a sentir esto?

Mor reflexionó.

—Creo que el comienzo —dijo— fue cuando me cogiste la mano en la escalera de la rosaleda. ¿Te acuerdas? La misma noche que nos conocimos. Me emocionó tanto que me tomaras de la mano. Pero no comprendí que estaba enamorado hasta el día que te encontré en el bosque, cuando te dibujaban los chicos. ¡Ah, Rain, te busqué tanto aquel día! ¡Fue horroroso!

Ella le acarició la cara, con los ojos abrasados de ternura.

—Fue maravilloso —dijo—. Viniste a librarme de un hechizo.

—¿Cuándo me... —dijo Mor, sin encontrar las palabras adecuadas—, cuándo te fijaste en mí?

—Querido Mor —dijo Rain, riendo—, creo que fue mientras te dibujaba en casa de Demoyte cuando se me ocurrió por primera vez que quizá... me estaba enamorando.

Mor quedó pasmado al oírla pronunciar aquella frase. La miró con la boca abierta.

—¡No puedo entenderlo! —dijo.

Rain rió de nuevo, una risa profunda, libre y alegre cercana al llanto.

—Por eso me fui a la cama temprano —dijo—, y por eso no quería enseñarte el dibujo. Pensé que, sin duda, leerías en él lo que empezaba a sentir.

—¿Me darás el dibujo? —preguntó Mor.

—¡Quiero guardarlo! —dijo ella—, pero te lo dejaré ver.

—Rain —dijo Mor—, estos últimos días han sido tan dolorosos. Deseaba tanto verte.

Mientras hablaba, comprendió que el dolor no había llegado a ser insoportable sólo porque, en lo más profundo de su corazón, sospechaba que volvería a verla.

—Lo sé —dijo Rain—, yo tampoco he pensado en otra cosa. Sabía que no debía ir al partido de críquet. No me acerqué en toda la mañana, ni a mediodía. Pero más tarde, ya no lo pude soportar y *tuve* que ir.

Mor pensó, es el destino, no depende de nuestra voluntad. Los dos hemos luchado contra ello. Pero es demasiado fuerte. Mientras

lo pensaba, se contestó a sí mismo. No, es nuestra voluntad. Y le invadió un fuerte sentimiento de vigor y poder. La tomó, triunfal, en sus brazos.

—Mor —murmuró Rain en su oído—, Mor, no podemos hacer esto, nos estamos comportando como dos locos.

Mor la oyó, y las palabras se agitaron en su mente y se convirtieron en su propio pensamiento. Era un pensamiento doloroso y punzante. Continuó estrechándola contra él. Aquel dolor no podía soportarse, y si no podía soportarse, debían encontrar alguna forma de evitarlo.

—No tenemos futuro —dijo Rain.

Mor sintió las lágrimas de ella sobre su mejilla. Es valiente, pensó. Lo dice tan pronto. Yo habría esperado. La abrazó y continuó pensando.

—Mor —dijo Rain—, habla, por favor.

—Mi amor —dijo Mor.

Se sentó sobre los talones. La copa de coñac estaba a su lado, intacta. Bebió un poco. Rain tomó un sorbo de la suya. Mor se sentía como si marcharan juntos a la deriva. Les rodeaba un mundo de espantosa desolación. Pero, al menos en ese momento, estaban juntos. El coñac le infundía valor. No podía, no quería dejarla marchar. Pero no había ninguna salida.

—No sé qué hacer —dijo Mor—, pero quiero seguir viéndote.

Una vez dicho aquello claramente, se sintió mejor.

Rain permanecía en silencio.

—Sé —dijo, al fin— que debería negarme a hacerlo, pero no puedo. Si tú quieres verme, nos veremos. Pero estamos locos.

Mor experimentó un profundo alivio.

—No es posible —dijo— que me quieras de verdad. Debes descubrir cuáles son tus verdaderos sentimientos. Dejemos pasar algún tiempo para que, al menos, se aclaren estas cosas.

Al decirlo, se sintió mejor. Había encontrado algo racional a lo que aferrarse. La situación aún no estaba clara. Quizá Rain no le amaba, y si así fuera, no habría ningún problema o, al menos, no sería el mismo. Debían esperar un poco para saber cuáles eran sus verdaderos sentimientos, y durante ese tiempo debían verse con tranquilidad y esperar con paciencia.

—No te engañes —dijo Rain—. Si nuestros sentimientos no son claros ahora, no lo serán nunca. Si existe algo que se llama estar enamorado, nosotros estamos enamorados.

Dios mío, qué honradez, pensó Mor. Pero no quería que ella le llevara a un lugar sin salida. Contestó de inmediato:

—De acuerdo, llámalo así, aunque para mí es aún un misterio por qué me quieres. Pero si es seguro que volveremos a vernos, entonces

no podemos decidir nada de inmediato. Debemos esperar un poco. Estoy demasiado confundido para tomar cualquier decisión, excepto la que ya hemos tomado.

Rain se incorporó, aún abrazada a él. Había vaciado su copa de coñac.

—Mor —dijo con un tono de lamento en la voz—, ¿qué hay que decidir? Estás casado. No vas a dejar a tu mujer, y no hay más que hablar. Podemos volver a vernos, pero, al final, yo tendré que marcharme.

Escondió la cara en el hombro de él.

Mor permanecía sentado y pensativo, con una extraña calma. La meció. ¿Era impensable que dejara a Nan? La idea era tan colosal y se le ocurrió de forma tan inesperada que se quedó sin aliento. Su mente se cerró de inmediato. No quería pensarlo. Al menos, no pensaría sobre ello en ese momento. Debía concederse tiempo, y mientras tanto, retener a Rain y conseguir que le creyera y que tuviera paciencia.

—No nos atormentemos más, de momento —dijo.

El tono de su voz la impresionó. Guardaron silencio durante un rato.

—¿Has estado enamorada alguna vez? —dijo Mor. Se encontraba en el sofá, tumbado junto a ella, que tenía la cabeza apoyada en su hombro.

—Sí —dijo Rain—, ¿te importa? Me enamoré a los diecinueve años en París de un joven que también era pintor —suspiró.

Mor experimentó una aguda punzada de celos. Rain a los diecinueve años.

—¿Era francés? —dijo—. ¿Qué ocurrió?

—Sí —dijo Rain—. En realidad, no ocurrió nada. A mi padre no le gustaba. Al final, se marchó. He oído decir que se ha casado —suspiró de nuevo, profundamente.

Mor la apretó violentamente contra él. La deseaba.

—Quizá pienses, al igual que el señor Everard —dijo Rain—, que debí llevar una vida muy alegre en Francia, pero no fue así. Vivíamos con gran sencillez en el sur, y no íbamos con frecuencia a París ni a Londres. Mi padre estaba tan celoso de todo el mundo...

Mor trató de imaginar su vida. Era difícil.

—Me contarás más cosas con el tiempo —dijo. Era una frase consoladora.

Mor miró su reloj. Sin saber cómo, se habían hecho las once y media. Ahora que sabía que volvería a verla, no deseaba tanto retenerla. Pensó que ya habían hablado lo suficiente para crear un lazo entre ellos, y no quería que Demoyte se preocupara porque ella llegara tarde. Dijo:

—Deberías irte a casa, mi niña.

Rain se incorporó, con un gesto de tristeza en la cara.

—Soy estúpida —dijo—. Le dije al señor Demoyte que iba a Londres y que pasaría la noche allí. Tuve que decir eso para escapar de él, si no me habría retenido toda la noche. Después de dejar la carta, tenía intención de coger el coche e ir a Londres. Está aparcado en los jardines del colegio. Pero ¿qué puedo hacer ahora?

—Podrías volver a casa de Demoyte y decirle que has cambiado de planes —dijo Mor—, pero resultaría un poco extraño. Creo que sospecharía la verdad o algo así.

—Me horrorizaría herirle —dijo ella.

Continuaron sentados, evitando mirarse a los ojos. La lluvia golpeaba la casa por todos lados.

—No encuentro ninguna razón —dijo Mor— por la que no puedas quedarte aquí. Además, es una tontería salir en una noche como ésta. Puedes dormir en la cama de Felicity. Pondré sábanas limpias.

Rain cogió la chaqueta de Mor cuando éste se levantó.

—Mor —dijo—, ¿estás seguro de que no te importa que me quede y que no...?

Mor volvió a arrodillarse junto a ella.

—Te quiero —dijo—, métete esto en la cabeza: te quiero —la besó.

Mientras Mor subía por la escalera, pensaba en lo extraño y maravilloso que era que, después de todo, se quedara en la casa. Empezó a hacer la cama. Sentía deseos de cantar.

Rain subió al poco rato.

—Me dormiré pronto —dijo—. Estoy cansadísima.

Mor también se sentía agotado y sabía que dormiría bien. Se sentó un momento en el borde de la cama y colocó a Rain sobre sus rodillas. Ella se hizo un ovillo y le rodeó el cuello con los brazos.

—Mor —dijo Rain—, una cosa, ¿estás completamente seguro de que no volverá tu mujer por la noche y me encontrará aquí?

—Es imposible, cariño —dijo Mor—; está en Dorset. Además, no volvería por la noche. Y sé que está en Dorset.

—De todos modos, estoy asustada —dijo Rain—. Creo que me moriría si regresara.

—No regresará, y tampoco te morirías si lo hiciera —dijo Mor—. Pero haré una cosa. Todas las puertas de entrada tienen cerrojo. Las cerraré, incluso la puerta del vestíbulo, y así no podrá entrar nadie, ni siquiera con una llave. Entonces, si mi mujer regresara, la oiríamos llamar al timbre y tú podrías salir por la puerta trasera antes de que yo abriera. Pero todo esto son locuras. No vendrá nadie.

Al fin, la dejó para que se acostara. Bajó y cerró las puertas con cerrojo. Al subir, vio que la luz del dormitorio de ella estaba apagada. Dijo buenas noches suavemente, oyó su respuesta y se marchó a la cama. Aún llovía. Ya no se oían truenos. Se durmió en seguida.

A Mor le despertó un ruido penetrante e insistente. Se incorporó en la cama y comprobó que estaba amaneciendo. Una luz blanca y fría inundaba la habitación. Aún llovía. Recordó los sucesos de la noche anterior en un instante. Rain estaba en la casa con él.

Volvió a oírse el ruido. A Mor se le heló la sangre. Era el timbre de la puerta principal. Produjo un sonido largo y después se hizo el silencio. ¿Quién podía llamar a esas horas? Salió de la cama y se quedó paralizado por el temor y la indecisión, en pijama. Se oyó el timbre de nuevo, y una vez más, dos timbrazos cortos e insistentes. Debe ser Nan, pensó; nadie llamaría así, como si tuviera derecho a entrar. El horror y el miedo le invadieron. Atravesó la habitación a la pálida luz y se puso la bata y las zapatillas. Volvió a sonar el timbre. Mor salió al pasillo.

En ese mismo momento, se abrió la puerta de la habitación de Felicity y salió Rain. Ya se había vestido. Debía haber oído el timbre antes que él. Llevaba las medias sobre el brazo, como el día de la catástrofe del Riley. Mor leyó en su cara el mismo terror helado que él sentía. El timbre volvió a sonar y siguió sonando. El ruido debía haber despertado a todo el vecindario. Sonaba con violencia en el silencio lóbrego y pálido de la mañana.

Mor tomó el brazo de Rain. Ninguno de los dos se atrevía a hablar. Comenzó a guiarla por la escalera. Ella temblaba tanto que apenas podía caminar. Mor también temblaba, en accesos que sacudían su cuerpo de pies a cabeza. Aún sonaba el timbre. Dejó de sonar justo cuando llegaron al último escalón. Desde allí, sólo les separaban de la puerta principal unos cuantos pasos. Mor contuvo la respiración. Sus pisadas debían ser audibles. Se oía el golpeteo de la lluvia. Confiaba en que eso ahogara el ruido que ellos hacían.

Llevó a Rain, casi sosteniéndola, por la cocina y descorrió el cerrojo de la puerta. Sus manos temblorosas apenas podían controlarlo. Volvió a sonar el timbre. Mor abrió la puerta de la cocina y señaló la puerta de la valla, detrás de la que había un pasadizo que conducía a la otra calle. Rodeó los hombros de Rain con sus brazos un momento y se dirigió a la puerta principal.

Mientras caminaba, el alma se le cayó a los pies. No sabía con qué clase de ser enfurecido y receloso tendría que enfrentarse. Pensaba que Nan se lanzaría sobre él como un tigre en cuanto la dejara entrar. Comenzó a descorrer el cerrojo lentamente. Abrió la

puerta.

Mor se quedó petrificado por el asombro. Había un hombre en el escalón, de espaldas a la puerta. El alivio reemplazó al asombro sin transición. El hombre volvió la cabeza ligeramente, giró en redondo y miró a Mor con igual sorpresa. Se miraron mutuamente un momento. Mor reconoció al hombre. Se trataba del leñador con aspecto de gitano que habían visto en el bosque jugando con los naipes. Un segundo después, Mor comprendió lo que había ocurrido. El gitano se había refugiado de la lluvia bajo el porche y, sin advertirlo, había apoyado los hombros en el timbre.

Mor se llevó las manos a la cara con enorme alivio. Al mismo tiempo, sintió irritación contra el gitano por haberle dado aquel susto. Dijo:

—Ha despertado a toda la casa. Estaba apoyado sobre el timbre. ¿No lo oyó?

El sonido de su voz era extraño, después del terror y el silencio.

El gitano no dijo nada. No había apartado los ojos de la cara de Mor. Dio media vuelta y se marchó por el sendero, sin prisas. La lluvia caía sin cesar sobre su oscura cabeza.

Mor cerró la puerta. Corrió hacia la cocina. Sólo Dios sabía dónde habría llegado Rain para entonces. Salió a toda prisa por la puerta de la cocina y casi cayó sobre ella. Se había quedado esperando al lado de la puerta. Tiró de ella hacia la casa y empezó a abrazarla como un loco.

—Mor, Mor —dijo Rain—, ¿qué pasaba?

Su cara aún conservaba una mueca de temor y tenía el pelo aplastado contra la cabeza y oscurecido por la lluvia.

—Es una locura —dijo Mor—. Debe ser que estamos embrujados. Era ese gitano. El que vimos en el bosque. Se había resguardado en la puerta y tenía los hombros apoyados sobre el timbre.

Empezó a reír de una forma desesperada, mientras la apretaba contra él.

—¡Oh —dijo Rain cerrando los ojos—, estaba tan asustada!

—¡Y yo! —dijo Mor. Aún reía, casi histéricamente, y la abrazaba.

—Mor —dijo Rain—, ¿le diste dinero?

—No —dijo él—, ¡claro que no! Me llevaban los demonios.

Rain se libró de sus brazos.

—Por favor, por favor —dijo—, deberías haberle dado dinero. ¡Si le hubiéramos dado dinero la otra vez, no habría venido hoy! —le miró con los ojos aún dilatados por el terror.

Mor sintió un escalofrío en la espalda.

—Querida —dijo—, si lo deseas, iré tras él y le daré dinero. No puede haber llegado muy lejos.

Se miraron.

—Ve, por favor —dijo Rain—. Sé que es una estupidez, pero ve, por favor.

Mor entró en el vestíbulo y se puso un abrigo sobre el pijama y unos zapatos. Cogió algunas monedas y salió de la casa a la carrera.

Le aterró el silencio repentino y helado de la mañana. La lluvia caía sin cesar de un cielo blanco. Debían ser casi las seis. Miró a ambos lados de la calle. No se veía señal alguna del gitano. Corrió un poco y penetró en la avenida que conducía a los prados. Sus pisadas húmedas resonaban de forma extraña. Al doblar la esquina, vio al hombre, a unos treinta pasos delante de él. Mor corrió tras él y, al alcanzarle, le tocó en el hombro y el hombre se volvió.

—Perdone —dijo Mor. De pronto se sintió un poco nervioso y con deseos de excusarse—. Me gustaría que aceptara esto. Siento haberle despedido tan ásperamente —le tendió el dinero.

El hombre le miró en silencio. Llevaba un viejo impermeable que le llegaba muy por debajo de las rodillas. Su cabeza, que la lluvia había transformado en algo más inconfundiblemente oriental, asomaba de entre el cuello alzado del impermeable y se volvía hacia Mor. No aparecía ninguna señal de comprensión en su rostro, pero tampoco de interrogación o temor. Miraba a Mor como se podría mirar un obstáculo momentáneo. En ese momento a Mor se le ocurrió que quizá el hombre fuera sordo. Eso explicaría su extraña mirada y que no hubiera oído el timbre. Llegó a la conclusión de que era cierto y aquel pensamiento le invadió de pena y angustia.

El hombre dio la vuelta, ignorando la mano tendida de Mor, y continuó su camino hacia los prados con el mismo paso tranquilo. El impermeable empapado le golpeaba los talones al caminar.

Mor se quedó inmóvil y le observó hasta que le perdió de vista. Después, empezó a caminar lentamente hacia su casa. Se sentía muy desconcertado por el suceso del timbre, cuyo horror aún le duraba, y por el silencio del gitano. Decidió no revelar lo que había ocurrido. Regresó bajo una lluvia y una quietud detestables. La luz aumentaba, pero con la misma palidez moribunda. La lluvia caía incesante. No se oía ningún otro ruido que el de sus pisadas. Las casas dormidas se extendían a su alrededor. Atravesó el jardín y entró en el vestíbulo, donde le esperaba Rain.

—¿Se lo diste? —preguntó ella con ansiedad.

—Sí —dijo Mor.

—¿Qué dijo? —preguntó Rain.

—Oh, masculló algo parecido a «Gracias» —dijo Mor— y siguió su camino.

Rain suspiró con alivio y dejó que la abrazara.

La llevó al salón, descorrió las cortinas y llenó una copa de coñac.

—Cariño —dijo—, has pasado unos momentos terribles. Lo siento mucho. En cierto modo, es culpa mía. Bebe esto.

Rain se sentó en el sofá, con la copa en la mano, y Mor se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en las rodillas de ella. Así permanecieron largo rato.

Y éste fue el espectáculo que se presentó ante los ojos de Nan cuando, veinte minutos más tarde, apareció en el salón. Entró por la puerta principal, cuyo cerrojo había dejado descorrido Mor al regresar. El tamborileo de la lluvia impidió a los amantes oírla aproximarse. Advirtieron su presencia al alzar la cabeza y verla en la puerta, contemplándolos.

Mor fue el primero en recobrarse. Se desasió dulce y muy lentamente de Rain y se puso en pie. Estaba a punto de decir algo cuando Nan dio media vuelta, atravesó el vestíbulo a toda velocidad y se precipitó por la puerta principal.

Mor hizo ademán de seguirla, pero Rain dijo:

—No vayas.

También ella se había levantado. Ahora que había sobrevenido el horror verdadero se mostraba mucho más tranquila. Puso una mano, helada pero apenas temblorosa, sobre el brazo de él.

—Debo ir —dijo Mor—. Espérame aquí. No te marches. Espera aquí.

Hablaba con autoridad.

Después, por segunda vez aquella mañana, volvió a salir en persecución de alguien. Miró en todas direcciones. Ni rastro de Nan. Corrió hacia la calle principal, mirando en todas las calles laterales al pasar. No se la veía por ninguna parte. La lluvia le cegaba y formaba una cortina gris a través de la que era imposible ver dónde estaba Nan. Llegó a la calle principal. Ya circulaban algunos coches y un hombre en bicicleta pedaleaba tenazmente colina arriba. Mor miró una y otra vez. No vio a Nan. Volvió al laberinto de calles y corrió de acá para allá en su búsqueda durante largo rato. Pero no la encontró. Había desaparecido bajo la lluvia y la blancura de la mañana.

Capítulo doce

Nan había caído en la cuenta con horror por primera vez al escuchar por casualidad una conversación telefónica entre Felicity y su hermano. La villa que los Mor alquilaban todos los veranos cerca de Swanage estaba equipada con dos teléfonos, uno en el salón y otro en el dormitorio principal. Donald llamó a Felicity, imaginando que su madre, que no se había apresurado a contestar, estaría aún de compras; le habló con toda sinceridad. Nan, que no creía que los hijos debieran tener secretos para sus padres, descolgó el receptor del dormitorio y lo que escuchó la inquietó.

No sacó mucho en claro de la conversación, pero fue suficiente para que Nan sospechara que había algo más. Se quedó sentada en la habitación un rato, pensando. La primera emoción que experimentó Nan fue una enorme sorpresa. Lo que siguió fue cólera. Todo ello mezclado con un sentimiento casi de satisfacción ante la perspectiva de poder sorprender a su marido actuando mal de forma palpable. Después de la pelea que precedió a su partida, Nan sintió un ligero remordimiento de conciencia. Estaba segura de que tenía razón al oponerse al estúpido e inoportuno plan de Bill, pero pensaba que quizá se había comportado de una manera demasiado grosera. La información que obtuvo por medio de Felicity, a pesar de ser vaga, era suficiente para disipar su sentimiento de culpabilidad, al tiempo que le ponía en posesión de un arma de la que, en ese momento, le resultaría muy conveniente disponer. No era que Nan imaginara que Bill persistiría mucho tiempo en su proyecto del Partido Laborista. En el pasado, y en asuntos más importantes, siempre había logrado persuadirle para que viera las cosas como ella. Pero, de todos modos, en el fondo de su corazón se alegraba de disponer de aquella inesperada fuerza, aunque su origen fuera tan desagradable.

Pero el aspecto desagradable predominó al poco tiempo. Nan se

sentía muy alterada. Estaba profundamente convencida de la corrección de su marido y de su sentido común, y una prueba de esa convicción era que, a primera vista, el asunto se le apareció como un lapso momentáneo por parte de Mor que, en la lucha que mantenía contra él, le proporcionaba una ventaja igualmente momentánea. Entonces comenzó a meditar sobre la señorita Carter. Al examinar cada uno de sus encuentros con la muchacha, comprendió qué tipo de criatura taimada y malintencionada era en realidad. ¿Cómo podía haberla creído ingenua? Y, no obstante, era ingenua, en cierta forma. Una muchacha de ese tipo era capaz de madurar los planes más infames tras una máscara de ingenuidad que la engañaba incluso a ella misma, al vivir en una atmósfera de hipocresía tan completa que ya no podía distinguir lo verdadero de lo falso. ¿Era posible que a Bill le gustara de veras? Seguramente, esa naturaleza gatuna y suave despertaría un deseo de recibir alivio y consuelo que existía en todos los hombres, en especial en los de mediana edad.

Nan nunca había pensado sobre aquel asunto. Jamás en la vida había dudado, ni por un momento, de la absoluta fidelidad de Bill. No tenía intención de empezar a dudar ahora. Con toda seguridad, los niños habían exagerado o se habían equivocado. En el peor de los casos, todo lo que implicaba era un capricho, algo que ya habría pasado y se habría disuelto en el aire. Casi con seguridad, no había nada.

¿O lo había? Nan se sentía muy incómoda e inquieta. Pensó en escribir una carta a la señorita Carter, e incluso empezó a redactar una mentalmente, cuya malignidad la asombró. Pero era una estupidez. Carecía del menor vestigio de evidencia y nunca se sabía con ese tipo de chica; podía tener la insolencia de demandarla. Nan tenía unas ideas muy vagas acerca de la calumnia y el libelo, y experimentaba el correspondiente nerviosismo ante la idea de plasmar cualquier cosa en el papel. Y además, como se decía una y otra vez a sí misma, probablemente se trataba de un error y, con toda seguridad, no había nada.

Pasó la tarde deambulando por la casa. Se las ingenió para ocultar a Felicity su angustia. Alrededor de las seis, se hallaba reducida a un estado de caos mental como no recordaba haber experimentado jamás. Decidió que lo único que podía hacer era regresar a casa de inmediato, explicarle el asunto a Bill y aclararlo de una vez por todas. Después podría disfrutar de sus vacaciones en paz. Le sorprendía su incapacidad para comportarse con normalidad. Decidió marchar a la mañana siguiente. Intentó después concentrarse en la lectura de un libro. Le resultó imposible. Le dijo a Felicity que tenía que ir a Londres a ver a alguien que estaba enfermo, metió algunas cosas en un bolso y tomó el tren nocturno.

Lo que contempló Nan al entrar en la casa le sorprendió muchísimo. Había llegado a esa hora, no con la intención de sorprender a la pareja culpable, sino sólo debido a su propia impaciencia y al horario de los trenes. Nunca se le había ocurrido que Bill fuera capaz de llevar a la chica a casa. Comprendió en un instante que se había equivocado totalmente. Las cosas habían llegado muy lejos. Dio media vuelta y echó a correr, en parte por el tremendo golpe recibido y en parte porque necesitaba volver a pensar antes de enfrentarse con su marido.

Mientras corría bajo la lluvia, oía los pasos de él que la perseguía en la quietud lóbrega de la mañana; se internó en una calle lateral y siguió por una calleja que desembocaba en un garaje. Allí se quedó inmóvil, hasta que desapareció el ruido de las pisadas de él. Se apoyó contra la valla, apretando su pequeño bolso contra sí, con los pies metidos en una mata de hierbajos que crecían en la grava. Contempló la casa frente a ella. Las cortinas estaban corridas. Los habitantes de las casas de los alrededores aún dormían. Para entonces, la lluvia había empapado el pañuelo que llevaba en la cabeza y empezaba a gotear por dentro de la gabardina y a mojarle el cuello.

Mientras así estaba, Nan se sintió invadida por una desdicha total por primera vez desde que descubriera que algo andaba mal. Había sentido sorpresa, furia y una extraordinaria inquietud; incluso había experimentado un cierto optimismo, algo parecido al instinto del cazador. Pero no se le había ocurrido sentirse desdichada. Nunca había dejado que Bill la hiciera sufrir de verdad. No había habido, no podía haber ocasión para ello. En su situación, la de una mujer felizmente casada, la desdicha de ese tipo habría sido simple neurosis. Nan detestaba la neurosis. Pero ahora sentía verdadera pena, y esa pena la había causado su marido. Poco a poco, la noción de que él se interesaba por otra mujer empezó a invadir no sólo su mente, sino sus emociones. Mientras así estaba, con la espalda apoyada contra la valla, helada y empapada por la lluvia, comprendió que la habían sumido en una espantosa pesadilla: la habían echado de su propia casa. Se tapó la boca con la mano. Tembló de pena y horror. Unas lágrimas ardientes le calentaron las mejillas y se mezclaron con la lluvia.

Después de un rato, Nan empezó a caminar por la calle. Pasó junto a las casas y llegó al otro extremo, por el centro comercial. Las tiendas aún no estaban abiertas, pero ya comenzaba el día. Pasaba gente que iba a su trabajo. La lluvia amainaba un poco. Nan entró en unos urinarios y se arregló lo mejor que pudo. Después salió y subió a un autobús que la llevaría a Marsington. Quería ver a Tim Burke.

La relación de Nan con Tim Burke era extraña. Conocía a Tim

desde hacía más de diez años, desde que su marido, que por entonces era profesor en un instituto del sur de Londres, empezara a relacionarse con él en actividades del Partido Laborista. Siempre le había gustado. A Nan le parecía que poseía una gracia y una elegancia de carácter un tanto absurdas que en ocasiones, en ciertas noches que aún recordaba, lograban que su marido, por contraste, pareciera un hombre terco, soso y torpe. Nan no había hecho mucho caso de esas ideas y ni siquiera lo hubiera seguido pensando a no ser porque, en cierto momento, observó que las atenciones de Tim Burke hacia ella se extremaban.

Tim siempre la trataba con una galantería ligeramente ridícula que Nan achacaba a su origen racial, y de la que se reía con Bill con frecuencia, pero que, de todas formas, le agradaba. Su marido nunca era galante. Pero empezó a pensar, con una mezcla de afición y placer, que quizá Tim Burke estuviera un poquito enamorado de ella. No le dijo nada a Bill, ni hizo el menor esfuerzo por ver o por evitar a Tim, pero le observó estrechamente. Una noche, alrededor de las nueve, se quedó a solas con él en la tienda. Bill había salido a telefonear a la calle, porque Tim no tenía teléfono. Tim le había puesto un collar, que era algo que hacía con frecuencia cuando Bill estaba presente. Él estaba frente a ella y le rodeó el cuello con las manos para cerrar el broche. El broche quedó cerrado. Pero Tim no apartó las manos. Después, la besó en los labios.

Nan se asombró y se enfadó, pero, al mismo tiempo, estaba encantada. Le empujó para apartarlo de ella. Bill regresó en seguida, y con ello impidió cualquier discusión posible sobre lo que había ocurrido. Ninguno de los dos volvió a mencionarlo. Después de aquello, y durante algún tiempo, Nan eludió a Tim y sólo le vio cuando resultaba inevitable, en compañía de Bill. Tim se comportaba de una forma que a Nan le parecía totalmente transparente, e intentaba, con sus acciones, mostrarle su arrepentimiento por lo que había pasado, junto a un respeto y un afecto continuos. Pero Bill no advirtió nada y Nan no dijo nada. Aquello ocurrió hacía cuatro años. Poco a poco, la relación entre ellos se hizo más natural y Nan empezó a recordar el incidente, no con dolor, sino con una especie de triste satisfacción. No podía evitar esperar que Tim Burke lo recordara también así. Aquello quedó archivado para siempre. Pero el recuerdo distante daba una fragancia especial a las raras ocasiones en que Nan, siempre en compañía de su marido, consentía en ver al irlandés.

Mientras Nan iba en el autobús, con su cara llorosa vuelta hacia la ventanilla, no experimentaba dudas ni vacilaciones acerca de lo adecuado de su visita a Tim en aquella crisis. Estaba *in extremis*. Necesitaba ayuda. No sabía qué hacer. La idea de confiarse a una de

sus amigas, como la señora Prewett, era inconcebible. La necesidad de ver a Tim, una vez que se le había ocurrido la idea, era extraordinaria. Sufría, y poco a poco empezó a reconocer que el sentimiento que la mortificaba y tomaba la forma de un dolor físico eran los celos, pura y simplemente. Respiró agitadamente y descubrió que había emitido un sollozo audible. Enterró la boca en el pañuelo.

Nan bajó del autobús y se dirigió a toda prisa hacia la tienda de Tim. Le vio a lo lejos, en la acera. Estaba abriendo las contraventanas de madera, a pesar de que aún no eran las nueve. Nan corrió hacia él, le tocó en el hombro y entró en seguida en la tienda. Tim la siguió. Había visto su cara. Cerró la puerta con llave. La estancia estaba oscura, porque la mitad de las contraventanas estaban aún cerradas.

—¿Qué ocurre? —dijo Tim Burke.

Nan dijo:

—Tim, siento venir así. Ha pasado algo terrible.

Mantenía el pañuelo apretado contra la boca.

—¿Está bien Mor? —dijo Tim—. ¿O es el chico?

—No, no se trata de un accidente. He descubierto que Bill tiene una aventura con esa chica, la señorita Carter. ¡Al regresar a casa, a las seis de la mañana, les encontré abrazados!

Su voz se desvaneció en un lamento y sollozó sin reparo, hundiendo el rostro en el pañuelo.

—¡Dios mío! —dijo Tim.

Cruzaron la tienda y la llevó al taller. La lluvia había cesado y el sol brillaba en el minúsculo patio blanqueado en el que crecía un pequeño sicomoro. Nan salió al patio. Allí no les vería nadie. No había ningún edificio al lado. Apoyó una mano en el delgado tronco del árbol.

—Déjame que guarde tu gabardina —dijo Tim—; está empapada.

Nan se la dio y aceptó una toalla para secarse el pelo. Se sentó en un banco junto al árbol, con la espalda apoyada contra la pared blanca y mojada. Sentía que la humedad le traspasaba el vestido, pero no le importaba. El mundo había explotado en cientos de pedazos sin sentido. A su alrededor se movían por sí mismas sensaciones del cuerpo y pequeñas imágenes de su persona, ora emborronadas, ora extremadamente nítidas. Vio con inmensa claridad las hojas del sicomoro, aún goteantes. Alargó la mano y cogió una. Casi se había olvidado de Tim cuando éste se sentó junto a ella.

—¿Cuándo ocurrió? —dijo—. ¿Cuándo los descubriste?

—¿Qué? Oh, esta mañana, alrededor de las seis —dijo Nan.

Al ver de nuevo, mentalmente, la escena de Bill sentado en el

suelo junto a la chica, con la cabeza apoyada en sus rodillas, se renovaron sus lágrimas, y alargó la mano y arrancó otra hoja del árbol.

—¿Sabes qué? —dijo Tim Burke—. Te daré un traguito de whisky y te tranquilizarás.

Regresó con dos vasos. Nan cogió el suyo automáticamente y empezó a sorber el dorado líquido. Al principio tosió, pero después experimentó un violento calor en su interior. Se sintió un poco mejor.

Tim lo bebió de un trago. Volvió a sentarse. Alguien llamaba a la puerta de la tienda. No prestó atención. En medio de su pena, Nan advirtió que Tim estaba perplejo. No sabía qué hacer. Nan detestaba que la gente no supiera cómo comportarse. Estaba acostumbrada a controlar las situaciones. Hubiera preferido no tener que controlar aquélla.

—¿Sabías lo que estaba ocurriendo? —dijo Nan, mientras se secaba los ojos. El esfuerzo la hizo sentirse mejor—. ¿Los viste juntos alguna vez?

—No —dijo Tim—. Lo siento. Pero sabes que, probablemente, no se trata de nada importante. Sea como fuere, pronto habrá acabado. No te enfades demasiado con Mor.

—¡Por Dios! —dijo Nan.

Hablar de enfadarse o no con Bill no tenía nada que ver con el asunto. No era eso.

—¿Qué hiciste? —dijo Tim.

—Salí corriendo de casa —dijo Nan— y vine aquí.

Bebió un poco más de whisky y Tim le llenó el vaso. Alargó de nuevo la mano hacia el árbol.

—Será mejor que regreses —dijo Tim—. Mor te estará esperando y sufriendo.

Regresar, sí, pensó Nan. Después de todo, el dolor real no consistía en que el mundo se hubiera roto en pedazos. Eso era un alivio del dolor. Consistía más bien en que había que seguir viviendo en el mundo, que permanecía entero, vulgar e implacable.

—No seas demasiado dura con Mor —volvió a decir Tim—. Lo pasará mal. Y además, tú eres la más fuerte. Sí —dijo—, lo eres, ¿sabes?

Nan lo sabía. Tendría que afrontar aquella situación como había afrontado las otras, controlar a Bill, suavizar los efectos de su torpeza, guiarlos a ambos. *Ella* tendría que arreglar aquello. El pensamiento era triste, pero encontró cierto consuelo en él.

—Saldré dentro de un momento —dijo Tim— y te pararé un taxi. Pero ahora tranquilízate y no pienses en lo que le dirás. Deja que hable *él*.

Nan pensó, quiere que me vaya, quiere deshacerse de mí, quiere llevar este terrible asunto a otra parte. No sentía animosidad contra Tim. A la intensa luz lluviosa del patio, vio su cara cercana a la suya, pálida, enfermiza, arrugada por la angustia y la indecisión. Alargó la mano y tomó la de él. Permanecieron sentados un rato, uno junto a otro, incómodos, como si posaran para una fotografía antigua. Nan dejó el vaso y con la otra mano arrancó algunas hojas más del árbol. El sol empezaba a calentarles. Era un extraño descanso.

Al cabo de un rato, Nan alzó los ojos hacia Tim. Él la miraba intensamente. Ella mantuvo su mirada.

—Vayamos dentro —dijo él, levantándose de pronto, y tendió su fuerte brazo para ayudarla a ponerse en pie—. Vayamos dentro, a descansar en el sillón grande.

Nan se levantó. El patio empezó a girar a su alrededor. El whisky debía habérsele subido a la cabeza. Volvió a sentarse. El sentimiento de sufrir una pesadilla se apoderó de nuevo de ella. Los objetos del patio se le presentaban con una precisión espantosa. Hizo un esfuerzo y se levantó por sí sola. El patio tenía un aspecto muy extraño, como si se hiciera más brillante y ligeramente mayor. Comprobó que había arrancado casi todas las hojas del sicomoro. Allí estaba, lamentablemente flaco, víctima de un otoño prematuro, su sombra retorcida reflejada en la superficie desigual de la pared que despedía vaho con el calor del sol. Brillaba una extraña luz. Nan alzó los ojos y vio, justo encima de su cabeza, el arco iris desplegado en un cielo del color del peltre. Se estremeció y se dirigió a la puerta que Tim Burke mantenía abierta para ella.

Estaba muy oscuro en el pequeño taller. Tim acostumbraba a trabajar allí con una lámpara de neón. Nan tropezó con la pesada pata del banco de trabajo. El gran sillón estaba colocado en el rincón más alejado y más oscuro; era un objeto grande y decrépito que Tim había desterrado hacía ya tiempo de su pequeño cuarto de estar, situado en la parte superior de la casa.

Tim la llevó hacia el rincón torpemente. Nan empezó a decir algo y se volvió para mirarle. Un momento después, en parte obligada por Tim y en parte por su propia voluntad, cayó, medio desmayada, sobre los rechinantes muelles del sillón. Se quedó allí, desvalida, los brazos y las piernas extendidos, los pies apoyados en los tacones de los zapatos. Por la pequeña ventana cuadrangular veía un trozo de cielo metálico y una franja del arco iris. Tim se había inclinado sobre ella, con las manos apoyadas en los brazos del sillón. Se inclinaba cada vez más y, finalmente, tapó la ventana. Apoyó una rodilla en el borde, se colocó encima de Nan, esforzándose por unir sus brazos a la espalda de ella, mientras su pesado cuerpo la estrujaba contra las profundidades del sillón.

Nan yacía lánguidamente, una mano posada en la espalda de Tim y la otra en la manga de su chaqueta, sin presión alguna, abandonadas como dos pájaros exhaustos. Los hombros de Tim le oprimían la barbilla y hundían su cabeza en la tapicería polvorienta, que despedía olor a humedad. Nan se quedó inmóvil unos momentos, mirando pensativamente por encima del hombro de Tim hacia la tienda oscura por la puerta entreabierta. Después hizo un ligero movimiento para intentar liberar su barbilla de la presión. Se dio cuenta de que el peso del cuerpo de Tim sobre ella le resultaba reconfortante; era incluso algo más que eso. Empezó a luchar débilmente.

De inmediato, Tim apartó su peso de ella e intentó que se moviera hacia un lado para que él pudiera colocarse junto a ella en el sillón. Se empujaron durante unos segundos, Nan intentando apoyar en el suelo los tacones, que resbalaban, y Tim anidando junto a ella, con sus grandes manos bajo el cuerpo de la mujer. Después quedaron inmóviles, mirándose. Nan descubrió que su corazón latía muy aprisa. Sentía cierto temor y cierta repugnancia por tener la cara blanca de Tim tan cercana a la suya, con los labios húmedos y entreabiertos. Le rodeó el cuello con los brazos y lo apretó contra su cuerpo, en parte para no tener que ver su mirada fija.

—Nan —dijo Tim—, te quiero; lo sabes, ¿verdad? Ojalá pudiera hacer algo por ti, algo bueno.

—Sí —dijo Nan.

Sabía que el extraño consuelo que experimentaba sólo duraría unos segundos más.

—Querida, he deseado decirte cosas tantas veces —prosiguió Tim, susurrando en su oído.

—¿Qué cosas? —dijo Nan.

Oía a lo lejos voces de gente que pasaba por la calle.

—Oh, tonterías —dijo Tim—. Cosas sobre Irlanda, sobre cuando era niño, cosas que no podía contarle a nadie más.

Nan pensó, ahora Tim me va a hablar de su infancia. Tuvo una visión momentánea de sí misma pasando la mañana tumbada en el sillón y escuchando a Tim hablar sobre su infancia. Debo estar borracha, pensó. Empezó a luchar de nuevo. Esta vez, Tim apoyó las manos contra el respaldo del sillón y se echó hacia atrás hasta quedar arrodillado junto a ella. Nan consiguió sentarse. Les rodeaba un tenue polvo y un olor a pasado.

Al ver de nuevo la cara de Tim, Nan sintió que su desesperación se renovaba. Después de todo, sólo se trataba de una pausa sin sentido. Un minuto más, y ambos se avergonzarían.

—Por favor, búscame un taxi, Tim —dijo.

Con una inclinación de cabeza, Tim se puso en pie, entró en la

tienda y cerró la puerta. Nan le oyó salir a la calle. Se incorporó y empezó a buscar su bolso. Se examinó en el espejo de mano. Al ver su pelo despeinado a la media luz, empezó a llorar quedamente. Pero cuando Tim regresó, se había peinado y aplicado polvos en la nariz.

Al oír las pisadas de Tim, se levantó, y se encontraron en la puerta de la tienda. Él colocó sus manos en la cintura de ella.

—¡Dios mío! —dijo Tim Burke. No encontraba las palabras.

—¿Viene el taxi? —dijo Nan.

—Estará aquí dentro de medio minuto.

Nan le miró a la cara. Ahora que estaba erguida, ya no le horrorizaba, y de pronto deseó desesperadamente poder quedarse con Tim Burke esa mañana y hablar con él, hablar con él sobre cualquier cosa, sobre Irlanda, sobre su vida pasada, de la que no sabía nada, sobre sus esperanzas y temores, sobre cuándo empezó a quererla. Le contempló un instante tal como era, pálido, desgarbado, fuerte, con sus dos grandes manos que parecían cercar su cuerpo. En ese momento, se le antojó cercano, misterioso, diferente de ella, lleno a rebosar de su propio pasado.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta.

—Es el taxi —dijo Tim.

Se miraron.

—¿Lo despedimos? —dijo él.

Nan guardaba silencio. Deseaba, deseaba muchísimo conocerle, conocer a esa persona que se enfrentaba con ella. No sabía cómo había soportado conocerle tan poco. En la intimidad y la peculiaridad de su pasado, en todo aquello que le había llevado al momento presente, por medios que nunca había contado, existía una promesa de alivio y de descubrimientos consoladores.

—Si pudieras venir a mí —dijo Tim—, estar conmigo de alguna forma...

Nan se dio media vuelta. Con frialdad, con violencia, la golpeó la realidad de su situación, la irresponsable estupidez de su conducta presente. Sacudió la cabeza. Vio el vaso de whisky sobre el mostrador cercano y bebió lo que quedaba de un trago. Se repitió la llamada en la puerta.

—Abre la puerta —dijo Nan.

Tim manoseó torpemente el picaporte y el pálido sol cayó como una ancha flecha sobre la tienda, llegando hasta el lugar en que se encontraba Nan. El taxista esperaba en la calle.

Nan dio unos pasos.

—No me olvides —dijo Tim cuando pasó junto a él.

—Sí —dijo Nan. Salió con calma a la acera.

—No me olvides —repitió Tim, inmóvil tras ella en la puerta de

la tienda.

Nan subió al taxi. Unos momentos después, se alejó a toda velocidad. Volvió a sentirse apenada.

Mientras el coche avanzaba, Nan se preguntó qué diablos iba a decirle a Bill. Nunca se había encontrado en una situación ni remotamente parecida a aquélla. En la vida corriente, todas sus conversaciones con Bill se desarrollaban en unidades simples y familiares que se repetían con regularidad. Cualquier conversación con él era de un tipo tan familiar que podrían haberla mantenido mientras dormían. Ésa era una de las cosas por las cuales el matrimonio era tan sosegado. Pero a partir de ahora tendrían que inventar todo lo que hablaran. Las palabras que se dijeran serían nuevas, formarían un mundo nuevo. Nan no sabía lo que iba a decir, pero a pesar de la recomendación de Tim Burke, estaba decidida a ser ella quien hablara y no Bill. Se preguntó si Bill diría que lo sentía. ¿Qué decía la gente en momentos así?

Nan bajó del taxi. Tim ya había pagado el viaje. El taxista la ayudó a bajar. Tenía una expresión extraña, que le hizo pensar a Nan que su aliento debía oler fuertemente a alcohol. Mientras lo pensaba, se tambaleó y un poste de la valla salió rápidamente a su encuentro en un ángulo inesperado. Empezaba a sentir náuseas, que apenas podía distinguir de la angustia. Cuando se alejó el taxi, empezó a buscar su llave en el bolso. No parecía estar allí. Debió haberla dejado en la cerradura al llegar por la mañana. Miró, por si aún estaba allí. Había desaparecido. Se quedó en el jardín, preguntándose qué debía hacer.

Deseaba que Bill no advirtiera que había bebido whisky. Por ello, ocurriera lo que ocurriese, debía mantenerse a cierta distancia de él. Decidió no llamar al timbre, sino entrar por la puerta del salón situada en la parte trasera de la casa, que normalmente no estaba cerrada, y entrevistarse allí con Bill con la puerta abierta. Los pensamientos acudían con lentitud. Tal y como veía entonces el panorama, sólo aparecía en él Bill; era cuestión de arreglárselas con él. Era algo entre ella y Bill.

Nan rodeó la casa, apoyándose contra la pared. Se sentía terriblemente cansada. Pero cuando llegó a la puerta del salón, se encontró con que estaba cerrada y con el cerrojo puesto. Eso era insólito. La empujó en vano durante un rato. Después, decidió entrar por la ventana baja que estaba junto a la puerta. Parecía que no tenía el seguro puesto. Pisó el macizo de flores. La tierra había quedado blanda y fangosa tras la lluvia. Abrió la ventana y logró introducir un pie.

—Nan, en nombre del cielo, ¿qué estás haciendo? —oyó decir a Bill detrás de ella. Acababa de entrar al jardín por la puerta lateral.

Nan le veía con el rabillo del ojo.

No dijo nada, pero siguió haciendo desesperados esfuerzos para entrar por la ventana. Estaba a medio camino, a horcajadas sobre el alféizar, con la falda apretada, una pierna totalmente dentro del salón y la otra aún fuera. Vio cómo caía el barro de un zapato sobre los cojines del sofá. El otro se le había salido y había quedado empotrado en la tierra debajo de ella.

—¡Nan! —se oyó decir a Bill de nuevo. Se dirigía hacia ella.

—¡No te acerques! —dijo Nan.

Empujaba furiosamente el marco de la ventana. Oyó a Bill pisar el macizo de flores. Él puso una mano sobre su hombro y otra bajo su cuerpo y la impulsó hacia el salón. Nan se desplomó en el sofá. Tuvo que refrenar un fuerte deseo de quedarse allí y lloriquear por la idiotez de todo.

Se incorporó. Bill estaba en la ventana, mirando hacia el interior. Tenía el zapato de Nan en la mano, e intentaba débilmente quitarle el barro.

—Bill —dijo Nan, con voz alta y clara—, ¿desde cuándo dura este asunto?

—Espera un momento —dijo Bill—; entraré por la puerta.

En cuanto hubo desaparecido, Nan se levantó de un salto y abrió la puerta de par en par. Después corrió el sofá un poco más cerca de la puerta y se tumbó, rodeada de cojines y mirando la habitación. Buscó una alfombra y la colocó bajo sus pies. A su espalda se extendía el jardín, empapado por la lluvia y deslumbrante con las perlas de luz que se encendían bajo el fuerte brillo del sol, mientras las plantas se alzaban poco a poco, en un murmullo. El aire fresco entraba en la habitación y disipaba, o al menos así lo esperaba Nan, el olor a whisky. Bill entró por la puerta del salón.

—Siéntate, Bill —dijo Nan. Señaló una silla cerca de la puerta.

Bill no se sentó, sino que permaneció en pie junto a la pared, pisándose los pies. Se parecía mucho a Donald.

—Déjame que te explique lo de anoche —empezó a decir Bill—. La señorita Carter se quedó aquí toda la noche debido a la tormenta y porque le había dado una excusa a Demoyte y no podía volver allí. Es la primera vez que viene a esta casa. No la he visto a solas más que dos veces, o tres, contando la primera noche. Y nunca hemos hecho el amor.

Detestaba decir esas cosas. Permaneció en pie, dando golpecitos con el pie y con los ojos bajos.

Nan le creyó.

—De acuerdo, Bill —dijo—. Eres lo que se llama un lanzado. ¡Qué poco te conozco! Pero no tengo interés en este catálogo sentimental. Hablas como si confesaras tus secretos sentimentales a

alguien que quisiera escucharlos.

En ese momento, Nan advirtió con consternación que tenía hipo. La única solución para detenerlo era contener la respiración. Aspiró profundamente.

Bill esperó a que continuara hablando, y como ella permanecía en silencio, dijo, tras unos instantes:

—No quiero que pienses que considero esto como algo trivial.

Nan aún contenía la respiración.

Bill esperó un momento y empezó a decir:

—Soy consciente de que he actuado...

Nan dio una boqueada y aspiró de nuevo. Parecía que había vencido el hipo. Le interrumpió:

—Escucha, Bill —dijo—, no voy a armar un escándalo por esto. Creo todo lo que dices. He confiado en ti toda mi vida y confío en que no actuarás ahora de una forma que nos haga caer a ambos en el ridículo.

—No comprendes... —dijo Bill.

Seguía apoyado contra la pared y contemplaba, con el ceño fruncido, un trozo de alfombra, como si tratara de descifrar el dibujo. Golpeaba ligeramente la pared con el tacón del zapato de Nan.

—No hagas eso —dijo Nan—. Estás dejando señales en el papel. Creo que sí comprendo. Te sientes romántico con esa chica. De acuerdo. No es nada terrible. Pero, sea lo que sea, debes olvidarlo ahora mismo. Tu buen sentido te dirá qué debes hacer y cómo.

Nan descubrió, con sorpresa, que al fin y al cabo esas palabras no eran nuevas. No se había perdido la pauta de las conversaciones con su marido. Podía afrontar aquel asunto de la misma manera que había afrontado otras crisis. Con una sensación de alivio, comprendió que aún ejercía un poder protector sobre él. La pesadilla tocaba a su fin.

—No puedo olvidarlo —dijo Bill en tono apagado, mientras contemplaba aún la alfombra.

—Basta, por favor —dijo Nan—. Te metiste en este lío y debes salir de él. ¡Sé sensato, Bill! Despierta y regresa al mundo real. Aunque no tengas ninguna consideración por mí o por esa pobre chica que apenas es mayor que Felicity, piensa un poco en tu reputación, en tu posición. Piensa en tu querido Partido Laborista. Este flirteo está destinado a acabar muy pronto. Si dejas que continúe, sólo conseguirás hacerte mucho daño.

—Quiero a esa chica, Nan —dijo Bill. Intentó mirarla, pero no pudo afrontar su mirada.

—¡Si supieras la pena que me das! —dijo Nan—. Mírate un momento, Bill. Mírate al espejo. ¿Piensas en serio que vas a sacar

algo de una aventura con una gitanita atractiva y frívola educada en Francia, que podría ser tu hija? ¡No te pongas en ridículo aún más! Si esa estúpida criatura parece tenerte cariño y no se limita a ser amable contigo para no herir tus sentimientos, es probablemente porque acaba de perder a su padre.

—También he pensado en eso —dijo Bill.

—Bueno, me alegro de que me comprendas —dijo Nan. Hipó violentamente y lo disimuló con una tos—. Aclara tus ideas, deja de ver a esa chica, y no volveremos a hablar sobre ello. Ya sabes que no quiero armar lío.

—No puedo dejar de verla —dijo Bill. Estaba aún apoyado contra la pared, con una languidez provocada por el cansancio.

—¡Oh!, ¿cómo puedes ser tan débil y tan pesado? —dijo Nan—. Sabes muy bien que no tienes otra opción.

—Nan —dijo Bill, mientras intentaba levantar la mirada—, ¿cómo lo descubriste?

—Oí por casualidad a los niños cuando hablaban por teléfono —dijo Nan.

Bill se enderezó bruscamente. Dijo:

—De modo que los niños lo saben. ¡Cristo!

Volvió la cara hacia la pared y apoyó la cabeza contra ella. El zapato colgaba lánguidamente de su mano.

—No hables así, Bill. No es nada agradable para ellos, ¿verdad? Al menos, los niños no se lo dirán a nadie. Sólo espero que no hayan empezado los cotilleos. ¿Está alguien más al corriente de esta pequeña travesura?

—No lo creo —dijo Bill—, quiero decir, nadie que pueda contarlo. Creo que Demoyte lo ha adivinado. Y Tim Burke lo sabe.

—¿Lo sabe Tim Burke? —dijo Nan.

Se echó hacia atrás y se apoyó en los cojines. Le invadió una sensación de terrible cansancio y se renovaron las náuseas. La fortaleza que la había mantenido durante toda la conversación abandonó sus miembros y la dejó pesada e inquieta. Sabía que el dolor seguía aún allí, después de todo. Quería terminar la conversación.

—Oh, márchate, Bill. Sabes lo que tienes que hacer, así que hazlo.

Bill permaneció en la puerta, indeciso.

—¿Vas a quedarte aquí? —dijo—. ¿Quieres algo?

—No, márchate —dijo Nan—. Márchate al colegio y no vuelvas hasta dentro de mucho rato. Cuando haya descansado, regresaré a Dorset.

—¿Te marchas a Dorset? —dijo Bill. Parecía asustado—. ¿No sería mejor que te quedaras aquí?

—¿Para vigilarte? —dijo Nan—. No, Bill, confío en ti plenamente. No quiero estropearle las vacaciones a Felicity, y no quiero que la gente chismorree por haber reaparecido aquí de repente. Dejaré que pongas fin a este asunto tú solo.

—Pero, Nan... —empezó a decir Bill.

—¡Oh, márchate de aquí! —dijo Nan—. Estoy cansada, cansada de ti. Márchate. Te escribiré desde Dorset.

Se dio la vuelta en el sofá y escondió la cara entre los cojines.

Oyó que Bill daba unos pasos por la habitación, como si fuera a acercarse a ella. Bill se detuvo, dio la vuelta y salió. Un momento después, Nan oyó cerrarse la puerta. Esperó otro momento, se levantó, fue a la cocina y vomitó.

Capítulo trece

Era domingo. Mor estaba sentado en su lugar acostumbrado en la capilla del colegio. Aunque todos sabían que no tenía fe religiosa, se sentía obligado como tutor a asistir a los servicios del señor Everard del domingo por la tarde. A estas funciones acudían todos los muchachos, cualquiera que fuera su confesión religiosa, aunque, de hecho, la mayoría de los chicos de St. Brides eran anglicanos. La capilla era un edificio alto y oblongo, con las paredes pintadas de color crema, un tanto parecido al vestíbulo de una parroquia. Los feligreses se sentaban en sillas de madera bastante cómodas. El altar era una mesa grande, decorada con flores, no muy diferente del tipo de objeto que podría encontrarse en la sala de espera de un médico rural progresista. Las altas ventanas neogóticas situadas a ambos lados eran de vidrio sencillo y fuera se veían pájaros que brincaban y piaban en un árbol. Sobre el altar colgaba una sencilla cruz, y una estacada de madera, que plegaba uno de los muchachos mayores cuando no la utilizaban, separaba el coro de la nave. A un lado se alzaba una especie de torre de roble claro, a la que se accedía por un par de bamboleantes escalones desmontables y que servía a Evvy como púlpito, desde el que predicaba en ese momento.

La capilla estaba consagrada como iglesia anglicana, y todas las mañanas tenía lugar un rito que Evvy, con manifiesta irritación del señor Prewett, insistía en llamar misa, oficiado por Evvy o por el clérigo local o su valido, a las siete en días laborables y a las ocho en domingos. En estos últimos, asistían a la ceremonia gran número de chicos, pero en los días laborables, excepto antes de la confirmación, aparecían muy pocos. Con frecuencia, como sabía Mor, no había nadie, excepto Evvy y Bledyard. Reflexionó sobre aquel lóbrego rito. Debido a su educación inconformista, que aún ejercía una fuerte influencia sobre él, le disgustaban, por lo general, ese tipo de

actividades. Además, la idea de que Evvy administrara el cuerpo y la sangre de Cristo al solitario Bledyard era algo ligeramente ridículo y, por alguna oscura razón, entristecedor.

Mor estiró las piernas. Se sentía rígido e inquieto. Evvy llevaba hablando un rato considerable y no mostraba señal alguna de que fuera a terminar. Últimamente, se le había metido en la cabeza predicar una serie de sermones sobre dichos populares. Ya había hablado sobre «Es un mal viento que a nadie beneficia» y «Demasiados cocineros estropean el caldo», y se rumoreaba que aún quedaba «Se puede llevar un caballo al agua, pero que no se puede obligar a que beba». Aquel día tocaba «Dios ayuda a quien se ayuda». Evvy empezó, como de costumbre, con un pequeño chiste. De niño, explicó, entendía la frase «a quien se ayuda»{*} en el sentido de la invitación coloquial *¡sírvase!*, y por eso pensaba que el refrán quería decir que Dios ayudaba a los ladrones o a la gente que cogía lo que quería. Evvy explicó este punto con todo detalle. De entre los chicos más jóvenes, los que le escuchaban o comprendían de qué hablaba emitieron risillas sofocadas. Los mayores adoptaron la expresión de muda vergüenza que siempre asumían cuando Evvy hacía chistes en la capilla.

Mor no le atendía. Pensaba en Rain. Habían pasado cuatro días desde el drama del regreso de Nan. Nan había llevado a cabo su propósito de regresar de inmediato a Dorset. Desde entonces, Mor había recibido una carta suya en la que repetía lo que le había dicho. Se trataba de una carta sensata, incluso amable. Había ocurrido todo lo que podía trastornar su amor por Rain: el terrible susto de ser descubiertos, del que aún no se había recuperado, y que al principio lo creyó capaz de matar su amor, debido a su violencia y, para colmo, la sensatez de Nan y el evidente sentido común de lo que exigía. Sin embargo, cuando Mor se vio capaz de considerar una vez más en qué posición se encontraba, descubrió que su amor por Rain se mantenía intacto, impenitente y con igual intensidad. No era un sueño. La visión de belleza y felicidad y satisfacción que había tenido la fortuna de experimentar, de forma tan breve, en presencia de Rain, regresó con idéntica fuerza. Lo que temía era que el golpe que tanto le había confundido a él, a ella la hubiera destruido.

Lleno de temor y tembloroso, fue a buscarla a casa de Demoyte la noche de la segunda partida de Nan, y pasearon por el jardín. La encontró terriblemente desconcertada, pero en calma. Ella le tranquilizó al decirle que sus sentimientos no habían cambiado por lo ocurrido, y el hecho de que así fuera le probaba lo que apenas había dudado antes, que le amaba auténtica y seriamente. Pero siguió diciendo que no tenían salida. Después de todo, no había salida. Atravesaron la verja, llegaron al seto de tejo y cruzaron el

segundo jardín para dirigirse a los escalones de piedra. Mor dijo, desde el fondo de su corazón, que *debía* haber una salida. Para salvarse, tendría que imponer su propia complejidad sobre la simplicidad de ella. Sólo así podría obtener lo que deseaba con la desesperación de un hombre a punto de perecer: un poco más de tiempo. Habló con elocuencia y sutileza, razonó, utilizó, en la medida de lo posible, su autoridad y tras conseguir que ella discutiera el asunto, comprendió, con un profundo alivio, que no tendrían que separarse. Al menos, aún no. Y mientras caminaban por la rosaleda hacia la avenida de morales, la intensa alegría que experimentaban por estar juntos superó a todo lo demás.

Mor sintió un gran alivio al descubrir que el golpe que había sufrido no había interrumpido su amor. Cuando empezaron a hablar, se sorprendió al verse capaz de desenmarañar con tranquilidad tantas ideas oscuras y profundas sobre sí mismo y sobre su matrimonio, cosas que ni siquiera había comprendido a medias, pero que, a medida que las exponía en presencia de Rain, aparecían claras e inteligibles y ya no terribles. Hablaba y hablaba, y mientras lo hacía, su corazón se aligeró como nunca. Fue capaz de explicar cómo le había frustrado Nan durante aquellos largos años, cómo había roto en su interior, pieza a pieza, la estructura de sus propios deseos. Pudo explicar cómo y por qué no quería ya a su mujer.

Mientras así hablaba, Mor sintió de súbito una rabia que era el tremendo contrapunto de una opresión larga y minuciosa, y que, debido a su temor a Nan, se la había ocultado incluso a sí mismo. Era una rabia terrible la que crecía en su interior, completa, como si, por algún milagro, hubiera quedado retenido el recuerdo de la mínima ofensa y de cada burla, y con ella experimentó una gran fortaleza. Mor le dio la bienvenida. Sabía que tendría que apoyarse en esa fortaleza para conseguir aquello en lo que no debía dejar de creer, una salida. Rain escuchó todo el tiempo en silencio, con la cabeza inclinada, hasta que le hubo dicho todo, excepto una cosa. En aquella efusión de palabras no mencionó ni una sola vez sus ambiciones políticas. Parecía evidente que Demoyte no le había hablado a Rain sobre aquel asunto, y Mor no vio razón alguna para confundir las cosas aún más al sacarlo a colación. Aquel asunto quedaba aparte de sus problemas inmediatos, y habría tiempo para decidir cómo relacionarlos. Más adelante, mucho más adelante, intentaría explicar aquello también. Entre tanto, Rain y él ya tenían suficientes cosas en que pensar.

Sentado en la capilla, mientras contemplaba por la ventana los pájaros que extendían sus alas en el árbol y oía el zumbido de la voz de Evvy, Mor repetía lo que le había dicho a Rain y se preguntaba si era estrictamente cierto. Había dicho que ya no amaba a Nan. Por

supuesto que ya no la quería. Pero, en cierta forma, decir eso era como no decir nada. Vivía con Nan desde hacía veinte años. Vivir juntos constituía una realidad que hacía frívolo, o así se le antojó a Mor por un momento, incluso preguntarse si la amaba o no. Por otro lado, mientras que no amarla podía carecer de importancia, la *tendría* el descubrir que la odiaba. Había momentos en que, en efecto, la odiaba. Mientras así pensaba, la veía, aislada de todo, con su calma y su superioridad burlona, anunciándole de forma decisiva que uno u otro de sus planes más acariciados era sencillamente ridículo y que no necesitaba discutirse. Mor se dijo que, por supuesto, había fallos por ambas partes. Yo soy un patán desmañado y le he dado una vida aburrida. Sí, pensaba, puede que no haya sabido comprenderla pero, al menos, lo he intentado. Nunca la he martirizado con esa aplastante certeza de tener siempre la razón. Cuando no estaba de acuerdo con ella, siempre quise escucharla, siempre estuve dispuesto a hacer lo posible para satisfacerla. De hecho, pensó para sí, tanto es así que casi invariablemente he acabado haciendo justo lo que ella quería. Estalló su ira, dando por terminado el ensueño.

Evvy aún sermoneaba. Cuando predicaba, hinchaba el pecho como un pichón, sujetaba sus vestiduras firmemente con las manos a la altura de los hombros y se balanceaba rítmicamente sobre los talones. Su cara seria y aniñada, con un brillo de ardor benevolente, se inclinaba hacia los fieles. Mor empezó a escuchar lo que decía.

—Y así vemos —dijo Evvy— que debe considerarse a Dios como un punto distante de unificación: ese punto en el que se solucionan todos los conflictos y en el que todo lo que es parcial y, a nuestros ojos finitos, contradictorio, se integra y une. No existe ninguna situación de la que, como cristianos, podamos decir que sea insoluble. Siempre hay una solución y el Amor conoce esa solución. *¡El Amor lo sabe!* Si meditamos en profundidad y estamos dispuestos a crucificar nuestros deseos egoístas, siempre podremos hacer las cosas de forma que redunden en beneficio de todos. Si verdaderamente engranamos nuestras vidas con Dios y nos movemos siempre con ese punto de referencia en mente, podremos percibir con claridad, en ocasiones que de otro modo se nos presentarían verdaderamente oscuras, qué es lo que más conviene hacer. E indiferentes como deberíamos mostrarnos en esos momentos hacia todas las vanidades y satisfacciones mundanas, conoceremos la preciosa alegría del deber cumplido, porque «Yo no te doy como te da el mundo». La oscuridad caerá con frecuencia sobre nosotros a lo largo de nuestras vidas, pero si estamos preparados, mediante la oración y mediante la perpetua renovación de nuestros esfuerzos para «ayudarnos a nosotros mismos», no nos faltará la gracia de

Dios. Y ahora, a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios bla, bla, bla...

Los muchachos despertaron de súbito de su estado de coma y se pusieron de pie, tambaleantes y somnolientos, ahogando las últimas palabras de Evvy con un estrépito de sillas. Se produjo un revoloteo de devocionarios. El órgano comenzó a tocar la introducción al himno final. Era *Praise, my soul, the King of Heaven*. Este himno era el favorito del colegio. Poseía una melodía alegre y rítmica muy adecuada para cantar. Los muchachos parecían más animados. Empezaron a cantar. Evvy se dirigió de nuevo al lugar que solía ocupar en los servicios del domingo por la tarde, en la parte derecha de la capilla. Estaba vuelto a medias hacia los fieles, con los otros profesores formando dos hileras paralelas a él, una frente a otra. Los muchachos estaban de cara al altar. Evvy tenía una mirada serena y satisfecha, como si la tremenda explosión de canto fuera un tributo al poder de sus exhortaciones.

Ransomed, healed, restored, forgiven,
Who like me His praise shoull sing?
Praise Him! Praise Him!
Praise Him! Praise Him!
Praise the everlasting King{*}.

cantaba el colegio con arrobamiento. Mientras cantaban, inclinados sobre los devocionarios o con la mirada alzada con la libertad jubilosa de saber la letra de memoria, sus caras brillaban de esperanza y júbilo. Mor reflexionó que, en la mayoría de los casos, el júbilo se producía por la terminación del sermón de Evvy y la esperanza era la de un buen té al poco rato, pero, de todos modos, se emocionó. Era en momentos como aquellos cuando el colegio *en masse* resultaba más conmovedor. Pensó: «Qué bruto soy, qué pobre bruto», aturdido.

Las voces se alzaban por encima de él en dos capas. Las voces roncas y aún vacilantes de los chicos mayores estaban coronadas por las voces de tiple, como gorjeos de los más jóvenes, ásperas en sus bordes al igual que la plata sin trabajar. En medio del coro, Mor podía distinguir, por lo general, la voz de su hijo. La voz de Donald empezaba a cambiar, y parecía posible que, de ese clamor estridente, surgiera un buen barítono. Mor prestó atención, pero no logró oír a su hijo. Quizá a Donald no le apetecía gritar «¡Alabadle!» ese día. Mor volvió la cabeza con cautela hacia las hileras de caras, en busca de Donald. No lo encontró. Después, lo vio al final de la fila, con el devocionario cerrado en la mano. Donald le estaba mirando. Sus ojos se encontraron de golpe y ambos desviaron la mirada.

Mor miró fijamente al suelo. Se sintió desenmascarado. Tenía la

cara caliente y supo que se estaba sonrojando. Acabó el himno. Se elevó la voz de Evvy, y los fieles cayeron de rodillas con gran estrépito. Mor se arrodilló con pesimismo, con una mirada fija y obsesiva en sus ojos abiertos de par en par.

Frente a él veía a Bledyard arrodillado. Tenía los ojos firmemente cerrados, como si quisiera protegerse de una luz violenta, con la cara contorsionada y moviendo los labios. Mor supuso que estaba rezando. Evvy concluyó ciertas peticiones, y todos se levantaron. Mor se quedó esperando las palabras de despedida, con los ojos vidriosos, en previsión de que se encontrara con la mirada de Evvy, de Bledyard o de su hijo.

El pensamiento de que vería a Rain al poco tiempo le invadió como algo dulce e insistente, cálido y sosegado. Tenía una cita con ella dentro de veinte minutos. Le había pedido que se encontraran en las canchas de squash cuando terminara el servicio. Ése era un lugar de reunión adecuado y apartado. Estaba estrictamente prohibido el paso a las canchas los domingos. Sin duda, su alejamiento era la razón por la que estaba prohibido el paso a ellas en todas las ocasiones, excepto para la práctica del squash. En St. Brides estaban prohibidos todos los deportes en domingo, aunque se permitía la natación, que, por alguna razón, no se consideraba un deporte. Las canchas de squash estaban profusamente rodeadas de árboles, y se llegaba a ellas con facilidad por un sendero boscoso que bajaba por el jardín de profesores. Estaban situadas junto a la valla del colegio, en la que, cerca de ese punto, había una puerta no demasiado visible de la que Mor tenía llave. Su intención era recoger a Rain en las canchas y después marcharse. Había sugerido ese lugar de cita para asegurarse un momento de total intimidad en que poder besarla. Le avergonzaba ir a buscarla a casa de Demoyte, y aún no se encontraba en el estado de ánimo adecuado para invitarla a la suya.

El órgano tocaba una marcha animada, y los muchachos salían en fila de la capilla. Mor alzó la mirada, pero ya no pudo ver salir a Donald. La verdad, ¿le había dicho la verdad a Rain? No había hablado sobre los niños. ¿Pero qué podía decir? Mor dio la vuelta y se dirigió hacia la otra puerta arrastrando los pies, justo detrás de Prewett. La música cesó bruscamente, y oyó sus propias pisadas que se arrastraban sin ritmo hacia la salida. Salió. Esperaría un poco a que se dispersaran los otros y marcharía discretamente hacia el lugar de la cita. Deambuló un rato por la colina y esperó en el lindero del bosque.

Había dado la impresión a Rain, de forma deliberada, de que su matrimonio era un completo fracaso, una calamidad, algo que se estaba hundiendo, independientemente de su llegada. Se había mostrado ansioso, muy ansioso, lo sabía, de que Rain lo creyera para

evitar que decidiera marcharse de repente. Quería tranquilizarla y vencer sus escrúpulos. ¿Había exagerado la situación con ese fin? Era cierto que Nan le había dicho con frecuencia: ¿por qué continuamos? Y él nunca le había hecho caso. Pero siempre había creído que Nan no lo decía en serio. Entonces, le había convenido pensar que Nan no lo decía en serio. Ahora le convenía creer que sí lo decía en serio. ¿Cuál era la verdad?

Quizá no lo dice en serio, pensó Mor. Pero ésa no es la cuestión. En lo que respecta a Nan, puede que nuestro matrimonio sea sólido. Pero, ¿cómo no habría de serlo, para ella, si siempre ha sido un arreglo ideado para su conveniencia? Posiblemente, yo también deba decidir si nuestro matrimonio es sólido. Se apoyó contra un árbol, removiendo los helechos con el pie. Por centésima vez, evocó los recuerdos del pasado, recuerdos de las largas disputas con su mujer, de las que salía con la sensación de que se habían roto todos los huesos de su cuerpo, en tanto que ella salía fresca y sonriente, con la burla acostumbrada en sus labios. Pero esa vez, los recuerdos no habrían de cumplir su misión. Mor ya no sentía ira. En su lugar, volvió a ver, tan claro como en una fotografía, la mirada que le había dirigido Donald en la capilla. Cerró los ojos. Dios mío, qué lío había organizado. Sólo había una cosa clara. No renunciaría a Rain. Tantas veces al día como se obligaba a sí mismo a contemplar aquella perspectiva, se le antojaba como la perspectiva de cortarse un brazo a la altura del hombro con un cuchillo mellado.

Había pasado mucho rato. Mor miró su reloj. Llegaría tarde. Dio la vuelta y empezó a caminar por el bosque hacia las canchas de *squash*. Ahora que se había acabado la ola de calor, el tiempo era cálido, suave y nuboso. Un perfume de arena húmeda ascendía del crujiente sendero bajo sus pies y unas pequeñas nubes blancas, entrevistas un momento entre las ramas de coníferas, avanzaban, desplomándose, hacia el valle. Mor empezó a preguntarse dónde iría con Rain aquella tarde. Podían ir en el coche a algún sitio, a algún sitio lejos de allí, quizá a Londres, o quizá a las colinas y después a la costa, al mar. Lenta y tranquilizadoramente, la imagen de Rain se adueñó de sus pensamientos. Le atraía. Apretó el paso.

El sendero por el que caminaba cruzaba otro sendero que bajaba por la colina desde la casa de Prewett. Por allí caminaban sin ruido algunos de los chicos más jóvenes, que se dirigían a la piscina con ropas de baño y zapatos de goma. Al ver a Mor, gritaron «¡Buenas tardes, señor!», y se hicieron a un lado para dejarle paso. Los saludó con un gesto de impaciencia y se apresuró; dejó el sendero y se adentró en el bosque más tupido y bajó la colina a la carrera por entre los helechos y las zarzas que le obstaculizaban el paso, hasta que vio, por entre los árboles, las pálidas paredes de mezcla gruesa

de las canchas de squash. El edificio era simple y oblongo, con una entrada en cada extremo y un tejado de cristal puntiagudo. En el interior, había seis canchas contiguas con un corredor y una estrecha galería que sobresalía para los espectadores. Mor llegó corriendo por la hierba, se precipitó por la puerta y entró en la primera cancha.

Había una persona allí, pero no era Rain. Era Bledyard. Mor tardó un segundo en reconocerlo y otro en comprender que no se encontraba allí por casualidad. Se miraron en silencio. Mor esperó a que hablara Bledyard. Bledyard llevaba su ropa de los domingos, un traje negro y una camisa insólitamente limpia. Dirigió a Mor una mirada ceñuda. Parecía un poco avergonzado. Mor jadeaba tras la carrera y tuvo que apoyarse contra la sucia pared verde de la cancha. Una vez repuesto del primer golpe, se sorprendió poco al ver a Bledyard allí. Todo formaba parte de la locura de aquellos días.

Al fin, Bledyard dijo:

—Le dije que se marchara.

—¿Usted le dijo que se marchara? —dijo Mor. Casi rió ante aquella insolencia—. ¿Cómo se atrevió a hacerlo? No es una niña.

—Bueno, usted sabe que sí es una niña —dijo Bledyard.

—¿Por dónde se marchó? —dijo Mor—. Lamento no poder quedarme para decirle lo que pienso de esta estúpida intromisión.

—Tengo algo que decirle —dijo Bledyard.

—No tengo tiempo para escucharle —dijo Mor. Se quedaron inmóviles unos instantes, Mor con una expresión feroz en los ojos y Bledyard mirando de soslayo al suelo. Mor hizo otro movimiento de impaciencia. Estaba enfadado, preocupado y ansioso por ir a buscar a Rain, allá donde estuviera y, sin duda, angustiado por la incalificable actitud de Bledyard. No obstante, también sentía curiosidad por lo que pretendía Bledyard. Éste aún titubeaba.

—Quiero hablarle sobre lo que está haciendo —dijo Bledyard— a su mujer y a la señorita Carter.

—¿Por qué no se preocupa de sus malditos asuntos? —dijo Mor. Estaba temblando. La impertinencia de Bledyard era casi increíble. Sin embargo, Mor no sintió sus palabras como tal impertinencia.

—Creo que debería reflexionar cuidadosamente —dijo Bledyard — antes de seguir adelante —miró de frente a Mor. Ya no parecía avergonzado.

—Sé que es domingo, Bledyard —dijo Mor—, pero un sermón es más que suficiente. Está hablando de cosas que no conoce en absoluto.

Unos pájaros volaban de acá para allá por encima de sus cabezas, sobre el tejado de cristal verde, sus tenues sombras vacilantes arañando el cristal. Un súbito estrépito de gritos y salpicones desde un lugar cercano anunció que los niños se habían arrojado a la

piscina. Los pájaros se alejaron.

—Es mi deber —dijo Bledyard— advertirle que está actuando mal —se mantenía muy erguido, con los brazos colgando a los lados, los ojos abiertos de par en par y saltones mirando a Mor.

Mor supo entonces que no podía marcharse. Lo lamentó profundamente. También sabía que no podía rechazar a Bledyard con ira o indignación.

—Creo recordar que dijo, no hace mucho —dijo Mor—, que los seres humanos no deben juzgarse entre sí.

—A veces —dijo Bledyard— es un deber ineludible emitir emitir algún tipo de juicio, y entonces, el no juzgar no es un acto de caridad, sino temor a que después nos juzguen a nosotros.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Mor—. Su intromisión es absurda, impertinente y santurrona. Pero en este momento estoy lo bastante loco como para escuchar lo que tenga que decirme —había algo en la seriedad de los modales de Bledyard que, combinado con el apuro en que Mor se sentía de continuo últimamente, le hizo afrontar la discusión en los términos de Bledyard. Añadió—: Permítame que diga de inmediato que dudo que mi conducta sea justificable desde ningún punto de vista.

Bledyard no mostró sorpresa. Replicó:

—¡Ésa es una postura muy fuerte, señor Mor! La cuestión no es lamentarse o gritar *mea maxima culpa*, sino hacer lo que esté bien.

—Bueno, dígame qué es, Bledyard —dijo Mor—. Veo que va a hacerlo, en cualquier caso. —Se sentó en cuclillas, apoyado contra la pared. La parte inferior de la pared estaba cubierta por los tres lados de huellas de zapato negras, hechas por los muchachos durante el juego. La cara de Bledyard colgaba por encima de él a la luz evanescente y verdosa. El tejado se oscureció. Debía estar nublándose. Unas gotas de lluvia repiquetearon en el cristal. Mor se estremeció. Los gritos procedentes de la piscina ascendían sin disminución.

—Usted sabe lo que es —dijo Bledyard—. Está profundamente atado a su mujer y a sus hijos y profundamente arraigado a su propia vida. Pero si rompe rompe esos lazos, destruirá una parte del mundo.

—Es posible —dijo Mor—, pero entonces podré construir otra parte —lo que dijo sonó vacío y trivial a sus propios oídos—. ¿Y cómo puede usted, un intruso, enjuiciar el valor de esos lazos, como usted los llama, en términos de felicidad humana?

—¿Felicidad? —dijo Bledyard, con un gesto de incomprensión—. ¿Qué tiene que ver la felicidad con esto? ¿Imagina que usted, o cualquiera, tiene algún derecho a la felicidad? Esa idea es una guía muy pobre.

—Puede que lo sea —dijo Mor—, ¡pero es la única que tengo! —hablaba con amargura.

—Eso no es cierto, señor Mor —dijo Bledyard. Se adelantó y se inclinó hacia Mor, con su largo pelo ondeante—. Existe algo que se llama respeto de la realidad. Usted vive en sueños ahora, sueños de felicidad, sueños de libertad. Pero, en todo este asunto, sólo se tiene en cuenta a sí mismo. No aprehende realmente el ser, distinto a los demás, de su mujer ni de la señorita Carter.

—No le comprendo, Bledyard —dijo Mor. Hablaba con fatiga. Se sentía extrañamente acorralado en el cuadrado oscuro y monocromo de la cancha de squash, que, de súbito, parecía una celda.

—Imagina —dijo Bledyard— que vivir en un estado extremo significa, necesariamente, descubrir la verdad sobre uno mismo. Lo que se descubre entonces es la violencia y el vacío. Y usted hace una virtud de ello. Pero mire más bien a los otros y anúlese a sí mismo al tomar conciencia de ellos.

—Mire, Bledyard —dijo Mor—, incluso si se diera el caso de que yo pudiera dejar a un lado toda consideración sobre mi propia felicidad y mi propia satisfacción, no sabría qué hacer.

—Miente —dijo Bledyard. Hablaba en un tono uniforme y tranquilo—. No sabe ni remotamente lo que sería dejar a un lado toda consideración de su propia satisfacción. No piensa en otra cosa. Vive en un mundo imaginario. Pero si se preocupara realmente por los otros y dejara las puertas abiertas a cualquier herida que pudieran infligirle, se enriquecería de una forma que ahora no puede ni siquiera concebir. Los dones del espíritu no atraen a la imaginación.

Se produjo una explosión de gritos ensordecedores en la piscina. Parecía como si hubieran abierto las puertas del infierno.

Mor guardaba silencio. No sabía qué contestar a Bledyard. Dijo:

—Es probable que yo no sea capaz de hacer lo que dice. Tal austeridad no estaría a mi alcance. Ahora estoy demasiado comprometido incluso para intentarlo. Quizá sea también que no tengo una idea tan elevada como usted de esos «lazos» y de ese «arraigamiento». Todo lo que puedo decir es que éstas son mi situación y mi vida y que yo decidiré qué hacer con ellas.

—Habla como si esto fuera una especie de virtud —dijo Bledyard —, habla como si ser un hombre libre consistiera sólo en conseguir lo que se quiere sin tener en cuenta las convenciones. Pero la verdadera libertad consiste en la ausencia total de preocupación por uno mismo —Bledyard hablaba con gran seriedad y rapidez y apenas tartamudeaba.

Mor se puso en pie. El tono didáctico de Bledyard empezaba a enfurecerle. Ya se había humillado lo suficiente ante aquel hombre.

—No desprecio lo que dice, Bledyard —dijo—. Estoy seguro de que es usted muy sensato. Pero carece de toda relación con mis problemas. Y ahora quisiera pedirle una cosa, y es que no moleste a la señorita Carter con charlas de este tipo.

Al pronunciar su nombre, se alteró la atmósfera. Bledyard alargó la cabeza hacia delante y dijo en tono excitado:

—Sabe que está haciéndole daño daño. Está disminuyéndola al comprometerla en esto. Un pintor sólo puede pintar lo que es. Usted impedirá que sea una gran pintora.

Desvaría, pensó Mor. Pero, de todos modos, aquellas palabras le hirieron profundamente. ¿Por qué era tan paciente con aquel maniático? Los gritos del fondo se alzaban *in crescendo*. Tuvo que elevar la voz para asegurarse de que Bledyard le oyera.

—¡Déjenos esto a ella y a mí! —dijo—. Usted no es nuestro guardián. Y ya basta.

Bledyard continuó, excitado:

—Ella es joven, su vida está empezando empezando, tendrá muchas cosas...

—¡Oh, cállese, Bledyard! —dijo Mor—. ¡Dice todo esto porque está celoso, porque está enamorado de ella!

Se oyó el agudo sonido de un silbato en la piscina. Se hizo el silencio de inmediato. El ruido de los chapoteos disminuyó y cesó. También había cesado la lluvia, y se produjo una calma repentina y sobrecogedora. Mor se arrepintió amargamente de lo que había dicho. Bledyard se quedó mirando la pared, guiñando los ojos con una expresión ligeramente paciente y confusa en la cara.

Entonces Mor oyó muy cerca el sonido de unas voces. Procedía del otro lado de la pared. El estruendo de la piscina debía haberlo sofocado hasta entonces. Alguien hablaba en la cancha contigua. Mor y Bledyard se miraron. Escucharon durante unos momentos. Mor atravesó el corredor a zancadas y entró en la segunda cancha de squash, seguido por Bledyard.

El cuadro con que se enfrentaron era el siguiente. Donald Mor estaba reclinado contra la pared, una pierna extendida y la otra doblada. En el suelo estaba Jimmy Carde, con los hombros apoyados contra la pierna levantada de Donald, las piernas cruzadas y balanceando un pie.

Los cuatro se miraron. Después, como si tiraran de ellos desde arriba con unos cables, los dos muchachos se pusieron de pie. Se quedaron rígidos y atentos, en espera de la bronca que habría de venir.

Mor los miró y estalló toda su ira reprimida:

—¡Largo! —dijo con voz profunda y colérica. Bledyard y él se hicieron a un lado. Los chicos pasaron entre ellos sin decir palabra.

Se oyó una distante campana que anunciaba la hora de estudio. Mor y Bledyard se encaminaron por el sendero que conducía al colegio.

Capítulo catorce

Felicity empezó a nadar de vuelta a la orilla, con movimientos lentos y largos. El mar estaba totalmente en calma. Nadaba a braza, muy despacio, tratando de romper la superficie lo menos posible. El agua besaba su barbilla como si fuera aceite. El sol le calentaba la frente y secaba las gotas de sus mejillas. Estaba en el ocaso, pero aún poseía triunfalmente el cielo. La costa estaba desierta. Felicity se encontraba en una bahía rocosa, en la que, con marea baja, quedaba al descubierto una gran extensión de cantos rodados, apilados en la base del acantilado. Con marea alta, el agua los cubría y no se podía llegar hasta allí. Más allá del promontorio, y a ambos lados, había extensiones de arena, en las que se agrupaban los bañistas. Pero no había nadie. Esto era muy importante en ese momento, puesto que Felicity estaba a punto de celebrar una ceremonia mágica.

A edad muy temprana, Felicity se había percatado de que debía tener poderes psíquicos. Había descubierto una señal de bruja en su cuerpo. Se trataba de una protuberancia muy pequeña un poco más abajo del pezón izquierdo, que no era un lunar corriente. Parecía más bien un pezón adicional. Felicity sabía que las brujas estaban provistas de esas marcas para que sus familiares pudieran chuparlas y, aunque no le atraía la idea de proporcionar ese tipo de hospitalidad a un ser del otro mundo, le complació descubrir que, sin duda, tenía aquel don especial, y esperaba con interés manifestaciones posteriores.

Hasta entonces no había ocurrido nada extraordinario. Felicity no poseía información acerca de cuándo llegaban las brujas a la mayoría de edad. Es cierto que se había producido el advenimiento de Angus, pero Angus, aunque a veces le resultaba extraño y asombroso a Felicity, siempre se había manifestado con una especie de modestia que ella reconocía como característica, bajo una forma

que no chocara con la sensibilidad de las otras personas no psíquicas que rodeaban a Felicity. Su hermano, tuvo que concluir con cierta reluctancia, no poseía poderes psíquicos. Durante mucho tiempo, Donald fingió que veía a Angus, pero para Felicity estaba muy claro que sólo lo había fingido. Asimismo, había participado con ella en diversos ritos mágicos, pero Felicity observó con pesar que la actitud de Donald en esas ceremonias había sido muy frívola. Donald no poseía la naturaleza paciente y meticulosa que requiere un mago. Siempre olvidaba algún detalle y decía que no importaba, o empezaba a reírse a la mitad. De hecho, debido al descuido no psíquico de Donald, nunca habían llevado a cabo los rituales mágicos de forma completa, y en magia, no completar las cosas es fatal.

Felicity estudiaba magia con sumo cuidado en cuantos textos originales caían en sus manos. No obstante, le apenaba haber descubierto que cualquier ceremonia mágica que quisiera tener alguna utilidad implicaba el derramamiento de sangre. Felicity ansiaba cumplir su destino. Por otra parte, la idea, por ejemplo, de sujetar un gallo blanco e inmaculado entre sus rodillas, decapitarlo y beber la sangre en su mano derecha no le atraía lo más mínimo. Finalmente, decidió que, como para ella el derramamiento de sangre era tabú, era libre de inventar sus propias ceremonias. Estaba segura de que eso agradaría a Angus, que se ofendería mucho por cualquier derramamiento de sangre, especialmente de sangre animal. Angus quería mucho a los animales. Felicity, por razones prácticas, nunca consideró con seriedad la posibilidad de que a Angus le gustara un sacrificio humano. Por tanto, había empezado a crear sus propios ritos, y un día, en víspera de Año Nuevo, escribió, bajo inspiración, un pequeño compendio de diversos rituales, algunos de los cuales había intentado realizar, en vano, con la ayuda de Donald.

En esta ocasión, Felicity intentaba, por primera vez, llevar a cabo uno de esos rituales, y llevarlo a cabo en toda su integridad. Había decidido esperar, antes de poner en funcionamiento su plan, una manifestación de Angus. Angus no aparecía desde hacía algún tiempo. Aquella mañana, no obstante, le había visto. Había adoptado la forma de un hombre con zancos, que llevaba unos pantalones muy largos de cuadros azules y blancos y sombrero de copa. Se topó con él de súbito, al doblar una esquina. Él se dirigía a una feria que se celebraba en unos prados situados a media milla de distancia. No dijo nada, pero saludó a Felicity quitándose el sombrero con solemnidad. Era muy temprano y no había nadie por los alrededores. La súbita aparición de aquella alta figura asustó mucho a Felicity un momento. Pero en seguida adivinó su identidad y corrió a casa para empezar a hacer los preparativos.

Éste era uno de los ritos más horribles y también uno de los más complicados. Había recogido los chismes de antemano y los colocó sobre una roca grande y plana situada justo al borde del agua. Para esta ceremonia en particular era necesario elegir un lugar junto al agua y una hora en que la luna y el sol se encontraran en el cielo al mismo tiempo. Por fortuna, la luna se elevó pronto y su aparición coincidió aproximadamente con la marea baja. Felicity consideró aquello como un buen augurio. Eran casi las ocho y el sol, que se ponía por el promontorio, era aún fuerte. La luna era grande y pálida, con un color y consistencia como de queso de crema, y se alzaba justo por encima del mar. Felicity trepó a la roca, manteniendo su cuerpo goteante apartado del material mágico. No había nadado por placer. Formaba parte del rito. Era esencial un baño purificador; también lo era llevar ropa sin costuras y sin mangas. El traje de baño de Felicity cumplía el segundo requisito. Se secó cuidadosamente con una toalla nueva y sin usar que había comprado esa mañana.

Una vez seca, empezó a preparar el escenario. El agua, muy quieta, lamía la roca. Era el momento muerto de la marea baja. Felicity trazó un círculo de arena sobre la roca y dentro de éste, un triángulo de sal. En los arcos del círculo exteriores al área del triángulo colocó ramilletes de amapolas y escaramujos. En los vértices del triángulo, que apuntaban hacia el mar, colocó una linterna toda ensortijada con hierbas. Estaba dirigida hacia el centro del triángulo y debía estar encendida cuando empezara la ceremonia. En el ángulo derecho del triángulo había una copa de cobre que contenía vino blanco, una navaja nueva, que también había adquirido ese día, un paquete de alcanfor y áloes, una botella grande de combustible para encender, una caja de cerillas con un pequeño escarabajo vivo, el silbato supersónico que Felicity había cogido a su hermano y un mazo de cartas de tarot. En el centro del triángulo había un trípode, bajo el que colocó unas ramitas de laurel mezcladas con virutas de madera. Sobre el trípode, una cacerola de aluminio sin asas, que contenía leche y aceite de oliva. En el ángulo izquierdo del triángulo se encontraba una figura con forma humana, de unas ocho pulgadas de altura, hecha con las medias de nailon de la señorita Carter rellenas de papel. Junto a la figura había una horquilla de rama de avellano, porque la figura no podía tocarse con la mano durante la ceremonia. También había una caja de cerillas que Felicity había metido en la pechera de su traje de baño.

Ya estaba todo dispuesto. Felicity empezaba a sentirse nerviosa y un poco asustada. Miró a uno y otro lado de la playa. No había nadie a la vista. Sólo los cantos rodados se extendían en ambas direcciones, apilados al azar, pardos e informes. Miró al mar. El sol

poniente lanzaba sus últimos destellos sobre el agua. La luna estaba más alta, más pequeña y menos pálida. Por entre la luz brumosa, una forma negra se acercaba lenta y calmosamente hacia ella, muy cerca de la superficie del agua. Era un pequeño cuervo marino. Se dirigió en línea recta hacia la playa y se colocó en una roca a corta distancia. Felicity encendió la linterna. La luz atravesó una guirnalda de hojas e iluminó la superficie desigual de la roca.

Inició la ceremonia con dos invocaciones silenciosas. La primera era la invocación al Espíritu a quien los ritos obligarían a hacer lo que ella deseaba. Ese Espíritu no era Angus, sino uno mayor que él, a quien Felicity no había dado nombre, y hacia quien dirigía sus pensamientos sólo en raras ocasiones. La invocación carecía de palabras. Felicity tenía anotados varios hechizos para utilizarlos en tales ocasiones, pero le parecían tan estúpidos que había decidido abandonar el medio vulgar de las palabras. También sabía que no era necesario ni deseable especificar con exactitud lo que quería que ocurriera. La naturaleza general de la ceremonia lo aclaraba lo suficiente, y podían dejarse los detalles a cargo del Espíritu con toda tranquilidad. La segunda invocación, también sin palabras, la añadía Felicity a todas sus actividades mágicas. La realizaba al objeto de que, fuera lo que fuese lo que el Espíritu o espíritus decidieran hacer como resultado de los ritos, no revelaran el futuro. Felicity sentía horror ante el conocimiento del futuro. Temía descubrir que fuera un castigo por poseer poderes psíquicos, y le inquietaba saber que, a menos que se controlen con todo cuidado, los espíritus tienen tendencia a precipitar el advenimiento de las cosas.

A continuación, Felicity cogió la navaja nueva y se practicó una pequeña incisión en el brazo. Lo utilizaría más adelante, pero pensó —inspirada por Angus, como muy bien sabía— que sería aconsejable practicar la incisión antes de utilizar la navaja para otros propósitos diferentes. Después, cortó las ramas de laurel y les prendió fuego. Aquello no tuvo mucho éxito. Las virutas de madera ardieron alegremente, pero las ramas, que estaban un poco verdes, sólo se ennegrecieron por los bordes. Tras varios intentos, empezaron a arder y se calentaron la leche y el aceite que contenía la cacerola. Felicity arrojó al fuego el alcanfor y después los áloes. Las llamas surgían amarillas y verdes, y bajo el trípode se elevaba un extraño olor picante. Después de que se hubieron quemado algunas ramas de laurel, Felicity dejó apagarse el fuego y raspó con todo cuidado un poco de ceniza, tras asegurarse de que ésta provenía de las ramas de laurel, y la echó en la copa de cobre que contenía vino blanco. Removió el líquido y la acercó a sus labios. El sabor distaba mucho de ser agradable. Felicity bebió uno o dos sorbos y la dejó. El ritual no exigía más, y temía envenenarse. A continuación, cogió el mazo

de cartas de tarot.

Aquel era un momento crucial, puesto que si las cartas resultaban desfavorables o carecían de significado, no podría proseguir la ceremonia. Felicity sabía por experiencia que podía interpretar casi cualquier combinación de cartas de forma favorable a sus propósitos. Ésta era una de sus dotes psíquicas. De todas formas, estaba nerviosa por lo que pudieran decirle las cartas. Con respecto al tarot, Felicity había desarrollado su propio simbolismo. Había identificado varias figuras con personas que conocía, y las personas más importantes de su mundo aparecían, por lo general, bajo dos roles. Su padre era el emperador y también el rey de espadas. Su madre era la emperatriz y la reina de espadas. Donald era el malabarista y el loco. Ella era la reina de copas. La figura mística del Papa representaba a la persona desconocida que habría de aparecer un día para transformar su vida. La figura de la papisa o suma sacerdotisa era su propia personalidad transformada, aún distante y cubierta por un velo. A efectos de aquella ceremonia, la señorita Carter estaba representada por la carta de la luna y por la reina de oros.

Felicity tenía en su mano sólo las cartas de los arcanos mayores y las cartas de figuras de los cuatro palos. Eso reducía las posibilidades de una combinación no significativa. Cortó el mazo y extrajo cinco cartas, que colocó boca abajo sobre la roca. Se detuvo con solemnidad, sin aliento. Después empezó a volver las cartas una a una. Miró y apenas pudo creer lo que tenía ante sus ojos. De izquierda a derecha, las cartas que había extraído eran las siguientes: la emperatriz, el rey de espadas, la torre rota, el ahorcado y la luna. La interpretación era muy fácil y muy favorable para la ceremonia. La carta central siempre era crucial. Felicity tomó la torre herida por el rayo que simboliza el rito mágico en sí mismo, que separaría a su padre de la señorita Carter. La carta de su padre y la de la señorita Carter estaban situadas en lados diferentes de la torre. Su padre aparecía bajo su forma material como rey de espadas, no como emperador, su forma espiritual.

Las dos mujeres aparecían bajo su forma espiritual. Pero su madre estaba situada junto a su padre, en tanto que la señorita Carter se encontraba en el otro extremo, junto al ahorcado. Felicity no supo interpretar el ahorcado, pero decidió que éste no tenía importancia. En cualquier caso, el augurio era muy favorable.

Prosiguió la ceremonia. El siguiente paso consistía en producir un largo pitido con el silbato supersónico. Era el llamamiento al Espíritu. Al principio, y para desconcierto de Felicity, el silbato emitió un pitido sónico, pero al soplar más fuerte, la nota se elevó más y más hasta desaparecer. Miró a su alrededor para comprobar si había asustado al cuervo. Aún estaba allí. Después, cogió con sumo

cuidado la caja de cerillas que contenía el escarabajo. Era un escarabajo negro y brillante, vigoroso y saludable. Felicity se trasladó al ángulo del triángulo en el que se encontraba la linterna, cuya luz parecía más brillante ahora que había desaparecido el sol tras el promontorio, y volcó la caja sobre la roca. A continuación, empujó al escarabajo para que la cabeza apuntara hacia el centro del triángulo y lo dejó marchar. El insecto empezó a caminar. Debía determinar el lugar exacto en que se consumaría el rito. Como si supiera lo que se esperaba de él, el escarabajo caminó despacio por la roca y se detuvo en una pequeña depresión, no lejos de la figura. De inmediato, Felicity empezó a retorcerse el brazo. Brotó un poco de sangre de la cortadura que se había practicado con la navaja. Con la yema del dedo la mezcló con un poco de la poción lechosa y puso una gota sobre la roca, frente al escarabajo. Como éste no mostrara interés por la ofrenda, Felicity le empujó con suavidad hacia allí y lo metió de nuevo en la caja de cerillas, con todo cuidado. Después, colocó la cacerola caliente con la leche y el aceite sobre el lugar en que estaba la mancha de sangre y leche.

Cogió la botella de combustible, vertió una buena cantidad en la cacerola e intentó prender fuego al contenido. No se encendió. La cerilla cayó chisporroteando en la mezcla grisácea. Felicity estaba frenética. Todo iba a estropearse en el último momento. Encendió cerilla tras cerilla. Estaba al borde del llanto. Ocurriera lo que ocurriese, no podía quemar la figura directamente. Finalmente, cogió una hoja de laurel ennegrecida y la dejó flotando en la cacerola. Al mismo tiempo, cogió la figura con la horquilla de avellano. Aplicó una última cerilla al laurel. Se produjo una llamarada rápida, en tanto que Felicity acercaba la figura y la colocaba entera en la llama ascendente. La llama se apagó de inmediato, pero la figura ya había prendido. Felicity había tomado la precaución de empaparla totalmente en combustible de encendedor. La figura se quemaba rápidamente. Felicity rodeó el círculo, manteniendo los pies en el triángulo, recogió las amapolas y las rosas silvestres y las arrojó al mar. La marea subía. El agua gorgoteaba hacia adelante y hacia atrás en los tres lados de la roca. El sol estaba casi oculto y el contorno de la tierra era morado y duro. Empezaba a brillar la luna. Se había hecho muy pequeña, un botón de plata brillante en un pedazo de cielo verdoso. Refulgía, siniestra, sobre Felicity. La muchacha contemplaba con ojos desorbitados la figura ardiente. Una brisa helada soplaba del mar y aventaba las llamas.

Nan tenía los pies metidos en el agua. Con marea baja, quedaba al descubierto una capa de guijarros que se extendía más allá de la

arena. Cuando estaban mojados eran multicolores y muy hermosos, pero al secarse se ponían grises. Le hacían un poco de daño en los pies, pero siguió caminando, mientras el agua, muy quieta, le acariciaba los tobillos. Llegaba a la orilla en apenas un murmullo. La marea debía estar a punto de cambiar. Miró el mar. El sol se ponía y cubría su extensión con una luz delicada. La luna acababa de aparecer, con una cara grande y pálida, melancólica y picada de viruela. Ya no quedaba mucha gente en la playa. Esperaba haber encontrado a Felicity allí, pero no veía señales de la niña. Parecía como si quisiera evitarla.

Desde el regreso a Dorset, los pensamientos de Nan habían atravesado diferentes fases. No había reflexionado tanto en su vida. Su existencia normal no había exigido reflexión; por el contrario, la había excluido. Había estado firmemente incrustada en su vida, como si fuera una concha con todas las grietas bien tapadas. Había habido problemas, por supuesto, y momentos en que fue necesario tomar una decisión, pero Nan no recordaba haber tenido jamás dudas acerca de un asunto de importancia. Siempre había comprendido, siempre había sabido qué hacer, y cuando se trataba de convencer a su marido para que compartiera su opinión, el proceso de razonamiento había sido tranquilizador y familiar, como si se tratara siempre de una misma discusión.

Ahora se había retirado la presión que la realidad ejercía sobre ella y se había quedado a solas en el centro de un vacío en que, de pronto, tenía que volver a determinar la forma y dirección de su existir. No obstante, fue sólo en el transcurso de los dos últimos días cuando Nan había tomado conciencia de la frialdad del mundo. Había regresado de Surrey en un estado de ánimo nada alegre, pero, al menos, enérgico y confiado. Durante el viaje se entretuvo en pensar intermitentemente en Tim Burke. La había herido profundamente el enterarse por medio de Bill de que Tim lo sabía todo y que era, quizá, cómplice y confidente. Al reflexionar sobre ello, Nan experimentó un sentimiento al que raras veces se abandonaba. Sintió pena de sí misma. Sólo una vez durante aquellos años, años que a veces habían sido desalentadores y monótonos, había tendido una mano hacia otra persona, y la habían traicionado. También se sentía triste, porque sabía que con esto desaparecería de su vida una especie de fragancia, una pincelada de color. La idea de que Tim Burke la apreciaba, aunque nada había ocurrido entre los dos, había sido un consuelo para ella, pero ya no lo sería nunca más. Más adelante, no obstante, Nan empezó a sentirse menos extremista, más dispuesta a perdonar a Tim por lo que sabía, y menos inclinada a interpretarlo como una traición.

Fue entonces cuando dejó que volviera a su conciencia el

recuerdo de los dos tumbados en el sillón. Recordaba la escena con detalle y todo lo que Tim había dicho. Meditó sobre ello. Ya era como recordar el pasado remoto, algo tierno y triste y totalmente desechado. Quizá, después de todo, sería mejor que Tim desempeñara su antiguo papel para que todo volviera a ser como antes. Todo debía ser como antes. La idea de que debía serlo y de que así sería, le resultó tranquilizadora. Comprendió sobriamente lo mucho que le habría echado de menos.

Sus pensamientos recayeron sobre Bill. La sensación de alivio que Nan había experimentado durante la conversación con Bill, al encontrarse una vez más en control de la situación, no la abandonó en varios días. Durante ese tiempo, cuando pensaba en la conversación, incluía todos los detalles de su ataque, fuerte y brioso. Apenas recordaba las respuestas de Bill. Tenía total confianza en que llevaría a cabo sus instrucciones. No le preocupaba saber con qué exactitud serían llevadas a cabo. Pero al volver con Bill, se encontraría con que lo había hecho, y entonces procuraría cumplir su promesa de no mencionar lo ocurrido nunca más. Le complacía haber mantenido todo el tiempo una conducta civilizada y racional. Fundamentalmente, Nan consideraba la situación por entonces como un drama que podía acomodar a sus propias pautas. Experimentaba la satisfacción de saber que estaba en lo cierto, que podía imponer su voluntad y que lo hacía con misericordia.

No obstante, y casi en el mismo momento, la invadieron otros sentimientos un tanto irracionales. No podía olvidar lo que había visto al entrar por la puerta del salón. Poco a poco, la idea de que Bill había abrazado y besado a la chica, y con toda seguridad, más de una vez, se convirtió en realidad para Nan. De aquí a pensar que Bill aún la estaba abrazando y besando no había mucha distancia. Pero Nan no dio aquel paso de inmediato. Nunca había experimentado celos anteriormente; sabía que eran el tipo de sentimientos en que sería neurótico e irracional recrearse. Así que los rechazó. Pero no se dejaban rechazar.

Nan empezó a tener pesadillas. Esto también constituía una novedad para ella. Por regla general, no era consciente de haber soñado. Ahora, la imagen de su marido la perseguía durante toda la noche. No soñaba con la chica. Nan empezó a pensar en su marido. En esos pocos días pensó en Bill con más intensidad que nunca desde que se enamorara de él. Su cara le perseguía. Destacaba sobre las demás cierta imagen; le veía como tantas otras veces, por la mañana, junto a ella, en aquellos días en que compartían la cama, cuando ella se despertaba primero; veía la cara cansada, dormida y sin afeitar de un hombre. Empezó a echarle de menos. Empezó, aunque no permitió que se convirtiera en una sensación clara, casi a desearle.

Fue al día siguiente cuando comenzó a asustarse. Se preguntaba qué estaría ocurriendo en ese mismo momento.

Empezó a dudar de que se llevaran a cabo sus instrucciones. Recibió una carta de Bill en contestación a la suya. Era muy vaga. En absoluto tranquilizadora. Le resultaba más inquietante porque Bill acostumbraba a ser directo y no le gustaban las ambigüedades. Empezó a despertarse por la noche y a especular sobre lo que estaría haciendo Bill. Empezó a desarrollar fantasías catastróficas y detalladas. Deseaba profundamente no haber regresado a Dorset, pero aún no podía volver a Surrey. Recordaba lo que había dicho Bill en la conversación. Eran ahora sus propias palabras las que, en el recuerdo, aparecían brumosas y carentes de importancia, en tanto que las de Bill destacaban agudamente. Perder a su marido se le presentó como una posibilidad real.

Durante aquellos días, Nan no hablaba con nadie, excepto con Felicity, y sólo de cosas corrientes. En cualquier caso, Felicity la evitaba y salía de casa inmediatamente después de cada comida y desaparecía en la playa o en el campo. Nan no sentía ningún deseo de hablar con franqueza a su hija. Pero deseaba cada vez más la compañía de la muchacha, porque cada vez le resultaba menos agradable estar sola. Había venido a buscarla por la playa, sin el menor resultado. La bahía arenosa estaba casi desierta. El sol poniente y el viento fresco habían obligado a las pocas familias que aún permanecían allí a regresar a toda prisa a sus casas. Los pies de Nan estaban helados. Los secó con un pañuelo y se puso los zapatos.

En su vagabundeo había llegado junto al promontorio tras el que la costa se hacía desigual y rocosa. Sabía que a Felicity le gustaba sentarse a solas en aquella desolada bahía de rocas. Pensó que miraría detrás del promontorio antes de regresar a casa. No quería volver todavía a la casa vacía. Empezó a caminar por los guijarros. Ya se veían las rocas. Era difícil subir a ellas con zapatos de tacón alto. Aquellas rocas movedizas entristecían a Nan. Redondas, colocadas al azar, separadas, estaban esparcidas al pie del acantilado y el mar las movía un poco cada vez que las cubría. Eran terribles y carentes de sentido. Mientras Nan se mantenía en equilibrio, a punto de saltar de una roca a otra, oyó un lamento agudo que se elevó más y más y luego se desvaneció. No se parecía al grito de un pájaro. Se quedó inmóvil un momento, se estremeció y continuó saltando con dificultad de una superficie lisa y oscilante a otra. Tardó un poco hasta rodear el promontorio lo suficiente como para ver la bahía próxima. De súbito, se elevó cerca de ella una cosa grande y negra, y se alejó lentamente hacia el horizonte, negro en la brillantez del sol. Nan se asustó. Pero era sólo un cormorán.

El cielo era de un azul intenso y oscuro en el cenit, pero la luz

dorada, que aún se reflejaba en capas sobre el agua, deslumbró a Nan un instante. Cuando ésta se detuvo, ya se estaba desvaneciendo. Después, a medida que sus ojos se acostumbraban al escenario, vio unas extrañas llamas que saltaban por encima de una roca no muy lejana. Una figura se mantenía muy erguida en la roca, que estaba rodeada por la marea. Era Felicity. Nan gritó y atravesó las rocas a toda prisa, aproximándose a su hija. En cuanto Felicity vio a su madre, empezó a recoger precipitadamente el montón de cosas que había sobre la roca. Después barrió la roca con la mano y de un manotazo arrojó al mar cuanto quedaba, incluso la pequeña hoguera que había ardido en la roca. Permaneció sobre la superficie del agua, donde continuó ardiendo en medio de unas hojas y flores dispersas que allí flotaban.

Asombrada, Nan se aproximó a la roca y se quedó allí, mirando a Felicity. A pesar del frío de la tarde, Felicity sólo llevaba el traje de baño. Había una gran cantidad de extraños botes y botellas sobre la roca. Parecía como si hubiera estado merendando. Pero debía haber sido una extraña merienda. La hoguera continuó en la superficie del agua y la marea la transportó casi hasta los pies de Nan, donde ardió de una forma misteriosa. Felicity contemplaba las llamas, como paralizada.

—Cariño —dijo Nan—, ¿te has vuelto loca? Te vas a morir de frío ahí parada sin nada encima. Hace un viento bastante frío ahora que se ha puesto el sol. Y si no te apresuras, te quedarás aprisionada en esa roca. ¿Dónde está tu ropa?

—Aquí —dijo Felicity en tono apagado. La sacó del otro lado de la roca.

—Tíramela —dijo Nan—, y será mejor que me des esas otras cosas también, sean lo que fueren; después, cruza tú. Vas a tener que meterte en el agua.

Un ancho canal fluía entre la roca en que se encontraba Felicity y la tierra firme. La hoguera, aún encendida, flotaba sobre él.

—¿Qué has quemado? —dijo Nan—. Tiene un olor muy raro, y es extraño que no se haya apagado.

Las llamas se elevaban por encima de la brillante superficie de la marea, que fluía suavemente, y se reflejaban en ella. El sol ya se había ocultado y el aire se había hecho más denso con el crepúsculo. De súbito, se apagó el fuego y sólo quedó un pequeño bulto ennegrecido flotando cerca del borde de la roca.

Nan se agachó, fascinada, para sacarlo del agua.

—¡No lo toques! —dijo Felicity—. ¡Toma, coge esto! —envolvió las ropas en una toalla y las tiró. Nan retrocedió rápidamente y las cogió. Después, y como enfebrecida, Felicity empezó a meter todos los objetos que quedaban en una bolsa, que lanzó con cuidado por

encima del canal. Aterrizó limpiamente en una roca. A continuación, Felicity saltó al agua. El frío la hizo jadear. Empezó a caminar hacia donde se encontraba Nan. Por el camino, golpeó con las manos el objeto carbonizado que aún flotaba. Se desintegró por completo.

Nan tenía la toalla dispuesta. Empezó a restregarla por la espalda de Felicity vigorosamente, como había hecho tantas veces cuando era pequeña.

—¡Me haces daño! —dijo Felicity. Y empezó a llorar.

—¡Vamos, vamos! —dijo Nan—, ¡Qué llorona! Siempre te estás quejando. Ponte la camiseta rápidamente y dime qué ocurre.

Felicity temblaba de frío. Se puso la camiseta y empezó a manosear su vestido. Dijo:

—Vi una mariposa que volaba hacia el mar. Se perderá y morirá —se metió el vestido por la cabeza. Aún lloraba.

—¡Qué tontería, niña! —dijo Nan—. Puede volver otra vez, ¿no? Además, pueden volar durante millas; a veces vuelan hasta Francia. Ése no es motivo para llorar.

Felicity se sentó. Ya casi había anochecido. La luna brillaba en un cielo azul oscuro y sin nubes y dejaba ver los montones de rocas derribadas. Felicity intentaba secarse los pies. Nan los tocó. Estaban rígidos y fríos como el hielo.

—Vi un pez —dijo Felicity— que había pescado un hombre. Era un pez grande. Estaba abandonado en la arena y luchaba y boqueaba. Quise levantarlo y devolverlo al mar. Pero no tuve valor para hacerlo —su voz se quebró en renovados sollozos.

Nan se inclinó, mientras frotaba un pie blanco con sus manos. Sintió brotar el llanto. Respiró profundamente y empezó a llorar. Sentada allí, aún sujetando el pie de su hija, lloró abiertamente. La luna brillaba sobre las dos.

Capítulo quince

Durante aquellos días, Mor aprendió lo que significa tener la mente enferma. Ya no había ningún punto en el que pudieran encontrar descanso sus pensamientos. Volaban, torturados, de un lugar a otro. Sólo al absorberse en los deberes rutinarios del colegio podía encontrar, no ya paz, sino los medios para continuar su existencia. Se sentía bajo una intolerable tensión física, como si su cuerpo pudiera romperse en pedazos en cualquier momento. Empezaron a preocuparle otros extraños síntomas físicos. Un desagradable olor persistía en su nariz, como si percibiera, literalmente, el azufre de sus axilas, y de tiempo en tiempo se adueñaba de él la curiosa fantasía de creer que su carne se estaba volviendo negra. Continuamente tenía que mirarse las manos para asegurarse de que no era así. Le atormentaban las pesadillas, en el sueño y en la vigilia, y un mal sueño arrastraba otro consigo, como si se fueran abriendo las compuertas y saliendo todos. El mundo a su alrededor parecía haberse vuelto igualmente loco y odioso. Los periódicos estaban llenos de historias de violencia grotesca y de crímenes antinaturales. No sabía ni cómo seguir ni qué hacer para que aquellos horrores acabaran.

Parte de su tormento se debía a que Rain estaba igualmente atormentada. Había dejado de pintar y había dicho al señor Everard que el cuadro estaba terminado. Incluso estaba fijada la fecha para la maldita cena de presentación. Su decisión angustiaba a Mor, no porque imaginara que pudiera importar, ya que la fecha oficial de su partida fuera más tarde o más temprano, sino porque se sentía responsable por haber estropeado el cuadro. Aunque no pensaba que, a la larga, fuera a dañar su vocación, ni que pudiera hacerlo, le resultaba imposible olvidar lo que le había dicho Bledyard. Rain había intentado mejorar el cuadro, volver a pintar la cabeza. No lo

había hecho porque la había reducido al mismo frenesí en que él mismo se encontraba.

Mor estaba en la estación de Waterloo. Esperaba a Rain, que llegaría en tren. Tenía que resolver algunos asuntos del colegio en Londres, y habían acordado que se encontrarían después del almuerzo, cuando los hubiera resuelto, y que pasarían el resto del día en la ciudad. Mor observó, desesperado, que ahora el estar juntos ya no era bálsamo suficiente contra la infelicidad; necesitaban novedades y distracciones. En esto consiste ser uno de los condenados, pensó.

Aún tenía que esperar cinco minutos hasta que llegara el tren. Empezó a sonar música por un altavoz. Mor miraba a la gente que se apresuraba de un lado a otro del vestíbulo, amplio y resonante, situado entre las taquillas y los andenes. La música proporcionaba unidad a la escena, de tal forma que llegó a tener el aspecto de un ballet demencial, misterioso, desolado y siniestro. Los bailarines se deslizaban por el escenario y cambiaban constantemente de dirección con precisión inmarcesible. Mor miró hacia otro lado. Compró un periódico y lo abrió rápidamente. Tropezó con unos terribles titulares. *Novio mata a su novia en un accidente de automóvil. Posible contaminación de la atmósfera terrestre: grave aviso de los científicos*. Mor arrugó el periódico y lo tiró a una papelera. Se sentó en un banco y encendió un cigarrillo. Le hubiera gustado beber algo, pero era media tarde. Bebía mucho últimamente.

Sus pensamientos se dirigieron de nuevo hacia el mismo asunto. ¿Había confundido a Rain completamente en lo concerniente a la naturaleza de su matrimonio? ¿Le amaba Rain realmente? ¿Duraría su afecto por él? Suponiendo que él destruyera todo para estar con ella, ¿resultaría un desastre? ¿No era un criminal al intentar unirse a una muchacha tan joven? ¿No sería para ella una simple imagen efímera de su padre, exagerada por el dolor de su reciente aflicción? Había discutido todo esto en detalle con Rain durante horas y horas, sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria. Estas conversaciones se prolongaban hasta tan entrada la noche que Mor quedaba agotado, se levantaba cansado y con dolor de cabeza y apenas era capaz de afrontar el mínimo de tareas necesarias. Ella había intentado convencerle, sí, había intentado convencerle, al menos, de que le amaba. Él sabía que ella misma estaba convencida. A veces, el espectáculo de aquel amor le emocionaba tanto que parecía como si no importara ninguna otra cosa. Pero Mor sabía, y ese conocimiento constituía un consuelo y un tormento al mismo tiempo, que en esa maldita situación ningún estado de ánimo duraba mucho tiempo. La certeza y la incertidumbre se sucedían a intervalos, y le parecía que el azar decidiría cuál de las dos fases le impulsaría a actuar de forma

irrevocable.

Al menos, habían pospuesto definitivamente una decisión. Rain aún no se había convertido en su amante. Ella lo había deseado. Pero Mor decidió que sería mejor esperar un poco hasta que se aclarase la situación. El tiempo pasaba, la situación no se aclaraba, y Mor empezaba a conjeturar que este aplazamiento podía ser su error fatal. Pero era el puritanismo persistente de su infancia rechazada lo que le impedía ser infiel a su mujer en el sentido final y técnico de la palabra. Sabía que, en casi todos los aspectos que importaban, su infidelidad ya era completa. Había escrito a Nan con el mayor número de insinuaciones posibles, pero no se había atrevido a hablarle con claridad, porque temía que regresara mientras él se encontrase aún en un estado de indecisión. Comprendió que se había alejado de la verdad de forma definitiva e irrevocable. En el país en que vivía ahora, la verdad no podía guiarle para tomar sus decisiones. Tampoco podía hacerlo la felicidad. Le había dicho a Bledyard que ésta le guiaría, pero incluso aquella luz había desaparecido. Ya no podía concebir como entidades mensurables susceptibles de ser sopesadas ni su felicidad, ni la de Rain, ni la de Nan. Apenas podía concebir que llegara a ser feliz de nuevo, ni le importaba demasiado.

Lo que permanecía real y lo que provocaba su angustia era su intenso amor por Rain, que parecía aumentar, unido a las dudas sobre si no sería equivocado imponerle ese amor, y a una paralización total ante la idea de tener que anunciar a Nan y a los niños que iba a dejarlos. Si, al menos, su amor por Rain le hiciera un poco más loco o, por el contrario, el sentimiento de pertenecer a su vida anterior se reforzara, podría decidir. Así las cosas, se encontraba en equilibrio perfecto en medio de todas esas fuerzas, e incapaz de moverse. Sólo de vez en cuando, como consuelo y portador de la promesa de una posible decisión, se le aparecía una visión de sí y de Rain juntos, lejos de la angustia presente, fuera de ella, habiéndola olvidado y enriqueciéndose con el amor mutuo. Sentía que esa visión, si conseguía retenerla en su imaginación durante el tiempo suficiente, le llevaría a tomar una decisión. Pero incluso eso no sería bastante. Comprendió, con una punzada de dolor, que para llegar a su amada tendría que echar mano, no de sus buenas cualidades, sino de las malas: su ira, su odio hacia Nan, su capacidad para la violencia absoluta e irresponsable. Entre Rain y él se extendía ese yermo espantoso y ¿cuánto le cambiaría eso antes de poder alcanzarla? Tendría que mantener su mirada fija en ella si quería atravesarlo.

Mor tiró el cigarrillo. Era casi la hora de llegada del tren. Fue al final del andén para esperarlo. Su deseo de verla anulaba todos los

demás pensamientos. Se quedó contemplando los raíles. Transcurrieron unos cuantos minutos. Con toda certeza, el tren llevaría retraso. Mor empezó a caminar de un lado a otro, mordiéndose las uñas. Quizá había ocurrido algo terrible, quizá se había producido un accidente. Tuvo una visión momentánea pero detallada de Rain sangrando en medio de un montón de chatarra retorcida. Miró de nuevo el reloj. ¡Oh, que venga el tren! Por fin apareció; estaba allí, después de todo. Se deslizó suavemente por la curva del andén, se detuvo y, de inmediato, vomitó cientos de personas. Se dirigieron en tropel hacia la barrera. No había señales de Rain. Quizá se había puesto enferma. Quizá había decidido no venir. Quizá se había ofendido por algo que él había dicho ayer. Quizá había decidido marcharse. No, allí estaba, gracias a Dios, tan pequeña que no la había visto detrás de un mozo de estación. Ella le había visto y agitaba la mano. Estaba casi en la barrera. Estaba allí.

—Oh, Rain... —dijo Mor.

La envolvió en un gran abrazo. Ya no le importaba que alguien les viera, ya no se preocupaba por el chismorreo, ni por ocultarlo.

Rain se desembarazó del apretón, riendo. Le llevó hacia la salida, mirándole.

—Has llorado, Mor —dijo—. Tienes una forma de llorar por dentro que es terrible. Preferiría que derramaras lágrimas.

Mor se dio cuenta de que, a su modo, había llorado.

—¡Bueno, ya ves lo blando que soy! —dijo—. Pero ya pasó.

Salieron de la estación y empezaron a caminar hacia el río.

—¿Adónde vamos? —dijo Mor.

Había descubierto que Rain conocía Londres mucho mejor que él.

—Primero cruzaremos el puente —dijo Rain—. Después te enseñaré una cosa.

Caminaba tirando de él, como un niño tira de un adulto. Llegaron al puente de Waterloo.

A su alrededor se abría la enorme extensión curva del Támesis, ceñida por sus pálidas cúpulas y torres. Sobre ellas había un cielo azul con nubes blancas y abultadas. El día era frío y prometía lluvia. El río resplandecía, bordeado por pequeñas olas punteadas de espuma que hacían balancearse las barcazas ancladas. Por encima del agua ondeante el aire era ligero y el horizonte habitual retrocedía hacia una bruma luminosa. Se detuvieron a mirar, y Mor experimentó la rápida sensación de excitación que siempre acompaña a la primera vista de Londres, que era para él, desde su infancia rural, la ciudad maravillosa y un poco siniestra de posibilidades y promesas. El viento era frío. Miraron hacia el Este en silencio.

Rain se estremeció.

—¿Ves? —dijo—, aquí ya es otoño. Yo creía que las hojas caen en otoño. Pero aquí empiezan a caer en julio. No creo que pudiera vivir en Inglaterra todo el año.

Mor también se estremeció, pero no por el viento. Recordó una vez más que Rain era libre. Asimismo, y eso era algo que no podía apartar de su mente, que era rica. Podía dudar sobre si pasaría el invierno en Inglaterra, o si volvería al Mediterráneo, a Mallorca o a Marrakesh. Al pensarlo, Mor sintió una mezcla de atracción y repulsión.

Rain leyó sus pensamientos. No quería que él lo supiera. Quería dejar claro, de alguna forma, que no concebía ningún viaje que no le incluyera a él. Dijo:

—Me pregunto si trabajaremos juntos algún día, yo en mi pintura y tú en tus libros...

Mor le había hablado a Rain de su libro a medio terminar sobre conceptos políticos. Todavía no le había dicho nada sobre la posible candidatura. Ya no era necesario, puesto que casi había decidido no presentarse. Ocurriera lo que ocurriese, probablemente no se presentaría. No se animaba ni siquiera a pensar en el Partido Laborista, de momento. Comparado con sus preocupaciones presentes, todo lo relacionado con el Partido Laborista se desvanecía en la trivialidad. Le sorprendía lo poco que le importaba. En primer lugar, debía solucionar el problema más acuciante y ya se arreglarían los demás por sí mismos.

—Tú siempre trabajarías mucho —dijo Mor—, pero no sé qué conseguiría yo en un estado de... —buscó la palabra— libertad.

Se imaginó viviendo en un hotel de Mallorca con el dinero de Rain. La imagen no le pareció repugnante, sino, sencillamente, ridícula. Por supuesto, no sería así. Cuando hubiera terminado el escándalo, abriría un colegio propio. Lo habían previsto, e incluso discutido. Mor intentó dirigir sus pensamientos hacia un futuro posible. No era fácil. En su lugar veía mentalmente la cara de su hijo. Recordó con sobresalto que faltaban menos de diez días para el examen de Química de Donald.

Llegaron al otro lado del puente. Empezaba a llover.

—Haremos el resto del camino en taxi —anunció Rain.

Parecía más animada de lo corriente. Había cesado, por el momento, el vendaval de dudas y culpas. Mor pensó, si estuviera absolutamente segura, aunque fuera durante poco tiempo, yo podría tomar una decisión; y este pensamiento parecía acercar la decisión. Llamó un taxi, y una vez dentro, tomó a la chica en sus brazos violentamente y olvidó todo lo demás.

A petición de Rain, el taxi se detuvo cerca de Bond Street y se bajaron. Mor miró a su alrededor vagamente. La presencia de Rain le

hacía vivir el momento de forma tan completa, que ni siquiera se había preguntado adónde iban. Vio un cartel junto a una puerta cercana. Decía; «PADRE E HIJA: *Exposición de obras de* SYDNEY *y* RAIN CARTER».

Rain le contempló, encantada ante su sorpresa, y le llevó al interior. Mor se sentía muy emocionado. Excepto el retrato de Demoyte, nunca había visto cuadros de Rain, ni de su padre, ni originales ni reproducidos. Estaba emocionado y nervioso. Empezó a pensar de pronto que quizá detestaría la exposición. Subieron la escalera.

La aparición de Rain creó una ligera sensación en la sala. La conocían la chica que vendía los catálogos, dos marchantes y el dueño de la galería, que estaban hablando en el centro de la sala. Una o dos personas más, que contemplaban los cuadros, se volvieron a mirarla. Mor se sintió por primera vez en el mundo de Rain. Le intimidaba. Ella le presentó sin azoramiento como amigo de Demoyte. Los marchantes tenían noticia del retrato de Demoyte; preguntaron por él y dijeron que se proponían ir a St. Brides en otoño para verlo. La idea de que los entendidos peregrinaran hasta St. Brides se le antojó extraña a Mor. En un estado de ánimo corriente, le hubiera agradado. Pero ahora, hablar del otoño era como hablar de un tiempo posterior a su propia muerte. Escuchaba como podría escuchar un condenado la charla de sus carceleros.

Rain parecía no tener prisa. Intercambió noticias y cotilleos con los tres expertos. Hablaron un poco sobre la obra de su padre, mencionaron la venta reciente de uno de sus cuadros y el precio. El precio dejó atónito a Mor. Se quedó a un lado en silencio, mirando a Rain. Ella parecía estar muy a gusto, tan diferente de la granujilla llorosa que viera hacía dos noches cuando estuvieron hablando horas y horas sobre su situación. Podía salir de *aquello* y meterse en esto. Se maravilló de nuevo de que ella no se hubiera marchado. Rain llevaba un vestido que él no había visto antes, un vestido ajustado de lana de color verde claro, que la hacía más alta. Mientras hablaba, Mor contemplaba su cara de muchacho, brillante y echada hacia atrás, y la extraordinaria redondez de sus pechos, acusada por la lana que se ceñía a su cuerpo. Advirtió que llevaba zapatos de tacón alto, en lugar de las zapatillas de lona que usaba en St. Brides. Observó el bolso y el repiqueteo rítmico de un tacón largo y negro. La codiciaba, y su necesidad de ella fue tan repentina que tuvo que alejarse.

Por centésima vez se preguntó qué era lo que quería de ella. No se trataba sólo de ser el dueño de aquel ser pequeño y exótico. Quería ser la nueva persona que ella hiciera de él, la persona libre y creativa y alegre y amante que ella había hecho aparecer,

esculpiendo su mediocridad hasta lograr aquella maravilla. Recordó las palabras de Bledyard: usted no piensa en otra cosa que no sea su propia satisfacción. De acuerdo, si dos personas pueden satisfacerse mutuamente y hacerse nuevas una a la otra, ¿por qué no? Después de todo, pensó, *puedo* dejarme guiar por esto. Sólo tengo que ver qué es lo que gano y qué lo que destruyo. Sintió, con alivio, que cambiaba su estado de ánimo. Se disiparon las nubes de pesadilla que colgaban sobre su cabeza mientras esperaba en Waterloo. En un mundo sin redentor, sólo la claridad era la respuesta apropiada para la culpa. Lo aclararía todo en su interior, sin rehuir nada, y entonces decidiría.

Rain había terminado la conversación con los expertos. Dijeron adiós y se marcharon juntos. Ella se volvió hacia Mor.

—¡No has visto nada!

—Sí —dijo Mor, sonriente—. Ahora, enséñame los cuadros.

Empezaron a caminar por la sala. Mor no estaba acostumbrado a ver cuadros, y aquéllos le asombraron. Eran muy variados. Algunos eran meticulosos y decorativos, como el retrato de Demoyte; otros, más impresionistas, con la pintura extendida pesadamente sobre el lienzo. Tras una o dos conjeturas erróneas, Mor renunció a decir qué cuadros eran de Rain y cuáles de su padre. No parecía haber forma de distinguirlos por el estilo.

—¿Cómo los distinguen los expertos? —preguntó Mor a Rain.

—¡Los cuadros de mi padre son mejores! —contestó ella.

Todos los cuadros mostraban gran intensidad de color, incluso violencia, y una disposición de formas severa y enérgica. Todo era muy grande y parecía poseer más colores y más superficies que la naturaleza. Comparado con aquellas obras, el retrato de Demoyte parecía más armonioso y sombrío.

Cuando Mor hizo este comentario, Rain contestó:

—Estoy empezando a desarrollar mi propio estilo. Mi padre era un pintor de tal fuerza, y tenía una personalidad tan dominante, que yo estoy hecha prácticamente a su imagen. Pasará mucho tiempo hasta que sepa lo que hay dentro de mí.

Mor pensó, incluso en este momento sabe que hay un futuro. Deseó que ella pudiera comunicarle aquel sentido de futuro. Dijo:

—¿Hay algún retrato de tu padre?

—Varios —dijo Rain. Se detuvo frente a un cuadro.

Mor vio primero las vallas y las montañas desiguales de la pintura, y después, un hombre de cara delgada que miraba de lado y suspicazmente al espectador, con la cara vuelta hacia el otro lado, una cabellera escasa, como una peluca, de pelo negro y liso, gris en las sienes, los ojos grandes y húmedos, con muchas arrugas alrededor, y una boca pensativa y ligeramente fruncida.

—¿Lo has pintado tú? —preguntó Mor.

—No, mi padre —dijo Rain—; lo pintó poco antes de morir. Es un cuadro muy bueno. Observa la autoridad de esa cabeza. El señor Bledyard no habría criticado esto.

Mor se sintió incapaz de emitir ningún juicio sobre el cuadro. Experimentó una sensación como de ensueño, de haberse trasladado al mundo de Rain, como si ella le hubiera colocado bajo la influencia de un hechizo para mostrarle el pasado. Y, sin embargo, qué objetiva es, pensó. Siguieron caminando.

Había un retrato de una chica con trenzas largas y negras, inclinada sobre el teclado de un piano. Emergía de una bruma de color con gran viveza, bañada en la luz y la atmósfera de una habitación del Sur.

—¿Quién es? —dijo Mor, aunque ya lo sabía.

—Yo —dijo Rain.

—¿Lo pintó tu padre?

—No, yo.

—¡Pero si eras una niña! —dijo Mor.

—No tan joven como parezco —dijo Rain—. Tenía diecinueve años. Me temo que no es muy bueno.

A Mor le parecía maravilloso.

—¡Y tenías el pelo largo! —dijo—. ¿Cuándo te lo cortaste?

—Después. En París, cuando estudiaba allí.

Se trasladaron rápidamente al siguiente cuadro. Representaba al padre de Rain en el umbral de una puerta, apoyado contra el quicio. Llevaba un traje blanco holgado, y la cara quedaba en sombra. Detrás de él, una puerta abierta dejaba ver un mar deslumbrante.

—Ése también lo pinté yo —dijo Rain—. Es más reciente y no tan horrible. Es la puerta de nuestra casa.

—¡Vuestra casa! —dijo Mor.

Debía haber supuesto que Rain y su padre vivían en una casa, pero, por alguna razón, su imaginación nunca le había proporcionado ningún detalle de cómo había vivido ella en el pasado, antes de conocerla.

—Ésta también es la casa —dijo—. Aquí se ve más.

Mor vio la fachada de una casa de campo blanca, bañada de sol y veteada de sombras azules, con manchas rosadas en las paredes, allí donde el yeso se estaba cayendo, y contraventanas grises y decrépitas en diversas posiciones. Un ciprés descuidado oscurecía en parte una de las ventanas.

—¿Dónde está el mar? —dijo Mor.

—Aquí —dijo ella, señalando un punto en un plano intermedio del cuadro.

—¿Cuál era tu habitación? —dijo Mor.

—No se ve aquí —dijo ella—. Ésa era la habitación de mi padre. La mía daba a la parte de atrás. Aquí se ve la ventana.

Señaló otro cuadro. Oscurecía, y la parte trasera de la casa brillaba con una luz suave y difusa. Un enjambre de arbustos en flor, de formas grotescas y sombras de un morado muy fuerte, se extendía hasta la pared.

—¡No hay sendero! —dijo Mor.

—No, había que abrirse camino por entre los arbustos.

—¿Y la vista desde la ventana? —dijo Mor.

—Aquí —dijo ella.

Era media tarde, y un paisaje soñoliento, resquebrajado por la sequedad, se convertía, línea tras línea, en un fondo de laderas montañosas salpicadas de viñas y extensiones malvas de rocas y vegetación secas.

—¿Quién...? —empezó a decir Mor.

—Lo pinté yo —dijo ella—. Los otros son de mi padre. Nunca se cansaba de pintar la casa.

—¿De quién es la casa ahora? —preguntó Mor.

Ella pareció sorprenderse.

—Mía —dijo.

Fueron de un cuadro a otro. Casi todos eran, o bien pinturas de la casa, o bien del paisaje cercano, o autorretratos, o retratos que se habían hecho mutuamente el padre y la hija. Había dos o tres cuadros de París y unos cinco retratos de otras personas. Mor contemplaba con perplejidad y con una especie de pena profunda pero placentera aquel vívido mundo meridional, donde el sol desparramaba manchas de color desiguales y deslumbrantes sobre el mar a media tarde, o lo elevaba, límpido y azul, hacia el cielo por la mañana, donde la casa blanca de paredes desiguales de yeso aparecía aturdida y seca al mediodía, o bullente de vida en el aire granulado del atardecer, según mirase al mar, por un lado, o, por el otro, a las polvorientas flores y a las montañas tras ellas. Al mirar, podía oler el aire meridional. Y por fin, en la habitación que ya reconocía como el salón, vio una muchacha de pelo negro, sentada, con un vestido floreado de verano. Era mediodía, pero las contraventanas estaban echadas para protegerse del sol. La habitación estaba inundada de la luz brillante y clara, aunque con sombras, de un interior del Sur. La chica se había echado hacia atrás el pelo corto y estaba vuelta hacia el espectador, sonriente, con una mano posada en una pequeña mesa y la otra en la mejilla. El cuadro poseía algo del fresco remilgo de una fotografía victoriana. Aquélla era una Rain que Mor reconocía, la Rain de hoy.

—Uno de los últimos cuadros de mi padre —dijo Rain.

Mor se emocionó. Cuánto debía haberla querido. Con aquel

repentino movimiento de simpatía hacia el padre de Rain, se le ocurrió por primera vez que generalmente su actitud hacia aquella persona era de hostilidad.

—¿Quién compró ese cuadro? —preguntó Mor.

—La honorable Mrs. Leamington Stephens —dijo Rain.

Mor frunció el ceño. ¿Qué derecho tenía la honorable Mrs. Leamington Stephens a ser la dueña de semejante retrato de Rain?

—¡Lo quiero! —dijo.

—Pintaré uno para ti, cariño —dijo Rain—. Pintaré muchos, muchos. Te pintaré a ti una y otra vez.

Mor vio los años futuros. La habitación estaba llena de retratos de Rain y de él. Él, mientras leía en la terraza al anochecer, mientras trabajaba en el salón a la luz de la tarde, mientras caminaba por entre las hojas polvorientas de los arbustos, donde no había sendero. Rain, que poco a poco perdía su aspecto de muchacho, la simplicidad tensa y preciosa de la infancia, que adquiría la serenidad de la madurez, y así, retrato tras retrato, hasta el futuro más lejano. Rain con el pincel en la mano, mirando a través de mil lienzos hacia el final de la vida.

No dijo nada. Rain le miraba. Mor mantuvo su mirada, sin sonreír, anhelando que ella decidiera su destino.

—¿No hay ningún retrato de tu madre? —dijo finalmente.

—No —dijo Rain—. Mi padre apenas la pintaba.

Caminaron uno o dos pasos, mientras Mor se preguntaba lo que aquella cara que faltaba podría haberle revelado. Quería preguntar algo, pero Rain le interrumpió.

—Esto te sorprenderá —dijo ella, señalando un gran lienzo colgado en el extremo de la sala.

Allí aparecían los dos rostros, El padre de Rain estaba sentado detrás de una mesa atestada de libros y papeles, de cara al espectador. Apoyado sobre la mesa, en el lado izquierdo, había un gran espejo dorado, en el que se veía el reflejo de Rain y del lienzo que estaba pintando, donde volvía a aparecer la misma escena, muy escorzada. El padre de Rain llevaba una camisa de cuello abierto. Su pelo oscuro y corto formaba un flequillo sedoso que le caía sobre la frente, su rostro estrecho y meditabundo miraba intensamente hacia su hija y una mano descansaba en el marco del espejo en que se veía el reflejo del rostro de Rain, que le miraba con igual intensidad. Las cabezas estaban muy cerca y el parecido entre ellos era notable y conmovedor,

—¡Es extraordinario! —dijo Mor.

—No muy logrado, me temo —dijo Rain—. Debo intentarlo de nuevo contigo.

Hablaba con toda naturalidad, su atención aún dirigida hacia el

cuadro.

Mor pensó: ha decidido. *Ella* ha decidido. Empezó a desear que se alejaran de los cuadros. Sin mediar palabra, dieron media vuelta y bajaron lentamente la escalera. Mientras sus tacones se hundían en la gruesa alfombra, Mor sintió el dolor del cambio, de vuelta a la tarde otoñal, fría y lluviosa y al tráfico rugiente del exterior. Todo era igual que antes: frío, ruidoso, feo, sin espacio, sin tiempo, sin paz. Miró de soslayo a Rain al salir por la puerta. No, ella no estaba igual; los cuadros le habían conferido una luz nueva: el pasado la fortalecía y la hacía radiante. Los diferentes rostros que había visto, desde la muchacha con coletas hasta la belleza un tanto afectada del vestido floreado, poblaban su rostro de ahora y le comunicaban una nueva autoridad y una edad nueva. También pensó lo mucho que se parecía a su padre en ese momento, salvo que el aire algo hosco y reservado de él se transformaba en ella en una serenidad pedante y digna que, combinada con su cabeza redonda y su rostro de niña, resultaba absurda y conmovedora. Mor estaba invadido por la emoción.

Llovía sin cesar. Mor no había traído abrigo. Rain llevaba un pequeño paraguas que se balanceaba en su brazo. Se lo dio a Mor en silencio y éste lo abrió. Regresaron a Bond Street cogidos del brazo.

—Té en Fortnum and Mason —decretó Rain.

¡Té en Fortnum and Mason! Mor se sintió repentinamente colmado por una alegría profunda e impetuosa que le atravesaba el cuerpo con tal fuerza que al principio no comprendió que lo que le hacía vibrar de esa manera era realmente alegría. Ella había decidido. Él también había decidido. No podía hacer otra cosa.

—Rain... —dijo.

Ella le miró apretándole el brazo, con los ojos brillantes y confiados.

—Lo sé —dijo.

La lluvia empezó a caer más aprisa.

—Te diré una cosa —prosiguió Mor—. No sé si podría vivir siempre fuera de Inglaterra, ni siquiera gran parte del tiempo,

—Querido Mor, ¡pues entonces viviremos en Inglaterra! —dijo Rain.

Le apretó el brazo con más fuerza. La lluvia empezó a caer con una violencia hiriente. Comenzaron a correr muy de prisa hacia Fortnum's.

Capítulo dieciséis

Era el día siguiente. Aquella tarde, Bledyard iba a pronunciar su famosa conferencia de arte, y el señor Everard había convencido a Rain de que debía acudir —principalmente porque la conferencia, en aquella ocasión, versaría sobre el tema concreto del retrato—. Mor, por regla general, pasaba por alto la conferencia de Bledyard, pero esta vez, como Rain iba a acudir, él también lo haría. Desde que tomara una decisión final y definitiva, el mundo había cambiado por completo. Una tremenda energía, que antes se consumía en la perpetuación de sus indecisiones y en la invención de todo tipo de fantasías catastróficas, se había transformado en la más pura alegría. Mor sentía ahora una intensa benevolencia hacia sus colegas, incluido Bledyard, y deseaba ardientemente asistir a la conferencia, como si se tratara del mayor de los placeres. Estaría en la misma habitación que Rain, y mientras hablaba Bledyard, podría pensar en ella y ver de nuevo las imágenes extraordinarias y conmovedoras del día anterior, que aún flotaban en su cabeza, como la nube de ángeles que rodean a una *madonna*.

Mor había pasado un mal rato aquella tarde al redactar el borrador de una carta muy sincera dirigida a Nan. No obstante, incluso esa tarea le había resultado más ligera por el gran alivio que experimentaba al saber, por fin, dónde se encontraba la verdad y al ser capaz de decirla. Cuando hubo terminado el borrador, redactó otro para una breve nota a Tim Burke, en el que explicaba que, después de todo, no podía presentarse como candidato del Partido Laborista. En lo concerniente a esto último, Mor experimentaba un remordimiento independiente de todos los demás y muy profundo. Pero se daba la misma respuesta. Había ganado un gran premio. Y estaba dispuesto a pagarlo. Cuando terminó, ya no quedaba tiempo para pasar los borradores a limpio, así que los dejó en un cajón.

Continuaría al día siguiente.

El único asunto al que no había permitido que se dirigieran sus pensamientos de forma completa era el concerniente a los niños. Cuando se sentía inclinado a pensar en ellos, se decía: cualquiera que sea el camino que tome, algo quedará destruido, y la destrucción quizá sea menor de lo que temo. Después de todo, los niños ya son casi adultos. No nos perderemos del todo. Pero, en la medida de lo posible, evitaba pensar en los niños. Ya no tenía dudas, y carecía de sentido complacerse en un doloroso autocastigo que ya no era relevante a la hora de tomar una decisión. En el borrador de la carta sugería a Nan que no dijera nada a Felicity ni a Donald hasta después del examen de éste. Había considerado la posibilidad de retrasar la carta a Nan hasta después de aquella fecha, pero su ansiedad por comunicarle lo que había decidido era muy intensa. Sentía, no obstante, que su logro era demasiado precario y que debía afianzarlo en seguida. Ya no experimentaba ira hacia Nan, sino sólo un sordo sentimiento de hostilidad, mezclado con pena y remordimiento. Sabía que ella se sorprendería mucho. Nan apenas podría imaginar que fuera a volverse definitivamente contra ella. Al pensar en su sorpresa, sintió una ligera satisfacción que se desvaneció en un sentimiento de vergüenza. Entonces, la pena empezó a adueñarse de él y, en cuanto pudo, dirigió toda su atención hacia Rain.

La conferencia de Bledyard se celebraría después de la cena y tendría lugar, como de costumbre, en el gimnasio, que era más fácil de dejar a oscuras que el salón de actos. En realidad, casi no habría luz poco después del comienzo de la conferencia, pero merecía la pena dejar a oscuras la estancia en atención a las primeras diapositivas. Era de esperar que no volviera a estropearse el proyector y que fuera mínimo el número de diapositivas que se insertaran boca abajo. Por alguna razón, siempre ocurría este tipo de cosas durante la conferencia de Bledyard, cuando la tendencia de los chicos a producir el caos total se incrementaba notablemente. El incidente más trivial, que en cualquier otra situación pasaría inadvertido a los muchachos, en ésta daba pie a la histeria. Los alumnos acudían a la conferencia de Bledyard como a un festival o una orgía, de un humor excelente y dispuestos a reír por nada. La atmósfera era contagiosa. Mor se encontraba atrapado por ella y, de una forma absurda, aguardaba con fruición la serie de disparates que animarían el acto.

Encontró al señor Everard al cruzar al patio de recreo. Su cara reflejaba una expresión angustiada.

—Espero que venga esta vez, ¿verdad, Bill? —dijo.

—¡Por supuesto! —dijo Mor.

Le apetecía abrazar a Evvy. Se preguntó si parecería tan loco como se sentía.

—Es un gran alivio que usted vaya a estar allí —dijo Evvy, sacudiendo la cabeza—. Sólo espero que las cosas no se nos escapen de las manos.

Los alumnos ya entraban en tropel en el gimnasio. Las oscuras cortinas estaban corridas y las luces del interior encendidas. Afuera, la tarde era cálida y el aire estaba poblado de olores, reavivados por la lluvia, de tierra y hojas y flores. Un crepúsculo brumoso, agradable, envolvía el colegio, suavizando la crudeza del ladrillo rojo y transformando lo neogótico en gótico. Frente al gimnasio, la torre se elevaba hacia el cielo con magnificencia, entre los anillos en espiral de la oscuridad y la neblina vespertinas, y aquí y allá, unas cuantas ventanas iluminadas oscurecían el aire de los alrededores con su luz dorada. Se apagaron las luces una a una. En St. Brides existía la costumbre de que todos acudieran a la conferencia de Bledyard.

En el gimnasio se elevaba un clamor estruendoso, creciente y violento, de voces agudas y sillas chirriantes. Ya se percibía la nota ligeramente histérica. Alguien batió palmas y una voz, probablemente la de Hensman, dijo:

—¡Dejen de hacer ruido o harán que se caiga el techo! Si todos hablan en un tono normal, podrán oírse unos a otros perfectamente.

Un momento después, se renovó el estruendo, más fuerte que antes. Mor pensó que quizá debería estar dentro ayudando a Hensman. Sobre este último había recaído la tarea de manejar el proyector. Por lo general, esta tarea la desempeñaba el señor Baseford pero, en su ausencia, el voto popular se la había adjudicado a Hensman. Mor reflexionó que sería difícil que Hensman lo hiciera peor que Baseford y que, probablemente, lo haría mejor, porque era totalmente imperturbable e impermeable ante cualquier tipo de bromas. Mor se alegraba de que no le hubieran designado a él para cumplir un deber tan fastidioso y, en esta ocasión, tan irritante. Mientras dejaba que Hensman controlara la escena, cuyo alboroto iba en aumento, se quedó mirando hacia el extremo más alejado del patio de recreo. Esperaba ver llegar a Rain y, si fuera posible, sentarse cerca de ella, incluso a su lado.

Oscurecía. Junto a él pasó una riada de niños que transportaban sillas. Se precipitaron en loca carrera hacia la puerta del gimnasio. Tres de ellos, que llegaron a la puerta simultáneamente, formaron una maraña vociferante de niños y muebles en la entrada. Se enzarzaron en una pelea, y uno simuló que había perdido el sentido. Mor dio unos pasos hacia el lugar del alboroto. La barricada de sillas y cuerpos retorcidos se deshizo en un instante y los niños

desaparecieron en el gimnasio para disputarse los mejores asientos con sus amigos. Al volverse, Mor vio que Rain venía por el patio de juego, escoltada por el señor y la señora Prewett. A Mor se le antojó que brillaba en el crepúsculo y que se acercaba a él impulsada por un viento suave, pero infinitamente poderoso. Incluso los Prewett, que caminaban a ambos lados de ella, habían adquirido algo del resplandor del movimiento triunfal de Rain. ¡Qué simpáticos son los Prewett!, pensó Mor. Ambos le sonreían. Apenas podía ver la cara de Rain. Al ir a acercarse a ellos, Evvy apareció, de súbito, en el aire vespertino e interceptó a Rain. Había estado al acecho en la entrada del edificio de la biblioteca, rehuyendo el tumulto del gimnasio. Se hizo cargo de Rain y comenzó a escoltarla hacia la puerta. Mor les siguió con el señor y la señora Prewett.

Al entrar, a Mor le hicieron parpadear la brillante luz del interior y el ruido que, para entonces, se había convertido en una especie de grito ensordecedor, agudo y continuado, no muy diferente de un motor de avión a reacción. Vio la espalda de Evvy delante de él y después, su perfil. Evvy estaba visiblemente desconcertado por la escena. A los muchachos más pequeños que estaban situados delante, una vez que hubieron comprendido que algunas personas tendrían que sentarse en el suelo, se les metió en la cabeza colocar de costado varias hileras de sillas volcadas y, por este método, sentarse tres chicos en cada silla, uno en el respaldo, otro en el asiento y otro en las patas. En torno a cada silla postrada se desarrollaba una pequeña riña, al intentar los ocupantes alcanzar un equilibrio adecuado. Más allá de la zona del tumulto se concentraban los muchachos mayores, justo hasta el fondo de la estancia, charlando, impacientes, alborotados, algunos de pie, otros arrodillados en las sillas, otros a horcajadas y hablando con personas situadas detrás de ellos. Las filas estaban tan torcidas en algunos sitios que era imposible discernir si eran de verdad filas. Las sillas estaban colocadas desordenadamente en un gran mar estruendoso y ondulante.

Evvy, que, debido sin duda a la presencia de Rain, parecía más tímido que de costumbre, se abría camino sin decir palabra entre los chicos más jóvenes por un pasillo accidentado que se había dejado libre en el centro y en cuyo extremo se encontraba el proyector. Mor le seguía de cerca, colándose delante de los Prewett, decidido a sentarse cerca de Rain si fuera posible. En ese momento se sentía tan alegre como un estudiante de quinto curso. Al atravesar la chillona barrera de muchachos, dijo con voz penetrante:

—¡Pongan esas sillas derechas!

Esperaba que eso no ofendería a Evvy. Aunque, en realidad, nada ofendía a Evvy. Consentir aquella anarquía desde el comienzo, no

obstante, era buscar problemas. Los chicos se apresuraron a enderezar las sillas, y se iniciaron nuevas batallas entre los diferentes tríos para dilucidar quién sería el ocupante único de cada silla. Mor los dejó así ocupados y continuó detrás de Rain y del director.

Delante del proyector, a cada lado del pasillo, había cierto número de sillas que Hensman había ordenado que dejaran libres. Algunos profesores ya se habían asentado en esa región de relativa seguridad. Con un suspiro de alivio, Evvy acomodó a Rain y se dejó caer junto a ella. Mor logró instalarse rápidamente al otro lado y los Prewett se sentaron en las sillas próximas. Miró a su alrededor para ver quién estaba tras él y para localizar a Donald entre la muchedumbre, pero no había señal alguna de su hijo.

Bledyard ya había llegado. Él era, por lo general, el primero en acudir al gimnasio la noche de la conferencia. Se encontraba de pie en el espacio abierto delante de los muchachos más jóvenes, apoyado en la larga vara que usaría para señalar los rasgos de los diversos cuadros y para golpear el suelo como señal para la siguiente diapositiva. Tras él habían colgado una gran sábana blanca en la pared del gimnasio. Allí estaba, mirando a la multitud pululante de muchachos, con la cara contorsionada en una mueca suave y pensativa, como si estuviera ensayando lo que iba a decir y lo encontrara extraordinariamente interesante. Bledyard nunca consultaba notas en sus charlas. Una vez iniciado el tema al que quería ceñirse, podía continuar hablando por tiempo indefinido, en su forma habitual, a tropezones pero pausadamente, con coherencia e incluso con elegancia. Bledyard era, a su manera, un buen orador, y podía haber impresionado casi a cualquier auditorio, salvo a un auditorio de escolares.

Era costumbre que los conferenciantes, si pertenecían al colegio y no venían de fuera, comenzaran la charla sin introducción previa una vez que hubiera llegado el director. Bledyard, por tanto, aguardó a que se sentara el señor Everard y después golpeó secamente el suelo con la vara. Parecía inmutable, y a Mor le trajo a la mente la estampa de un peregrino, apoyado en su cayado, paciente y lleno de esperanza. Bledyard, con certeza, debía saber lo que le esperaba. Pero cada año parecía estar, con ocasión de su conferencia, totalmente absorto en el tema a tratar, y aceptaba sin sorpresa, y sin interés, las tempestades que con tanta frecuencia se desataban sobre él. En una ocasión en que Demoyte tuvo que suspender la conferencia a la mitad porque los alumnos se habían puesto histéricos de risa, Bledyard hubiera estado dispuesto a continuar, a pesar de que no podía oírse ni una palabra. Estaba de pie, con la cabeza ligeramente inclinada, mientras la barahúnda decrecía poco a poco y se reducía a un alegre murmullo. Se había

colocado su larga y lisa melena de pelo oscuro detrás de las orejas, dejando al descubierto unas mejillas muy pálidas, ahora cóncavas, hundidas en una mueca pensativa. Apagaron las luces.

El murmullo aumentó en la oscuridad súbita y después se desvaneció. Mor adelantó una mano audazmente y encontró la de Rain, que estaba a su lado. La apretó con violencia. Ella devolvió la presión y después liberó su mano con suavidad. Mor trató de cogerla otra vez. Le eludió y se posó como un pájaro en la muñeca de él para darle un golpecito de amonestación y luego desapareció, yéndose a esconder, protegida por la otra mano, en el borde de la rodilla.

Los más jóvenes ya emitían risitas de anticipación. Bledyard dijo:

—Cállense, por favor, muchachos.

Por fin se hizo una especie de silencio.

El proyector entró en acción, arrojando un cuadro de luz blanca sobre la pantalla. Con esa iluminación, Mor se volvió a mirar el perfil de Rain. Ésta miraba con expresión severa hacia adelante. Mor se dio cuenta de que, si no andaba con cuidado, Rain no tardaría en soltar una carcajada. Dirigió rápidamente su atención a otro lado y se concentró en permanecer lo más solemne posible.

Bledyard había empezado a hablar. Decía:

—Se ha descrito el rostro humano como la superficie más interesante del mundo. —Se oyó una explosión de risa, sofocada rápidamente, que provenía de los muchachos más pequeños—. Lo hizo un matemático matemático —dijo Bledyard. No encontraba fácil aquella palabra. Un estremecimiento silencioso de risa recorrió la estancia hacia la parte trasera—. Ahora, debemos hacernos hacernos la siguiente pregunta —continuó Bledyard—, ¿por qué nos interesan siempre las caras y por qué, cuando vemos a nuestros amigos, les miramos les miramos a la cara y no a los codos o a las rodillas? La respuesta es simple. Los pensamientos y las emociones se expresan con mayor frecuencia mediante movimientos de la cara que mediante movimientos de la rodilla o del codo.

Se oyó una risotada explosiva, que los alumnos habían contenido con dificultad hasta el final del párrafo. Mor lanzó una ojeada de soslayo y vio que Rain ocultaba la cara en un pañuelo. Su silla temblaba ligeramente. Al otro lado de Rain, Mor vislumbró a Evvy, que tenía los ojos muy abiertos y la cara muy seria, asomando por encima del cuello duro. Comprendió que no podría contenerse mucho más tiempo. Empezó a buscar su pañuelo.

—Continuemos con otra pregunta —dijo Bledyard—. ¿Por qué representan los pintores en sus cuadros las caras de sus semejantes semejantes? A esto se podría contestar que los pintores representan las cosas que se encuentran en el mundo, y las caras humanas son cosas que se encuentran en el mundo.

Otro susurro de risas, callado pero profundo, estremeció la estancia. Los alumnos aún se contenían, con la expectación placentera del que espera la conclusión de una historia muy larga pero, sin duda, muy divertida.

—Esta respuesta es apenas suficiente —dijo Bledyard. Hablaba todo el tiempo con gran solemnidad y con la lentitud de alguien que anuncia una declaración de guerra o la muerte de un miembro de la familia real—. A lo largo de la historia han existido, en diferentes ocasiones, diferentes razones por las que los pintores han retratado a las personas y por las que las personas han querido ser retratadas por los pintores pintores pintores.

Cuando Bledyard repetía una palabra tres veces, el regocijo de su auditorio no conocía límites. Se elevó un rugido de júbilo, que ahogó el ruido del golpe de Bledyard al pedir la primera diapositiva. Siguió un largo silencio. Hensman no había oído el golpe y Bledyard esperaba pacientemente. Mor, que adivinó de inmediato lo que ocurría, se inclinó hacia Evvy por encima de Rain para susurrarle que avisara a Hensman. En ese momento, sin embargo, Evvy se volvió y contempló por encima del hombro, con expresión de desaprobación, una refriega que tenía lugar al fondo. Mor volvió a su asiento con un balanceo. Al hacerlo, su mejilla rozó la de Rain. Lanzó otra ojeada de soslayo y vio que Rain ya se había controlado lo suficiente como para volverse hacia él, mirándole por encima del pañuelo, que aún mantenía apretado contra la boca, con sus brillantes ojos ligeramente llorosos por la risa. Continuaba el silencio.

—El sistema de sonido se ha estropeado —dijo alguien con voz clara desde el fondo del salón.

Los alumnos se abandonaron a una histérica explosión de risa. Rain lanzó la cabeza hacia adelante con un gemido, sacudiendo los hombros. Mor empezó a reír en silencio. Le invadía una felicidad loca.

—¿Puede poner la primera diapositiva, por favor, señor Hensman? —dijo Bledyard.

Al fin apareció la primera diapositiva. Representaba al *Caballero sonriente* de Frans Hals. Tras un gorjeo, los alumnos quedaron en silencio.

—Todos ustedes, caballeros —dijo Bledyard—, conocen esto perfectamente. Y si preguntáramos cuál es el lazo que une al modelo al modelo y al pintor, la respuesta sería: el encanto. El modelo desea que se le retrate como un ser encantador y el pintor le complace sin dificultad.

Bledyard golpeó el suelo.

Los alumnos se habían calmado por el momento y escuchaban a

Bledyard. No obstante, se elevaba un murmullo como de enjambre de abejas.

La siguiente diapositiva representaba la cabeza del emperador Teodoro, tomada de un mosaico de Rávena.

—Ahora, ¿qué tenemos aquí? —dijo Bledyard—. No es el retrato de un individuo realizado por otro individuo, sino una concepción abstracta abstracta del poder y la magnificencia representada en la forma de un hombre.

Golpeó otra vez el suelo. Los alumnos estaban impacientes, pendientes de su víctima.

—Ahora, este noble retrato...

Estallaron las carcajadas. La diapositiva representaba el aparato digestivo de la rana. Bledyard se apartó a toda prisa de la pantalla para ver lo que ocurría y cayó sobre unos niños.

—¡Alguien ha cambiado las diapositivas! —dijo Mor al oído de Rain.

Ya había ocurrido otra vez. A partir de ahora, podía esperarse cualquier cosa. Mor acercó su silla un poco más a la de ella y la miró. Ella volvió la cabeza lentamente y le dirigió una mirada de alegre ternura. Mor se volvió hacia la pantalla, mientras ponía cautelosamente su pie en contacto con el de ella. La rana aún seguía allí. Se oía la voz de Bledyard que decía:

—Creo que hay una confusión.

A Mor le parecía estar en el paraíso.

Hensman hizo desaparecer la rana poniendo una mano en la lente del proyecto, pero descubrió que no podía insertar la siguiente diapositiva. Pasó un minuto hasta que pudieron reorganizarse las cosas y apareció el siguiente cuadro. Era uno de los últimos autorretratos de Rembrandt.

—Aquí —dijo Bledyard—, si preguntáramos qué relación relación existe entre el pintor y el modelo, si preguntáramos qué es lo que pretende el pintor, sería difícil evitar contestar: la verdad.

El auditorio guardaba un silencio total. Bledyard se detuvo y miró el cuadro. La enorme cabeza socrática del anciano Rembrandt, envuelta en un paño de aspecto un tanto sucio, aparecía en luz y sombra en la pantalla. Se veía a Bledyard en el borde de la zona iluminada, contemplándolo. Por un momento, parecía haber olvidado dónde se encontraba.

—Hmmm, sí —dijo Bledyard, y se adentró en la sombra. Golpeó el suelo con la vara.

La siguiente diapositiva era una fotografía en color de la reina, vestida con una falda y una chaqueta azules, en la escalera de Balmoral. Un grupo bien organizado que se hallaba a un lado del salón empezó de inmediato a entonar el himno nacional. El auditorio

se puso automáticamente en pie. Estallaron las carcajadas. Unos cuantos intentaban cantar, pero pronto se dieron por vencidos. Mor se desplomó débilmente en su asiento. Evvy decía a Hensman:

—No puedo creer que el señor Bledyard haya querido...

Hensman, con más presencia de ánimo, hizo desaparecer la diapositiva ofensiva sobreponiendo otra. Rain dijo:

—¡No sé cuánto tiempo podré aguantarlo!

Mor descubrió que estaba sujetando la mano de ella. Ambos se inclinaron hacia adelante, riendo y apretándose los costados.

—¡Te amo con locura! —dijo Mor al amparo del estruendo creciente.

—¡Chisss! —dijo Rain.

Hensman se las arregló para quitar a la reina y dejar al descubierto la siguiente diapositiva, que era un retrato de Tintoretto de Vincenzo Morosini. Los alumnos, entre gemidos y risas, fueron guardando silencio.

Bledyard parecía imperturbable.

—Este cuadro —dijo—, que también se encuentra en Londres...

Rain murmuró a Mor:

—¡Es buenísimo! Ojalá yo...

Un susurro ruidoso se elevaba al fondo del gimnasio. Se oía un chirrido de sillas, y parecía como si una o dos personas que estaban al fondo estuvieran abandonando el cuarto. Los muchachos de delante se volvían a ver qué ocurría. Evvy miró por encima del hombro y dijo:

—¡Silencio, por favor!

Bledyard proseguía:

—... para obtener una moraleja moraleja de estos ejemplos preliminares.

—¿Qué es ese alboroto ahí atrás? —dijo la señora Prewett a Mor.

Mor no lo sabía. Se volvió, poniendo en contacto su rodilla con el muslo de Rain. Unos cuantos muchachos estaban de pie y murmuraban entre ellos. A continuación, algunos de ellos se dirigieron a la puerta.

—... al ser, como dijo Shakespeare Shakespeare, dueños y señores de nuestros rostros —dijo Bledyard.

El señor Prewett se levantó y empezó a abrirse camino por el lateral del gimnasio hacia el centro del descontento en la parte trasera.

—¿Dónde está ese cuadro? —susurró Mor a Rain.

—En la National Gallery —murmuró ella—. Iremos...

Bledyard se encontraba de lleno en la luz de la pantalla y señalaba hacia arriba con la vara. Parecía un alquimista enfrentado con una aparición. El ruido del fondo era considerable. Ya había más

chicos que miraban hacia el fondo del gimnasio que hacia el frente. Un susurro emocionado recorrió el auditorio.

—¿Qué ocurre? —dijo alguien de forma audible en la primera fila.

Prewett había vuelto por el pasillo y estaba inclinado sobre Evvy. Dijo con voz agitada:

—Será mejor que salga, señor. Dos muchachos están escalando la torre.

A Mor se le heló la sangre. La escena que le rodeaba quedó borrada. Se levantó de un salto y salió al pasillo, tropezando con Evvy, que también se levantaba en ese momento. Se dirigió hacia la puerta más cercana del fondo del gimnasio. Pero ya se había iniciado una estampida. Los chicos de las últimas filas se habían levantado y empujaban hacia la puerta. Sus voces excitadas se elevaban cada vez más alto. Mor quedó atrapado en el medio. Mientras luchaba por salir, lanzó una última ojeada a la escena que se desarrollaba en el gimnasio: Bledyard aún permanecía a la luz de la pantalla, con la vara levantada, mirando hacia el auditorio, mientras que por todo el gimnasio había chicos en pie que se empujaban unos a otros y saltaban por encima de las sillas. Los chicos más pequeños de las primeras filas, ignorando aún lo que ocurría, pedían que se lo dijeran en un tono que, bajo la excitación y el pánico, se elevaba cada vez más. Evvy estaba atrapado en medio del caos. Su cara quedó visible un momento a la luz de la pantalla, tenía la boca abierta y parecía asustado. Cuando por fin se abrió camino y salía del gimnasio, Mor encendió todas las luces.

Corrió hacia el centro del patio de juego. Estaba totalmente oscuro. Ya se había formado una gran muchedumbre, a la que se unían otros muchachos que salían en riadas por las dos puertas del gimnasio. Mor miró hacia arriba. Tras la brillantez de la pantalla, no pudo ver nada al principio, ni siquiera la torre. Una oscura bruma se extendía ante sus ojos. Trató de distinguir algo. No necesitaba que le revelaran la identidad de los dos chicos que escalaban la torre.

—Allí están, señor —dijo una voz junto a él.

Era Rigden. Señalaba hacia arriba. Mor intentaba ver. Aún no podía distinguir nada. Se sentía como si se hubiera quedado ciego. Una fuerte obstrucción en la garganta casi le impedía respirar. Al rato, empezó a percibir poco a poco la silueta de la torre, que se alzaba por encima de él con perfil nítido en el cielo de la noche. Retrocedió unos pasos.

No había luna, y la torre se recortaba negra contra un cielo negro. Se dividía en dos cuerpos: una parte inferior cuadrada que emergía del tejado de la escuela principal y se utilizaba como almacén de libros —tenía dos pequeñas ventanas—, y por encima de

ésta, una aguja altísima que terminaba en un chapitel de bronce. Entre la parte cuadrada de la torre y la aguja gótica se proyectaba un parapeto con una anchura de dos o tres pies que sobresalía por encima del cuerpo inferior. En la parte superior, la aguja llegaba casi a los bordes del parapeto, que era ancho por debajo y estrecho por arriba, lo que daba a la torre una apariencia poco equilibrada y como de lanza.

—Allí, señor, en el parapeto —dijo Rigden, aún junto a él.

Mor echó hacia atrás la cabeza y vio dos oscuras siluetas pegadas a la torre. Una parecía estar en el parapeto; la otra, justo debajo de él, adherida de alguna forma al costado de la torre. No se movían. A Mor se le contrajo el corazón de temor. Ya veía mejor.

Alguien dijo:

—Parece que no pueden continuar.

Para entonces, se había concentrado una gran multitud en el centro del patio; casi todo el colegio debía estar allí. Al mirar hacia atrás, Mor vio una fila tras otra de cabezas recortadas contra la luz que salía por las puertas del gimnasio. Todos hacían comentarios y señalaban. El ruido se elevaba como una nube en el cálido aire de la noche. Mor pensó: esto les hará morirse de miedo y perderán los nervios. Dio media vuelta, casi decidido a despejar el patio. Pero era imposible. Hacerlo provocaría un ruido y un caos incluso mayores. Miró hacia arriba otra vez. Los dos muchachos de la torre estaban aún inmóviles. Parecía como si no pudieran subir ni bajar.

Prewett se acercó a él, abriéndose paso a empujones por entre la multitud. Estaba demasiado oscuro para poder vérsele la cara.

Le dijo a Mor:

—Bill, me temo que son su hijo y el joven Carde.

—Ya lo sé —dijo Mor. Aún miraba hacia arriba. *¿Qué podía hacerse?* Se dio cuenta de que todo su cuerpo estaba sacudido por violentos temblores—. ¿Ha llamado alguien a los bomberos? —preguntó a Prewett.

Una escalera larga. ¿Por qué no había pensado en eso en seguida?

—Everard los está telefoneando —dijo Prewett.

—¡Dios mío! —dijo Mor—. ¡Dios mío! Es evidente que se han quedado paralizados y no pueden moverse.

Prewett le puso una mano en el hombro.

—Tenemos la escalera que se guarda detrás del vestuario...

—Es demasiado corta —dijo Mor.

—¿Quiere que vaya a buscarla, señor? —dijo Rigden, que se encontraba entre un grupo de muchachos situados detrás de Mor.

—Sí —dijo Mor—, pero es demasiado corta.

Varios muchachos se precipitaron a acompañar a Rigden.

Mor se mordió una mano. *¿No había nada que él pudiera hacer?* Temía que en cualquier momento Donald o Carde perdieran los nervios totalmente. No obstante, ninguno de los dos parecía moverse. El temor estaba a punto de partirle el cuerpo en dos.

Un murmullo constante se elevaba de la multitud.

—¡Enciendan los focos! —gritó alguien desde atrás.

—¡No! —gritó Mor, volviéndose hacia el que había hablado—. ¡Los asustaremos!

Era demasiado tarde. Ya habían salido en estampida hacia la sala de calderas, donde se encontraban los conmutadores principales. Un momento después, la fachada de la escuela principal brotó violentamente de la oscuridad, iluminada sin compasión por los poderosos focos. Haces de luz cuidadosamente colocados iluminaron la torre de arriba abajo, resaltando cada detalle. Se elevó un grito sofocado, y todos se cubrieron los ojos, deslumbrados. Mor emitió un gemido de temor e intentó mirar hacia arriba. La violenta luz le obligó a cerrar los ojos. Cuando los abrió, vio con toda claridad las figuras de los dos muchachos pegados a la torre. Donald estaba arriba, tumbado sobre la parte superior del parapeto, que era estrechísima. Carde estaba abajo. Se pegaba como una mosca al costado de la torre. Tenía un brazo por encima del parapeto y el otro curiosamente extendido contra la pared. Entonces Mor observó que estaba agarrado al cable del pararrayos que bajaba desde la parte más alta de la torre. Tenía los pies de lado, apoyados precariamente en un minúsculo reborde decorativo, de una o dos pulgadas de ancho, que ceñía a la torre a unos cuantos pies de distancia del parapeto. Los chicos habían logrado afianzar una cuerda, que pendía a poca distancia de Carde pero fuera de su alcance, en la base de la aguja. Sin embargo, aunque éste hubiera querido izarse por encima del saliente y llegar al parapeto, ayudado, quizá, por el pararrayos que serpenteaba por encima de su cabeza, le habría resultado imposible, porque Donald le cerraba el paso.

Donald estaba tumbado, cuan largo era, sobre el lado superior, extraordinariamente estrecho, del parapeto, con la cara contra la piedra y un brazo extendido sobre la cabeza para agarrarse a un motivo decorativo que sobresalía. El otro brazo quedaba oculto. Tenía las piernas retorcidas de una forma extraña bajo el cuerpo. Se había colocado en una posición difícil y no se atrevía a moverse por temor a escurrirse del estrecho reborde, que no tendría más de diez pulgadas de anchura. Sobre el reborde, cerca del brazo extendido de Donald, se mantenía en equilibrio un objeto blanco y brillante que Mor tardó un momento en reconocer como un orinal. Era evidente que estaba destinado a ser colocado en el chapitel más alto, como testimonio de la escalada.

Asustado por la iluminación repentina, Donald se movió ligeramente y rozó el orinal. Éste osciló unos momentos, después golpeó el borde del parapeto, cayó como un rayo y se estrelló en mil pequeños pedazos contra el asfalto del patio. Un terrible escalofrío estremeció a la multitud. Mor oyó cómo uno o dos chicos pequeños empezaban a llorar.

Mor estudiaba la torre. Si hubiera algo, algún plan, que pudiera ayudar. Era evidente que algo había fallado con la cuerda. Mor conjeturó rápidamente que los chicos podían haber ascendido desde el tejado de la escuela principal por el lado adyacente a la torre, con la ayuda de una cañería de desagüe que subía por ese lugar hasta una distancia suficiente para permitirles apoyar los pies en el minúsculo reborde, mientras se agarraban al parapeto. Allí debieron arreglárselas para llegar hasta el saliente y sujetar la cuerda en alguna proyección de la base de la aguja. Entonces, habrían rodeado la torre, arrastrando la cuerda con ellos, hasta llegar a la parte delantera, quizá para obtener la ayuda adicional que les proporcionaba el pararrayos al pasar el saliente. En algún lugar, no obstante, acaso cuando Donald casi había llegado al parapeto, la cuerda, que estaba tendida desde el extremo de la aguja y pasaba por la esquina, debió escaparse y volver a su antigua posición, fuera del alcance de los chicos.

¿Había alguna forma de devolverles la cuerda para que se agarrasen a ella? Por desgracia, sólo habían utilizado un trozo muy pequeño de cuerda, de unos tres pies, e incluso suponiendo que aún estuviera bien asegurada, colgaba por el lado ciego de la torre, en el que no había ventanas ni medios para entrar. Podían alcanzarla trepando por la cañería de desagüe, como habían hecho los muchachos, pero entonces sería imposible volver a llevarla hasta la parte delantera de la torre sin rodear el reborde de la esquina, y la posición de los dos muchachos imposibilitaba tal movimiento. De hecho, estaba claro que intentar alcanzarlos escalando, incluso si alguien se ofrecía a hacerlo, resultaría inútil, y lo más probable era que en lugar de ayudarlos hiciera más precaria su situación.

Mor se volvió para buscar al señor Everard. Vio que éste seguía boquiabierto, faltándole la respiración. Corrió hacia él, abriéndose camino entre la masa de muchachos fascinados y casi silenciosos.

—¿Los bomberos...? —empezó a decir Mor.

—No pueden venir —dijo Evvy—. Han acudido todos a un gran incendio en el ferrocarril. Llamamos a Marsington; vendrán los bomberos de allí, pero tardarán unos veinte minutos.

Evvy estaba pálido y le temblaba el labio inferior. Se sujetó a Mor, como para apoyarse.

Apareció Rigden, abriéndose paso a empujones hasta llegar al

lado de Mor.

—La escalera del vestuario —dijo.

Los chicos la tendieron en el suelo, la parte superior a los pies de Mor. Era demasiado corta; podía apreciarse a primera vista.

—No sirve —dijo Mor.

Se retorció las manos. ¿Podrían esperar los muchachos veinte minutos? Era un milagro que todavía no se hubiera caído Carde. Y si se caía, Donald se quedaría aterrorizado, intentaría moverse y también caería. Se veía a Carde moverse ligeramente, tratando de llevar su brazo, que debía estar soportando gran parte del peso de su cuerpo, un poco más lejos, para alcanzar el lado superior del parapeto.

—Una lona —dijo Mor—. ¡Dios mío, si hubiera algo sobre lo que pudieran caer!

Hablaba en voz alta y se mordisqueaba los dedos. Sabía que el colegio no poseía nada parecido a la lona de los bomberos.

—¡Ropas de cama! —dijo Evvy, que aún estaba apoyado en el hombro de Mor.

Mor no le comprendió. Pero Rigden sí.

—¡La residencia! —dijo Rigden; dio media vuelta y se puso a la cabeza de sus seguidores, que atravesaron a la carrera la multitud que miraba fijamente.

Al seguirles con la mirada, Mor observó que, con el alboroto, también se habían encendido todos los focos de los otros edificios. Todo el colegio estaba iluminado. Había una luz tan brillante como la del día en el patio de recreo. Vio un tumulto cerca de la entrada que daba a la avenida y después una ambulancia que entraba marcha atrás. Los muchachos se empujaban y peleaban para dejarle paso. Parecía haber llegado cierto número de personas con la ambulancia y había entrado una multitud de curiosos, atraídos por el insólito espectáculo de las luces. Un hombre tomaba fotografías. Mor desvió la mirada.

Debajo de la torre se desarrollaba una extraña escena. Rigden y sus amigos se habían precipitado hacia la residencia y salían, tambaleantes, con montones de sábanas, mantas y almohadas en los brazos. Corrían, con gritos de aviso, por entre la multitud, y depositaban su carga en la base de la torre. Después, corrían de nuevo a por más. Mor comprendió la idea de Evvy. Sacudió la cabeza. Era inútil. La distancia hasta el suelo era colosal. Unas cuantas mantas apenas servirían de nada. Otros muchachos se apresuraron a ayudar a Rigden. Se dirigieron en masa hacia la residencia. Los que no podían entrar por las puertas entraban por las ventanas. Se veía a otros bajar por los senderos que llevaban a los pabellones. Partieron pequeños destacamentos hacia el salón de

actos y el gimnasio, y se les veía regresar cargados con las cortinas que habían arrancado de las ventanas y del escenario. El montón en la base de la torre se hacía cada vez más alto. Casi todos los muchachos corrían de un lado para otro; chocaban entre sí, se caían, se enredaban en la ropa y finalmente trepaban por la enorme pila para depositar su carga encima, escurriéndose y rodando por encima de quienes les seguían. Corrían en silencio, sin aliento, a cientos, sus figuras destacadas con viveza, en los rostros las diversas sombras producidas por las luces opuestas de las cuatro fachadas iluminadas.

Mor aún miraba hacia arriba, como si la fuerza de su voluntad pudiera impedir que su hijo cayera. Los bomberos llegarían muy pronto. ¡Que la escalera fuera lo suficientemente larga! Pero ¿suponiendo que no lo fuera? O suponiendo que... Miraba tan intensamente a la figura extendida e inmóvil de Donald que no dirigió su atención a Carde hasta que oyó un grito sofocado de horror procedente de la multitud, que había detenido sus continuas carreras de acá para allá y contemplaba lo que ocurría arriba. Carde se balanceaba. Su cabeza había caído hacia delante y su brazo se escurría lenta, muy lentamente, del parapeto. A medida que su brazo soportaba menos peso, se asía frenéticamente al pararrayos, intentando pasar la mano que lo sujetaba entre el pararrayos y la piedra. Había estado de bruces, los brazos extendidos, contra la pared. Ahora empezaba a oscilar lentamente, a medida que un brazo se separaba del parapeto y el otro trataba de enredarse en el cable del pararrayos. Sus pies, que habían estado apoyados de lado sobre el minúsculo reborde, dieron la vuelta hasta que Carde quedó sujeto a él con los dedos de los pies. Entonces Mor vio algo terrible. El pararrayos, que empezaba a soportar la mayor parte del peso de Carde, se alejaba poco a poco de la pared. Pero esto, para Mor, no era lo más espantoso. Vio cómo el pararrayos se elevaba sobre el parapeto, cruzaba el lado más ancho del reborde y se introducía bajo el cuerpo de su hijo. Si el cable se arrancaba, haría caer a Donald del reborde.

Al descubrirlo, Mor no tuvo tiempo ni de respirar cuando Carde cayó. El pararrayos se separó de la pared con un ruido como de tela rasgada que se oyó en medio del tenso silencio, y con un grito repentino y angustioso, Carde cayó hacia atrás, dio una vuelta en el aire y aterrizó con un terrible estruendo sobre el montón de mantas. Varios muchachos se habían acercado hasta allí, en un intento de detener la caída. Se elevaron gritos confusos y un extraño lamento, como de gente que lloraba. La multitud se arremolinó en torno al lugar en que había caído Carde. La ambulancia cruzaba el patio de juego marcha atrás. Algunas personas —seguramente médicos y enfermeras— se abrían paso hacia el lugar del suceso, ayudados por

el señor Everard y el señor Prewett.

Mor no miraba aquella escena, ni la mayoría de los chicos tampoco. Contemplaban a Donald. Había ocurrido lo que Mor temía. El pararrayos, del que había tirado violentamente Carde desde abajo, había sufrido una sacudida en el lugar en que pasaba bajo las piernas de Donald. El cuerpo de Donald se convulsionó, y por un momento pareció como si fuera a caer del reborde. Pero estaba asido con suficiente fuerza a la tracería como para evitar que esto ocurriera. Sus piernas se deslizaron un instante por encima del borde, pero se agarró furiosamente con ambas manos y pudo gatear, con los hombros alzados un poco por encima del reborde, la cabeza apretada contra la piedra inclinada de la aguja, ambas manos adheridas a la mampostería, una pierna doblada y asegurada en el borde del parapeto y la otra colgando en el vacío. Se inmovilizó en esta posición. La multitud emitió un gemido. No era una posición que pudiera mantenerse más de unos cuantos minutos. Sus brazos no lo resistirían, y estaba demasiado cansado o demasiado asustado para hacer el esfuerzo, casi imposible en cualquier caso, de izarse hasta el reborde.

Mor sabía que ya no serviría de nada confiar en los bomberos. Si podía hacerse algo, debía hacerse en los próximos minutos. Miró a su alrededor, con una expresión enloquecida. Vio la escalera que habían traído los muchachos del vestuario, aún a sus pies. Era una herramienta. ¿Podría hacer algo con ella? Entonces, se le ocurrió una idea. Era casi desesperada, pero había que intentarlo. Se volvió en busca de colaboradores. Rigden aún permanecía a su lado. Mor abrió la boca y le resultó casi imposible articular las palabras necesarias para explicarle a Rigden lo que quería. Vio a Bledyard como en una foto, situado a unos pies de él, con la cara arrugada y la boca abierta.

—¿Hay alguna cuerda —dijo Mor a Rigden— suficientemente larga como para arrastrar la escalera hasta la ventana superior de la torre?

—Hay una cuerda de emergencia para incendios en una de las aulas de arriba —dijo Rigden— que desde allí puede llegar hasta el suelo. Si la dejáramos caer desde la torre, con toda seguridad llegaría hasta la escalera si apoyamos ésta contra el edificio —hablaba con rapidez, pero tranquilamente.

Mor dijo:

—Si alzáramos la escalera hasta la ventana del desván y después la extendiéramos hacia fuera, es posible que pudiéramos apoyar el otro extremo contra el edificio de la biblioteca.

Rigden comprendió en seguida. La biblioteca sobresalía hacia el patio y coincidía con la parte delantera de la escuela principal, pero

no llegaba tan lejos como la torre. Desde la ventana superior, no obstante, quizá podrían colocar la escalera no demasiado inclinada y apoyarla en una de las ventanas de la biblioteca, donde podría sujetarse por un extremo, o sobre el tejado. En su nueva posición, Donald se encontraba, más o menos, por encima de la ventana de la torre y la escalera quedaría colocada aproximadamente debajo de él.

—Venga conmigo para enseñarme dónde está la cuerda —dijo Mor—. Los otros pueden ocuparse de la escalera.

Rigden explicó el plan rápidamente a dos de sus amigos, quienes, a su vez, se lo explicaron a Prewett. La ambulancia que transportaba a Carde salía lentamente del patio de juego. Los chicos pequeños apilaban las mantas en otro lugar. Varios amigos de Rigden empezaron a correr hacia el edificio de la biblioteca, mientras otros cogían la escalera y la enderezaban contra la pared de la escuela principal. Mor subía a toda velocidad los numerosos peldaños de la escalera, mientras oía a Rigden correr tras él. Llegaron al aula de arriba.

—Ahí está —dijo Rigden.

La cuerda se encontraba sujeta al techo por una enorme grapa de hierro y enrollada cuidadosamente sobre un armario. Mor la miró con desesperación. No parecía haber ningún medio de separarla. Cortarla o quemarla supondría muchos minutos. Con una piqueta se podría desenganchar la grapa. Pero así...

Rigden había colocado una silla sobre uno de los pupitres, y trepaba al armario. Varios muchachos mayores que les habían seguido permanecían junto a la puerta.

—¡No podemos desatarla! —dijo Mor.

—No hace falta, señor —dijo Rigden—. La lanzaremos por la ventana, tiraremos de la escalera y después sólo tendremos que empujarla desde aquí hacia el desván por el exterior.

Mor no se detuvo a pensar lo estúpido que había sido. Cogió el rollo de cuerda que le tendía Rigden, abrió la ventana y lo lanzó afuera. Al mirar hacia abajo, vio el patio muy lejano, brillantemente iluminado y cubierto de caras vueltas hacia arriba. La distancia, aun a esa altura, era enorme. A cada momento esperaba oír el terrible grito de Donald al caer, y sentía en sus propios huesos la fragilidad del cuerpo de su hijo. La escalera estaba apoyada contra la pared. Un muchacho que había estado subido en ella cogió la cuerda, la ató a uno de los travesaños más altos y se deslizó hasta el suelo. Mor y Rigden empezaron a tirar de la cuerda.

Al ver que la escalera ascendía, Mor dio media vuelta y dejó que uno de los muchachos ocupara su lugar. Salió a toda prisa y subió los dos tramos de escalera que le separaban del desván. Dos muchachos corrieron tras él. Uno de ellos se adelantó. Mientras

subía, se le ocurrió un plan alternativo. Quizá podrían empujar la escalera verticalmente hacia Donald, sujetándola desde las ventanas y apoyando la base en el alféizar de una de las ventanas inferiores. Pero en cuanto lo hubo pensado, comprendió que el saliente era demasiado ancho; para que la escalera llegara hasta Donald, ésta tendría que inclinarse por fuera del edificio más de lo que podían alcanzar sus brazos y esto significaría sujetarla precariamente con la cuerda. ¿Podrían controlarla entonces, incluso sin el peso de Donald sobre ella, y podría éste girar y colocarse en ella, aun a medias, sin caerse? La escalera bamboleante, balanceándose por encima de sus cabezas, tendría tantas posibilidades de derribar al muchacho como de devolverle a la seguridad del suelo. Era, además, muy peligroso. Sus pensamientos se dirigieron al primer plan. Pero el primer plan también era terriblemente peligroso. ¡Si al menos pudiera pensar con claridad!

Mor se encontraba ya en el interior del cuerpo inferior de la torre, ascendiendo una escalera de hierro en zigzag. Sus pisadas martilleaban y resonaban. Pensó: antes de que llegue arriba, ya se habrá caído. Respiraba con violentas boqueadas y tenía la sensación de que la sangre le invadía los pulmones. Delante de la puerta del desván había una plataforma de hierro. Allí se encontraba un muchacho, tirando del abridor de la puerta. Mor llegó arriba a toda prisa y empezó a tirar de la puerta también. Dio un grito de desesperación. Estaba cerrada con llave.

—¿Dónde está la llave? —dijo alguien desde abajo.

Rigden se abría paso, entre varios muchachos, por la escalera de hierro.

—¡No hay tiempo para eso —dijo—, debemos derribar la puerta!

Mor se hizo a un lado. Veía como en un sueño a Bledyard, a Hensman y a otras personas que estaban en el descansillo inferior. Se percató de los detalles en espiral del hierro, de la pintura verde de las paredes y de la bombilla desnuda. Rigden y otros tres se arrojaban contra la puerta. Se les resistía. Empezaron a pegar patadas a los paneles inferiores. Con un fuerte ruido de astillas, la puerta empezó a romperse. Al momento, Rigden y sus amigos habían abierto un agujero en la parte inferior lo bastante grande como para entrar a gatas por él. Mor les siguió con cierta dificultad.

La parte superior de la escalera, sujetada por unos muchachos desde el aula de arriba, apareció enmarcada por la pequeña ventana cuadrangular y se veía con toda claridad a la luz de los focos, que caía directamente sobre ella.

Mor abrió la ventana y trató de asomarse. Estaba demasiado alta. Arrastró una silla hasta allí y Rigden se subió a otra, junto a él. Mor miró hacia abajo. La multitud permanecía allí, como antes, aunque

mucho más lejos, y aún miraba hacia arriba. Pensó fríamente: Carde no puede haber sobrevivido. Al asomarse para agarrar la escalera, vio algo que colgaba en el vacío, a unos seis pies por encima de él. Sabía que era el pie de su hijo. No lo miró. Rigden y él empezaron a meter la escalera en la habitación. Todavía la sujetaban desde abajo. Pensó: cuando soportemos todo su peso, la escalera se caerá.

—Más manos —dijo.

Los muchachos se arremolinaron junto a la ventana y empezaron a tirar de la escalera. La gente de abajo, a quien Mor veía vagamente asomarse a la ventana del aula, la soltaron, y la escalera quedó en el aire, bamboleándose, parte de ella en el interior del desván y otra, la mayor parte, inclinada hacia el vacío. En la biblioteca, que estaba situada diagonalmente frente a ellos, se veían caras asomadas a las ventanas superiores y manos extendidas para coger la escalera. Pero ésta aún oscilaba, muy lejos y por debajo de ellos.

Mor volvió la mirada hacia la habitación. Estaba atestada de muchachos, que tropezaban entre los libros al tratar de mover unas estanterías de acero que había en el centro. Una riada de libros caía constantemente al suelo, mientras que otros, apilados contra las paredes, se desmoronaban por el centro, sufriendo las pisadas de los muchachos. Por el agujero de la puerta seguía colándose gente. Alguien que se había hecho con un hacha descargaba golpes sobre la cerradura.

La dificultad consistía en que no había bastante espacio en la habitación para introducir por la ventana un tramo suficiente de escalera para poder equilibrarla y levantarla hacia la parte superior de la biblioteca. E incluso si la levantaban, pensó Mor, podría caerse en cuanto empecemos a sacarla por la ventana otra vez. Se lamentó interiormente. Empezó a preguntarse: ¿Es lo suficientemente larga, en cualquier caso?

El extremo de la escalera atravesaba la habitación y había quedado empotrada contra el ángulo del techo.

—Bájenla —dijo Mor a los chicos situados tras él.

Empezaron a tirar de la escalera, colgando de ella y trepando sobre pilas de libros para subirse encima. Bajo el peso, cayó bruscamente. La parte más larga, que estaba en el exterior, se elevó en el aire. Estaba ya muy por encima del nivel del tejado de la biblioteca. Los muchachos se agarraron a ella con desesperación, y la escalera se bamboleó irregularmente a un lado y otro, a caballo sobre el borde de la ventana. Era muy difícil controlarla.

—Tendremos que apoyarla sobre el tejado —dijo Rigden.

Para Mor ya era evidente. Las ventanas de la librería quedaban muy por debajo, y la escalera, una vez descargado el peso del extremo más cercano, probablemente caería demasiado aprisa para

que la gente situada en el otro extremo pudiera cogerla. Esto significaba, puesto que no había acceso a aquella parte del tejado de la biblioteca, que nadie podría sujetarla al otro extremo. Pero no se podía hacer nada al respecto.

—Suéltenla lentamente —dijo Mor— y mantengan este extremo en el suelo el mayor tiempo posible.

La escalera empezó a alzarse por la ventana. Mor la guiaba lo mejor que podía. Había ocho o diez muchachos que aún estaban colgados del extremo, apiñados en la pequeña habitación, saltando desordenadamente y tirando con todo su peso de los últimos travesaños. A medida que salía la escalera al exterior, comenzó a inclinarse hacia abajo a una velocidad creciente. Se produjo un alboroto final en el cuarto: el extremo más cercano de la escalera salió disparado hacia arriba y el más alejado tocó el tejado de la biblioteca con estruendo. Mor vio que la escalera había aterrizado en el canalón. Esperaba que allí estuviera segura. No era posible volver a levantarla.

Mor alzó la vista. Vio el pie de Donald, enfundado en un zapato de gimnasia, que aún colgaba a varios pies sobre su cabeza. No quedaba justo encima de la escalera. Ayudado por Rigden, Mor empezó a empujar la escalera para que adoptara una posición más en diagonal, con un extremo en el ángulo de la ventana. Esto hizo que el extremo más alejado quedara en equilibrio precario, pero aún parecía firme, contando con que el canalón aguantara el peso. La escalera estaba colocada lo más cerca posible de Donald, bajo el lugar del que colgaba.

Mor empezó a asomar gran parte del cuerpo por la ventana, con una mano sujeta a la escalera. Rigden le asía por la chaqueta. Veía la mayor parte de la pierna de Donald, y el otro pie alzado justo por debajo del borde del parapeto. El resto no estaba a la vista desde abajo. Al ver el cuerpo aún colgado del agudo borde, y al comprobar la terrible distancia que se abría bajo él, Mor sintió tal temor que estuvo a punto de caer. Entonces trató de hablar. Que pudiera hablar a Donald resultaba ya algo fantástico. Mor no esperaba que el muchacho fuera capaz de entenderle. Lanzó una rápida ojeada a la derecha. Veía la carretera, rayada por las luces relampagueantes de los coches a lo largo de varias millas, en ambas direcciones. No se veía ni se oía el coche de los bomberos.

Mor habló, con una voz que se proyectaba extrañamente hacia el vacío por encima de su cabeza.

—Don —dijo en tono alto y claro—, Don —tenía que elegir las palabras con sumo cuidado—. Escucha. Va a venir un coche de bomberos con una escalera larga; llegará pronto, pero no sabemos con exactitud cuándo. Si crees que puedes mantenerte seguro hasta

que vengan, hazlo. Pero si crees que te vas a escurrir, entonces, escúchame. Hemos colocado una escalera entre el lugar donde estoy ahora y la biblioteca, y pasa justo por debajo de ti; está a unos cinco pies. Si crees que no puedes esperar más, déjate caer sobre la escalera y agárrate a ella con fuerza; nosotros tiraremos de ti desde la ventana. Así que si estás seguro, quédate donde estás; si no, déjate caer sobre la escalera. Nosotros esperaremos aquí.

Se hizo el silencio. Mor retrocedió. Apoyó la cabeza contra el marco de la ventana y miró hacia la noche. En lo más profundo de la oscuridad vio, al cabo de unos instantes, unas cuantas estrellas pálidas. Empezó a rezar. Murmuraba las palabras casi en voz alta. Oyó un débil sonido por encima de él. El pie de Donald se movía. Se balanceó un poco y quedó inmóvil. Procedente del parapeto, se oía un ruido parecido al de un objeto que raspara contra otro. Entonces, con la violencia de un proyectil, el cuerpo de Donald golpeó la escalera. Extendió los brazos y se agarró a ella. La escalera se bamboleó y se combó en el centro. Pero permaneció en su sitio, mientras Rigden y otros la sujetaban firmemente por el extremo.

Un segundo después, todo volvió a quedar inmóvil: la escalera suspendida entre los dos edificios y Donald tendido sobre ella, la cabeza hacia la ventana y los brazos y las piernas enroscados en los travesaños. Estaba inmóvil, con la cara ladeada. Parecía no tener conciencia de cuanto ocurría. Mor se dispuso a asomarse de nuevo. La mano extendida de Donald estaba a su alcance.

—No, déjenos esto a nosotros —dijo alguien tras él, al tiempo que le tiraba de la chaqueta.

Era Hensman. Mor retrocedió hacia la habitación, o más bien, se desplomó. Vio que alguien había abierto la puerta y una muchedumbre se agolpaba en la escalera. Vio que Bledyard trepaba por encima de él y se dirigía hacia la ventana. Hensman y Rigden tenían medio cuerpo fuera; los demás les sujetaban desde el interior. Mor observó que cada uno de ellos había agarrado con firmeza un brazo de Donald, e intentaban acercarlo hacia la ventana. Era difícil, porque tenía las piernas enredadas en la escalera. Al sentir la presión sobre los brazos, Donald hizo un esfuerzo frenético por liberar sus piernas, elevando la cabeza hacia la ventana. Tendieron más manos. En ese momento la escalera empezó a inclinarse. Uno de los lados parecía haberse separado del canalón de la biblioteca. Se bamboleó. Entonces, a medida que la cabeza y los hombros de Donald asomaban al fin por la ventana del desván, la escalera giró sobre sí misma y cayó al vacío entre la escuela principal y la biblioteca, aterrizando en el asfalto con gran estruendo. Metieron a Donald de cabeza en la habitación.

Mor descubrió que estaba sentado en el suelo, sentado sobre un

mar de libros, la espalda apoyada sobre más libros. El cuerpo de Donald, vivo y de una sola pieza, yacía cerca de él. Alargó una mano y tocó una pierna de su hijo. La gente se inclinaba sobre ambos. Alguien le ofrecía coñac. Mor bebió un poco. Su alivio era tan intenso que se sentía aturdido. Vio cómo alzaban a Donald y le apoyaban contra la otra pared. Los ojos del muchacho estaban abiertos y parecía como si empezara a reconocer lo que le rodeaba; volvió la cabeza y aceptó un poco de coñac. Bledyard se había arrodillado entre ellos y trataba de decir algo.

Donald estaba ya más incorporado. Bebió un poco más y miró a su alrededor. Se llevó una mano a la cabeza. Después, al cabo de un rato, intentó levantarse. La gente le decía cosas tranquilizadoras. Los empujó a un lado y empezó a ponerse en pie. Se quedó observando la habitación unos segundos, los pies muy separados sobre el mar de libros. Después, y sin previo aviso, se lanzó hacia la puerta. Los muchachos se apartaban a su paso. El reciente peligro por el que había pasado daba un aire misterioso e inquietante. Oyeron resonar sus pisadas al bajar por la escalera.

Mor se levantó. Se frotó la cara con las manos. No intentó seguirle. Varios muchachos corrieron tras Donald. Un momento después, Rigden, que había permanecido junto a Mor, y que se había subido a una silla junto a la ventana, dijo atónito:

—¡Allá va!

Mor se subió a otra silla y miró. Vio una vez más, allá abajo, la extensión iluminada del patio de juego, salpicada aquí y allá de grupos de personas. Entonces descubrió una figura que corría. Donald había salido a toda velocidad de la escuela principal y se lanzaba por el asfalto hacia la oscuridad de la avenida. La muchedumbre le miraba fijamente. Pasó cierto tiempo hasta que comprendieron de quién se trataba. Pero entonces, Donald se encontraba próximo a la avenida. Los alumnos gritaron. Donald desapareció en la oscuridad. Como una jauría, los otros muchachos se precipitaron tras él, emitiendo gritos incoherentes.

Mor bajó de la ventana. Se derrumbó de nuevo en el suelo. Dos figuras se inclinaron sobre él. Eran Rigden y Bledyard, las dos únicas personas que quedaban en la habitación. Le decían algo. Débilmente, apoyó la cabeza contra la pared y perdió el conocimiento, mitad por un desmayo y mitad por agotamiento. Muy, muy lejos, oyó la campana del coche de los bomberos.

Capítulo diecisiete

Nan se prendió del brazo de Mor y empezaron a subir lentamente la colina por el sendero que se extendía desde el jardín del director hasta el bosque. Era final de curso. Acababan de hablar con el señor Everard. Habían pasado ya cuatro días desde la escalada de la torre y no habían sabido nada de Donald desde el momento en que éste atravesara el patio y desapareciera en la oscuridad. Los chicos que le habían perseguido hasta la carretera principal le perdieron al llegar al desierto de terrenos baldíos que se extendía al otro lado. Se había desvanecido y desde entonces no se tenían noticias de él. Tras dos días de espera, Mor pidió ayuda a la policía, aunque sin muchas esperanzas. Nan y Felicity, por supuesto, habían regresado a casa inmediatamente y una de ellas permanecía siempre en casa por si sonaba el teléfono. Pero no sonaba, y continuaban el silencio y la ausencia de Donald.

Jimmy Carde había escapado milagrosamente de la muerte; en gran parte, se había salvado gracias al montón de mantas del señor Everard. Se encontraba en el hospital, con varias costillas y ambas piernas rotas y el cráneo fracturado. Declararon que no se encontraba en peligro inmediato y que había probabilidades de recuperación. Dos de los chicos que habían intentado amortiguar la caída también se encontraban en el hospital, aquejados de conmoción cerebral.

Contra Carde y Donald el señor Everard invocó, no sin cierta renuencia, la ley que decretaba la expulsión inmediata para aquella clase de infracción. Le pidió tantas disculpas a Mor, que éste, literalmente, tuvo que decidir por él y señalar que no quedaba otra solución que expulsarlos a ambos. Esto era grave. Pero lo que en cierto modo resultaba aún más grave era que faltaban dos días para que empezara el examen de Química de Donald. Everard dijo a Mor

que no existía, por supuesto, objeción alguna a que Donald se examinara en St. Brides y a que utilizara los laboratorios como lo habría hecho normalmente. Pero Mor sabía que su hijo ya no se examinaría, y que quizá se hubiera escondido deliberadamente hasta que pasara la fecha. Le resultaba muy doloroso; pero pensar en ello de esa forma suavizaba un poco una angustia más profunda respecto al bienestar de Donald.

La noche de la catástrofe, Rain y Demoyte fueron a verle a hora muy avanzada en el coche de Rain y quisieron llevarle en el acto a Brayling's Close. Mor rechazó el ofrecimiento, porque pensó que debía quedarse en su casa, por si recibía alguna llamada telefónica o regresaba Donald. Rain le preparó algo de comer, que fue incapaz de probar, y le administró un sedante. Ella y Demoyte le convencieron para que se fuera a dormir y después se marcharon. Desde entonces, Mor había visto a Rain con frecuencia, siempre en el Close. La había convencido de lo que él mismo esperaba que fuera verdad, que Donald se encontraba perfectamente pero se escondía para no acudir al examen. Mor aún no le había dicho a Nan lo que Rain y él tenían intención de hacer. Sabía que Rain estaba deseando que se lo dijera, pero no había intentado discutir de nuevo el asunto con él. Mor descubrió, entre tanto, que su resolución permanecía inquebrantable y que, en realidad, se había fortalecido con los nuevos problemas que habían surgido. Pero aún no había encontrado el momento adecuado para decirle a su mujer, en medio de aquella tensión, que se proponía dejarla.

La angustia de Mor por Donald era muy intensa. Pero su angustia por Rain era igualmente intensa, o incluso entonces podría haber hablado con Nan de forma decisiva, si ésta le hubiera dado la menor oportunidad. Mor sabía que lo que necesitaba para hablar con resolución era un momento de violencia. Si Nan, provocándole, o recurriendo al límite de una emoción, le hubiera concedido el regalo de la ira o la sensación de haber llegado al límite, él habría dicho las palabras fatales. Pero Nan, como si quisiera enfadarle una vez más, se había mostrado totalmente sosegada desde su regreso, razonable y condescendiente, y hacía todo lo posible por crear una atmósfera de *ennui* hogareño que Mor aún recordaba haber encontrado muy tranquilizador algunas veces.

Nan también estaba muy preocupada por Donald, pero tras razonarlo con Mor, había llegado a la conclusión de que el muchacho, casi con toda seguridad, no había sufrido ningún daño y reaparecería después del primer día del examen. Con respecto al examen, Nan se alegraba más que otra cosa de que Don lo perdiera, pero no lo decía para evitar que Mor se irritara. La persona que estaba más profundamente asustada por lo que pudiera haberle

ocurrido a Donald era Felicity, que se ocupaba en imaginar lo peor y lloraba de continuo. Nan descargaba parte de su nerviosismo sobre su hija, pero, intencionadamente o no, no hacía nada que pudiera disgustar a su marido o proporcionarle la tempestad que él esperaba y por la que únicamente podría explotar.

—Evvy ha estado muy amable, ¿verdad? —dijo Nan, aún colgada del brazo de Mor.

El bosque estaba silencioso y vacío. Ya habían partido en autobús muchos de los chicos a primeras horas de la mañana y otros haraganeaban en el patio o en la avenida, mientras esperaban que les recogieran. A las once llegarían más autocares para llevar a la estación a los muchachos procedentes del West Country.

—Es una gran persona —dijo Mor—. ¿Te dijo algo de particular antes de que yo llegara?

Bajo los árboles, las hojas del año anterior, y algunas que ya habían caído de las ramas tras la reciente tormenta, revoloteaban por el sendero o volaban con fuerza de un lado a otro, golpeándoles los tobillos. Era una mañana oscura, con viento.

—Dijo que iban a seguir adelante con la cena de presentación del retrato de Demoyte —dijo Nan—. Tendrá lugar el martes.

—¡Por supuesto que van a seguir adelante! —dijo Mor—. ¿O cree Evvy que el colegio debería ponerse de luto? Si ya sé que será el martes. ¿Vas a ir o quieres que enviemos una excusa? Ahora nos sería muy fácil escapar de ella.

Llegaron a un claro donde los árboles se habían retirado para cercar una extensión de tierra musgosa y hierba corta. Mor reconoció el lugar, con la tristeza sombría que ahora sentía continuamente en presencia de su mujer.

—Creo que iré —dijo Nan—. Será mejor que intentemos llevar una vida normal; eso evitará que nos inquietemos demasiado. Incluso me dejé convencer por Evvy para decir unas palabras. No tuve fuerzas para decirle que no. Dijo que bastaría algo muy corto.

—¡Vas a contestar al brindis! —dijo Mor—. Me alegro mucho.

Pero ya no se alegraba, pensó, por nada que guardara relación con Nan. Se sentía como si hablara con alguien que ya hubiera muerto, pero que aún no lo supiera. Al pensarlo, experimentó una tristeza tan profunda que le hubiera gustado pedirle a Nan que le consolara, pero al mismo tiempo recordó que también eso era imposible. Nan era la única persona que no podía aliviarle del dolor que sentía.

Pasaron junto al pabellón de Prewett. Tenía un aire solitario y de abandono, con las puertas y las ventanas abiertas, sin ruido de muchachos.

—Ojalá se animara un poco Felicity y no se sintiera tan

desgraciada —dijo Mor. Tenía que hablar para dejar de pensar.

—Cogió un buen constipado en la playa —dijo Nan—. La encontré una noche vagabundeando por ahí en traje de baño. No ha estado bien desde entonces.

Al llegar al sendero de grava detrás de la biblioteca, se oyó un ruido de voces alegres que cantaban y reían, y cuando entraron al patio de recreo vieron a una multitud de muchachos que esperaban con sus equipajes cerca de la entrada de la avenida. Había llegado el autocar, y algunos chicos subían a él. Al fondo, detrás de la escuela principal, se veían coches particulares aparcados en la hierba, con las puertas abiertas, mientras los cargaban de maletas, raquetas de tenis, palos de críquet y otros artilugios. Aquellos a los que aún no habían venido a recoger formaban un grupo alegre que cantaba y despedía a los que se marchaban. En ese día se olvidaban todas las enemistades, e incluso el muchacho más insignificante e impopular del curso recibía un grito de despedida unánime y cálido, que alentaba y engañaba a los padres, en especial si éstos iban a buscarle en un Bentley último modelo o un Rolls antiguo.

El autocar se llenó y empezó a alejarse, en medio de gritos y saludos. Una docena de chicos corrieron tras él avenida abajo, empujándolo mientras pasaba del asfalto a la grava, y persiguiéndolo después a medida que aumentaba la velocidad hasta que hubo llegado a la puerta del jardín. En cada ventanilla se veían agitarse varias manos. El autocar desapareció tras una nube de polvo y gritos. Entretanto, la muchedumbre del patio bailaba una danza escocesa, acompañada por voces humanas que imitaban gaitas, mientras que algunos rezagados se asomaban a las ventanas de las aulas vacías y resonantes para gritar a sus amigos o para desenrollar, contrariamente a los más explícitos deseos del señor Everard, largas tiras de papel higiénico que ondeaban al viento como serpentinas.

—Demos la vuelta por el otro lado —dijo Mor. Contempló la escena con repugnancia.

—No seas tonto, Bill —dijo Nan. Le asió firmemente mientras cruzaban el patio para dirigirse a la avenida, manteniéndose cerca de la pared de la escuela principal. Un grupo de danzarines interrumpió sus cabriolas para dejarles pasar.

—¡Adiós, señor, felices vacaciones! —gritaron una o dos voces.

—¡Adiós, adiós, felices vacaciones! —repitió el resto del grupo.

Mor se sintió anónimo. Era simplemente uno más de los profesores. Se sintió casi aniquilado por la presencia de tanta felicidad.

—Adiós —dijo—, felices vacaciones.

Torcieron por la avenida. Al acercarse a la puerta del jardín, un coche pasó lentamente por delante de ellos. Bajaron una ventanilla y

apareció la pequeña cabeza de Rigden, disparada con violencia, como movida por un resorte.

—¡Adiós, señor! —gritó Rigden—. ¡Buena suerte y hasta el próximo curso!

Vio cómo los padres de Rigden, que le conocían ligeramente, agitaron la mano en señal de despedida, ansiosos por escapar y evitar cualquier cortesía de última hora. El coche llegó a la carretera principal y se unió a la interminable procesión del tráfico veloz que se dirigía hacia Londres, escapando hacia el mundo que se extendía fuera de St. Brides, a velocidad creciente, a medida que el padre de Rigden, que era un conocido abogado, pisaba el acelerador.

Mor y Nan se adentraron en las calles de la urbanización. Al cabo de unos minutos, llegaron a su casa. Felicity les salió al encuentro en la puerta.

—¿Hay noticias? —dijo. Los ojos se le habían agrandado y estaban sanguinolentos por el llanto intermitente y la expectación constante.

—No —dijo Mor—. ¿Llamó alguien?

—No —dijo ella, y volvió a sentarse al pie de la escalera.

Nan dijo:

—Haré café. Luego tengo que ponerme a planchar de una vez. ¿Qué vas a hacer, Bill?

Mor iba a ver a Rain a Brayling's Close. Dijo:

—Iré a la biblioteca pública en la bicicleta y después volveré al colegio a hacer un par de cosas.

—¿No tienes más remedio que trabajar hoy? —dijo Nan, mirándole fijamente desde la puerta de la cocina—. Creí que habían empezado las vacaciones.

—Te he dicho cien veces —dijo Mor— que para mí las vacaciones no empiezan a final de curso.

Entró en el salón. Ahora que el tiempo era fresco, parecía una habitación minúscula, odiosamente repleta de objetos, colores y dibujos mezclados. Se detestaba a sí mismo.

—No te sientes ahí cariño; hay corriente —dijo Nan a Felicity—. Ven a tomar café.

—No quiero café. Voy a tumbarme un rato.

—No seas tonta —dijo Nan—; si te tumbas sólo conseguirás llorar otra vez. ¿Por qué no lavas tu ropa interior, ahora que está el agua caliente? Dejaré fuera la tabla de planchar y te la plancharé esta tarde.

Felicity no contestó; subió la escalera con pasos pesados y cerró la puerta de su habitación.

Nan llevó una bandeja con café y galletas. Se sentaron frente a la ventana. El jardín estaba húmedo, revuelto por el viento.

—Ya se acerca el otoño —dijo—. Es extraño lo pronto que puede apreciarse. En cuanto sale el flox, ya se sabe que ha pasado la parte mejor del verano. Después, a esperar la caída de las hojas. ¿Recuerdas lo contenta que se ponía Liffey cuando empezaban a caer las hojas? Las perseguía durante horas por el césped de una forma tan tonta. Luego, cuando tú las habías barrido y colocado en un montón, se lanzaba contra ellas y volaban por todas partes. Cómo te enfadabas.

—Sí —dijo Mor—, lo recuerdo —terminó el café rápidamente—. Debo marcharme. Volveré a la hora de comer.

Nan se levantó y le siguió hasta el vestíbulo.

—Voy a ver a Felicity —dijo—. Se va a poner enferma de pena.

Mor salió de la casa. Cogió la bicicleta, pedaleó hacia la biblioteca, giró por otra carretera y entró en una de doble calzada cercana a la cumbre de la colina. Después se deslizó con suavidad por el otro lado, hacia la casa de Demoyte, con el viento presionándole las mejillas y revolviéndole el pelo. Las nubes estaban muy bajas por encima de la carretera, que continuaba recta hasta perderse en la distancia, siguiendo una flecha que señalaba hacia Londres. El viento era fresco y traía un olor a campo. Mor echó la cabeza hacia atrás. Aún existía él, Mor, y podía hacer lo que quisiera. Dentro de un momento vería a su amada, cuya presencia disiparía todos los horrores y todas las penas. Ya le acariciaba aquel esplendor, ahuyentando de su carne la negrura, y todo empezaba a volver a su sitio, como preludio de una vida de veracidad y amor renovados. Cuando llegó a la puerta del Close tenía el corazón alegre.

Se dirigió directamente al salón, donde encontró a Rain sentada junto a Demoyte. Pasaban mucho tiempo juntos en aquellos días. Al entrar Mor, Rain se levantó de un salto y corrió a cogerle por una manga de la chaqueta, mientras Demoyte les miraba con expresión sombría.

—Esto se está convirtiendo en una casa de locos —dijo Demoyte. Empezó a recoger los libros, como preparación para abandonar la habitación.

—No se marche, señor —dijo Mor.

—Déjate de tonterías —dijo Demoyte—. Estaré en la biblioteca por si alguno de los dos quiere verme, cosa bastante improbable.

En cuanto hubo cerrado la puerta, Mor levantó a Rain en sus brazos con violencia y la apretó contra él como si quisiera fundir los dos cuerpos en uno. Parecía como si aquel abrazo pudiera arreglar todo. La soltó finalmente, entre protestas y risas.

Ella le llevó a una silla, como hacía siempre, y se sentó en el suelo ante él para interrogarle. Mor tenía poco que contarle.

—¿Cómo te fue esta mañana? —preguntó Rain.

¿Cómo podía decirle cómo le había ido? Aquella mañana había sufrido lo indecible. Aquella mañana había sido un traidor y un embustero. Pero ahora apenas recordaba esas cosas, como quizá les suceda a los espíritus benditos, que cuando entran en el paraíso olvidan muy pronto los horrores del purgatorio, como si pertenecieran a un sueño, hasta desvanecerse totalmente de su memoria.

—No ha habido nada de particular —dijo Mor.

Ya le había dicho que no tenían noticias de Donald.

—Mor —dijo Rain, tirándole de las rodillas del pantalón—, ¿no le has... dicho nada a Nan todavía?

Ésta era la pregunta que Mor temía.

—No —dijo.

—¿Lo harás... pronto? —preguntó ella. Su mirada de tierna ansiedad obligó a Mor a cubrirse la cara con las manos.

—Rain —dijo—, ahora no puedo asestarle este golpe a Nan, estando los dos tan preocupados por Donald. Debemos esperar un poco más.

—Mor —dijo Rain—, yo no puedo esperar. Sé que esta impaciencia te molesta y que quizá sea una crueldad. Si lo es, poco añadirá a todo el mal que ya hemos hecho. Pero creo que deberíamos decirle la verdad a Nan ahora, aunque no sea el momento adecuado.

—¿Por qué ahora? —dijo Mor—. ¿O es que temes que cambie de opinión?

La sujetó por la barbilla y la miró a los ojos. Hasta entonces no había sabido lo que era conversar con alguien leyendo en sus ojos todo el tiempo. Los ángeles deben conocerse mutuamente así, sin barreras.

—¡No es eso! —dijo Rain—. Y, sin embargo, temo algo, no sé qué. Quiero atarte a mí.

Agarró las muñecas de Mor con sus pequeñas manos e intentó zarandearle.

Cuando Mor vio su intensidad y su decisión, sintió una profunda gratitud. La atrajo hacia sí.

—Y así será, amor mío —dijo—. Pero debes dejar este asunto en mis manos. Ahora, háblame de otra cosa. ¿Has trabajado en el cuadro?

—No —dijo Rain—, no lo he tocado. Me siento demasiado mal para pintar. No es bueno, pero tendrá que quedarse así.

Habían quitado el cuadro del caballete y lo habían apoyado contra la pared, en el ángulo más alejado de la habitación. Ambos lo miraron. A Mor le pareció menos bueno que antes. Incluso le pareció

entender débilmente lo que había querido decir Bledyard. La fuerza colosal de la cabeza enorme y tiránica de Demoyte no estaba realmente presente en el cuadro, aunque sí muchos de sus rasgos, en especial una seriedad distraída que Mor no había observado en él con mucha frecuencia, pero que ahora estaba dispuesto a considerar como uno de sus estados de ánimo más importantes. Lo que el retrato mostraba era un Demoyte más amable y más pensativo, pero también menos fuerte. No obstante, no cabía duda de que era un buen retrato.

—Lo siento —dijo Mor—. Lamento haberte impedido que siguieras pintando.

—¡Nada podía impedírmelo —dijo Rain—, excepto por un momento!

—¿Sabes que esa espantosa cena es el martes? —dijo Mor.

Rain se estremeció.

—Tu mujer no estará allí, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —dijo Mor—, pero eso no importa.

Rain se puso en pie de un salto.

—No puedo ir a la cena si tu mujer va a estar allí —dijo—, *no puedo*.

Estaba a punto de llorar.

—Cariño —dijo Mor—, no seas tonta. Será desagradable, pero es algo por lo que tenemos que pasar. No es ni más ni menos disparatado que todo lo que está sucediendo.

—¡Debes decírselo en seguida! —dijo ella.

—Rain —dijo Mor—, déjame eso a mí, ¿quieres?

Rain se puso a llorar. Él la abrazó.

—No puedo —seguía diciendo—, no puedo ir a esa cena, no puedo.

—No digas bobadas —dijo Mor—, debes ir a la cena, eso por supuesto —añadió—: Quién sabe lo que puede ocurrir de aquí a entonces. Puede que ya se lo haya dicho todo a Nan. En cuanto a la cena, si no sabe lo peor, no tendrá por qué meterse contigo, y si lo sabe, no irá. Así que, deja de llorar.

Pero, por alguna razón, Mor no creía que el martes próximo se lo hubiera dicho a Nan. Llegaría un día en que ya se lo habría dicho. Pero no sería el próximo martes.

Rain se sentó de nuevo en el suelo y siguió llorando. Mor le acarició el pelo. Sintió que su comprensión disminuía. La amaba. Y ahora, le había causado dolor. Pero pronto la haría feliz. Entre tanto, era él quien merecía compasión, él quien tenía que desempeñar el papel de asesino y traidor. La pena de Rain era por una privación temporal. La suya era una pena por las cosas que nunca volvería a arreglar una vez que las hubiera roto. Habría una nueva vida y un

nuevo mundo. Pero lo que él estaba a punto de romper nunca se arreglaría, y supo entonces que nunca dejaría de sentir dolor por ello. En medio de su felicidad, aquel dolor permanecería siempre intacto, hasta el final de su vida. Siguió acariciando el pelo de Rain.

Capítulo dieciocho

Era martes. Había pasado la fecha del examen de Química y Donald no había regresado a casa, ni se habían recibido noticias que pudieran proporcionar la menor pista sobre su paradero. Mor no le había dicho a Nan que tenía la intención de dejarla. Era el día de la cena de presentación. Rain iba a acudir, por supuesto, y Nan no había cambiado de opinión respecto a asistir y responder al brindis.

La cena iba a tener lugar en el comedor de los profesores de St. Brides, y su organización ya hacía tiempo que provocaba confusión y preocupación entre el personal del colegio, a quien rara vez se acudía para preparar algo de mayor trascendencia que una merienda para el día de reparto de premios. El comedor de profesores{*}, como tantas cosas en St. Brides, no tenía un nombre adecuado. En aquella institución no se servía *dinner*, ni en el comedor ni en ninguna otra parte, puesto que no había más cena que el *supper*, y en realidad la habitación en cuestión no solía utilizarse para comer, sino que se había convertido en el lugar de reunión de la Junta de Administración, de la Sociedad de Redacción de sexto curso y del Comité de Deportes. No parecía demasiado fácil transformar aquella severa estancia en escenario adecuado para un acontecimiento festivo. No obstante, se habían hecho grandes esfuerzos, inspirados, en gran parte, por el ubicuo Hensman, cuyo entusiasmo resultaba aún más conmovedor teniendo en cuenta que no estaría presente en la cena, puesto que, tras muchas discusiones, se había decidido que sólo se invitaría a los profesores más antiguos y a la Junta de Administración.

Mor llevaba traje de etiqueta. Para él, esto constituía una experiencia poco común y se sentía bastante extraño. Se había comprado, especialmente para la ocasión, una camisa blanca de cuello blando para reemplazar el carapacho errante que le había

torturado en el pasado, pero seguía sintiéndose incómodo con esas insólitas ropas, debido, en parte, al descubrimiento de que había engordado desde la última ocasión. Podía abrocharse los pantalones, pero le quedaban muy justos. Por fortuna no tenía que abrocharse la chaqueta, ya pasada de moda. A pesar de todo, pensó que tenía buen aspecto, y reflexionó con tristeza que si las cosas hubieran sido diferentes habría sido una buena broma presentarse ante Rain con aquel disfraz. La idea le chocó por su ligereza y retornó de inmediato a sus preocupaciones. Se encontraba en un estado de inquietud creciente por el destino de su hijo. Últimamente, su imaginación había empezado a llenarse de visiones de un Donald que decidía con amargura no regresar jamás, que perdía la memoria, que se hallaba hambriento y desesperado, visiones de un Donald vagabundo, de un Donald muerto. Estos temores, por una extraña química de su espíritu afligido, aliviaron ligeramente sus otras tensiones, al hacer más evidente que no podía decir nada a Nan hasta después de la reaparición del muchacho.

Los invitados debían reunirse a las siete y media en el salón común junto al comedor de profesores. La cena sería a las ocho. Mor había avisado a un taxi para que fuera a buscar a Nan justo antes de las siete y media, y a continuación, a la señora Prewett. Rain traería a Demoyte en su coche. Mor tenía intención de vestirse mucho antes y acercarse al colegio para ofrecer su ayuda al personal y cerciorarse de que todo estuviera listo en el comedor. Pero había tardado más de lo que esperaba en vestirse, y eran casi las siete cuando llegó allí. Echó una ojeada por la puerta del comedor, después entró y lanzó un silbido de admiración por la labor de Hensman, que estaba allí esperando ver señales de sorpresa.

La habitación se había transformado. No se veían por ninguna parte los sillones de cuero verde, ni el pesado escritorio que, por lo general, estaba colocado oblicuamente en una esquina, ni el enorme armario de madera de pino cuyo contenido era desconocido, porque la llave se había perdido hacía muchos años. En su lugar, tres estilizadas mesas de estilo Regencia, adornadas con flores que Mor recordó que pertenecían a Prewett, cubrían un lado de la habitación, y había aparecido un bonito aparador para cubrir el espacio junto a un lado de la chimenea. Las sillas más deplorables habían desaparecido, y las habían sustituido por unas Chippendale de imitación también de Prewett, que no iban del todo mal con el juego de sillas victorianas que habitualmente ocupaban la habitación. La larga mesa oval, cubierta de ordinario con un tapete verde, estaba revestida con un paño de damasco plateado que llegaba casi hasta el suelo, y sobre ella brillaba una magnífica colección de cristalería y plata a la luz de algunas de las velas que Hensman había encendido

a modo de experimento. Habían desaparecido los adornos de latón —bulbosos e inexplicables— de la repisa de la chimenea, para ser reemplazados por flores; y encima de la repisa, coronándolo todo, colgaba el retrato de Demoyte.

—¡Maravilloso! —dijo Mor—. Está irreconocible.

—Me quita un peso de encima —dijo Hensman—. ¡Temía que quedaran algunas huellas! Ya conoce el lema de Evvy: si merece la pena hacer una cosa, merece la pena hacer una chapuza. Pensé que sería mejor que yo me hiciera cargo de ello. Me temo que las paredes están un poco descoloridas en los sitios de donde quitamos las monstruosidades, pero cuando oscurezca sólo habrá luz de velas y no se notará.

—Siento que no vaya a estar aquí —dijo Mor.

—No se preocupe —dijo Hensman—. ¡Hay otra fiesta abajo! Por quien lo siento es por Baseford; nunca se repondrá de haberse perdido este banquetazo. ¡Dos clases de vino, y todo! A propósito, ¿le he contado cómo acabó la batalla del jerez? ¡Evvy exige ahora el mejor jerez español y no se conforma con otro!

Antes mantenía la opinión de que el jerez sudafricano, si se servía en jarras, sería suficientemente bueno para sus huéspedes, en especial porque, según su punto de vista, era puro esnobismo pretender que existía una diferencia de sabor.

Mor rió.

—Será mejor que vaya a cambiarse —dijo—. Son más de las siete.

Hensman aún llevaba la ropa de jugar al tenis. A los profesores jóvenes les habían invitado a una copa de jerez antes de la cena; para ello, les estaba permitido acudir en traje de calle.

—No voy a ir —dijo Hensman—. Delego en usted la compañía del señor barón Sir Fulano de Tal y de otros placeres por el estilo. Yo tengo que empezar a organizar mi fiesta. Me marcho a buscar la guitarra. ¡Adiós! Que se divierta.

Mor se quedó solo. Apagó las velas que Hensman había dejado encendidas y empezó a contemplar el retrato de Demoyte, que estaba colgado muy alto: le constaba que Rain pensaría que estaba demasiado alto, encima de la florida chimenea victoriana. Era una tarde soleada, y aún había buena luz. El comedor de profesores estaba situado en el extremo del piso superior del edificio de educación física y gimnasia, y contenía una cocina que se había incorporado al piso del señor Baseford. Daba al Oeste, por lo que los rayos del sol traspasaban las pesadas cortinas de reps, del color de una vieja tapa de pupitre manchada de tinta: Mor pensó que no debían correrse bajo ningún concepto. El retrato de Demoyte volvía a parecer diferente. Bledyard había dicho que el hombre de aquel

cuadro no parecía mortal. A Mor se le antojó entonces una cara muy mortal. Pero sabía que estaba emocionado por la ocasión y por el recuerdo del remordimiento casi incrédulo que había experimentado cuando al viejo tirano, acostumbrado a una autoridad casi completa sobre cientos de almas que le temían, le arrebataron el poder y le enviaron al exilio, en el que sólo podría oprimir y castigar a aquellos que le querían. El número de personas que le querían, pensó Mor con tristeza, era muy escaso. La reunión de aquella noche contaría con más enemigos de Demoyte que amigos.

En ese momento, apareció un mayordomo de aspecto eficiente, contratado para la ocasión, e hizo entrar a Mor en el salón común. Después, el mayordomo regresó a dar los últimos toques a la obra maestra de Hensman. Al entrar Mor en el salón común, Evvy llegó a la puerta, seguido de Prewett. Se materializó otro mayordomo con una gran bandeja de plata cubierta de vasos llenos de jerez. Mor comenzó a sentirse repentinamente nervioso y aprensivo. Los temores de Rain no le habían dejado incólume. Trató de calmarse imaginando el alivio que experimentaría cuando hubiera acabado aquella noche odiosa y absurda.

—Ah, querido muchacho —dijo Evvy—. Me alegro tanto de que haya llegado pronto. Sí, sí, ya he visto el comedor. Hensman ha hecho un estupendo trabajo. Espero que pueda estar con nosotros para tomar una copa, pero dijo que tenía una reunión de exploradores y que quizá no podría venir.

—Se ha marchado a la reunión, me temo —dijo Mor. Se sentía demasiado deprimido para disfrutar de la pequeña broma de Hensman.

—¡Vaya! —dijo Evvy—. Quería que me diera su opinión sobre el jerez. Es español, ¿sabe? —Evvy puso cara de niño de coro representando una *roué* francesa en una obra parroquial—. No tiene sentido estropear el barco por medio bote de alquitrán, ¿verdad? ¡Ése es el título del primer sermón del próximo curso, así que pensé que podía dejarme guiar por él! Sólo espero que la Junta de Administración no piense que nos permitimos gastos innecesarios.

—No —dijo Mor—, les encantará.

Esos viejos sibaritas irresponsables y reaccionarios, añadió para sus adentros. Demoyte siempre había tenido razón con respecto a los administradores.

—Es sólo una vez cada mucho tiempo, ¿verdad? —dijo Evvy—. ¿Cree que podríamos tomar un poco de jerez antes de que lleguen los invitados, para probarlo? Debo confesar que necesito envalentonarme un poco. «Yo no soy orador, pero...» es la pura verdad para mí; un sermón no es lo mismo, y la perspectiva de tener que hablar me va a estropear la cena. A propósito, Bill, me alegro

tanto de que su mujer haya accedido a hablar; es muy amable por su parte. Era realmente mi última esperanza. Se lo había pedido al menos a doce personas antes que a ella.

Mor observó este ejemplo del tacto de Evvy, vio que Prewett también lo había observado, y lo olvidó de inmediato.

—Yo también me alegro —dijo—. Le hará bien.

Las palabras estaban vacías. El futuro en que Nan disfrutaría de su atrevimiento no le pertenecía a él.

La puerta se abrió para dar paso a sir Leopold Tinsleywilliams, el hombre de cuya compañía Hensman se había mostrado tan dispuesto a prescindir, seguido de Bledyard y otros dos profesores. Evvy, que acababa de coger una copa de jerez de la bandeja, se deshizo en gritos inarticulados de azoramiento y bienvenida, derramó el jerez con una mano, mientras hacía un movimiento como si estuviera aserrando con la otra, indeciso entre estrechar la mano a sir Leopold u ofrecerle una copa. El mayordomo se hizo cargo de la situación, extendiendo la calma social con una simple inclinación de cabeza.

Mor retrocedió unos pasos con Prewett, y se alegró de encontrarse con una copa en la mano. Prewett también tenía un aspecto extraño con traje de etiqueta. A Mor le alivió poder estar con él por un momento. Replicó brevemente a sus preguntas acerca de Don. Llegaron más miembros de la Junta de Administración. Mor y Prewett se alejaron un poco más para contemplar la escena, mientras comentaban entre ellos. Era notable lo bien que le sentaba el traje de etiqueta a Bledyard, que le hacía parecer guapo y ligeramente malvado. Parecía estar acostumbrado a aquellos ropajes, y en ese aspecto tenía mayor similitud con los administradores que con los profesores. Estaba hablando animosamente con algunos de aquéllos, entre los que parecía contar con cierto número de conocidos.

—¡Los viejos lazos de la escuela cumplen su función! —dijo Prewett.

Prewett había estudiado en el Instituto de Bradford.

—No lo creo —dijo Mor—. Le consideran una persona distinguida. Y tienen razón —añadió.

—Lo que detesto —dijo Prewett— es ver a Evvy arrastrarse ante esos cerdos. No parece darse cuenta de que vale diez veces más que cada uno de ellos.

Entraron Nan y la señora Prewett, causando sensación. Mor se volvió hacia su esposa y experimentó la acostumbrada conmoción al ver a su mujer con atavío de fiesta. Llevaba un vestido de noche de nailon negro extraordinariamente *decolleté*, de falda muy amplia y con una especie de polisón en la espalda. Se cubría los hombros con un chal vaporoso de color amarillo, como de gasa, y adornado con

hilos dorados. También se había puesto los pendientes que Tim Burke le había dado a Mor para ella, aunque no pegaban mucho con la severa elegancia del vestido. Su bonito pecho, que quedaba en gran parte al descubierto, era redondeado y con una suavidad como de polvos. Llevaba el pelo pulcramente rizado en torno a la cara, de una forma que recordaba a los años veinte, lo que mostraba muy bien el fuerte contorno de la cabeza y la esbeltez y palidez del cuello. Examinó la habitación sin nerviosismo. Sus ojos se dirigieron, flameantes, hacia su marido.

Tras ella venía la señora Prewett. Era una mujer alta y gruesa, con una cara ancha y tranquila y unas manos muy grandes. Había elegido un traje de color café, con una combinación del mismo color. Una línea serrada cruzaba su enorme delantera de este a oeste; bajo ella, el generoso contorno de sus pechos; por encima, un revoloteo de ropa interior y una extensión de carne que el sol había coloreado de marrón rojizo. Sus brazos, blancos y rollizos, oscilaban enérgicamente bajo las mangas cortas y abultadas mientras miraba a su alrededor en busca del señor Prewett. Le vio y se abalanzó hacia delante con un grito. Prewett estaba encantado de verla. Empezó a felicitarla por su aspecto. Con una extraña punzada de tristeza, Mor se volvió para unirse a Nan. Entre tanto, ésta había sido presentada a sir Leopold, y se mostraba encantadora con él. Mor se quedó a un lado, contemplándolos, excluido y sintiéndose a disgusto.

Entonces llegaron Rain y Demoyte. Su aparición fue recibida con una especie de aplauso sintético, y gran número de personas se apresuraron a rodearlos, fingiendo una bienvenida festiva. Sir Leopold, que siempre había detestado a Demoyte, no hizo el menor movimiento y siguió hablando con Nan, con la vista clavada en el punto en que su vestido indicaba, pero no acababa de revelar, la división entre sus pechos. Sir Leopold estaba bien situado y hacía buen uso de su altura. Mor retrocedió un poco para poder observar a los recién llegados.

Demoyte tenía un aspecto espléndido. Llevaba el traje de etiqueta como un soldado, y se encaraba a sus enemigos de frente, como de costumbre, tan descarado como el bronce y tan duro como el acero. Lanzó una mirada beligerante a su alrededor, con los labios ya temblorosos por el sarcasmo. Junto a él, Rain parecía diminuta. Llevaba un vestido largo de algodón blanco, cubierto de flores azules muy simples perfiladas en negro, bien ajustado a su pequeña cintura. Una tira larga y entrelazada de perlas negras talladas parecía hacerle el cuello más largo y la cabeza, coronada por una cabellera negra, más pequeña. Tenía el pelo ligeramente revuelto. Parecía un pequeño actor. Mor sintió que el corazón le daba un brinco de pura ternura. Les miró con cariño, como si quisiera abrazar a ambos, al

anciano y a la chica.

Uno de los administradores hablaba cortésmente con Rain, interrumpiendo a Evvy, que también intentaba hablarla. Demoyte hablaba con Bledyard, y con su comportamiento indicaba ostentosamente que era una de las pocas personas presentes que podía soportar. Sir Leopold aún se encontraba concentrado. Nan se había vuelto un poco para poder ver a Mor. Mor desvió la mirada. Intentaba resolver el problema de cómo mostrarse lo bastante grosero con sir Leopold para que éste advirtiera que era grosería intencionada, sin ser tan grosero que llegara a parecer un palurdo.

Anunciaron la cena. Evvy, por supuesto, no había pensado en la cuestión de las prioridades. Se produjo una cortés riña en la puerta. Empujaron a las mujeres delante. Junto a Rain, Nan y la señora Prewett, había una tal señora Kingsley, la esposa de uno de los administradores, que había llegado bastante tarde y que era, a todas luces, la mujer de más edad de entre las presentes. Evvy instaba a Rain a que pasara por la puerta, mientras Rain intentaba dejar paso a la señora Kingsley. Finalmente, después de que se hubo hecho un silencio embarazoso y de que los protagonistas hubieron empezado a decir algo y se hubieron detenido, asustados por la pausa, sir Leopold fue el primero en entrar, con la señora Kingsley de un brazo y Nan de otro. Siguió Evvy con Rain y la señora Prewett. Demoyte y Bledyard, que aún charlaban, entraron a continuación y todos los demás entraron después en tumulto.

Por fortuna, los lugares que debían ocupar en la mesa llevaban rótulos, por lo que no volvió a repetirse la confusión en el comedor. Todos encontraron su puesto y Evvy bendijo la mesa con cierta prolijidad. Después, los invitados se sentaron, aliviados, e inmediatamente se sirvió la sopa. El lugar de honor estaba en el centro de la mesa, de cara al retrato. Allí se sentó Evvy, en el medio, con Rain a su derecha y la señora Kingsley a la izquierda. Demoyte se sentó junto a Rain, y sir Leopold junto a Demoyte. Nan se situó al otro lado de sir Leopold. Otro administrador se colocó junto a la señora Kingsley; la señora Prewett se sentó en el extremo de la mesa, junto a Bledyard, con quien, para sorpresa continuamente renovada de todos, parecía llevarse muy bien. Los demás invitados se colocaron en los extremos de la mesa y en el lado más cercano a la chimenea. Allí estaba Mor, en frente de sir Leopold, de forma que veía a las dos mujeres, Nan a su izquierda y Rain a la derecha, un poco más lejos. Habían servido el pescado, y con él, un agradable vino blanco. Mor esperaba que Hensman hubiera advertido a Evvy acerca de la cantidad, así como de la calidad del vino. Sentía una extraordinaria necesidad de alcohol, y durante unos momentos deseó en vano estar en cualquier otro sitio, con Hensman y su guitarra.

La sopa y el pescado eran buenos. La carne sólo regular, pero no importaba mucho, porque había una buena cantidad de vino tinto para hacerla bajar. Mor oyó que uno de los administradores preguntaba acerca del nombre y año de cosecha del vino, y aprobaba la respuesta. A Evvy le había instruido alguien muy bien, sin duda Hensman. Mor vació otra copa. Empezó a relajarse su angustia. La velada había llegado a la mitad y hasta entonces las mujeres no habían tenido ocasión de reparar la una en la otra. Por el momento, ni siquiera podían verse, puesto que estaban sentadas al mismo lado de la mesa, y Mor podía vigilarlas a ambas. Demoyte y sir Leopold se ignoraban mutuamente. Sir Leopold hablaba con Nan, en tanto que Demoyte lo hacía con Rain, con Evvy por encima de Rain, o con Mor por encima de la mesa. Cuando no se dirigían directamente a él, Mor guardaba silencio y contemplaba a su mujer y a su amada, dándole vueltas a sus penas y esperando que acabara la velada.

Finalmente llegó el momento del brindis a la reina, el brillo meditabundo de cigarros puros apareció aquí y allá a lo largo de la mesa. Ya estaba muy oscuro en el exterior y las velas proporcionaban a la habitación una luz clara, pero suave, y las paredes manchadas, según había predicho Hensman, no quedaban demasiado visibles con aquella iluminación benévola. Por fortuna, hasta entonces nadie había mostrado interés especial por correr las cortinas. Mor descubrió con alivio que servirían el Madeira con la fruta. El camarero no era insensible a sus necesidades y volvió a llenarle la copa. La luz de las velas hería las copas de vino y los objetos de plata dispersos. Miró a Rain, en medio de un laberinto de reflexiones, y consiguió atraer su atención. Ella le dirigió una mirada rápida, divertida y cariñosa, e hizo ademán de guiñar un ojo. Mor, con un movimiento subrepticio y ambiguo, alzó su copa hacia ella. Rain desvió la mirada. Mor sintió el impulso de mirar a Nan. Ella le observaba a pesar de la conversación viva y gesticulante que mantenía con sir Leopold. Mor advirtió que ella había bebido un poco de vino.

El primer brindis oficial era en honor de Demoyte; debía proponerlo sir Leopold y contestarlo Evvy. El segundo brindis era en honor del colegio, que debía proponer Demoyte y contestar Nan. Sir Leopold se puso en pie y se hizo un silencio sereno, densificado por la armonía que la gran cantidad de alcohol consumido había introducido en las mentes conscientes e inconscientes de los invitados. Miraron con benevolencia a sir Leopold. Incluso Mor controló sus náuseas. Sir Leopold debía enfrentarse con la casi imposible tarea de proponer un brindis por Demoyte sin decir nada agradable sobre él. Pero la ingeniosidad de sir Leopold demostró ser

muy adecuada para la ocasión. Logró no decir nada sobre Demoyte no hablando de él en absoluto. Habló prolijamente sobre St. Brides, sobre su historia, sus elevadas tradiciones y sobre la larga fila de directores que había tenido, todos ellos dedicados, al menos aquellos que merecían la confianza depositada en ellos, a la tarea que el señor Everard había descrito adecuadamente como «el desarrollo completo de la buena semilla de la personalidad», sin tener en cuenta la excelencia intelectual. El odio hacia Demoyte triunfó, en el pecho de sir Leopold, sobre el desprecio hacia Evvy. Estaba dispuesto incluso a ensalzar a Evvy con tal de fastidiar a Demoyte. Éste le escuchaba impertérrito, mostrando en la boca y en los ojos que consideraba imposible que una persona así le minimizara. Sir Leopold se sentó en medio de tibios aplausos. No era una figura popular en ningún sector.

Mor deseaba que el discurso de Nan no fuera el último. Estaba ansioso porque acabara todo, ya que sentía aprensión y nerviosismo por su mujer. Imaginó lo asustada que debía encontrarse Nan. Sabía que era absurdo identificarse, a esas alturas, con ella, pero era el hábito de media vida, y era el absurdo de todo su existir en ese momento. Estaba casi seguro de que Nan saldría airosa. Con toda certeza, tendría algo decente que decir, sólo que la forma de decirlo podría ser nerviosa y titubeante.

Evvy estaba hablando. Una larga práctica en el salón de actos y en la capilla había capacitado a Mor para desconectarse de la voz de Evvy por completo. Con un esfuerzo, conectó de nuevo.

—... a quien conocemos y queremos —decía Evvy. Acostumbrado como estaba Evvy a pensar bien de todo el mundo, no se le había escapado el detalle de que sir Leopold había sido grosero con Demoyte, e intentaba enmendarlo, cargando un poco las tintas, según le pareció a Mor—, ... bajo cuya jefatura, hábil e inspirada —decía Evvy—, St. Bride's salió del deplorable abatimiento en que se hallaba sumido anteriormente y se convirtió, nos atrevemos a decir, en un internado sólido y acreditado.

Evvy se estaba alabando a sí mismo, olvidando que uno de los miembros de la Junta de Administración, que estaba presente, era el hijo menor del director que había precedido a Demoyte. Mor recorrió la mesa con la mirada para observar a este caballero, cuyas cejas se habían elevado hasta convertirse en dos furiosos triángulos, y después miró a Demoyte para ver lo que le parecía la descripción que Evvy hacía de sus logros. Demoyte parecía divertido. Probablemente, era debido a la proximidad de Rain, que estaba a punto de estallar en carcajadas en cualquier momento. Cuando Mor la vio tan alegre, aunque sabía que, en gran parte, era efecto del vino, sintió irritación y tristeza. Hoy nada podría haberle provocado

alegría o risa. Volvieron a su mente pensamientos dolorosos sobre Donald. ¿Dónde estaría su hijo en ese momento? No creía que Donald hubiera sufrido ningún daño físico. Pero ¿de qué otros horrores podría ser víctima? Imaginó a Donald sentado en algún triste café, contemplando un mantel sucio, mientras la camarera le miraba, desdeñosa y curiosa, o en un bar, tratando de aparentar más años y evitando la mirada de la camarera, o caminando por una carretera rural en la oscuridad, deslumbrado por los faros de los coches, pidiendo que le llevaran..., ¿adónde? Temeroso de volver a casa. Temeroso.

—... que no encontré fácil ser el sucesor de un hombre así —decía Evvy.

Su discurso estaba resultando largo, como de costumbre. Sir Leopold había puesto la jarra en circulación, y en el extremo de la mesa se desarrollaba una conversación entre susurros. Cada uno se protegía del aburrimiento a su modo: sir Leopold bebiendo y mirando de reojo el escote del vestido de Nan, Rain con una risa contenida, Demoyte con un desprecio divertido, el señor Prewett hablando con su vecino y Bledyard hablando consigo mismo.

Evvy prosiguió:

—Y ha sido mi empeño constante parecerme a él en todos los aspectos posibles.

Aquello fue demasiado para Rain. Le había dado una patada a Demoyte por debajo de la mesa, a juzgar por la expresión de éste. Se miraron. Qué torrente de vida no tendrá en su interior, pensó Mor, para ser capaz de reír en una ocasión así. Pero el secreto es simple. Ella es joven.

La voz de Evvy adoptaba la cualidad rítmica y elevada que exhibía en la capilla al acercarse el final del sermón.

—... que en años futuros, cuando el tiempo y la muerte nos hayan arrebatado al gran original, tendremos el privilegio de poseer, para admiración de los muchachos y sorpresa de nuestros visitantes, este cuadro, la representación de un hombre tan distinguido por una pintora tan distinguida.

Estallaron aplausos de cortesía. Evvy se sentó, y todas las miradas se dirigieron a Demoyte.

Demoyte se puso en pie:

—Damas y caballeros —dijo—, ésta es para mí una ocasión conmovedora y triste. Es la primera vez, desde mi retiro, que pongo los pies en el interior del colegio que, durante tantos años, fue mi creación y mi hogar. No hace falta decir que mi ausencia de este escenario ha sido por voluntad propia, porque no deseo desempeñar, entre estas paredes que me son tan queridas, el simple papel de un fantasma ancestral cuyos días de productividad han pasado y que ya

sólo puede acobardar y aterrorizar al observador. Éste, en sí mismo, sería motivo de tristeza. Añadámosle, no obstante, el hecho de que lo que ha evocado esta aparición es la presencia en el mundo de algo nuevo: una obra de arte, el extraordinario cuadro que tenemos ante nosotros.

Demoyte miró el retrato. Así lo hicieron todos los demás, los invitados más cercanos a la chimenea inclinándose hacia atrás sobre la mesa para poder verlo. Ya nadie se aburría.

—El reverendo orador que me ha precedido —dijo Demoyte— ha hablado, puesto que tiene especial derecho para hacerlo, de la muerte. ¿Y qué podría ser más adecuado para subrayar nuestro sentimiento de finitud que la dedicación al lugar en que se ha pasado, literalmente, la vida, de una imagen de uno mismo para que permanezca como monumento para las generaciones futuras? Esto es dar un cuerpo palpable a la triste verdad de que podemos disfrutar de la inmortalidad sólo en el pensamiento de otros, un lugar en que, en vida, no siempre nos han apreciado y en que, tras nuestra muerte, quedaremos indefensos. Hablo, por supuesto, *sub specie temporis*.

Una sonrisa amable se extendió por la mesa. Demoyte había transformado la situación. La mirada de condescendencia que habían adoptado los administradores durante toda la velada se había desvanecido de sus rostros. Ya no se sentían como si estuvieran otorgando un favor, con su presencia, a un puñado de profesores simplones y provincianos.

—Esta verdad —dijo Demoyte— puede preocuparnos o puede, simplemente, herirnos. Mi situación es, no obstante, más compleja, puesto que he tenido la fortuna de que mi imagen pase a la posteridad por medio del brillante pincel de la señorita Carter, con cuya presencia tenemos la suerte y el privilegio de contar esta noche entre nosotros.

Se inició un aplauso. Ya era hora, pensó Mor. Miró a Rain. Se sentía orgulloso.

—Tal experiencia —continuó Demoyte— sólo puede producir humildad. Qué bien conocemos las caras y qué poco nos interesan las oscuras carreras de tantos hombres y mujeres a quienes los grandes pintores del pasado hicieron vivir para siempre entre nosotros. ¿Quién era el doctor Peral? ¿Quién era Jacobo Trip? ¿Quiénes eran el señor y la señora Arnolfini? En cierto modo, lo sabemos, con un conocimiento supremo, porque podemos contemplar sus caras a través de los ojos de un genio. En cierto modo, no sabemos, no nos preocupa, cuáles eran sus talentos, sus esperanzas y sus temores o cómo aparecían ante ellos mismos. Y así también seguirá viviendo este oscuro profesor, retenido por la visión profunda, y si así puedo decirlo, caritativa de la señorita Carter, y es

un consuelo pensar que si St. Brides, en los años venideros, no se distinguiera por otra cosa, al menos será un lugar de peregrinación para aquellos que están interesados en las obras tempranas de alguien que, ¿podremos dudarlo a la vista de una evidencia tal?, está destinada a ser una de las más grandes pintoras de su época.

Mor contemplaba a Rain. Demoyte seguía hablando. Ella manoseaba su copa, con la mirada baja, el ceño fruncido. Estaba emocionada por sus palabras. Mor volvió a mirar el mantel y, tras un intervalo adecuado, dirigió su mirada hacia Nan.

Nan parecía, por primera vez aquella noche, completamente nerviosa e inquieta. Miraba justo delante de ella sin ver, y la mano que apoyaba en la mesa temblaba visiblemente. Había sacado del bolso un trozo de papel con notas, y lo sujetaba con la otra mano. Un profundo rubor se había extendido desde sus mejillas hasta el cuello. Sus labios se movían ligeramente. Pobre Nan, pensó Mor. Trató de encontrarse con su mirada. Ella se volvió hacia él y Mor se asustó ante la expresión de pánico y los ojos abiertos de par en par con que le miró. Sonrió e hizo un gesto de ánimo con la mano. Qué locura, qué locura, pensó Mor, todo es una locura. Pero, al menos, la velada acabaría pronto. Después del discurso de Nan se trasladarían al salón común, y poco después podrían marcharse. La velada casi había acabado. Nan aún le dirigía una mirada de angustia y temor, y Mor vio que su mandíbula inferior temblaba. Tuvo que apartar los ojos. Él también empezaba a temblar. Esperaba que no metiera demasiado la pata. Verdaderamente, sería muy difícil para ella, después de un orador tan consumado como Demoyte.

Para entonces, el discurso de Demoyte tocaba a su fin. Hablaba del colegio. Estaba siendo incluso indulgente con Evvy. Finalmente, se hizo el brindis: ¡por St. Brides! Alzaron las copas. Sir Leopold colocó una mano alentadora en el brazo desnudo de Nan. Ésta se puso de pie. Mor evitó sus ojos y trató de pensar en lo estupendo que sería cuando, unos minutos después, todos escaparan al salón común y pudieran descansar.

—Damas y caballeros —dijo Nan, con una voz más aguda de lo normal y temblando con el extraño refinamiento de la mujer nerviosa—, me cabe el privilegio y el placer de que una reunión como ésta sea la ocasión de mi primer discurso —todos estaban inclinados hacia delante y la miraban con simpatía—. Y también resulta adecuado que la persona que conteste al brindis que acabamos de ofrecer sea una extraña, una simple esposa, alguien que, aunque vive a la sombra de esta gran institución, no forma realmente parte de ella.

Mor empezó a experimentar cierto alivio. Nan había cogido el absurdo tono de los actos de la noche muy bien. Su voz se hacía más

calmada. Continuó diciendo cosas banales y lisonjeras sobre St. Brides. Se estaba comportando de forma respetable. Una o dos frases más, pensó Mor, y ya habrá dicho suficiente y podrá sentarse. La miró con aprobación, esperando que estuviera a punto de acabar. Pero Nan continuó.

—St. Brides —decía— siempre se ha distinguido por su tradición de servicio público. No en vano nuestra gran democracia se ha fijado siempre en St. Brides, y entre los sirvientes públicos de todos los rangos de honorables cargos se cuentan muchos de nuestros antiguos alumnos.

Mor sonrió para sus adentros. Sabía cuánto le importaban a Nan las tradiciones de servicio público. Estaba asombrado por su capacidad para simular de esa forma. No había sospechado que fuera capaz de una pantomima tal.

—Confío, entonces —decía Nan; su voz temblaba de nuevo—, en que no considerarán inadecuado que, antes de dar por terminado mi discurso, toque una nota más personal. Las puertas de St. Brides, como todos sabemos, nunca se han cerrado al mundo del comercio y de la política. Enriquecidos por el contacto con el colegio, alumnos y profesores por igual han salido al mundo situado más allá del aula y de la biblioteca. Y estoy segura de que me perdonarán si les hablo de algo que muchos de ustedes saben ya desde hace tiempo: las ambiciones de mi marido.

Mor dio un respingo y derramó el vino que quedaba en su copa. Miró rápidamente a Nan. Ésta miraba al techo, con la boca abierta para hablar de nuevo. El corazón de Mor se retorció como un sacacorchos. Pero aún no había comprendido lo que se avecinaba.

—Durante muchos años —prosiguió Nan—, el deseo y la ambición más acariciados de mi marido, de mis hijos y de mí misma, ha sido que sirviera a su país desde el puesto más elevado al que una sociedad democrática puede llamar a sus ciudadanos: el de diputado. Tras un período de paciente labor, mi marido tiene la gran satisfacción de estar preparado para realizar la ambición de toda su vida. El barrio vecino de Marsington ha decidido adoptarlo como candidato laborista, y como sabemos, con todo el respeto debido a aquellos de entre los presentes que pertenezcan al otro partido, se trata de un escaño laborista seguro.

Asombro, horror e ira luchaban en su interior; Mor apenas podía dar crédito a sus oídos. Volvió la cabeza hacia donde se encontraban Demoyte y Rain. Demoyte parecía completamente atónito; estaba vuelto a medias hacia Nan, con la mano en la boca. Después giró la cabeza rápidamente hacia Mor, con una mirada de sorpresa, consternación y acusación. Pero fue la cara de Rain lo que casi hizo gritar a Mor. No le había dicho nada de sus planes políticos. Oía

hablar de ellos por primera vez. Le miró, con los labios entreabiertos, como para preguntarle algo, con una expresión de aturdimiento y terror absoluto en los ojos, con la cara contraída en una dolorosa mueca de interrogación. Mor sacudió la cabeza violentamente.

Nan continuó:

—Como dice Shakespeare, existe una corriente en los asuntos de los hombres que, cuando se desborda, les lleva a la fortuna. Ahora, esta corriente está a favor de mi marido y de mis hijos y de mí misma. Tras discutir el asunto en su totalidad, hemos convenido, finalmente, en que no existe ningún otro lazo ni obligación que nos impida aventurarnos en ello juntos. Se necesita valor para dar el gran paso. Retardarlo sería fatal. Nunca le ha faltado valor, ni es probable que titubee ahora que todos sus deseos más profundos y acariciados están a punto de encontrar una realización tan completa.

Mor respiraba profundamente. Aún estaba casi desprovisto de aliento por el golpe. ¿Quién hubiera creído que Nan fuera tan ingeniosa o que estuviera tan desesperada? Sabía que le estaba ocurriendo algo vital, quizá decisivo, pero aún no comprendía qué era. Trató de mantener la mirada de Rain, pero ella volvió la cabeza, con una mueca de angustia: Mor se dijo que lo que debía hacer en ese mismo momento era levantarse de la silla y sacar a Rain de la habitación. Nan había intentado acorralarle con un gesto público. La contestaría de la misma forma. Levantarse y salir con Rain sería como sellar sus intenciones. Por fin, Nan había desatado la tempestad. Él debía afrontarla. Pero Rain había desviado los ojos, y aunque Mor luchaba en su asiento, no podía tomar la decisión de levantarse. Toda una vida de conformidad era demasiado para él. Permaneció donde estaba.

—A ustedes, por tanto, amigos y colegas de mi marido —continuaba Nan—, me dirijo en este momento de elección crucial, y pido su apoyo y sus buenos deseos para una empresa digna de las tradiciones de St. Brides y del gran talento de mi marido. Al fin y al cabo, ningún destino podría satisfacerle sino éste, que siempre ha deseado con tanto ardor y que ahora está al alcance de su mano de forma tan inesperada.

Nan hablaba con lentitud y precisión, resaltando cada palabra. Una vez más, había desaparecido el temblor de su voz. Estaba magistral. Hizo una pausa para tomar aliento.

Rain se puso en pie silenciosamente. Se volvió hacia Demoyte como si fuera a hablarle, pero no lo hizo. Recogió su bolso de noche, y salió con pisadas suaves de la habitación. Todos se movieron, incómodos y confusos, pero aún embelesados. Las velas se estaban consumiendo.

Nan prolongaba la pausa. Mor vio que se relajaba con el rabillo del ojo. Arrojó el papel de las notas a la mesa. Empezó a decir:

—Pero ya han escuchado bastante sobre mis esperanzas y temores personales; sólo me resta concluir...

Su voz se le hizo inaudible a Mor. Se levantó a medias de su asiento, y se dejó caer en él de nuevo, desamparado. Advirtió que todos le miraban. Al principio pensó que era debido a la partida de Rain, pero después comprendió que era por el discurso de Nan. Sabía que debía seguir a Rain, pero no podía. La escena le aprisionaba, la presencia y las palabras de su mujer le clavaban a la silla, toda su vida anterior le sujetaba como una camisa de fuerza. Se volvió para mirar a Demoyte y le acobardó la expresión de furia irreprimible en los ojos del anciano, que le ordenaba levantarse y salir. No pudo hacerlo.

Nan se sentó entre aplausos y un zumbido inmediato de charla excitada. Todos sabían que ocurría algo extraño, pero nadie sabía de qué se trataba. Dirigían a Mor miradas de curiosidad. Sir Leopold llenaba la copa de Nan. Ella estaba sentada con el codo apoyado en la mesa, el rostro escondido tras la mano. Evvy decía a Demoyte que esperaba que la señorita Carter no se hubiera puesto enferma, y ¿no deberían salir...? Demoyte se levantó y abandonó la habitación, dando un portazo. Mor cerró los ojos.

Pasaron otros diez o quince minutos, durante los cuales Evvy hizo unos comentarios finales de cierta extensión y volvieron a circular las botellas. Después, los invitados empezaron a ponerse de pie para trasladarse al salón común. Varias personas se dirigieron a Mor para hacer comentarios amables y ofrecerle sus buenos deseos. Entró con ellos al salón. Después se excusó y corrió hacia el pasillo.

Bajó la escalera y salió a la carrera al patio de recreo. Era una noche extraordinariamente oscura, y aparte del flameo de las ventanas por encima de él, no había ninguna luz en el colegio. Sólo un farol situado en la esquina de la escuela principal iluminaba la extensión de asfalto y grava y los límites del césped. Miró a su alrededor. ¿Dónde había ido Rain? ¿Dónde podía encontrarla? Empezó a correr por la avenida. Vio el Riley aparcado en el margen de la extensión de hierba. Dijo su nombre, con cautela al principio y después más alto. Dio media vuelta y regresó a los edificios principales, con la esperanza de encontrar alguna señal de Rain o de Demoyte. No había nadie. Corrió hasta la puerta del jardín. Todo en vano. Regresó, jadeante, y se dejó caer en el suelo, escondiendo la cara en la hierba, junto a las ruedas del coche.

Capítulo diecinueve

Mor esperó largo rato junto al coche. De vez en cuando, se oían voces y pisadas en la grava, pero eran sólo los invitados que se marchaban. Nadie se acercó al Riley. Finalmente, se levantó y buscó algún tiempo por los jardines, más o menos a la ventura. Después corrió a coger su bicicleta. No estaba en el cobertizo de los profesores. Debía estar en casa. Corrió con todas sus fuerzas hacia allí. Se preguntó cuánto tiempo habría transcurrido. No podía juzgarlo. ¿Por qué la había dejado marchar? Si la hubiera retenido entonces, tomándola de la mano ante todos los invitados, ninguno de los obstáculos que Nan había intentado poner entre ellos habría sido de la menor utilidad.

Al acercarse a su casa vio que había luz en la habitación de Nan. Había regresado. Abrió la puerta del jardín de una violenta patada y corrió por el sendero lateral para coger la bicicleta. Mientras empujaba la máquina hacia la carretera oyó que descorrían unas cortinas. La luz cayó sobre el sendero y sobre las flores que había pisoteado. Nan estaba mirando. Él no prestó ninguna atención, ni la miró. Montó en la bicicleta, rebotó ruidosamente al llegar a la calzada y empezó a pedalear lo más rápido posible hacia Brayling's Close.

Había luz en el vestíbulo del Close y también en el salón. La bicicleta corcoveó en la grava y Mor desmontó velozmente. Cuando se aproximaba vio que la puerta principal estaba entreabierta. Demoyte se hallaba en el vestíbulo. Chocaron violentamente. Demoyte agarró a Mor por el hombro con tanta fuerza que le hizo daño. Por un momento, pensó que el anciano le pegaría. Mor se liberó de un tirón. La fortaleza que le había faltado cuando se sentó a la mesa, corría ahora por él con tal abundancia que podría haber arrancado una pared para llegar a donde Rain se encontrara.

—¿Dónde está? —preguntó a Demoyte.

—¡No lo sé! —dijo Demoyte.

Empezó a decir algo más, pero Mor ya había dado media vuelta y se precipitaba por la puerta. Cogió la bicicleta, que parecía haberse enredado en un rosal, la arrancó y empezó a pedalear hacia el colegio. Se lamentaba en voz alta, en parte por el jadeo y en parte por el dolor de la incertidumbre. Porque aún no sabía qué había ocurrido. La bicicleta corría como un rayo por la avenida. El Riley aún estaba allí. Frenó violentamente y desmontó junto al coche. ¿Qué podía hacer? ¿Dónde buscaría? Era imposible encontrarla, pero también era imposible soportar su desaparición. Se le ocurrió que era la primera vez, desde hacía semanas, que no sabía dónde se encontraba Rain. Arrojó la bicicleta a la hierba y empezó a caminar hacia el patio. Quizá estuviera aún allí, en algún lugar del colegio. Habían apagado el farol de la esquina de la escuela principal, y la avenida estaba sumida en la oscuridad total. Habían transcurrido horas. Debía ser mucho más tarde de medianoche. Todos se habrían marchado ya a sus casas. No obstante, quizá ella estuviera allí. El Riley no había desaparecido. Debía estar allí, en alguna parte.

Entró en el patio y miró a su alrededor. Todo era oscuridad. Excepto por una luz. Al mirar hacia arriba, Mor advirtió que brillaba una luz en el comedor de profesores. Probablemente estarían recogiendo los restos de la cena. Pero ¿a esas horas? Se quedó contemplando la luz. Después corrió hacia la puerta del edificio, sus pies golpeando el asfalto y sus pisadas resonando en las oscuras fachadas. La puerta principal no estaba cerrada con llave. Subió los peldaños de la escalera de dos en dos y se precipitó en el salón común, que estaba a oscuras. Encendió la luz, atravesó la habitación a toda prisa y abrió la puerta del comedor de un golpe.

Una brillante bombilla eléctrica iluminaba la habitación, que ahora tenía un aspecto muy extraño. Habían quitado los restos del banquete. Al principio, le pareció que no había nadie. Después vio a Rain. Estaba muy por encima de él. Había cogido una escalera de mano muy alta y la había apoyado contra las baldosas de la chimenea. Estaba sentada en el último peldaño, a la misma altura que el retrato, que aún permanecía en su lugar, muy por encima de la repisa de la chimenea. Estaba aplicando pintura en el lienzo. Sujetaba la enorme paleta con la mano izquierda y tenía el regazo lleno de tubos de pintura. Manchas de todos los colores rayaban su vestido blanco, que caía como un gran abanico en torno a ella, colgando a un lado de la escalera. Al abrirse la puerta, no se volvió, sino que continuó con lo que hacía cuidadosamente. Trabajaba en la cabeza.

—¡Rain! —dijo Mor.

Corrió al pie de la escalera y la sacudió violentamente, como si quisiera derribarla al suelo.

Ella se enderezó y volvió a su tarea. Mor observó que mientras pintaba, le caían las lágrimas por la cara, lentamente, una tras otra.

—¡Rain! —dijo Mor—, no es cierto. Fue un truco de Nan. ¿No te habrás dejado engañar?

—Es cierto —dijo Rain con voz apagada—. Se lo pregunté al señor Demoyte.

—Bueno, es una idea que tuve, pero Nan la describió con falsedad. Y nunca lo hemos discutido ni hemos llegado a ningún acuerdo, como ella dijo. ¡No es posible que hayas creído eso!

—No importa —dijo Rain—; es lo que tú deseas hacer.

Aún contemplaba el cuadro a través de las lágrimas.

—Eso no es así —dijo Mor—. ¡Juro que no es así! Ya había abandonado esos planes.

—Sí —dijo Rain—, por mí.

Dejó el pincel a un lado y se volvió a mirarle. Sus pequeños pies estaban muy juntos en el travesaño más alto de la escalera, y las puntas de los zapatos apenas eran visibles bajo el vestido blanco. Mor extendió el brazo para tocarla.

—No, no —dijo Mor.

Sujetó los pies de ella y apoyó la cabeza contra la escalera. ¿Cómo podría convencerla?

—Escucha, esto no cambia nada en absoluto. ¿Por qué habría de hacerlo? Debería habértelo dicho hace mucho tiempo, pero no quise complicar las cosas. Si te lo hubiera dicho yo, no pensarías que constituye un obstáculo, ¿verdad? Sólo estás disgustada porque lo has sabido a través de Nan. Bueno, no seas tonta. Te quiero, y todo lo demás carece de importancia. Esto otro está vacío en comparación con eso, no significa nada. Te quiero, me moriría sin ti. ¿*Puedes* comprender eso?

Hablaba con violencia, tratando de forzar las ideas en la cabeza de Rain.

—Me haces daño en la pierna —dijo Rain—. Lo comprendo. No me había dado cuenta de que estuviera destruyendo toda tu vida. Ahora lo veo de forma diferente. Veo a tus hijos, veo tus ambiciones. Me quieres, sí. Pero nunca llegarías a perdonarme por haberte privado de tantas cosas. Y yo tampoco me lo perdonaría.

Hablaba con un tono monótono y ligeramente quejumbroso, y sus lágrimas caían lenta pero ininterrumpidamente.

—¡No, no, no, no es así! —gritó Mor. ¿Cómo podría aguantarlo, que Nan la hubiera hechizado así? Ella lo veía todo tal y como Nan lo había planeado. ¿Cómo podía ser tan estúpida?— ¡No! —gritó—. ¡No consentiré que nos hagas esto a los dos!

—Es inútil, Mor —dijo Rain—. ¿Qué hago yo en tu vida? Me lo he preguntado muchas veces, ¿sabes?, pero nunca te hablaba de mis dudas. Tú eres un árbol en crecimiento. Yo soy sólo un pájaro. Tú no puedes arrancar tus raíces y volar conmigo. ¿A qué lugar iríamos en que tú no desearas siempre las cosas profundas que te pertenecen, tus hijos, y este trabajo que sabes es tu trabajo? Sé cómo me sentiría si me impidieran pintar. Me moriría si me impidieran pintar. Me moriría.

Los sollozos la hicieron estremecerse, y la escalera tembló.

—Te quiero, Rain —dijo Mor—, ¿qué más puedo decir? No me he preocupado por estas cosas desde que te conocí. Nunca seré diputado, pase lo que pase. Ya no lo deseo. Te deseo a ti. No me mates, Rain.

Se apoyó contra la escalera, abrazado a los peldaños inferiores.

—Serías feliz conmigo durante un tiempo —dijo Rain—, pero ¿qué ocurriría después? Todo es como arena seca entre los dedos. Yo puedo vagar por el mundo, y donde quiera que vaya, puedo pintar. Si estuviéramos juntos, mi trabajo continuaría. Pero ¿y el tuyo? ¿Te satisfaría, finalmente, estar simplemente conmigo? ¿Serías capaz de escribir y de seguir escribiendo? Si hubieras deseado realmente escribir tanto como yo deseo pintar, ya habrías escrito algo, habrías encontrado tiempo para hacerlo, nada te hubiera detenido.

—Podría escribir —dijo Mor—, o poner un colegio. No soy un estúpido. También he pensado sobre esto. Podría construir mi vida contigo. ¿Qué tipo de vida crees que llevo ahora, o que llevaría incluso si fuera diputado? Tú me has hecho existir por primera vez. Empecé a ser yo cuando empecé a amarte, entonces vi el mundo por primera vez, el maravilloso mundo de cosas y animales que nunca había visto, ¿Qué crees que me ocurrirá si me dejas ahora? No me abandones. No hagas algo tan cruel. ¡No lo hagas!

Alzó la mano hacia ella. Rain se agachó y la cogió con todas sus fuerzas. Quedaron en silencio unos momentos, apretándose las manos. Pero todo el consuelo desaparecía tras el contacto. Ambos lo sabían y se sintieron desesperados. Rain retiró su mano.

—Rain, ¿me quieres? —dijo Mor. Estaba al pie de la escalera y miraba a Rain intensamente—. Si tus sentimientos por mí han cambiado, dilo y no lo escondas de esta forma tan atormentadora.

—Te quiero —dijo Rain—, te quiero, sí. Pero ¿qué significa eso? Quizá, después de todo, ha sido a causa de mi padre.

Dejó la paleta en su regazo y se restregó la cara violentamente con las manos. Aparecieron manchas de pintura azul y roja en sus mejillas y en su frente.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Mor—, no me vengas con eso. No consentiré que me dejes, Rain; sencillamente, no lo consentiré.

No ha ocurrido nada esta noche que pueda alterar las cosas entre nosotros. No te dejes engañar por mi mujer. No confíes en nadie, sino en mí.

—¡Oh, Mor, Mor —dijo Rain, con tono quejumbroso—, si supieras cuánto confío en ti! No tengo a nadie sino a ti. Pero ahora lo veo claro. Veo que fuiste tú quien me engañó, y yo también me equivoqué. Me parecía tan sencillo, sin otra complicación que la de que tú dejaras a tu mujer, a quien no quieres y que no te quiere. Pero en una vida hay mucho más que eso. No había comprendido que destruiría tantas cosas.

—Si me quieres... —dijo él.

—Esa palabra ya no nos puede guiar.

Ella hablaba preocupada, con resolución.

—Olvídalo —dijo Mor—. Borra lo que ha ocurrido esta noche, no lo recuerdes.

—Oh, cariño —dijo Rain—, cariño.

Volvió los ojos, rojos y nublados por las lágrimas, hacia la cara del cuadro, que estaba a la misma altura que la suya.

—Olvídalo —dijo Mor.

—Oh, cariño —dijo Rain.

Era la negativa final. Mor se alejó del pie de la escalera. Se quedó en silencio un momento. Apenas podía soportar el dolor que sentía. Entonces dijo:

—No acepto nada de lo que dices. Volveremos a hablar sobre esto.

Rain no dijo nada. Cogió la paleta y empezó a mezclar pintura, pero las lágrimas le impedían ver.

Mor dio unos pasos hacia la puerta. Dijo:

—Deberías dejarlo y marcharte a dormir. Estás demasiado preocupada para pintar. ¿Quieres que te traiga el coche hasta el patio?

Rain sacudió la cabeza violentamente. Pasó un momento antes de que pudiera hablar.

—No —dijo—; debo terminar esto. Quiero repintar la cabeza. Ya sé lo que tengo que hacer. Debo seguir trabajando. No me esperes.

Mor titubeó. Tenía el terrible presentimiento de que si la dejaba ahora, podría no volver a verla. Pero tenía que hacerlo. Hablarían mañana. La forzaría a que estuviera de acuerdo con él. No podía ser de otra forma.

—Los dos estamos muy nerviosos. Volveremos a hablar de esto mañana.

—Sí, sí —dijo Rain—, márchate, por favor. Debo trabajar. Por favor, márchate.

Mor llegó a la puerta. Se quedó mirándola. Había empezado a

pintar de nuevo, apartando las lágrimas de sus ojos.

—Rain —dijo Mor.

Ella no contestó.

—Mañana —dijo él.

—Sí —dijo Rain—, sí.

Siguió pintando. Mor se quedó mirándola uno o dos minutos más, y después salió y cerró la puerta.

Capítulo veinte

Cuando Mor se despertó hacía frío. Dio una vuelta en la cama y miró hacia la ventana. Una luz muy blanca y débil. Era temprano. No había por qué levantarse aún. Entonces, al dar otra vuelta para acomodarse, el recuerdo de la noche anterior se extendió por su mente como una grieta. Se sentó en la cama y se sujetó la cara con las manos, como para evitar lanzar un grito. Debía ver a Rain muy pronto, inmediatamente después del desayuno, antes, incluso. La noche anterior estaba loca. Si hubiera estado menos borracho, lo habría comprendido y la habría dejado en paz de inmediato. Miró el reloj. Las seis menos diez. Apoyó la cabeza en la almohada. Aún quedaban varias horas de espera. Descubrió que no podía quedarse en la cama. Sentía una angustia demasiado profunda. Se levantó y empezó a vestirse, tropezando mientras buscaba la ropa. Tenía un terrible dolor de cabeza.

Cuando se hubo vestido, se preguntó qué podía hacer. Se le ocurrió que quizá Rain hubiera estado toda la noche pintando y estaría aún en el comedor de profesores. Pero, al pensarlo mejor, le pareció muy improbable. Se sentó un rato en el borde de la cama. Eran las seis y cinco. Balanceó las piernas y encendió un cigarrillo. El tiempo se abría ante él como un abismo terrible y humeante. ¿Cómo podría esperar tanto? Paseó por la habitación, procurando no hacer ruido.

Entonces le vino una idea, una idea que había tenido la noche anterior, pero que quedó absorbida por la violencia de los acontecimientos. Bajó la escalera con cautela, con los zapatos en la mano, y entró en el comedor, donde se encontraba su escritorio. Abrió el cajón donde había escondido los dos borradores de las cartas que había escrito, una dirigida a Nan y otra a Tim Burke, en los que anunciaba sus intenciones. Las cartas seguían allí, pero Mor

advirtió de inmediato que las habían cambiado de posición. Se quedó unos minutos aturdido, mirando el cajón con melancolía. Nan debía haberlas encontrado. Eso explicaba la desesperación que la había llevado a hacer un sacrificio tan dramático de sus propios deseos.

Mor cerró el cajón y se sentó en una de las sillas junto a la mesa del comedor. La casa estaba fría y en silencio, ese silencio abandonado, como de muerte, de la mañana. Se sintió enfermo, como rasgado por innumerables heridas en todo el cuerpo. Se quedó sentado unos minutos, al acecho de un ruido, pero no se oía nada. Entonces decidió que debía salir a la calle. Anduvo con cautela hasta el vestíbulo. Al llegar a la puerta, se puso los zapatos y un abrigo y salió, cerrando la puerta quedamente.

Empezó a caminar por la acera. La mañana era extraordinariamente tranquila y pálida. Se acordó del día del regreso de Nan, cuando se internara en el mismo aire espantoso de la mañana, y le invadió un sentimiento tal de catástrofe que tuvo que morderse las manos.

Hoy no llovía, pero el cielo era de un blanco puro, cubierto totalmente por una capa uniforme de nubes. Al llegar a la carretera principal, se preguntó qué podía hacer. Un coche pasó junto a él, desolado y majestuoso en la carretera vacía. Decidió ir a Brayling's Close y esperar fuera hasta que despertaran. Si no llegaba, al menos, cerca de donde estaba Rain, se caería desmayado por los dolores que devoraban su alma.

Recordó que la bicicleta estaba en el colegio. En su agitación, la había dejado allí la noche anterior y había vuelto a casa a pie. Atravesó la verja del colegio, sus pies crujiendo sobre la grava húmeda en medio de los jardines vacíos. Encontró la bicicleta en la hierba, en el lugar donde la había tirado. El Riley había desaparecido. Empujó la máquina hasta la entrada de la avenida. No tenía sentido apresurarse. Aún no se habría levantado nadie en el Close. También podía hacer tiempo sumiéndose en algún tipo de movimiento y de acción. Empezó a empujar la máquina colina arriba, y después se internó en una de las calles suburbanas que pasaban por su casa y llevaban a los prados. Pensó que iría por los prados. Quería estar al aire libre y sosegarse en esa soledad más benigna.

Al bajar por la carretera, vio que se aproximaba una figura. Le resultaba familiar. Al acercarse, comprobó que se trataba del gitano a quien Rain y él vieran por primera vez en el bosque, y que se había refugiado bajo el porche, con tan extraños resultados. Mor experimentó un inmediato estremecimiento de temor al ver al hombre. El gitano caminaba por la acera de enfrente con pasos

lentos y largos, y llevaba al hombro un fardo envuelto en una sábana. Se dirigía a la carretera principal. Mor pensó de inmediato: se marcha. El hombre no le miró, aunque era difícil que no hubiera advertido la aparición de otra figura humana en un escenario tan vacío. Mor pensó en él, preguntándose si tenía razón al creerle sordo. El hombre pasó y se perdió de vista, doblando a la izquierda para llegar a la carretera principal. Mor siguió empujando la bicicleta.

Pasó por delante de su casa. De súbito, le invadió un sentimiento de perentoriedad. ¿Por qué había perdido el tiempo de esa forma? Debía apresurarse. ¿Cómo había soportado retrasarse? ¿Por qué había dejado sola a Rain la noche anterior? Para entonces, se encontraba al principio del sendero que atravesaba los prados. Saltó a la bicicleta y empezó a pedalear vigorosamente por el sendero; mientras avanzaba, se suavizaba el frío pálido de la mañana y se extendía por el aire un brillo casi imperceptible, como demostración de que, por detrás de la gruesa capa de nubes, empezaba a elevarse el sol.

La casa de Demoyte, cuando Mor la vio desde los prados, parecía muerta, rodeada aún por el silencio y el sueño. Giró bruscamente en el lugar en que el sendero llegaba al muro, y pedaleó por un carril más angosto situado junto a él, hasta que pudo internarse en la avenida. Soltó la máquina cerca de la verja y se dirigió al círculo de hierba que se extendía delante de la puerta principal. En el cuarto de Demoyte estaban corridas las cortinas. Su tela desteñida y sin color cerraba la ventana como un párpado muerto. Mor se quedó mirando hacia arriba durante un rato. Después, dio unos pasos y probó a abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Miró el reloj de nuevo. Eran sólo las seis y media. Rain debía estar durmiendo. Seguramente, querría dormir hasta tarde, tras la fatiga de la noche anterior. Si hubiera podido entrar en la casa, se habría tumbado junto a la puerta de su habitación.

Empezó a caminar para dirigirse al jardín situado en un lateral de la casa. Quería ver su ventana. El césped estaba cubierto de una capa reluciente de rocío, en el que sus pisadas dejaban marcas muy claras. Caminó en silencio por el césped, contemplando la ventana de la esquina. También allí las cortinas estaban aún corridas. La casa dormía. Debía esperar. Ahora que estaba tan cerca de ella, se sentía más tranquilo. Todo iría bien. Él haría que así fuera. Le invadió la fortaleza que le había faltado hasta entonces, como si le hubiera tocado una varita mágica y le hubiera hecho invencible. Se quedó allí, con la mirada errante por el cielo, entre cuyas nubes había aparecido un claro y se veía una pincelada de amarillo pálido. Soplaba una fuerte brisa. Se ajustó el abrigo. Le hubiera gustado

tenderse en la hierba, pero había demasiado rocío.

Transcurrieron varios minutos. Para calentarse un poco, dio unos cuantos pasos por el césped, con las manos heladas enterradas en los bolsillos. Percibió un movimiento en la casa. Miró hacia arriba y descubrió a la señorita Handforth en una de las ventanas de la biblioteca, contemplándole. Estaba muy derecha e inmóvil. A Mor se le antojó que debía llevar mucho tiempo allí. Era como una aparición. Se detuvo y la miró. No esperaba que pudiera haber alguna comunicación entre ellos, tan lejos parecía encontrarse ella. Por eso, se miraron mutuamente durante un momento sin hacer ninguna señal.

Entonces, la señorita Handforth quitó el seguro y levantó el marco de la ventana. Con voz alta y clara, sin asomarse, dijo:

—Se ha marchado.

Mor miró la hierba, el rocío y las huellas de sus pisadas. Con la cabeza baja, empezó a caminar muy lentamente hacia la puerta principal. Al llegar allí, la encontró abierta, y entró en el vestíbulo. La señorita Handforth estaba en la escalera.

—¿Se ha levantado ya el señor Demoyte? —preguntó Mor.

—Está en la biblioteca —dijo ella; bajó las escaleras y desapareció hacia la cocina.

Mor subió las escaleras muy lentamente. Levantar los pies suponía un esfuerzo. Abrió la puerta de la biblioteca y vio a Demoyte sentado a la mesa redonda, cerca de la ventana. Estaba en bata. Todas las cortinas estaban descorridas y el sol de la mañana, ya más cálido, inundaba la habitación.

Mor cogió una silla y se sentó al otro lado de la mesa. No miró a Demoyte. Guardaron silencio durante unos momentos.

—Ah, estúpido, estúpido, estúpido —dijo Demoyte, con voz cansada.

Mor no dijo nada. Apoyó los codos en la mesa y empezó a restregarse los ojos y a pasarse las manos por la frente.

—¿Qué ocurrió? —dijo Mor, al fin.

—No ocurrió nada —dijo Demoyte—. Siguió pintando durante dos o tres horas después que tú la dejaras. Luego regresó aquí, hizo las maletas y se marchó en el coche.

Mor se volvió hacia Demoyte. El anciano había adquirido un color gris ceniza tras la noche en vela. Mor vio un cuadrado de color cerca de la pared situada detrás de Demoyte. Era el retrato, que estaba en el suelo, apoyado contra una estantería. Mor no se permitió a sí mismo mirar.

—¿Va a volver? —preguntó a Demoyte.

—No, claro que no —contestó Demoyte—. Dijo que se marchaba directamente a Francia, pero no a su casa. Después, probablemente,

a América.

Mor asintió lentamente. Tenía la mirada baja y contemplaba el suelo entre sus pies. Daba golpecitos con un pie inconscientemente.

—¿Cuándo se marchó? —preguntó.

—Hace unas dos horas —dijo Demoyte. Se volvió de súbito hacia Mor y la ira le hizo estremecerse de tal forma que tuvo que sujetarse a la mesa—. ¿Por qué la dejaste? ¿Por qué la dejaste un solo momento? ¡Debías querer perderla!

Mor no alzó la vista. Sentía que la mesa temblaba entre ellos.

—Era inevitable —dijo, con voz apagada.

—¡Cobarde, estúpido! —dijo Demoyte—. Nada era inevitable. Tú has hecho tu propio futuro.

Mor puso la cabeza sobre la mesa. La alzó para decir:

—¿La veremos de nuevo?

Su voz no tenía el tono de una pregunta.

—No te engañes —dijo Demoyte—. Yo no la volveré a ver nunca. Puede que tú la encuentres por casualidad dentro de diez años en una fiesta, cuando seas gordo y calvo y ella esté casada. ¿Quieres café? Avisaré a Handy para que lo prepare —llamó al timbre.

—¿Dejó alguna nota para mí? —preguntó Mor.

—Dejó una cosa —contestó Demoyte. Se levantó y se dirigió hacia el escritorio junto a la ventana más alejada—. Aquí está.

Trajo un sobre grande y sencillo y se lo tendió a Mor. No estaba cerrado. Mor sacó el contenido, angustiado por la aprensión y por una esperanza disparatada. Era un dibujo. En seguida supo de qué se trataba. Era el retrato que ella le había hecho la primera tarde, cuando él llegó y la encontró pintando y se sentó con ella y con Demoyte, la tarde en que ella empezara a enamorarse de él. Nunca se había acordado de enseñarle el dibujo. Lo miró. Ella había dicho que podría haber revelado que estaba empezando a enamorarse de él. En el papel vio un hombre joven con una cara fuerte, divertida y torcida, y el pelo rizado, la cabeza echada hacia atrás en una actitud bastante orgullosa, el cuello como una gruesa columna, una mano alzada como si discutiera. Guardaba cierto parecido con él. Dejó el dibujo sobre la mesa. No había nada escrito.

—¿Esto es todo? —preguntó a Demoyte.

—Sí.

La señorita Handforth llamó y entró. Había interpretado la llamada del timbre y traía una bandeja con café y coñac. La colocó entre ellos y salió sin decir palabra.

Mor mezcló un poco de coñac en el café y lo bebió. Se volvió para mirar el retrato. Se levantó y cruzó la habitación para examinarlo de cerca. Demoyte le siguió. Lo contemplaron en silencio durante un rato. Rain había cambiado mucho la cabeza. A primera

vista, parecía como si lo hubiera estropeado. Las finas y sensibles líneas con que había construido la expresión pensativa y tranquila que a Mor le gustaba tanto, estaban cubiertas totalmente, capa tras capa, de pequeñas manchas de pintura. La cabeza aparecía más sólida, más fea, con una expresión que ya no transmitían los finos detalles, sino que parecía proceder de la estructura profunda de la cara. Mor no estaba seguro de que le gustara más. Se apartó. Ambos se sentaron de nuevo a la mesa.

—Bueno —dijo Demoyte—, cada uno de nosotros ha recibido un retrato.

Sirvió más café.

—Supongo que debería regresar —dijo Mor—. Nan se estará preguntando dónde estoy.

Lo dijo sin pensarlo, automáticamente.

Demoyte empujó la botella de coñac hacia Mor.

—Aceptarás la candidatura, ¿no es así? —dijo.

—Sí —dijo Mor—, lo haré. Nan no se resistirá más. Tendrá que atenerse a lo que dijo anoche.

—Si abandonas este plan —dijo Demoyte—, si dejas que te time también en esto, no volveré a recibirte nunca en esta casa. Nunca. Lo digo en serio.

—No se preocupe, señor —dijo Mor—. Seguiré adelante. Ahora seguiré adelante.

Bebió más coñac. Se levantó para marcharse. Descubrió que aún tenía el abrigo puesto, con el cuello levantado.

Demoyte se puso en pie.

—¿No te llevas esto? —dijo, e indicó el dibujo, que aún estaba sobre la mesa.

—No —dijo Mor—, guárdemelo. Me gustaría que se quedara aquí — se alejó.

Llegó a la puerta.

—A propósito, señor —dijo—, ¿podría pedirle una cosa?

—Sí —dijo Demoyte.

—¿Recuerda que se ofreció a ayudarnos para enviar a Felicity a la Universidad, si fuera necesario? ¿Aún está en pie la oferta?

—Por supuesto —dijo Demoyte.

—Gracias —dijo Mor—. Es posible que la acepte. Quizá podríamos discutirlo más adelante.

—Como quieras —dijo Demoyte—. Adiós.

—Adiós —dijo Mor. Sintió el deseo de decir «lo siento», pero no lo hizo, y se quedó en la puerta.

—Ven a verme dentro de unos días —dijo Demoyte.

—Sí —dijo Mor.

Salió de la habitación. Lo último que vio de Demoyte fue al

anciano apoyado en el borde de la mesa, contemplando lóbregamente el retrato.

Mor salió por la puerta principal y cogió su bicicleta. El sol, de un amarillo pálido, brillaba entre una neblina blanca. Por la carretera principal circulaba una corriente ininterrumpida de tráfico en ambas direcciones. Mor decidió regresar a casa por la carretera, en lugar de por los prados. Se subió a la máquina y empezó a pedalear lentamente hacia la colina. Se sentía hastiado. No se le había calmado el dolor de cabeza. Tenía un zumbido en los oídos y el coñac que había bebido hacía que le pesaran los miembros. Iba en contra del viento.

Al acercarse al pie de la colina, pedaleando con la cabeza gacha, distinguió un extraño grito entre el ruido del tráfico. Alzó la cabeza. Vio a Felicity, que bajaba en bicicleta a toda velocidad por la colina, por la otra calzada. Le había visto y le llamaba. Se acercó a él vertiginosamente, desmontó a toda prisa y se abalanzó hacia él con la bicicleta por la hierba que dividía las dos secciones de la carretera. Mor entró en el centro para dirigirse a su encuentro y condujo su bicicleta por la hierba. Al llegar adonde él estaba, saltando de la máquina, Felicity gritó algo que Mor entendió al principio como: «¡Rain ha vuelto!». Después, comprendió que lo que debía haber dicho era: «¡Don ha vuelto!». Chocaron violentamente.

—¡Oh, papá —gritó Felicity—, me alegro tanto de encontrarte! —Se colgó de él.

—¿Has dicho que Don había regresado? —dijo Mor.

—Sí —dijo Felicity—, bueno, no ha vuelto realmente. Llegó anoche muy tarde a casa de Tim Burke, y Tim telefoneó hace una media hora para decir que iba a traer a Don en su motocicleta. Dice que Don está bien. Pueden llegar en cualquier momento. Quizá los veamos por el camino.

—Gracias a Dios —dijo Mor; recogió su bicicleta y la de Felicity, regresaron a la carretera y empezaron a empujar las máquinas colina arriba. Felicity aún estaba colgada de su brazo.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —dijo Mor.

—Te vi salir —dijo Felicity— y después te vi dirigirte hacia los prados. Por eso pensé que quizá estuvieras en casa de Demoyte.

Mor guardaba silencio. Subieron penosamente la colina, tomados del brazo.

—Papá —dijo Felicity—, ¿vas a ser diputado?

—Supongo que sí, cariño —dijo Mor—, si salgo elegido —le cogió la mano.

—¿Nos iremos a Londres? —dijo Felicity.

—Sí —dijo Mor—; nos iremos a Londres.

—Me alegro tanto —dijo Felicity—. Me gustará. Estoy cansada de

vivir aquí. Papá...

—¿Sí? —dijo Mor.

—¿Tengo que hacer ese curso de secretariado? —dijo Felicity—. Antes no estaba segura, pero ahora creo que preferiría seguir en el colegio, de momento.

—Entonces, te quedarás en el colegio —dijo Mor— y más adelante, quizá vayas a la Universidad.

—Papá —dijo Felicity—, no te enfades mucho con Don.

—No me enfadaré con él —dijo Mor.

—¿Crees que ahora podrá trabajar con Tim Burke? —dijo Felicity —. Prefiere eso a la química, pero no se atrevía a decírtelo. Además, ya se ha pasado ese estúpido examen.

—Ya lo veremos, cariño. Quizá sea lo mejor. Pero ya veremos.

Casi habían llegado a la cima de la colina.

—Papá —dijo Felicity—, cuando vayamos a Londres, ¿crees que podremos tener otro perro?

A Mor se le saltaron las lágrimas. No las lágrimas que él lloraba, como había dicho Rain, por dentro de los ojos, sino lágrimas visibles que correrían por su cara y mojarían sus mejillas.

—Sí —dijo—, espero que podamos tener un perro cuando vayamos a Londres, si es eso lo que quieres.

Llegaron a la cima. Montaron en las bicicletas y empezaron a descender a rueda libre por el otro lado, hacia la casa de Mor. Se le saltaron las lágrimas, que resbalaron por sus mejillas, y el viento las secó. Se cubrió los ojos con una mano. Cuando llegaron a la puerta del jardín, ya no caían.

Nan estaba en la puerta. Mor apoyó la bicicleta contra la valla y subió por el sendero, seguido de Felicity. Miró a Nan. Se dio cuenta de que tenía los hombros inclinados. Ella le miró. Parecía muy cansada y vieja. Antes de que pudieran intercambiar una palabra, se oyó un ruido que Mor reconoció en seguida. Era el ruido de la Velocette de Tim Burke. Los tres se volvieron hacia la carretera.

Tim Burke apareció por la esquina, muy despacio. Donald iba sentado tras él, con los brazos rodeando la cintura de Tim. La máquina se detuvo enfrente de la casa y los dos pasajeros desmontaron. Donald aún llevaba los pantalones de franela y los zapatos de gimnasia que llevaba el día de la escalada. También tenía puesto un viejo impermeable. Su cara estaba pálida y tenía una expresión de reserva. Tim le cogió por el hombro y se dirigió hacia el grupo de la puerta. Parecía tan nervioso por su propia acogida como por la de Donald. Dijo con voz de desafío:

—¡El hijo pródigo regresa!

—Entrad —dijo Mor.

Marchó en cabeza hacia la casa. Donald seguía inmediatamente

después, empujado por Tim Burke. Todos se reunieron en el vestíbulo. Mor se volvió hacia Donald. El chico le miró, con las cejas enarcadas en una súplica medio divertida y medio desesperada. Mor le abrazó, sujetándole con fuerza durante unos segundos. Entonces dijo:

—Supongo que estarás muerto de cansancio.

Felicity le abrazó y Nan le besó en la mejilla.

—Estoy agotado —dijo Donald—. Me temo que a Tim también le di una noche terrible. Apenas hemos dormido.

—Será mejor que te marches directamente a la cama —dijo Nan —. Tus ropas parecen pegadas al cuerpo. Venga, vete y te llevaré a la cama un poco de café caliente y un huevo.

Donald empezó a subir las escaleras. Mor subió tras él y entró en su habitación. La puerta se cerró.

Nan fue a la cocina. Indicó a Tim Burke que entrara con ella. Puso la olla del agua en el fuego y una cacerola para hervir el huevo. Encendió el gas. Después miró a Tim Burke. Estaba sentado junto a la mesa, en una actitud de abatimiento. No quería mirar a Nan a los ojos.

Felicity estaba sentada a solas en mitad de la escalera. Oía el ruido de platos y el silbido del gas. De arriba le llegaba el suave sonido de las voces de Mor y Donald, que hablaban en el dormitorio. Todo se había arreglado. ¿Pero, entonces, por qué empezaba a llorar? Buscó un pañuelo entre su ropa. Los ojos se le habían llenado de lágrimas que al poco tiempo rodaron por sus mejillas. Ahogó un sollozo en el pañuelo. Todo se había arreglado. Se había arreglado. Se había arreglado.

* *Rain* significa «lluvia». *[N. de la T.]*

* David Garrick, actor inglés del siglo XVIII. Doctor Samuel Johnson, dramaturgo, poeta y crítico del mismo siglo cuyas obras teatrales interpretara Garrick con frecuencia. *[N. de la T.]*

* La expresión *to help oneself* tiene un significado doble: «ayudarse a sí mismo» y «servirse». *[N. de la T.]*

*

* «Redimido, curado, restablecido, perdonado. / ¿Quién como yo cantará su alabanza? / ¡Alabadle! ¡Alabadle! / ¡Alabadle! ¡Alabadle! / Alabad al Rey eterno.»

* «Comedor» es *dining-room* en inglés. Procede del verbo *to dine,* «cenar». *Dinner,* para los ingleses, es la comida principal del día, a diferencia del *supper,* una cena más ligera. *[N. de la T.]*